

Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua

Segunda Época

TOMO LXV



MANAGUA EN EL TIEMPO





Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua

**Segunda Época
Tomó LXV**

**Monográfico sobre Managua
en los 155 años de su elevación a capital**

**Managua, Nicaragua, C.A.
AGHN / Alcaldía Municipal
Agosto, 2007**

Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua
Segunda Época. Tomo LXV
Agosto, 2007

Academia de Geografía e Historia de Nicaragua
Palacio Nacional de la Cultura
Telefax: (505) 2281173
Correo electrónico: aghn@ibw.com.ni
Página Web: www.aghn.edu.ni
Apartado Postal: 2094, Managua, Nicaragua.

Director:

Jorge Eduardo Arellano

Sub-directora:

Ligia Madrigal Mendieta

Consejo editorial:

Emilio Álvarez Montalván

Jaime Íncer Barquero

Aldo Díaz Lacayo

Ligia Madrigal Mendieta

Germán Romero Vargas

Diseño de cubierta:

Fernando Solís B.

Ilustración de la cubierta:

Emblema heráldico de la ciudad de Managua,
aprobado oficialmente el 11 de julio de 1944,
siendo Andrés Murillo Ministro del Distrito Nacional.
En el campo del escudo luce un león rampante
con la garra izquierda posada en un globo.
El escudo, además, está “surmontado” por una corona.

Ilustración de la contracubierta:

Imagen de Santo Domingo de Guzmán.

Foto tomada de *Memoria / 100 años en la vida de Managua*
Alcaldía de Managua, julio 2000.

Cuidado de la edición:

JEA

Diagramación:

Fernando Solís B.

ACADEMIA DE GEOGRAFÍA E HISTORIA DE NICARAGUA

Junta Directiva

Dr. Emilio Alvarez Montalván	Presidente Honorario
Dr. Jaime Íncer Barquero	Presidente
Lic. Aldo Díaz Lacayo	Vice-Presidente
MSc. Ligia Madrigal	Tesorera
Dr. Germán Romero Vargas	Primer Vocal
Sr. Roberto Sánchez Ramírez	Segundo Vocal
Ing. Eddy Kühl Aráuz	Tercer Vocal
Lic. Carlos Alemán Ocampo	Cuarto Vocal

Dr. Jorge Eduardo Arellano
Secretario Ejecutivo

Miembros de Número

Dr. Emilio Álvarez Montalván	Lic. Aldo Díaz Lacayo
Dr. Jaime Íncer Barquero	Dr. Ricardo Wheelock Román
Lic. Hamlet Danilo García	MSc. Ligia Madrigal Mendieta
Dr. Jorge Eduardo Arellano	Lic. Edgar Espinoza
Dr. Germán Romero Vargas	Lic. Roberto José Cajina Leiva
Lic. Ignacio Briones Torres	Lic. Antonio Esgueva Gómez
Arq. Jaime Serrano Mena	Dr. Oscar-René Vargas
Padre Álvaro Argüello, S.J.	MSc. Frances Kinloch Tijerino
Dr. Héctor Mena Guerrero	Lic. Carlos Alemán Ocampo
Dr. Alejandro Serrano Caldera	MSc. Dora María Téllez
Dr. Augusto Zamora	Lic. Norman Caldera Cardenal
Dr. Francisco Aguirre Sacasa	Dr. Alberto Yalí Román
Ing. Eddy Kühl Aráuz	Dr. Manuel Madriz Fornos
Lic. Nicolás López Maltez	Lic. Karlos Navarro
Sr. Roberto Sánchez Ramírez	MSc. Róger Norori

Miembros Correspondientes

Dr. Chéster Zelaya Goodman (Costa Rica)
Dr. Charles Lee Stansifer (Kansas, E.U.A.)
Dr. Patrick Samuel Werner (Michigan, E.U.A.)
Dr. Andrés Pérez Baltodano (Ontario, Canadá)
Dr. Sergio A. Zeledón B. (Miami, Fl., E.U.A.)
Dr. Antonio Acosta (Sevilla, España)
Sr. Manuel Jerónimo Aguilar Trujillo (El Salvador)
Sr. Marco Antonio Cardenal Tellería (Miami, Fl., E.U.A.)
Sr. Pedro Escalante Arce (El Salvador)
Sr. Bayardo Cuadra (Nicaragua)
Sr. Waldo Sosa Cisne (Nicaragua)
Sr. Jaime Marengo Monterrey (Nicaragua)
Lic. Jimmy Avilés Avilés (Nicaragua)
Sr. Eleazar Morales Marengo (Nicaragua)
Dr. Agustín Torres Lazo

Miembros Honorarios

Dr. Felipe Rodríguez Serrano	Dr. Ernesto Fernández Holmann
Dr. Alejandro Montiel Argüello	Dr. Álvaro Lacayo
Dr. Gustavo Adolfo Vargas	Lic. Esteban Duque Estrada
Don Eduardo Zepeda Henríquez	Dr. Napoleón Chow Hurtado
Dr. Wilfredo Navarro Moreira	Dr. Juan Vicente Ugarte del Pino
D. Mario José Borge	Ing. Luis H. Flores Donaire
Dr. Manuel Ignacio Pérez Alonso	Lic. Ramiro García
Ing. Claudio Gutiérrez Huete	Lic. Clemente Guido Martínez
Ing. Jaime Chamorro Cardenal	D. José Joaquín Quadra
Mons. Miguel Mántica	Lic. Edgar Zúñiga
Sr. Mario Tapia	Dr. Gilberto Bergman Padilla
Dr. Rodolfo Sandino Argüello	Dr. Arturo Cruz Sequeira
Dr. Armando Íncer Barquero	Dr. Francisco Lainez

Miembro Emérito

Edgardo Buitrago

Miembro Protector

Róger Fischer



CONTENIDO

Presentación / Managua en el tiempo	7
I. Visiones de conjunto	
- Pablo Antonio Cuadra / Managua, hermana de Pompeya	13
- Mario Cajina Vega / La capital que hemos andado necesitando	21
- Alberto Vogl Baldizón / Managua y sus primeras industrias	25
II. Pluma invitada	
- Karl Ille / Análisis sociosemiótico de direcciones managuenses	37
III. El terremoto del 23 de diciembre de 1972	
- Horacio Ruiz / Un ensayo de juicio final	53
IV. Managua de ayer (1931-1972)	
- Roberto Sánchez Ramírez / El recuerdo de Managua en la memoria de un poblano	73
- Fernando Gordillo / Managua, la fea	81
- Eduardo Conrado Gómez / La Managua de los años 60	89
- Carlos Mántica Abaunza / Recuerdos de la vieja Managua	95
- Alberto Ordóñez Argüello / Avenidas, calles, barrios y parques ..	111
V. Managua de antaño (1820-1931)	
- Autores varios (Roberts, Haefkens, Stephens, Lafond, Squier, Stout, Heine, Scherzer, Belly, Levy, Pim, Simmons, Pector, Piccóno) / Managua vista por viajeros europeos y norteamericanos del siglo XIX	117
VI. Sociabilidad y cultura	
- Heliodoro Cuadra / Fiestas tradicionales de Managua	133
- Jorge Eduardo Arellano / Interpretación de las fiestas de Santo Domingo	141
- Ramón Morales R. / Fundación y reseña histórica del Club Social de Managua (1911-1935)	145
- Eduardo Pérez Valle h. / Exposiciones de pintura en la Managua de 1933	155

- Luis Downing Urtecho / Los cinco sentidos de Managua 163
- Ernesto Bunge / Fanáticos ocurrentes 165
- Manuel González Galván / Diario de un arquitecto en la
Managua de 1958 169
- JEA / La tertulia sabatina de Aldilá 179

VII. Managua y sus dos catedrales

- Jorge Eduardo Arellano / La vieja catedral de Managua 185
- Pablo Antonio Cuadra / Guía de la catedral más nueva de
América 187

VIII. Documentos básicos

- Managua / Informe de Obispo Agustín Morel de Santa Cruz
al Rey de España (1751) 197
- Ratificación de los límites coloniales de Managua (1810) 201
- Plan de arbitrios para el Ayuntamiento de Managua (1814) 203
- Real Cédula por la cual se concede a Managua el título de
Villa con el dictado de Leal (1819) 209
- Extensión del distrito de Managua (1844) 212
- Managua elevada a ciudad (1846) 213
- Managua declarada Capital de la República (1852) 214

IX. Anuncios publicitarios de Nicaragua en la Guía

de Falcinelli Graziosi (1898) 215

X. Fotografías de Managua en la Colección Thompson

(1928-1930) 225

XI. El Xolotlán

- Jaime Íncer / El Lago de Managua
(Historia, Geografía y Geología) 233
- Alberto Vogl Baldizón / Cronología del Xolotlán 238

XII. Poemas y canciones

- Salvador Ruiz Morales, Adolfo Ortega Díaz, José Román
Alberto Ordóñez Argüello, Gratus Halftermeyer, Tino López
Guerra, Erwin Krüger, Ernesto Cardenal, Salvador Murillo,
Jorge Eduardo Arellano 245

XIII. Fuentes

- AGHN / Managua: bibliografía clasificada y anotada 265

XIV. Ulrico Richter / Panorámicas aéreas de Managua

anteriores a 1972 281

PRESENTACIÓN

MANAGUA EN EL TIEMPO

“Sólo nos queda lamentar cuánto ha cambiado el panorama de Managua. Sus bellos paisajes lucen ahora arruinados, con campos desforestados, secos y polvosos en verano y lagunas enlodadas. El lago de hoy refleja aguas turbias, los peces están contaminados y la brisa vespertina sopla cargada de nauseabundos olores.

Todo esto se incrementó a partir de 1972 cuando el terremoto, la geofagia, el crecimiento desordenado, las asonadas políticas y la congestión urbana se confabularon para hacer de Managua una de las capitales menos atractivas del continente, aunque el verdor de los árboles que la pueblan disimula siempre la galopante pobreza de las barriadas que brotan desordenadamente sobre su cálido suelo”.

Jaime Íncer (1995),
RAGHN, tomo LXIV, mayo, 2007, p. 147.

DE milenaria concentración paleolítica que dejó sus vestigios en Acahualinca, sometida desde entonces a la violencia devastadora de la naturaleza, Managua pasó a estar constituida por grupos de pescadores y cazadores neolíticos que cultivaban el maíz y fabricaban vasijas de barro, no sin ser absorbidos por los mangues o chorotegas procedentes de México hacia el año 1200 antes de Cristo. De manera que, hacia 1528, ya era una importante plaza indígena que se extendía como “soga al luengo de la laguna”, según el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés.

Éste aludía al lago Xolotlán (nombre que remite a Xolotl, caudillo y dios nahua y, según la canción de Tino López Guerra, novio de Managua: el cuarto en superficie de América Latina, después del Titicaca en Bolivia, el Cocibolca (o Gran Lago de Nicaragua) y el Chapala.

La plaza descrita por Fernández de Oviedo constaba, en su

dispersión periférica, de unas 40,000 almas, incluyendo 10,000 guerreros — u “hombres de arcos y flechas” —; población que sería diezmada muy pronto “por la polilla de la guerra”. Es decir: a causa de los sangrientos enfrentamientos que sostuvo con los conquistadores españoles, quedando apenas 1,116 indígenas que, coercitivamente, aceptaron el “bautizo” cristiano en 1528. Ese despoblamiento, además de rápido, fue tal que transcurrieron tres siglos para que Managua volviese a tener la misma cantidad de gente de los primeros años del siglo XVI.

El mismo Fernández de Oviedo admiró la belleza de los depósitos acuíferos (de ahí las interpretaciones etimológicas similares que se le asignan: “lugar donde hay represa” o “una extensión de agua o estaque”, o “agua grande encerrada”) que rodeaban al asentamiento, como el de Tiscapa. Esta laguna, según él, quedaba “a un tiro de ballesta o poco más o menos de Managua” y era “muy hermosa y cuadrada que parece alberca”.

Veinte años después, el desolado sitio era uno de los pueblos sujetos al mecanismo de explotación implantado por la dominación hispánica: la encomienda de tributo. Efectivamente, en 1548 se hallaba dentro de la jurisdicción de León y sus cincuenta indios —sólo esa mínima cantidad había sobrevivido— pagaban anualmente al español Francisco Téllez —a quienes estaban encomendados— doce fanegas de maíz, dos fanegas de frijoles y otras dos de algodón; y cada cuatro meses cincuenta mantas blancas “como las acostumbran a dar” y cien carguillas de sal “como las suelen dar”. Además, debían proveerle la fuerza de trabajo de dos indios para “los días de pescado” y, entre diciembre y marzo, cinco indios para llevar a cabo servicios diversos.

A fines del XVI, la situación de los “naturales” de Managua no había variado. Pero ahora eran cien los indios tributarios, siempre bajo la jurisdicción de León, aunque aportaban otros diez indios tributarios a un encomendero de la ciudad de Granada. Medio siglo más tarde, ya consolidada la estructura económica del coloniaje, prosperaban en sus alrededores haciendas de ganado mayor y obrajes de añil. Sus dueños, los vecinos españo-

les, cultivaban maíz, también frijoles, otras semillas y legumbres; tenían abundancia de pescado y frutales, y labraban jarcia —o sea velas— para navíos. Habitaban el poblado, asimismo, ciertos mestizos llamados quebrantahuesos o mercachifles que comerciaban con los indios.

En 1680 Managua estaba dividida en siete parcialidades —o embriones de sus futuros barrios— y su población indígena seguía tributando productos agrícolas y recolectores, ahora para una encomendera (Ana Arriaza) y para el Rey. En 1750 acogía a 372 milicianos, distribuidos en tres compañías: una de españoles y dos de mestizos o mulatos. En torno del pueblo había muchos trapiches y cuarenta y siete haciendas de ganado vacuno. La iglesia parroquial —de adobe y teja y tres naves— se ubicaba “a una cuadra de la playa” y poseía cuatro altares con retablos y frontales dorados, poco ornamentados, una sacristía pequeña y un atrio cercado de tapias. Su santo titular era el apóstol Santiago. Otras cuatro iglesias, similares a la parroquial, se hallaban en el resto del pueblo.

El mismo año de 1750 el obispo Agustín Morel de Santa Cruz contabilizó en Managua 9 casas de tejas y 456 de paja, 762 familias y 4,410 almas. El Alcalde de Granada nombraba un Juez para los españoles, mestizos y mulatos. Los indios se regían en cada una de sus parcialidades, por un alcalde, un alguacil mayor, dos regidores y un fiscal. A iniciativa de Morel, se establecieron una escuela, un hospital, una carnicería y una tienda de abastos.

Al margen de la causa independentista activada en León y Granada entre noviembre de 1811 y abril de 1812, Managua demostró una indeclinable fidelidad monárquica. Por ello fue elevada a rango de Muy leal villa por real decreto emitido por Fernando VII el 24 de marzo de 1819. Esta gracia le otorgaba el derecho de gozar las preeminencias de “Ayuntamiento”, formado por alcaldes y regidores, y fue difundida por bando en León y en el propio pueblo de Managua el 21 de abril de 1820.

Tal es el panorama que elaboré de la época precolombina, de la conquista y la época colonial para la Guía de Managua (Ma-

drid, Unión de Ciudades Capitales de América Latina, 1991) y que he decidido reproducir en la presentación de este número consagrado a la historia, manifestaciones culturales, destrucciones, documentación básica, edificios emblemáticos y problemática —por citar algunos temas abordados— de nuestra capital.

Iniciativa de nuestra Academia, tuvo eco en la Alcaldía de Managua que patrocinó el cincuenta por ciento de los costos de su edición. Y su motivo no podía ser más oportuno: el 155 aniversario de la elevación de Managua a capital de la República.

Esta vez no cabe referir el contenido de cada una de sus trece secciones y de los textos que abarcan. Sólo diré que obedecen a un orden, si no sistemático, coherente en virtud de su carácter monográfico. Asimismo, responde a un esfuerzo por preservar los mejores escritos —variados y representativos— y las ilustraciones más valiosas, curiosas y poco conocidas de la ex-novia del Xolotlán en el tiempo.

JORGE EDUARDO ARELLANO
Director

Reconocimientos

Han colaborado en la realización de este tomo, con aportes documentales y gráficos: la Alcaldía de Managua, el diario *La Prensa*, Aldo Díaz Lacayo, Fernando Solís Borge, Germán Romero Vargas, Jaime Íncer, José Joaquín Quadra, Ligia Madrigal Mendieta, Luis H. Flores, Raquel Bustos Valle y Roberto Sánchez Ramírez.

I.
**VISIONES
DE CONJUNTO**



El centro de Managua, tras el terremoto de 1931. Fotografía tomada del álbum de Luis H. Flores: *Nicaragua / Imágenes de ayer y hoy* (2005).



MANAGUA, HERMANA DE POMPEYA

Por Pablo Antonio Cuadra

I

ALREDEDOR del año mil se agita toda Mesoamérica en numerosas y encontradas migraciones. Una alta cultura en desarrollo —con influencias del norte y del sur— entra a la futura Nicaragua y rechaza o incorpora las viejas poblaciones arcaicas que encuentra en su territorio de tal modo que, cuando llegan los españoles, se considera a los hombres y tribus de esta cultura —conocidos como chorotegas, de lengua mangué— “como los señores antiguos y gente natural de estas tierras”. Para Oviedo ellos son “los naturales”.

Managua: su principal poblado es una de las ciudades lineales más larga del Continente, una procesión de veinte leguas de casas en las riberas de su hermoso Lago. Oviedo le calcula a esta ciudad de casas y plazas en fila, “como sogas al luengo de la laguna”: cuarenta mil habitantes. (Una Nueva York para aquellas fechas.) Los moradores eran hábiles artistas del barro y de la piedra. Sus esculturas apresan una obsesionante dualidad: la figura humana unida o soportando el cuerpo de su alter-ego (generalmente una serpiente, un águila o un felino), mientras ellos mismos son mansos pescadores de sardinas, pero sus caciques se glorían de poner, al primer grito de guerra, “diez mil indios de arco y flecha”.

Ya desde entonces se perfila la política venidera: en casi todos los conflictos aparecerá, al primer grito, el perturbador militarismo de esos diez mil flecheros. Y un día el horóscopo marcará el signo de la sardina y otro día el de la flecha. ¡Extraño destino!

Esa larga sogas de ciudad está tazada por el Lago y sus dulces olas, pero también es una trinchera que corta el paso a las tribus emigrantes que pasan por el estrecho corredor nicaragüense: a las que vienen del norte hacia el sur con ojos mongoles; y a las que vienen del sur, a

veces del sur con ojos polinesios, a veces con ojos chibchas. A unas las empuja la aventura. A las otras (a las que vuelven el rostro hacia atrás) la nostalgia. Y así se crean las civilizaciones...

II

Ese paso migratorio marca al hombre de Managua. No será nunca el hombre que se encierra en la caverna, sino más bien un corazón mediterráneo tentado por las lontananzas.

Ver pasar al extranjero, detenerlo a flechazos o darle libre tránsito después de ásperos diálogos, siembra una curiosidad que irá en aumento con los siglos, una inquietud de rostro en la ventana, un primitivo cosmopolitismo con su secuela de burla, de engreída superioridad, cuando no de exotismos.

Pero Managua —futuro centro del país— encierra un conflicto mayor. En uno de sus barrios a la orilla del Lago, llamado Acahualinca, los arqueólogos descubrirán unas huellas humanas sobre el fango, endurecido por una inmediata lluvia de ceniza volcánica. Son las huellas de unas tribus que huyen —hace 10 mil años— de una erupción.

Las más antiguas huellas del hombre en Nicaragua se graban en Managua y dan testimonio de lo que Darío llamó la “armonía áspera”: la imposible armonía de lagos y volcanes. ¿Cuántas veces se habrá repetido esta escena? El poeta que escribe este tembloroso retrato urbano ha visto, en lo que lleva de vida, morder el polvo dos veces a su ciudad natal: en marzo de 1931 y en diciembre de 1972.

Pero un terremoto afecta también a esa torre que crece, que es la biografía del hombre, forzándolo a una especie de vuelta a la infancia. La “Babel del Yo” cae por tierra y se borran citas, los sitios que sostienen sus recuerdos. Todo se acaba y comienza otra vez en cero. El “lugar”, que es la extensión de nuestra piel —nuestro contorno social— se hace polvo y tiene que ir rehaciendo su nueva fisonomía. Quedas a solas con tu palabra. Sólo con tu palabra... tal vez por eso esta es una tierra de poetas. Lo único que se sostiene en ella es la palabra.

La geología nos ha formado entre dos tentaciones: la del poeta, que valora la palabra y es sobrio con ella. Y la del retórico, que la dilapida. Por eso alguien ha dicho que posiblemente el culpable de Rubén Darío es el Momotombo. Y alguien ha replicado: también del

Gilegüense (un personaje de teatro colonial, dicharachero, burlador y jugador de palabras...)

III

Durante los siglos de historia virreinal, la pescadora de sardinas siguió fiel al Lago. Y dice Vásquez de Espinoza —nuestro primer geógrafo (1623)— que la ciudad es experta en “xarcia para navíos” y que viven en ella muchos españoles y tienen tambos o ventas de mercaderes “que llaman quebrantagüesos o mercachifles que venden entre los indios ropa de la tierra y de España, sombreros, cuchillos y otras menudencias”.

Pero después de la Independencia se encendieron las pasiones locales y rivalidades entre las dos ciudades principales: León, la Metrópoli, y Granada, la pretendiente a Capital. León: la tradición, y Granada: la aventura. La rivalidad significó sangrientas guerras civiles, hasta que un gobernante de buen pensamiento político —pero enteramente ignorante de la geología— don Fulgencio Vega, decretó en 1852 que Santiago de Managua (villa elevada a rango de ciudad apenas seis años antes), fuera el fiel de la balanza de nuestros antagonismos como nueva Capital de la República.

Mirando Managua desde las sierras que la rodean por el oeste, contemplando la ondulación armoniosa de la península de Chiltepe y, y en fondo del Lago color col, el Momotombo y el Momotombito —logotipos de la ciudad—; recorriendo con la mirada su corona de lagunas (con todos los matices del azul: Tiscapa, Asososca, Xiloá y Apoyeque), no cabe duda que el ojo de don Fulgencio Vega es un ojo de pintor. Es el caso de ciudad Capital más bello de América. Pero —¡ay!— aquí el nicaragüense aprendió a conocer “la amenaza oculta de la belleza”, “la traidora apariencia”, como dice el poema: debajo del vasto lago, como debajo de cada maravillosa laguna “el gran caimán dormita”. ¡Toda esa belleza es obra de una naturaleza cuya colosal fuerza creadora no se rige por las medidas humanas!...

Managua ha tenido así una historia vacilante entre el Terror y la Utopía. Después de una victoriosa guerra nacional contra un filibustero yanqui —William Walker, que quiso proclamarse “emperador

esclavista” como en un drama de O’Neill—; sus primeros 30 años fueron de una increíble democracia progresista: se fundaron Ferrocarriles, Museos, Biblioteca Nacional, Telégrafos, Teléfonos, Educación Pública. Los europeos, siempre eurocéntricos, la llamaron “La Suiza Centroamericana”: una Suiza que se ahogaba en calor, uniformada con severos trajes ingleses. Época de transatlánticos. De tarjetas postales, de granadinos y leoneses educándose en París o Londres, y una hamaca colgada entre dos tiempos: el apresurado del meridiano de Greenwich; y el pausado y tranquilo del indio en cuyo ignoto meridiano se posan los pájaros.

IV

Pero el proceso de democratización —desarrollado con mentalidad conservadora— no duró más que treinta años. El liberalismo traía en su programa la prisa (que después se llamó revolución) y con la prisa la inflación de las palabras. Las ideas se imponían con rifles. La libertad volvía a exigir la guillotina.

A su pecado original geológico, la nueva Metrópolis agregó un pecado capital: le dio la espalda al Lago y comenzó a crecer mirando alucinada el promontorio o cerro que se levanta en su centro: la Loma de Tiscapa. Allí se construyó un cuartel —juez y parte en todos los conflictos políticos— y luego, para completar el paisaje feudal, se edificó a la par la Casa Presidencial. Con tal aquilino hábitat no tardó en desarrollarse una dinastía de dictadores. Zelaya, Chamorro, los 3 Somozas, los 9 Sandinistas. Por eso, cuando el segundo y más devastador terremoto —en 1972— alguien escribió en un resto de una pared este:

Lamento Náhuatl

“Quin oc ca tlamati noyollo”

Hasta ahora lo comprende mi corazón.

Luché

toda la noche

(¡mira mis manos

hechas sangre!)

Luché
toda la noche
para salir de la tierra
¡Ay!
cuando ya fuera
me creí libre
miré en el muro
la efigie del tirano!

V

Un año después, huyendo de las ruinas deprimentes de mi ciudad, me fui a Italia; pero allí, como un “¡Quo Vadis!” al cobarde que huía, me salió al paso la voz de Pompeya. Quise evitarla, pero la similitud de las catástrofes me empujó a entrar a la ciudad víctima del Vesubio. En ella, cada calle, como una arqueología de Managua, resucitaba con nobleza romana nuestra destruida pobreza mestiza. Así, haciendo paralelos con los extremos de un vivir que llamamos latino, entré a Puerta Marina, una casa pompeyana convertida en museo. Pasé vista por multitud de objetos que usaba en su vida diaria el hombre de ese primer siglo de nuestra era y, de pronto, en un rincón, descubrí una presencia angustiosa. Es el cuerpo de un hombre en cuclillas que aprieta desesperadamente a su nariz un pañuelo. La garganta tensa, los ojos desorbitados dicen, sin palabras, que ese hombre murió y sigue muriendo de asfixia. En esa posición lo envolvió la lava. En esa posición lo recuperó la arqueología.

No puedo quitar los ojos de su impresionante suplicio y sobre los rasgos desesperados del panadero Plubio Próculo, mi memoria me coloca la fotografía de Braulio Carrillo, un zapatero de Managua, encontrado muerto bajo los escombros en análoga posición, con un trapo apretado a la nariz, asfixiado no por gas letal sino por el polvo.

La muerte borra siglos y nombres para entregarnos la “eterna historia” del hombre. Me imagino un diálogo entre Plubio y Braulio:

Plubio: Hermano, supongo que al progresar el mundo tú no tuviste mis dificultades. Que no viste llegar con angustia el vencimiento de los pagarés y la figura del tábano cobrador. Ni el descaro del rico ofre-

ciéndote perdonar tu deuda si le dabas a tu hija. Aquí los “honestiores” te subían el precio del pan y de la vivienda sin importarles tu vida. Aquí los “humiliores”, los pobres, tenemos un refrán: “vale más ser esclavo de rico, que ciudadano libre pobre”.

Braulio: Como tus plazos, mis plazos; y como tus tábanos, mis tábanos. También nosotros padecemos especuladores ricos usureros y especuladores pobres socialistas que inventaron la “inflación” para robar, sin dejar huellas, el salario del trabajador; también entre nosotros vale más ser criado de un coronel que jefe de un taller.

Plubio: ¿Y escribiste desesperado en la pared “¡Abajo la tiranía!” y el ojo del espía te vio y te cargaron de grillos en la cárcel?

Braulio: Escribí en la pared “¡Muera el Gobierno!” y un “oreja” me delató y me llevaron a culatazos a la chirona.

Plubio: En mi tierra conocimos la República —un nombre hermoso— pero se nos llenó de soldados que despojaban de sus tierras a los campesinos.

Braulio: ¡También nosotros elegimos la República, pero se nos llenó de soldados que devoran nuestro presupuesto y todo delito que cometen es premiado con indultos y amnistías!

Plubio: ¡Por Júpiter, hermano Braulio! ¡Pues no ha pasado el tiempo!

Colofón

La ciudad de Braulio —Managua, la hermana de Pompeya— se reconstruyó inventando un desconcertante urbanismo en fuga: toda la población huyó hacia su periferia por miedo al centro como si fuera un cráter. Largas distancias de calles y carreteras, unieron dispersos caseríos y barrios pobres de solemnidad, con barrios de pobreza menos solemne. A mayor riqueza más lejanía. Y así se edificó una ciudad excéntrica y sin sintaxis que debía producir en el país una política aberrante y, por contradicción, centralista. ¿Volverá Managua —la despedazada— a tener centro, a tener corazón, a ser cabeza pensante y no la cabeza parlante ofrecida en la bandeja de plata del Lago? Yo nací en ella, me enamora su paisaje. Me entristece su miseria. Y oigo la voz de:

Braulio: Hermano Plubio, Roma puede darse el lujo de tener ruinas. Para Roma la ruina es la historia de un imperio. Para Managua la ruina es la impotencia de la miseria. ¡Ruega —hermano Plubio— desde tu asfixia, por un pueblo de poetas que quiere rescatar la dignidad de su pobreza!

(Texto escrito a solicitud de la BBC de Londres
en mayo de 1994)

Post Scriptum en agosto del 2000

Seis años después. Te parecerá raro, hermano Plubio que, apenas seis años después, tenga que hablarte de una Managua completamente distinta que ha sufrido un cambio urbano radical. La Capital de hoy abandonó su viejo —su milenario— amor al Lago, y perdió de pronto su temeroso respeto a la Loma feudal —la Loma de Tiscapa, un volcán cuyo cráter es una laguna— residencia de sus gobiernos dictatoriales, para expandir su comercio y su actividad económica en la dirección completamente opuesta: subiendo a la Loma, bajando por su espalda y congregando todo el movimiento capitalino en una Broadway tropical y loca, en una calle vertical metida en tierra, opuesta a su historia, donde vemos surgir a diario grandes hoteles, bancos, comercios, restaurantes y una gran catedral nueva, la más reciente de América, todo surgiendo aprisa como si los escombros cobraran vida y huyeran de su pasado...

[Tomado de *El Pez y la Serpiente*, No. 50,
noviembre-diciembre, 2002, pp. 9-16]



Edificio del Ferrocarril (1941). Foto de A. Díaz F.



Inicio de la Avenida Bolívar. A la izquierda el Parque Central (1941).
Foto de A. Díaz F.

LA CAPITAL QUE HEMOS ANDADO NECESITANDO

Por Mario Cajina Vega

“MANAGUA en Managua” ha venido imponiéndose. Pero Managua es el problema; y la solución, la capital de Nicaragua, dos cosas divorciadas por geografía y por sensatez. ¿Una ciudad andamio, vacilante sobre su propia fosa? ¿O una metrópoli urbanística que irradie desde el centro del país?

Managua era una civilización contrahecha: un clima de infiernillo, un lago fecal, una loma feudal, unas calles insuficientes, un cinturón de hambre y una mística de nuevo rico. Conste que en este purgatorio a la medida amé, viví, perdí. Y sé que teñimos de nostalgia lo que tuvimos y lo que fuimos, forzándonos a restaurar aquel estado. Pretender “volver a ser como era” va, sin embargo, contra natura.

Managua ahora nos entrega su fatal realidad, enclaustrada por polvazales, batida en sus cimientos, con una desamparada infraestructura humana que agoniza (como héroes sin esperanza) en los barrios marginales, con una precaria infraestructura de servicios municipales como pavimentación, teléfonos y alcantarillados ya en la uña de los tractores, y con un remiendo o remedo de proyectos chapuceros que nos harán seguir pareciendo a mercachifles improvisando tenderetes. Su suelo no invita a otra cosa, y, aunque se sondeen sus vacíos en la caldera del Santiago, ahí está otra amenaza irguiéndose visiblemente en la costa; el Momotombo, cuya próxima y arrasadora erupción han pronosticado vulcanólogos franceses y argentinos. ¿O es que, ajeno a los temblores que quizá origina, sirve solo para fotos de turismo?

Padecemos la macrocefalia típica de las capitales hispanoamericanas. Ese fenómeno que congestionaba al rascacielo y a la mediagua, apretando a la tercera parte de la población total, mientras obligaba

al resto del país a alimentarla artificialmente, olvidándolo a su vez y remitiéndolo al crónico subdesarrollo provinciano. Un pulpo sin sangre. Señuelo de desheredados y espejo de millonarios, al improvisarla de nuevo, su carácter no cambiaría. El mismo calor, el mismo medio.

Y el futuro igual, con un terremoto olvidado latiendo en la superficie de las aceras o en la cúspide de un volcán. Convengamos: es nuestra última alternativa.

Managua, además de acusar estos defectos, sumaba otro: su situación parcial vecina sólo a un mar, el Pacífico. Guatemala, San Salvador, Tegucigalpa, San José de Costa Rica, están más o menos centradas. Managua, no. Nuestro comercio por el Pacífico resulta abundante con Japón, escuálido con Sudamérica, poco para California. El Atlántico nos trae la costa este de los Estados Unidos (la más cercana por el vuelco del Caribe) y toda Europa. La lata de sardina y el petróleo no cruzarían Panamá de ida y vuelta en el mismo barco que carga café, algodón y carne.

Es tiempo de visión, es minuto de ambiciones. Imaginación, ideas, invención de realidades que no están esperando, y no parálisis burguesa ni sordera mental apoyándose en lo mezquino y miope...

Existe una geografía posible para una capital habitable. Busquémosla en el centro de Nicaragua. Ahí, de cara a los alisios, entre gramales plácidos y clima de 600 a 900 metros, hay valles de cien leguas, lavados por los grandes ríos.

El paisaje nuevo, la sensación de pioneros, la seguridad de establecerse en el corazón de un triángulo nacional, atemperarían esta crisis traumática redimiéndola en actividad metódica, orgánica, y, en vez de devorarnos canibalescamente como hacíamos los managuas autóctonos y "hechizos", crearemos un nuevo espíritu, una cultura liberadora que también resolverá nuestras lacras institucionales.

Urbanismo racional, bulevares y alamedas, periferias humanamente integradas, un horizonte macizo y una tenacidad comunitaria, nos entregarían en los linderos del siglo XXI la capital que hemos andado necesitando. En Managua no envejeció una generación. No. Era un centro acomodaticio, crudo y feo, por una parte, y por otra, una chan-

faina novedosa, sin gran estilo. El aire acondicionado y el bus se tropezaban en cada esquina, el alquitrán y el zinc asaban la suela y el pelo; en los suburbios, el polvo y la puñalada. Es difícil declarar su amor a un cadáver tan manoseado. Su catástrofe nos da una nueva juventud histórica: el deseo, la necesidad de crear belleza y paz, la pureza de lo fuerte, la autenticidad de una obra hija de sí misma, y el olvido de lo suntuario y lo falso. “Vete a las praderas, joven, y crece con el país” urgía Horace Greeley a quienes conquistaron al Oeste. Estamos frente a nuestro territorio, que nos llama; caminémoslo, creando, salvándonos. La desnudez en que ahora vivimos es un símbolo renaciente, un alma muscular casi, una simplificación para vestir nuestra propia personalidad estrenando ciudad y ciudadanía.

Las carreteras principales existen ya. La fundación de la metrópoli abriría todo ese país que sólo vemos en el mapa y del cual no hemos tomado posesión real, cultivándolo, industrializándolo, ensanchándolo dentro de su novedad y su fertilidad intactas. No se trata de otra Brasilia. Brasilia es el espejismo de un experimento, aun para el continente brasileño; la trocha en automóvil demora una temeraria semana de aventura y gasolina; y el viaje por avión equivale a un vuelo transatlántico; las dos rutas aniquilan cualquier cuenta de gastos. Nosotros, no. En el vértice de los ríos Matagalpa y Tuma, eje del hábitat del futuro, estaremos a tres horas de cada mar. Con brazos de doscientos kilómetros apenas, se pueden tocar cada costa, cada frontera, cada pueblo, cada puerto. Y si es asunto de precios —y no de distancias— la etapa manufacturera de la Integración ya nos ha demostrado que lo mismo cuesta una yarda de manta, un aparejo, una chinela y un galón de aceite de cocina en Bluefields que en Nindirí o en Somoto que en Moyogalpa y Corinto. Producto centroamericano.

Integremos Nicaragua primero

Masaya no puede ser capital porque la afligen las mismas estrecheces semi-coloniales de Managua y sólo una ventaja: el Santiago es un volcán decapitado mientras que el Momotombo reventará por la cintura. León tampoco, por lo mismo que Granada (estos diferendos ya los discutimos después de la independencia.) A León y a Granada

los condenan igualmente el Cerro Negro y el Concepción. Que este litoral quede para el algodón, el ferrocarril y las iguanas, devolviéndole un desarrollo autónomo a sus cabeceras departamentales. El “corredor del Pacífico” ya no da más de sí.

Al centro, pues. ¿Por qué no?

Dice Dávila Bolaños, que según su etimología, Xolotlán significa “lugar de Xolotl”, el dios Chorotega de los sacrificios humanos, y tiene por altar el Momotombo. Una etimología no es una profecía. Pero tres terremotos, que nos han puesto de rodillas, y una erupción pendiente, que nos sepultará, sí. Y al fin y al cabo somos una raza doblemente itinerante, por el indio que vino desde Teotihuacán dejando ciudades de paso, por el español que cruzó un mar para encontrarse otro.

Cambiamos el mito de Managua por la mística de una capital. Alisemos los malitates, entonces. Y alejémonos del reino de esta deidad, que ya nos ha desollado vivos, hacia el siglo Veintiuno.

[Tomado de *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, 2^a. Época, tomo LIII, mayo, 2002, pp. 99-102]



Fuente del Parque Central de Managua (1940). Foto de A. Díaz F.



MANAGUA Y SUS PRIMERAS INDUSTRIAS

Por Alberto Vogl Baldizón

SER Capital de la República y estar al mismo tiempo en una zona privilegiada, por inusitados recursos naturales, provocó en Managua un crecimiento apresurado que aprovechó todo lo que tenía a mano para lograrlo. Los nuevos finqueros de café en las Sierras, los ricos ganaderos en la planicie de Tipitapa, las casas comerciales que se trasladaban desde León, las dependencias del gobierno y sus empleados, y todos aquellos que esperaban mejorar su situación en la capital, hallaron vivienda y acomodo. El material de construcción estaba en los bosques llenos de madera, en la arcilla para ladrillos y tejas, en la inagotable arena del cerro Motastepe, en la tierra para hacer adobes, en las minas de canteras de Acahualinca y de Montoyita, barrio que se llamó antes La Pedrera; cal, que se traía de San Rafael del Sur, y caña brava que suplía Masaya.

Convertir estos elementos brutos en materiales de construcción no fue una tarea de titanes, sino el asiduo trabajo de hormigas. El viejo Emilio Pereira puso el aserrío La Veloz, y una asociación erigió otro aserrío donde estuvo la iglesia El Redentor. Pero la mayor parte de la madera usada fue la aserrada a mano en el campo. Al botar un árbol, los aserradores labran una cara a la troza y la montan sobre una armazón de varas gruesas rollizas; con un lienzo entintado marcan las rayas del corte de la sierra larga, uno arriba sobre la troza y otro abajo: suben y bajan la hoja de acero dentada.

En las lomas arcillosas, camino a Jiloá, surgieron ladrillerías y tejeras con sus hornos. Los fabricantes de adobes hallaron la tierra apropiada en casi todas partes, sólo tenían que conseguir briznas de zacate o palma y llevar sus hormas. Los pedreros necesitaban barras bien afiladas y había herreros hábiles con fraguas, yunques y mazos. Con admirable destreza intercalaban un pedazo de tubo entre las puntas

gastadas; entonces no se conocía la soldadura eléctrica. Innumerables carretas de cama y de cajón de volquete transportaban los materiales brutos o listos y éstas se hacían con madera de la región, sobre todo las pesadas ruedas labradas de una sola pieza, de genízaro o guanacaste. Del extranjero sólo venían los tubos para los ejes y las platinas de hierro para las llantas. El comercio ofrecía clavos, tornillos, bisagras, cerraduras y todas las herramientas necesarias. También se importaron vidrios para ventanas. Las láminas de zinc para techos no tuvieron aceptación para las casas de habitación, por el ruido que causaba la lluvia en ellas; fueron usadas en talleres, bodegas y, sobre todo, en los edificios en las haciendas de café, que servían para recoger el agua de lluvia.

Industrias en Managua

Las primeras industrias de Managua fueron las indicadas para alistar los materiales de construcción. Nacieron las erecciones que caracterizaron a la vieja Managua: el Campo de Marte, residencia del Presidente de la República; la muralla de La Loma, imitando o ejemplo para el Coyotepe de Masaya; la Penitenciaría, con paredes de adobe de dos varas de grueso; la Casa del Gobierno, un amplísimo salón de altas paredes de taquezal y mediaguas al poniente.

Al construirse el primer Palacio Nacional, el Banco lo ocupó como bodega y sus empleados hicieron en el vasto patio una cancha de tenis, y entonces se llamó el Tenis del Banco.

Floreció la industria artesanal: ebanistería, talabartería, zapatería, costurería, y se recuerda que el maestro sastre Mejía vestía a los presidentes.

Un día, en el año 1885, llegó el ferrocarril a Managua. Se fundó la Escuela de Artes: un gran taller provisto de grandes herramientas mecánicas, como tornos, taladros, cepilladoras, fraguas, yunques, prensas y un sinnúmero de herramientas manuales. La gente sencilla acudía al modesto taller mecánico del genio Cupertino Fonseca. La instalación de la Planta Eléctrica y de la Empresa Aguadora dieron a Managua el carácter de una ciudad moderna, confirmado también por los coches jalados por dos caballos. Los coches venían en piezas

y se armaban aquí. Gente adinerada que gustaba aparentar, pedía las grandes sillas mecedoras, llamadas "vienesas", aunque no vinieran de la ciudad del vals, de madera rolliza, con el asiento, respaldo y descansapies tejido de junco. También venían en piezas sueltas y se armaban aquí. La fábrica de hielo fue la sensación del siglo.

Durante la Primera Guerra Mundial (1914/1918) y años siguientes, escasearon o desaparecieron algunos artículos importados y se recurrió a la fabricación casera o nacional. Sobresalieron los cuñados Porfirio Solórzano y Toño Cabrera, casados con las hermanas Marín, que formaron los laboratorios SOLKA, de justa fama. Los que habían echado de menos la cerveza importada, fundaron la Cervecería. La falta de cigarrillos indujo a Carlos Meniccuci a poner una fábrica de cigarrillos, que creció como un gigante. La fábrica de jabón La Fama, de Felipe R. Lau, llenó una necesidad imperiosa. Carlos Heuberger instaló la más moderna tipografía de entonces. Tino Pereira y Eugenio Lang, cada uno para sí, pusieron una fábrica de zapatos y botas, negocio al que agregaron más tarde la importación de otros artículos. Los ladrillos de cemento se traían de León, donde se inició su elaboración, pero nacieron prensas también en Managua. Aquí se ocupó ya el cemento para construcciones. El terremoto de 1931 halló tres edificios de cemento armado, que eran la Casa Pellas con el Club Terraza, el Banco Caley Dagnall, casi enfrente, y una casa de dos pisos, de los Cabrera, en la Avenida Bolívar. También se empleó cemento para cimentar la tenebrosa cárcel El Hormiguero, frente a la entrada al Campo de Marte.

En el período entre las dos guerras mundiales, Nicaragua sufrió la pesada usurpación yanqui de sus más productivas empresas nacionales: la Aduana, el Banco y el Ferrocarril. Marineros americanos vigilaban y guardaban el orden. Cuando murió el presidente Diego Manuel Chamorro, lo reemplazó el vicepresidente Martínez, apodado el "Indio Bartolo", quien, bien intencionado, reunió gente proba para formar un gobierno bipartita, saliendo electos como presidente el conservador Carlos Solórzano y como vicepresidente el liberal Juan Bautista Sacasa. Cuando Solórzano asumió el poder, se fueron los yanquis, liberando los bienes embargados. Las esperanzas de bonanza

en Nicaragua se elevaron, pero Emiliano Chamorro, el azote de Nicaragua, aprovechó el chance: asaltó La Loma, botó a Solórzano y persiguió con saña a Sacasa, quien se le escapó. Se levantó guerrilla liberal: Parajón, Sequeira, Moncada, Sandino. Desembarcaron los yanquis otra vez. Moncada se vendió a los yanquis, lo que provocó la heroica gesta de Sandino. Nadie se animó a invertir capital, mucho menos aún se arriesgaban los extranjeros. En las empresas estatales o municipales se suspendió la leña como combustible, reemplazándola con aceite crudo o motores diesel. Al subir Moncada a la presidencia, gozando de su traición, trajo los implementos para la fabricación de grandes tubos de cemento que se usaron en la canalización de Managua. Nació la "chibolería" (gaseosas) Gil, llamada así por la bolita que bailaba en una ranura en el cuello de la botella y que servía de tapón. El constructor de los ferrocarriles, Julio Wiest, fundó el taller mecánico y de fundición "Sajonia", muy solicitado, porque sus técnicos iban a ver la falla, mientras que a la Escuela de Artes había que llevar la máquina entera.

Sucedió el terremoto de 1931, seguido por un devastador incendio que paralizó la vida industrial de la ciudad destruida y quemada. Por suerte, las instalaciones vitales, la Aguadora, que pocos años antes había sido trasladada a la laguna de Asososca, y la Planta Eléctrica, sólo habían perdido los conductos de distribución. La fábrica de hielo, el ferrocarril y la cervecería no sufrieron daños. Ante una sugerencia de trasladar la capital a Masaya, la reconstrucción empezó inmediatamente, esta vez con mucho hierro, derroche de cemento y descartando los adobes. Se le dio preferencia a la construcción de taquezal. Aquel Managua de tal vez ochenta mil almas, en pocos meses surgió rejuvenecido.

El notable arquitecto Dambach, quien había edificado un barrio de bonitas casas en la orilla del lago, con una pintoresca entrada semejante a la de una ciudad medieval y que resistió indemne al terremoto, fue contratado por el gobierno para erigir el nuevo Palacio Nacional y una Casa Presidencial. Para asegurarse el suplemento de cemento y también para abaratar su costo, Dambach fundó una fábrica de cemento en San Rafael del Sur, que continuamente fue aumentada en su

capacidad. Para la mezcla del concreto, se usaba la grava colorada traída del cerrito a la entrada de "Las Piedrecitas". No era lo más indicado y también pronto se acabaría el cerrito. Cuando el gran aluvión del año 1924 obligó al ferrocarril a abandonar la ruta por Asososca y tomar la de Miraflores, dejó los rieles hasta Batahola, de donde se proveía de piedras basálticas. El gobierno instaló ahí una buena trituradora de piedras y prohibió sacar más grava del cerrito.

Alfredo Altamirano erigió la lujosa Funeraria la Corona. Mientras el ejército de Sandino combatía a los *marines* y a la Guardia Nacional, Moncada edificó en La Loma su casa presidencial al estilo moro o árabe, y pavimentaba Managua. Nicaragua vegetaba apenas. La gente laboriosa se dedicó, como antes, a la industria artesanal para consumo local en modestos talleres con pocos ayudantes. J. Manuel Rigüero estableció una fábrica de helados, pero los sorbetes de La Hormiga de Oro fueron los preferidos. Los carpinteros fabricaron "hieleras" que competían ventajosamente con las importadas.

Se fueron los yanquis, derrotados por Sandino, dejando a la Guardia Nacional jefada por Somoza, más malvado que todos ellos. Sandino se fío de Sacasa, y fue asesinado por Somoza, quien botó también a Sacasa y tomó posesión de lo que desde entonces consideró su hacienda: Nicaragua. La desconfianza del capital seguía latente. Sólo empresas americanas de expansión mundial como la Coca Cola, la Pepsi, la Canada Dry se establecieron también en Managua. Y vino la Segunda Guerra Mundial, con las restricciones en la importación. Hubo otra vez que aliviar escasez y suplir faltantes. Se instaló una reencauchadora de llantas, y Hasbani ofrecía vender una batería de carro reconstruida, si le entregaban la vieja. También nació la Fosforera Momotombo y Enrique Luna fundó la fábrica de Camas Luna, que creció a importancia centroamericana.

Los Estados Unidos costearon o financiaron a Nicaragua la construcción de la carretera Panamericana a través del país, como lo hicieron en todo Centroamérica. Con potentes artefactos motorizados se emparejaron las carreteras de tierra desde la vía pavimentada hasta Matagalpa, Jinotega, Estelí y Marcelino Vargas, con sus buses y camiones de carga, unió a estos pueblos con la capital.

La creación de la Oficina de Control de Cambios alertó al pueblo y la primera devaluación del córdoba a dos por un dólar fue un golpe inesperado. Toda mercancía importada subió inmediatamente de precio, el valor de la propiedad se fue ajustando, pero los salarios quedaron estáticos. Un edicto del gobierno ordenó que las deudas en dólares se cancelarían con córdobas demeritados a la par.

En el año 1941, los Estados Unidos se vieron obligados a entrar en la guerra, y Somoza los siguió dócilmente. Los bienes de los alemanes fueron decomisados y subastados. El córdoba fue rebajado a cinco por un dólar. Nicaragua aguantó sumisamente los daños.

En 1945 se vislumbró la paz mundial. Ante el temor de más devaluación del córdoba, los tenedores de esta moneda procuraron invertirla en valores permanentes, y así nacieron los barrios de Monseñor Lezcano, Altagracia y Bolonia. Los señores Morzica e ¡caza fundaron la Aceitera Corona; Carlos Pasos y Gadala María instalaron telares, invitando a los agricultores a sembrar ajonjolí o algodón.

La exposición de Artes e Industrias de 1949

En el año 1949, Managua tenía según un rótulo puesto a la entrada de la ciudad: 272,000 habitantes. En este año, la Junta Nacional de Turismo organizó una Exposición de Artes e Industrias en Managua. Ahí mostraron 75 expositores, de los cuales cinco no eran de la capital; sus productos se pueden definir, según su índole, de la siguiente manera:

3 stands	artículos de arte, adornos, cuadros, carteras, bolsos, fajas.
10 stands	ropa y trajes de mujer.
7	“ útiles de casa.
9	“ jabones y cosméticos.
4	“ muebles.
3	“ juguetes.
3	“ medicinas.
3	“ embotelladoras de gaseosas.
2	“ rones y licores.
2	“ telares.

- 2 “ sastrerías.
- 2 “ salsas y conservas.
- 2 “ talleres mecánicos.
- 1 “ cigarrillos.
- 1 “ Fosforera Momotombo.
- 1 “ tapicería.
- 1 “ funeraria.

De las viejas instituciones industriales estaban presentes: la Cervecería, Laboratorios Solka, Jabonería La Fama, Tabacalera Nacional, Canada Dry, Camas Luna, Fosforera Momotombo, Taller Escuela de Artes, Helados Rigüero, Cementera, Funeraria Corona, Telar Gadala María.

Al año siguiente, en 1950, estalló la fiebre del algodón y contagió todas las actividades de Nicaragua. Enseguida hubo hasta siete desmotadores en Managua, con bodegas y oficinas, y cuatro formuladoras de insecticidas, que se trasladaron a otros departamentos cuando ya no se cultivó algodón aquí. La Aceitera Corona trajo grandes equipos para prensar semilla de algodón y alistó enormes bodegas. Las firmas distribuidoras de tractores erigieron amplios talleres para armarios y repararlos. En Tipitapa se estableció la Metasa, un complejo para estructuras e instalaciones metálicas, que continuamente ha aumentado sus posibilidades de mayores obras. Los barrios de Monseñor Lezcano, Altagracia y Bolonia fueron sobrepasados. Se hizo el Mercado Oriental. Las construcciones urbanas siguieron por el Gancho de Caminos, el extenso barrio Rigüero, conectando con la Colonia Centroamérica. Por la salida norte, surgieron las colonias Santa Rosa, Bello Horizonte, Portezuelo. Hacia el poniente llegaron los nuevos barrios hasta al pie de la Cuesta del Plomo, donde se erigió la Refinería, importantísima institución, conectada por un conducto de aceite crudo con el puerto especial llamado Somoza, dotada con una red de distribución de los múltiples derivados del petróleo, prácticamente empacados. En la misma zona, al lado norte de la carretera, se estableció la fábrica de insecticidas Mercasa, cuyo producto principal es el Toxafeno. Para hacerlo necesitan sal común y brea que sacaban de los incontables troncos de pino que quedaron en los vastos ocotales del norte, saqueados por los *trusts* madereros

norteamericanos.

La Plywood, sobre el río Tipitapa, fue una utilísima proveedora de material de madera lisa, como láminas enchapadas de todo grueso, puertas de varios anchos con sus marcos, y hasta las medias cañas consideradas deshechos se emplearon en artísticos forros. Las trozas de madera provenientes de la ribera chontaleña del lago Cocibolca, se traían jaladas, flotando sobre el lago y el río Tipitapa. El rey de las maderas, Carlos Morales Orozco, instaló en Portezuelo el complejo más grande y moderno para aserrar y elaborar madera. Habilitaba a los terratenientes de las regiones conectadas con Managua por carreteras o por vía acuática (Tipitapa) para los cortes de madera.

A un lado de la carretera, antes de llegar a Tipitapa quedó la fábrica de pegamentos Borden. La fábrica de pinturas Kativo, que también hace la pega Resistol, se quedó en la carretera norte, mientras la Pintura Sur escogió un lugar en la carretera a Masaya. Nicalit, la fabricante de láminas para techo de asbesto cemento, se asentó cerca de Batahola. Varias fábricas de bloques de cemento y de ladrillos se levantaron en los barrios fuera del centro. En las cercanías de Jiloá, donde se hacen las tejas y ladrillos de barro, se hornaron también bloques para paredes de barro, preferidos por muchos contratistas por ser más livianos.

Los tubos metálicos de cañería se reemplazaron mejor con tubos y accesorios PVC de Eniplast de sus plantas CASA, en la carretera norte, y TUCSA en la carretera nueva a León. Las nuevas industrias se ubicaron cerca de las carreteras, lejos de la estrechez de los viejos barrios. Grandes fábricas, la de Productos Atmosféricos, de Azulejos, de Artículos Sanitarios, la Siemens que instaló los teléfonos automáticos, se asentaron en campo abierto en la carretera norte. Otras empresas se sintieron reducidas en el centro de Managua y se trasladaron a amplio lugar sobre las carreteras. Así lo hicieron la SOLKA, la Tabacalera Nacional, la Cordelería San Luis, la Perforadora de Pozos Benard, los talleres de la Nicaragua Machinery Co., Camas Luna, Laboratorios Rarpe.

La industria de construcción se aceleraba año con año. Acometió la formación de grandes colonias de habitaciones como la Colonia Centroamérica, Bello Horizonte, Ciudad Satélite Asososca, Linda

Vista, Ciudad Jardín, y se atrevió a armar rascacielos: la Casa F. & C. Reyes, el Banco Central y el Banco de América. Para los indispensables complementos de ventanas, persianas y otros, hubo no menos de siete fábricas que importaban aluminio y vidrios. Se trajo material plástico para hacer miles de objetos para uso fabril, doméstico, agrícola y empaque de comestibles. Aquí se destacan la Polimer y Eniplast.

La fábrica de clavos y alambres —INCA— quedó en Masaya. El comercio importaba bisagras, tornillos, cerraduras y otros accesorios. Numerosos talleres de fundición, reparación, enderezado y soldadura mantenían las maquinarias, vehículos y otros enseres, en servicio. Para artículos de papel estaba la Comercial Papelera S.A., COMPASA.

Para 1972, la población de Managua se había triplicado con respecto a la del año 1950 y su extensión había aumentado más de diez veces, aunque quedaba mucho lugar vacío entre los barrios. Esta gente requería alimentos, vestidos, atención médica, transportes, diversiones y, sobre todo, trabajo para ganarse la vida. Los mercados San Miguel y Oriental suplían la comida básica, ayudados por las pulperías. El Matadero IFAGAN repartía carne a todas esas “ventas”. Las pasteurizadoras La Completa, la Perfecta y La Selecta ofrecían productos lácteos, y la Nestlé los mismos productos, más refinados. Pinolillo, cereales, café molido salían de El Caracol, de El Mejor; las pastas de El Globo, los helados de la Eskimo, la gran panadería era el León Dorado, y la galletería Nabisco Cristal no tenía una rival que se le acercara, lo mismo la confitería Chipirul.

Estaban todas las marcas mundiales de “Cocas” muchas bebidas embotelladas nacionales. Nació una nueva Cervecería: La Toña. En los supermercados La Colonia, Centroamérica, Redentor y Ciudad Jardín se conseguían todos los productos envasados, enlatados o embotellados en Nicaragua.

La industria que más se desarrolló en Managua fue la industria textil. A aquellos dos establecimientos que existieron en la feria de 1949, se agregaron los extensos telares de Nicatex, Fanatex, Nicarao, Telasa, Tricotextil, Hilanica, Texnica, todas situadas sobre la carretera norte. A los telares hay que agregar los fabricantes de ropa como Enaves,

pantalones Loredo, ropa El Triunfo, El Cacique, Saija, Jeans Trucks, Kikatex, Trajes S.A., Sastrería Fletes, Infantiles Evelin, La Venus. Aquí entran también la Casa de los Encajes y Las Tres "F".

Se estableció la fábrica de calzado Rolter, la Manica o Sandak, la Cecalsa y muchísimos talleres de maestros zapateros.

Managua parecía una ciudad llena de vida, a pesar de que sufría, como toda Nicaragua, el más descarado pillaje, que duraba ya treinta y seis años. La miseria empujaba a muchos a buscar mejor suerte en la capital, y las más de las veces encontraba peores condiciones. Para erigir y mantener su organización de rapiña, los Somoza se rodearon de gente de su misma catadura moral. Ladrones de levita, hampones y asesinos de quepis y caqui, sicarios sin entrañas y engendros con sotana de cura. Su sistema para gobernar eran la regla de las tres "P": Al amigo, plata; al renuente, palo; el enemigo, plomo. Ese día, el 23 de diciembre de 1972, Managua tenía trabajo. Se cosechaba el café, el algodón y la caña. Pero Managua sufrió un terremoto. El centro quedó destruido y se quemó. Todas las industrias establecidas fuera de la ciudad, quedaron intactas, la reconstrucción sería ahora más fácil. Pero Somoza vio el chance de cometer el robo más grande del siglo: robó el centro de Managua. Prohibió su reconstrucción, lo cercó con alambre de púas y ofreció lotes en terrenos adyacentes a Managua, de los cuales se había apoderado. Su plan no tuvo el éxito que él esperaba. La reconstrucción surgió en los grandes vacíos, entre los barrios existentes.

La alegre Managua había perdido sus escuelas, hospitales y asientos de autoridades. Las oficinas públicas y gubernamentales se instalaron en buenas casas en los barrios, la industria de la construcción organizada entró en actividad. El gobierno erigió el Centro Cívico para alojar a las autoridades estatales y municipales, pero el pueblo estaba harto de sufrir robos. Recordaba que de la gran ayuda prestada por países de todas partes del mundo, sólo logró la repartida por los propios donantes. La lucha por la libertad recrudeció.



II.

PLUMA INVITADA



Frank Orozco: "Guerrillero anónimo" (1984) Escultura en hierro (9 m), en la plazoleta frente al extinto Teatro González. Managua. Foto de Mauricio Orozco. Cortesía de *La Prensa*.

ANÁLISIS SOCIOSEMIÓTICO DE DIRECCIONES MANAGÜENSES

Por Karl Ille

TENIENDO en cuenta que tanto la producción como la recepción de textos y discursos están relacionadas con su correspondiente campo referencial y son determinadas por representaciones mentales cultural y socialmente compartidas, el presente trabajo intenta describir, desde un punto de vista socio semiótico, un corpus de 180 textos de direcciones, que fueron recogidos en la capital de Nicaragua en el transcurso del año 1991. Obtenidos éstos a través de entrevistas directas con la población managüense, los textos reflejan no sólo un sistema de orientación local y el nivel de planificación urbana de las zonas de su extracción, sino también las diferencias sociales con respecto a la organización de los signos lingüísticos y su selección paradigmática. Es por esto, que se justifican los puntos iniciales del presente análisis, que esbozan las condiciones locales de orientación en el campo extralingüístico y presentan el perfil social de las personas entrevistadas, sobre las cuales se basa la muestra aleatoria de esta investigación.

Hasta el día de hoy la topografía de Managua, así como toda una serie de acontecimientos históricos, ha determinado el sistema de orientación en esta ciudad. La capital nicaragüense se encuentra “de espaldas” a las orillas del lago Xolotlán, constituyendo este último una delimitación natural de la extensión de la ciudad en el norte, la cual no está sujeta al cambio histórico y, por ende, ofrece propiedades excelentes para servir como objeto referencial en la orientación. En el sur de la zona del antiguo centro de Managua, que conservaba su estructura hasta el terremoto de 1972, se localizan la colina de la Loma de Tiscapa y las estribaciones de las Sierras de Managua, presentando éstas otro fenómeno topográfico de relevancia con respecto al sistema de orientación local. Puesto que ambos fenómenos posibilitan un

anclaje topográfico del eje norte-sur, influyen de manera sensible en la organización semiótica de la localización y en la designación de los puntos cardinales que se tratarán en uno de los párrafos siguientes. Desde un punto de vista histórico hay que enfatizar la introducción tardía e incompleta de una nomenclatura en Managua y, aún más, el cambio continuo de la misma, causado por razones de índole política.

Este hecho, la elevada tasa de analfabetismo en el pasado y, finalmente, el sismo del año 1972, que destruyó por completo el centro con su red de calles y avenidas relativamente bien denominadas, crearon las condiciones cruciales que sellaron la supervivencia de un sistema de orientación urbana, que está arraigado en la cultura autóctona oral, basándose no en la nomenclatura de la red vial de esta ciudad, sino en puntos de referencia y en los puntos cardinales. Los resultados de la transformación semiótica y lingüística de este sistema de orientación, se encuentran no sólo en la cultura oral de Managua con sus frecuentes textos de descripción de itinerarios, sino que aparecen también, de forma cristalizada, en textos de dirección escritos. Estos se caracterizan precisamente por su ruptura con la "clásica" lista como principio de organización textual y por su incorporación de elementos rudimentarios de textos de descripción de itinerarios. El hecho que los 180 textos de dirección fueran demandados y formulados oralmente, favoreció indudablemente la frecuencia de estos elementos rudimentarios en el corpus, dado que en zonas planificadas de Managua existen también variantes escritas de textos de dirección formados por una lista auténtica. Para obtener un corpus de textos representativos, entrevisté a 180 personas con domicilio en varios asentamientos espontáneos, barrios y zonas residenciales de Managua, clasificando éstos sociológicamente según datos brindados en el trabajo esmerado de Loyman/Carmona, publicado en el año 1985.

Del conjunto de la muestra de 180 personas, treinta y una (equivalente al 17.3%) provenían de asentamientos espontáneos (San Sebastián, San José, Escombros de San Antonio), setenta y siete (42.7%) de barrios antiguos (Santa Ana, Monseñor Lezcano, El Carmen, Martha Quezada), cuarenta y ocho (26.7%) de barrios populares planificados (Villa Venezuela, Dinamarca), dieciséis (8.9%) de zonas residenciales (Altamira D'Este, Bosques de Altamira) y ocho (4.4%)

de residenciales suntuarias (Bolonia, Las Colinas) Esta distribución socio geográfica de los domicilios y sujetos entrevistados favorece la representatividad de la muestra en cuanto a las notables diferencias sociales que rigen entre los diferentes repartos de la ciudad. Cabe destacar que en la presente muestra, las diferencias socio geográficas mencionadas influyeron sobre todo en el tipo de texto, mientras que el perfil social de los entrevistados determinó en principio la selección paradigmática de los signos. El párrafo dedicado a este aspecto brindará informaciones más detalladas en cuanto a tal interdependencia.

Dado que el censo de 1982 no fue llevado a cabo, resultó imposible comparar los datos de la muestra aleatoria del presente trabajo con datos estadísticos actuales sobre el conjunto de la población managüense. Por eso se conocerá su representatividad solamente a partir de estimaciones basadas en datos generales del pasado y datos económicos recientes. La muestra misma está estructurada con base a 6 criterios de agrupamiento y constituida por 23 subgrupos, equivalentes a 23 variables independientes, cuya cuantificación esboza el siguiente perfil social y político de la población entrevistada:

Sexo:

- a) 50.6% masculino b) 49.4% femenino.

Edad:

- a) 17.8% 0-15 años b) 31.1% 16-30 años
c) 25.0% 31-45 años d) 14.4% 46-60 años
e) 11.7% más de 60 años.

Tiempo de residir en Managua:

- a) 60.0% siempre b) 31.7% más de 5 años
c) 8.3% menos de 5 años

Formación escolar:

- a) 12.8% ninguna b) 43.3% primaria
c) 32.8% secundaria d) 11.1% universitaria

Oficio:

- a) 37.8% sin trabajo b) 18.3% trabajo doméstico
c) 8.9% pequeños comerciantes ambulantes
d) 11.1% obreros e) 15.6% empleados
f) 8.3% profesionales independientes

Preferencia política:

- a) 41.1% simpatizantes del Frente Sandinista
- b) 25.0% simpatizantes de la UNO
- c) 33.9% sin preferencia

En cuanto a la representatividad de esta muestra aleatoria, hay que subrayar que ésta presenta diferencias respecto a estimaciones y datos recientes, resultando así sobre representados los hombres, los ancianos, así como las personas con formación universitaria, mientras que los pequeños comerciantes ambulantes se encuentran notablemente sobre presentados. A las personas entrevistadas les pregunté su dirección exacta y les pedí que brindaran informaciones sobre la nomenclatura y su referencia histórica, tanto del reparto, como de la vía o del andén de su domicilio, además que designaran los restantes puntos cardinales y definieran finalmente los conceptos “cuadra”, “arriba” y “abajo”. Agrupando tanto las variantes paradigmáticas con identidad referencial en los textos, como las respuestas a las preguntas antes mencionadas, obtuve 30 variables dependientes que fueron entrelazadas con las 23 independientes según el test de significancia elaborado por Pearson. Se discutirán, en el momento oportuno, los resultados de la aplicación de este test estandarizado.

Antes de abordar los problemas teóricos y prácticos en cuanto a la clasificación de los textos de dirección managüenses y nicaragüenses en general, quisiera presentar los 5 textos siguientes que contienen todos los principios de composición textual del corpus (identificado por k) y, por ende, pueden ser considerados como textos modelo:

- (1) “Distrito dos, San Sebastián: Del Cine Blanco tre(s) cuadras arriba, dos al lago, casa minifalda de color azul, número quiniento(s) cuatro” (V_{1a})
- (2) Barrio Democracia o Héroes y Mártire(s) de Batahola: Frente al MINVAH, contiguo a la embajada yanque – tené(s) que preguntar por mi casa” (V_{1b})
- (3) “Bosques de Altamira: Casa número cuatrocientos dieciséis(s) (V₂)
- (4) “Colonia Villa Venezuela, antes América(s) cuatro: Andén sei(s) Francisco León Gutiérrez Lacayo, casa número mil doscientos noventa y uno”(V_{3a})

- (5) “Barrio Cristo del Rosario, sector Rafael Cabrera: quinta calle noroeste, entre cuarta y quinta avenida – después(s) preguntar”
(V_{3b})

Lo único que todos los textos citados tienen en común es su principio de composición según el criterio referencial de la constancia espacial; es decir, que la secuencia de la información corresponde a principios de la restricción espacial progresiva, y de la inclusión del espacio referencial de una unidad informativa en cada una de las unidades precedentes. Esta restricción progresiva de un macro espacio hacia un micro espacio es precisamente lo que, por un lado, forma el carácter parcialmente icónico de estos textos, y, por otro lado, constituye su coherencia. Esta coherencia semántica basada en el campo referencial nos permite considerar también como “textos” los textos de dirección en forma de lista (ejemplos V₂ y V_{3a}), a pesar de la ausencia total de cualquier cohesión gramatical. Los dos ejemplos primeros de la presente colección de modelos textuales (V_{1a} y V_{1b}) incorporan las ya mencionadas formas de descripción de itinerarios y, con éstos, necesariamente, unos elementos de cohesión sintáctica y gramatical. La especialidad de estos ejemplos reside en el hecho de que ellos transcriben el sistema de orientación que se basa en uno o más puntos de referencia, estableciendo el primer ejemplo V_{1a} una relación direccional y el segundo V_{1b} relaciones locativas entre los puntos de referencia y el objeto (domicilio) que debe ser localizado. Los últimos ejemplos V_{3a} y V_{3b} se refieren a diferentes sistemas de nomenclatura managüense y sustituyen los puntos de referencia por una vía denominada, cuya restricción espacial se realiza por su segmentación en base a un sistema de numeración o de intersección de dos transversales.

Cabe mencionar aquí que, fuera del presente corpus, esta restricción se verifica también a través de un sistema de metrificación, obteniendo así segmentos como, por ejemplo, los bien conocidos kilómetros de las carreteras Sur, Norte y Masaya. El modelo textual escrito interfiere sensiblemente en los textos orales que reproducen muchas veces la forma de lista. Todos los textos presentan esta dialéctica sumamente interesante entre los principios del escrito y los del hablado. Sólo la explícita instrucción adicional de iniciar otro acto del habla

en los ejemplos V_{1b} y V_{3b} [“tené(s) que preguntar por mi casa”, “después(s) preguntar”] que reconoce el fracaso de la función del propio texto de dirección, trata de emanciparse de los modelos escritos. Hay que señalar que los textos fracasan, no por falta de coherencia o cohesión, sino por falta de una realidad extra lingüística suficientemente distinguible, sea la existencia de una numeración u otro rasgo distintivo de la casa que debe ser identificada. A veces, la descripción de la casa o su entorno intenta reemplazar la numeración, creando formulaciones como “una casa con verjas negras a mano derecha” (K₁₃₂) o “una casa con un chagüital y un palo de mango y un palo de chile” (K₁₁₁). Se sobrentiende que estas indicaciones encierran a menudo una secuencia de informaciones que, en la mayoría de los casos, está constituida por restricciones especiales que corresponden a designaciones del distrito, del barrio, del sector, uno o más puntos de referencia, la descripción de un itinerario y finalmente a la de la casa que debe ser localizada. A continuación se presentarán las particularidades cruciales de la realización paradigmática de las diferentes funciones de estos textos.

Tal vez una de las cuestiones semióticas más estimulantes, a saber la organización de un mundo posible a través de los signos disponibles, se transcribe perfectamente en las realizaciones paradigmáticas en competencia dentro de una determinada comunidad lingüística. Presuponiendo una identidad referencial en unos momentos de su trabajo colectivo de designación, estamos en condiciones de denominar “sinonimia referencial”, en un sentido amplio, todos los signos o combinaciones de éstos que se refieren, pese a diferencias semánticas, a un objeto extra lingüístico idéntico. En el presente corpus esta sinonimia referencial se produce ante todo en las diferentes designaciones de los barrios, repartos, puntos de referencia y puntos cardinales, las cuales serán analizadas en los párrafos siguientes.

En cuanto a la designación de barrios y repartos, que en la mayoría de los casos constituye la ya descrita primera restricción espacial en los textos, se verificó una oposición entre un empleo de signos provenientes de la nomenclatura sandinista y los de origen presandinista. Así, se encuentra en el corpus una identificación referencial entre las antiguas designaciones “Barrio Frixione”, así como “Barrio Maldito”,

y la innovación sandinista “Barrio Julio Buitrago”. Asimismo, hay que definir como identidad extra lingüística la relación establecida por ejemplo entre la designación de “Barrio de Barrios” y la de “Barrio Martha Quezada” (K₁₄₀₋₁₄₃), o la oposición entre el “Barrio El Carmen” y el “Barrio William Díaz Romero” (K₀₄₉₋₀₅₃), así como la de “Américas Cuatro” y “Villa Venezuela” (K₀₀₁₋₀₃₃). A pesar del hecho de que en varios ejemplos el uso de la nomenclatura sandinista, que se refiere esencialmente a los “héroes y mártires de la revolución sandinista” estaba vinculada a una preferencia política sandinista, la muestra no ha podido verificar ninguna asociación de significancia estadística entre la variable de primera designación y la de preferencia política. Contrastando con las intervenciones en la nomenclatura en cuanto a las vías y andenes, el cambio sandinista parece haber sido aceptado aquí por sectores de la población de opinión política divergente. La variable (“oficio” determinaba, en cambio, la primera selección, con una significancia de $p = .0011$, dado que por ejemplo una tasa sobre representada, es decir el 50.0% del total de las denominaciones presandinistas, proviene del grupo de los profesionales independientes, pese a que éstos forman solamente un 15.6% del conjunto de la muestra.

Cabe añadir que el campo en el cual influía la preferencia política con una significación de $p = .0049$, junto a la edad ($p = .0013$) y al oficio ($p = .0002$), fue el de la semántica y de los conocimientos históricos respecto a las diferentes denominaciones. Mientras los conocimientos biográficos e históricos en relación con los nombres de sandinistas caídos se mostraban, como era de esperar, mucho más profundos dentro del grupo de preferencia política sandinista, la historia de las antiguas denominaciones la sabían mucho mejor los ancianos y los representantes de profesionales independientes. De los datos recogidos puede deducirse, además, que en Managua existe un uso de denominaciones en gran parte dessemantizadas que, sin embargo, cumple su función designativa y que contrasta con el que permite la reactivación de un adecuado almacenamiento semántico anterior. Se sobrentiende que sólo en el segundo caso la nomenclatura está en condiciones de desempeñar uno de sus papeles culturalmente más valiosos, el de servir como espejo de la memoria colectiva.

Los puntos de referencia que se encuentran en abundancia en los

textos de direcciones managüenses sirven como *relatum* en una descripción locativa (“frente a x”, “contiguo a x”), y como punto de partida de un itinerario constante en su variante direccional (“de x”, “de donde fue x”). En Managua, todos los objetos de importancia social pueden servir como tales: hospitales, colegios, mercados, tiendas, restaurantes etcétera. Una de las particularidades de los puntos de referencia managüenses reside en el hecho que muchos de ellos ya no son identificables con objetos perceptibles, sino con lugares donde se encontraron una vez estos objetos en el pasado. Un punto de referencia, como el que se encuentra en el texto “Frente a donde fue la mansión Teodolinda” (K₁₃₉), establece por ende un estado del pasado para anclar la organización orientadora, comprobando que estos puntos funcionan como instituciones sociales de una impresionante resistencia histórica, cuyo acceso requiere conocimiento del aspecto urbano de varios períodos. Presuponiendo éstos, la comunidad lingüística managüense, por un lado, mantiene una conciencia histórica respecto al pasado, pero excluye, por otro lado, en un primer momento a las personas que carecen de los mencionados conocimientos históricos, obligándolas a entrar en comunicación inmediata con esta comunidad.

En cuanto a la competencia que rige entre diferentes designaciones para un mismo punto de referencia, provocando una vasta sinonimia referencial, llama mucho la atención las oposiciones que reflejan las diferencias políticas. Así, se establecen oposiciones en el corpus entre las designaciones como “Estadio Nacional” (K₀₇₁), “Estadio Somoza” (K₀₇₁), “Estadio Sandino” (K₀₇₀) y “Estadio Rigoberto López Pérez” (K₀₇₃). La muestra revela igualmente una identidad referencial entre los ejemplos “Central Sandinista de Trabajadores” (K₀₇₄), “la CST” (K₀₇₂), “Casa del Obrero” (K₀₇₁) y “Casa del Obrero Sandinista” (K₀₇₃). El último ejemplo documenta las interferencias que existen a veces entre las denominaciones politizadas de origen somocista y sandinista. Curiosamente, y pese a muchas vinculaciones evidentes, la estadística no ha podido comprobar aquí tampoco una asociación directa entre la variable de preferencia política y la selección de una u otra designación. Lo que interfería, con una alta probabilidad de $p = .0058$, fue el tiempo que llevaban residiendo en Managua los entrevistados. Las personas que nacieron y

residieron siempre en Managua constituyen el grupo sobre representado de la muestra respecto a la selección de las designaciones presandinistas. Los conocimientos históricos en cuanto a los objetos y su denominación fueron determinados por los factores “edad” con una certeza de $p = .0000$, “oficio” con una alta probabilidad de $p = .0005$ y “preferencia política” con una igualmente alta significación de $p = .0009$. En la muestra, se repitió prácticamente la misma distribución de las sobre y subrepresentaciones de los diferentes grupos que ya fueron descritas en la parte anterior, motivo por el cual no será expuesta aquí de manera más detallada.

Sin duda alguna, el esbozo de un itinerario constante imaginario forma la parte más interesante de los textos de direcciones managüenses. Siendo su producción ya una anticipación dialéctica de su recepción, estos textos le ofrecen al receptor la perspectiva de un caminante imaginario, empleando hasta elementos deícticos primarios que, como los ejemplos “a mano derecha” o “a mano izquierda”, presuponen precisa y solamente la “origo” de este caminante. La distancia que hay que recorrer se define a través de referencias a objetos bien receptibles, tales como “cuadras” o “andenes”, o bien a unidades abstractas de metrificación, representadas por los signos “vara” o “metro”. A veces los entrevistados empleaban estos signos con una función sinonímica, como lo sugiere el ejemplo siguiente:

(K₀₆₄) “Villa Venezuela, antes América(s) cuatro: Del Iván Montenegro cuatrociento(s) metro(s) arriba, quince varas al sur”

Además, la muestra ha revelado datos significantes con respecto a la selección de los signos “metro” y “vara”, determinada por los factores “sexo” ($p = .0459$) y “formación escolar” ($p = .0274$) Las personas entrevistadas de sexo masculino y de formación escolar superior preferían el uso del signo “metro”, mientras que las personas sin formación escolar o solamente con formación primaria mostraban una preferencia por el signo “vara”. Aquí se verificó hasta una continua correlación negativa entre la formación escolar y el empleo de este signo: cuanto mejor era la formación escolar, tanto más se reducía también la frecuencia de esta unidad léxica.

En cuanto a la designación de los puntos cardinales, la evaluación de la presente muestra ha podido comprobar la coexistencia de siete

subsistemas diferentes, cuya tipología tiene el aspecto siguiente:

Variantes con referencia topográfica

(T ₁)	al lago – a la montaña/arriba – abajo	(11.7%)
(T ₂)	al lago – al sur/arriba – abajo	(70.0%)
(T ₃)	al lago – al sur/al este – al oeste	(10.0%)
(T ₄)	abajo – arriba/al este – al oeste	(1.1%)

Variantes sin referencia topográfica

(T ₅)	arriba – abajo/al este – al oeste	(0.5%)
(T ₆)	al norte – al sur/arriba – abajo	(5.0%)
(T ₇)	al norte – al sur/al este – al oeste	(1.7%)

Los resultados con respecto a la frecuencia de estos subsistemas, expresados por los correspondientes porcentajes, comprueban que no menos de un 91.7% de los entrevistados anclaba la representación de la cruz de los cuatro puntos cardinales en el lago Xolotlán, aprovechando su favorable posición topográfica. Además, la tipología de la organización lingüística respecto a los cuatro rumbos despeja una sinonimia referencial altamente codificada que rige entre los signos “lago” y “norte”, así como entre los de “arriba” y “este” y, por fin, entre los de “abajo” y “oeste”. La secuencia T₄ y T₅ que sugieren relaciones sinonímicas adicionales, carecen de una amplia codificación, motivo por el cual tienen que ser consideradas de forma diferente. Según la muestra, el empleo de la variante T₁ que muestra la mayor referencia topográfica corre el peligro de perderse.

Esto resulta de un análisis de la influencia de la variable independiente “edad” en su frecuencia, cuya significancia fue relevada con un alto valor de $p = .0026$. Mientras que ninguna de las personas del primer grupo de edad (0-15 años) empleaba esta variante, más de un 50% de su evidencia se verificó en los dos últimos grupos que abarcan a las personas de más de 46 años. La selección de la variante T₂ por un 70% de la población entrevistada, comprueba que ésta constituye el subsistema más popular en Managua, sustituyendo la desestabilizada referencia topográfica meridional (“montaña”) por una variante más abstracta. Según lo que reveló la aplicación del test de Pearson, el uso de esta variante fue determinado por los factores “formación escolar” ($p = .0137$) y “oficio” ($p = .0055$), mostrando una subrepresentación marcada de personas con formación secun-

daria y universitaria, así como empleados y profesionales independientes. Resulta claramente de las frecuencias que la secuencia del tipo T₁, a la que todavía se había referido Carlos Mántica para exponer las denominaciones de los puntos cardinales en Managua, ya no puede servir de modelo popular managuense. Sin embargo, la representación del eje este-oeste por los antónimos “arriba-abajo” sigue siendo la más popular en esta ciudad, como lo comprueba su existencia en las dos variantes más frecuentes T₁ y T₂. Como lo ha demostrado Pablo Antonio Cuadra, ese empleo de los signos “arriba” y “abajo” en función direccional entorpece incluso su uso como interjecciones en el habla nicaraguense. Desde un punto de vista lingüístico, la antonimia que designa el eje este-oeste representa nada más que el resto semiótico de una designación originalmente metonímica, que indicaba un presunto movimiento del sol en vez del lugar donde parecía efectuarse el mismo. Está documentado que la mencionada designación metonímica ya la conocían los indígenas niquiranos, que en la región pacífica representaban la cultura dominante de origen nahua en el momento de la invasión española. Fue precisamente un sacerdote niquirano de edad avanzada quien explicó en el año 1528 el significado metonímico de “arriba”, contestando una de las preguntas del padre español Francisco de Bobadilla de la siguiente manera: “Donde el sol sale, llamamos nosotros arriba”.

Sabemos hoy que los puntos cardinales no sólo formaron parte de la cultura orientadora de los nahuas, sino estructuraron también sus concepciones cosmológicas en cuanto al presunto aspecto de la tierra y del universo mismo. De esta manera, los cuatro puntos cardinales reaparecen en ilustraciones nahuas de la tierra y de los cuatro paraísos. Ellos estructuraron igualmente el dibujo de la cruz con cuatro puntos equidistantes, la cual simbolizaba a Tlaloc, deidad nahua de las aguas y de los fenómenos atmosféricos. Su símbolo que había antecedido a la cruz cristiana en Mesoamérica, ha sido localizado también en Nicaragua, agregándose así a los descubrimientos de representaciones de Ehecatl, dios nahua de los vientos, que reproducen los mismos puntos cardinales. Es de ahí y de la bien documentada hegemonía cultural y económica que ejercieron los nahuas sobre otras tribus, de donde podemos deducir que tanto la importancia, como la

omnipresencia de los puntos cardinales en el actual sistema de orientación managüense, se inscriben en una larga tradición de cultura autóctona nicaragüense con elementos indígenas nahuas.

Regresando a la tipología de las diferentes secuencias de signos, cabe interpretar las restantes combinaciones a partir de la variante T₃. Esta última secuencia muestra una designación del eje norte-sur en sintonía con la mayoría de la población managüense, refiriéndose al “lago”, mientras que la del eje este-oeste corresponde al comportamiento lingüístico minoritario. La secuencia T₄ intenta reinterpretar los significados de “arriba” y “abajo” en un sentido concreto de verticalidad, designando así exitosamente el declive topográfico de Managua en el eje norte-sur. La variante T₅ (arriba-abajo/este-oeste) puede interpretarse como la expresión de la representación mental de un mapa imaginario que identifica el norte con la parte superior del mismo. La misma secuencia corresponde además a una equivocación respecto a la identificación del eje norte-sur y el de este-oeste que sigue perviviendo entre los managüenses, y que parece basarse en la confusión entre la ubicación (este. oeste) y el destino (norte, sur) de las Carreteras Norte y Sur en la zona central de Managua. La secuencia T₆ se limita a reproducir las variantes populares en cuanto al eje este-oeste, conllevando los correspondientes signos “arriba” y “abajo”. Las combinaciones del tipo T₇ constituyen finalmente el modelo de designación más abstracto, cuyo empleo fue determinado de nuevo por las variables “formación escolar” ($p = .0170$) y “oficio” ($p = .0088$)

Las personas de formación universitaria aportaron un 66.7% del total de los casos de empleo de este modelo, mientras que ninguna de las personas sin formación escolar o solamente con formación primaria seleccionó el mencionado tipo de secuencia. Además, este modelo fue elegido exclusivamente por empleados y profesionales independientes, por lo cual llegamos a la conclusión que forma parte de un comportamiento lingüístico elitista. Lo que la muestra ha podido revelar es, entonces, un conflicto escondido entre las secuencias T₂ y T₇, en el que se manifiesta una estrategia de demarcación lingüística por parte de una élite innovadora managüense que contrasta con el comportamiento lingüístico tradicional de las clases populares de esta ciudad.

Resulta sumamente interesante discutir las diferentes definiciones

brindadas por los managüenses, después de haber sido confrontados con las unidades léxicas “cuadra”, “arriba” y “abajo”, que en la mayoría de los casos ya habían aparecido en los textos de direcciones. En cuanto al significado de la unidad polisémica “cuadra”, contrastaban las definiciones que se referían a un significado s_1 , es decir, a la medida americana; con las que intentaban exponer un significado s_2 , es decir: la distancia, lógicamente variable, que se extiende entre dos intersecciones en la red vial. A veces la polisemia de este elemento léxico provocaba una confusión entre los dos significados, de tal manera que unos entrevistados sostenían que todas las cuadras perceptibles medían 100 varas o que eso valía por lo menos para el viejo Managua. Respecto a la definición de la medida, había cualquier cantidad de indicaciones divergentes: “5 ó 6 metros” (K₀₈₉), “10 metros cuadrados” (K₁₀₁), “30 varas” (K₁₂₁), “100 varas” (K₀₉₅), “100 metros” (K₁₄₃), “120 varas” (K₀₉₂) y, finalmente, “500 metros” (K₁₃₅) Estas divergencias comprueban que el significado s_1 no tiene ningún valor práctico en el sistema de orientación managüense. Las definiciones del significado s_2 abarcaban unas variantes abstractas como “un espacio sin intersección” (K₁₅₅) y muchas variantes deícticas que, sin contexto extra lingüístico, no posibilitan ninguna decodificación adecuada, tales como “todo e(s)te lado ha(s)ta la e(s)quina” (K 178) o “de e(s)te palo en la e(s)quina ha(s)ta la otra e(s)quina” (K 146) Interfirió el factor “formación escolar” en la selección, con una significancia de $p = .0067$, definiendo los dos primeros grupos de la muestra como la mayor fuente de las informaciones deícticas.

En cuanto a la definición de los elementos léxicos “arriba” y “abajo”, la muestra ha podido comprobar que, mientras una mayoría clara los identificaba con los puntos cardinales “este” y “oeste” y con “ascenso” y “descenso” respectivamente, solamente una pequeña minoría de 8.9% del conjunto de los entrevistados conocía la etimología de estos antónimos y su referencia a la salida y puesta del sol. La variable “edad” determinaba con un valor de certeza de $p = .0000$ las respuestas: mientras el primer grupo de edad no ofrecía ninguna de las explicaciones etimológicas, el último grupo (más de 60 años) daba no menos de 11 de las 16 referencias documentadas. Influyeron en las respuestas también los factores “formación escolar” ($p = .0102$) y

“oficio” ($p = .0012$) Un 15.0% de los entrevistados trataba de reinterpretar los antónimos, buscando una nueva referencia a un presunto declive del eje este-oeste, lo cual carece de cualquier equivalencia topográfica en el mundo extra lingüístico. A medida que los managüenses usan los signos “arriba” y “abajo” con un significado parcialmente desemantizado, corren el riesgo de exponerse a falsas reinterpretaciones semánticas. Cabe añadir que en el ejemplo concreto la pérdida de los conocimientos etimológicos significa además una pérdida cultural de una parte del patrimonio indígena nicaragüense.

Constituyendo la primera investigación empírica sobre la organización semiótica y lingüística de las direcciones en Managua, el presente trabajo ha podido demostrar que la composición de los textos de direcciones managüenses, en base a puntos de referencia e itinerarios, obedece a principios icónicos de secuencia fácilmente adquiribles, y que éstos son compartidos por todos los grupos sociales de Managua, determinando así un tipo de texto que forma parte de la cultura local. Contrastando con lo general, que es la difusión social de estos principios de composición, el léxico utilizado en estos textos denota diferencias de índole sociolingüística, que expresan esencialmente un conflicto entre las tradiciones lingüísticas populares con sus elementos arcaicos e indígenas y las innovaciones brindadas por una élite social managüense. Este conflicto se transcribe además en las valorizaciones recíprocas, en cuanto al empleo de los diferentes subsistemas por parte de los representantes de los grupos opuestos: mientras los representantes de variantes populares califican el comportamiento lingüístico innovador de la élite managüense como una actitud no auténtica (“sólo los extranjeros le dicen ‘norte’” (K₀₈₄), esta última, a veces, califica las realizaciones populares hasta de “práctica de analfabetos” (K₁₅₇) A pesar de estas divergencias socioculturales, que existen en todas las sociedades heterogéneas, los textos en base a puntos de referencia e itinerarios constantes contienen tantos rasgos comunes, que ha resultado fácil describir su autenticidad cultural. Encontrar esta valiosa autenticidad local en un mundo progresivamente uniformizado, significa trasladarse a una verdadera “mina de oro semiótica”, cuya exploración sigue siendo uno de los futuros retos científicos más fascinantes.



III.

EL TERREMOTO DEL 23 DE DICIEMBRE DE 1972



Managua en 1970. Foto aérea de Ulrico Richter. Cortesía de la Dirección de Patrimonio Histórico Municipal.



UN ENSAYO DEL JUICIO FINAL

Por Horacio Ruiz

NO hubo un ángel que avisara a nadie. Aquella madrugada del 23 de diciembre de 1972, la capital de Nicaragua era una ciudad moderna, común y corriente, con un balance, pudiéramos decir, normal de vicios y virtudes.

Si bien es cierto que muchos de sus habitantes bailaban continuamente, alrededor de los becerros de oro, también es cierto que predominaba en esas horas el afán de celebrar una vez más la llegada del Mesías.

Si bien es cierto que los incensarios al poderoso atosigaban, como todos los días, a los mismos que los balanceaban y que las cajas registradoras habían tintineado furiosamente todo el día, la piedad navideña y el antiguo sentimiento de hermandad, habían predominado también en las últimas horas de la ciudad condenada.

No tenía por qué haber en el ambiente la inminencia del fuego del cielo. Y, sin embargo, media hora después de la media noche, el soplo pestilente, de todo lo malo que hay sobre la tierra azotó a los habitantes de Managua, y los dejó temblorosos, a la espera del Juicio. Por lo menos una estatua de sal había caído.

Por horas y horas, después de la sacudida, los habitantes de Managua bien podrían, sin que se les tildara de locos, haber aguzado el oído a la espera de la trompeta. Si realmente habrá algún día del juicio este fue el ensayo final.

En esa madrugada y los días que siguieron todos y cada uno de los 400.000 habitantes de Managua saborearon la muerte con plenitud. Millares no volvieron a levantarse. Los que sobrevivieron vivirán siempre con la sensación de que algo propio, algo vivo de cada quien, también fue sepultado con la ciudad.

La experiencia más angustiosa

Millares vieron los techos doblarse sobre sus cabezas; las paredes explotar, las torres doblarse y sintieron el polvo exprimiéndole las gargantas. O un peso sobrehumano invitándolos a rendirse para siempre. Algunos, lejos del centro del cataclismo, se lanzaron de los lechos en una actitud más o menos rutinaria, de quien se dispone a capear un temblor más; solo que extraordinariamente fuerte.

En las horas que siguieron, todos en la cómoda habitación o en la choza marginada, iban a pasar por las experiencias milenarias de Pompeya y Acahualinca, juntas. Horas después de aquel sacudimiento brutal, los habitantes de Managua iban a vivir la experiencia más angustiosa que un ser humano puede experimentar. La ruina; el fuego, las tinieblas, la sed, el hambre, el saqueo y el caos habían puesto sitio a la ciudad. Imposible será a las generaciones futuras imaginar lo que vivimos los habitantes de Managua el 23 de diciembre de 1972. En la guerra, la destrucción llega cuando todos han huido o se han refugiado. Es una desgracia prevista. En un huracán los primeros vientos soplan advirtiendo con relativa suavidad. En los grandes incendios se puede huir. En un terremoto como el del 23 de diciembre de 1972 en Managua, todos sus 400,000 habitantes fueron repentinamente lanzados a un foso de angustia total. Al miedo del momento se sumaba el miedo del futuro. En segundos, todo se había convertido en nada.

En todos los rumbos de la ciudad, el que había escapado, corría hacia la calle sobre la tierra ondulante. Allí esperaba azorado que terminara aquel baile mortal con la naturaleza. El gran temblor tuvo su formidable clímax y se extendió por segundos interminables en una agitación febril; en un vaivén intenso y sostenido de las grandes nubes de humo. Por todas partes, la gente que había sido sorprendida en el centro por la conmoción, o se unía a los grupos que trataban de liberar a la gente atrapada, o emprendía el camino a sus casas, al trote, a la carrera.

Muchos hombres suplicaban, llorando, a los que trataban de avanzar en sus vehículos, que los adelantaran un poco hacia sus casas. Hacia el cielo de Managua subía una terrible sinfonía de gritos, gemidos y llamados de auxilio que podía oírse fácilmente por todas partes.

Al crujido formidable del desplome de millares de estructuras, siguió ese gemido humano gigantesco que llenaba todo el aire y era transportado, en un sonido terrible, hacia todas partes.

La muerte: cosa común

Los nombres de las primeras personas muertas conocidas empezaron a surgir. Se sabía que había perecido fulano o zutano. Lo habían visto sepultado entre los escombros. Poco a poco, fueron surgiendo más nombres. Una madre llorando la muerte de su hijo del que nadie parecía tener interés en consolarla. En las primeras horas, la idea de personas muertas pareció limitada, porque la información sobre las miles de víctimas circulaba lentamente. Dos horas después del gran temblor, un nombre u otro nombre, la mención de esta o aquella persona que había perecido, vino perdiendo, poco a poco, relevancia.

La idea de la muerte se acomodó en las mentes de los habitantes de Managua y el fallecimiento de alguien vino a ser sólo un detalle de un gigantesco cuadro, una cifra unida a la gran mortandad. Muchas personas trataron de avanzar hacia el centro de la ciudad y regresaron al no poder encontrar paso. Unos a otros se informaban que la destrucción y la mortandad había sido enormes, pero la imagen total, completa, de lo que había pasado, todavía seguía siendo limitada para todos.

Unos contaban que tal sector había sido arrasado. Otros decían lo mismo de otras zonas de la ciudad. Pero iba a ser hasta el amanecer que todos los habitantes de Managua pudieran darse cuenta de la magnitud del desastre que estaban viviendo.

A eso de las 2 de la mañana, el segundo gran temblor se abatió sobre la ciudad. Fue una remecida intensísima, que obligó a millares de personas a abrazarse unas a otras; a aferrarse a árboles, y postes para no caer. Las hojas de los árboles sonaban en lo alto sacudidas con furia. Fue un momento en que comenzó la vida al aire libre. Millares de sobrevivientes sacaron camas portátiles, colchones y sillas de toda clase para pasar una larga temporada en las aceras y calles.

A esta altura, dos meses después, muchos siguen viviendo en las mismas condiciones.

El fuego

Como a las 3 de la mañana, los primeros resplandores del fuego iluminaron el cielo de Managua. Fue un amanecer tétrico, adelantado por la tragedia. La luna había empezado a opacarse y la inmensa llamarada fue aumentando y aumentando. Algún tiempo después de haber aparecido en el cielo de Managua el fuego dio la impresión de que avanzaría sobre toda la ciudad y consumiría sus escombros.

Los capitalinos se sentían cada vez más acorralados por la terrible serie de sucesos que se habían desencadenado. En medio de esta situación, que iba en un aumento terrible de tragedia, el fuego, a pesar que amenazaba con exterminar todo, pareció ya ser cosa secundaria, para los capitalinos. La destrucción sufrida era por sí, suficiente desgracia. Haber escapado de la muerte permitía soportar mejor la amenaza de las llamas. Entonces circularon las noticias de que el gigantesco incendio no podía ser apagado, ni se podía intentar apagarlo siquiera porque todo el equipo de bomberos estaba aplastado.

Poco a poco, los habitantes de Managua fueron sumando, mentalmente, su desgracia; no se podía circular; no había agua; los alimentos estaban escasos; en medio de la oscuridad de la noche, los primeros hampones en busca de cosas fáciles que robar, empezaban a aparecer; los teléfonos estaban muertos; todos los servicios de electricidad, luz, refrigeración, habían desaparecido.

En horas, el habitante de Managua se sintió transportado de la comodidad de su cama, poco antes, a una situación infernal. Se sentía la sensación de un espantoso aislamiento, no sólo con el país, sino con el mundo entero.

Millares de nicaragüenses hubieran sentido un regocijo inmenso de oír una voz fortalecedora y que les diera ánimo a través de sus radios de transistores. La banda era recorrida innecesariamente de un lado a otro en busca de una voz amiga, pero sin resultados. Nunca un núcleo de población tan aterrorizado se había sentido tan solo.

Velas y funerales

Por todas partes, cuando casi iba a amanecer y los incendios parecía ser una sola hoguera de toda Managua, los cadáveres de perso-

nas que pudieron ser localizadas e identificadas empezaron a llegar a las casas de los familiares más cercanos o de los únicos familiares que tenían un lugar donde realizar una vela. En las cuadras donde las casas habían quedado en estado más o menos aceptables, poco a poco se fueron recibiendo cadáveres, para un tributo rápido. La magnitud de la mortandad vino haciéndose más clara. Los capitalinos, sin embargo, no estaban sino entrando solamente en aquel túnel de horrores.

Poco antes de que saliera el sol, el número de heridos había sobrepasado la capacidad que tenían los patios del hospital "El Retiro" y seguían amontonándose. Se había agotado el plasma: se había agotado la sangre; las farmacias de los hospitales se habían destruido y no se podía entrar en ellas en busca de medicinas. Todas las farmacias de Managua habían sido destruidas, también.

De pronto todos los caminos se cerraban a la población de 400,000 habitantes. El agua empezó a escasear y la gente se aferraba a pequeños recipientes en que había quedado un poco.

El amanecer

Una nueva escasez surgió al llegar la luz de la mañana: no había ataúdes. Difícilmente puede recibirse, en medio de una desgracia natural, una noticia tan impresionante: ¡No hay en qué enterrar a la gente! A las 6 de la mañana del 23, los niños empezaron a circular de nuevo. Era una agitación febril de ir y venir. Se iba a un lugar en busca de personas conocidas, familiares, amigos para ver cómo habían salido del desastre. La frase "se acabó Managua" empezó a decirse por todas partes con profunda emoción, resentimiento, cólera y un espantoso sentimiento de que no había nada que hacer.

En dirección al hospital "El Retiro", sobre la avenida que lleva directamente a él, todas las casas, a ambos lados de la calle, se habían convertido en una formidable masa de tejas, reglas, barro y ladrillos. Había secciones enteras que los temblores convirtieron en montones de material pobre de construcción. Muchas personas simplemente estaban sentadas en aquellos montones de tierra y piedras, con la cabeza hundida en el pecho y el pelo cubierto de polvo como que hubieran encanecido de la noche a la mañana.

A las orillas de las aceras, bultos cubiertos con sábanas formaban filas. El viento de la mañana soplaba y levantaba ligeramente el velo sobre los rostros de ancianas, niños, hombres y mujeres.

El gran dominó

Se preguntaba por fulano o por zutano. Una vecina le decía a la otra: "Ahí quedaron"... Era el anuncio de que tal o cual persona estaba tan profunda bajo los escombros que no habría manera de sacarla de allí. Las casas eran su sepultura definitiva. Las dimensiones de desastre podían palpase en la zona residencial de Bolonia, donde muros, techos, paredes enteras armadas para residencias sólidas, o estaban desmoronadas o presentaban innumerables grietas.

El Reformatorio de Menores, una estructura rectangular, se había deslizado de oeste a este, y parecía un enorme cepillo de los que se usaban antaño para "raspar" hielo.

Circulando alrededor de Managua, por el sur se podía llegar hasta las colonias del sector oriental. En Bello Horizonte, los techos se deslizaron todos hacia el centro de las casas, en una sola dirección, casi matemática. El reparto entero daba la impresión de un enorme juego de dominó que hubiera sido revuelto por una sola mano, para empezar a ordenar las piezas.

Algunos derrumbes resultaban espectáculos sobrecogedores, por sí solos.

En la calle "27 de Mayo", pasando por filas y filas de casas derrumbadas, se llegaba hasta el viejo edificio donde estuvo el Seguro Social, cuyos cuatro pisos habían ido a reposar en toda su extensión sobre la avenida, como el mazo de un naípe. Desde la Calle Colón, la gran loza que coronaba el nuevo edificio administrativo del Seguro Social, frente al cementerio San Pedro, sacaba una punta amenazante, en dirección a la plaza.

Avionetas y humo

De pronto, un ruido distinto, desusado en esos momentos, surgió en el cielo. Una avioneta blanca sobrevolaba la ciudad. No era nada más que el primer vuelo de reconocimiento que realizaba un piloto,

pero el ruido trajo un poco de satisfacción. Hasta ese momento, los habitantes de Managua habían tenido la sensación de haber sido cortados de toda comunicación y cercados para el exterminio final, como en el juicio. No era nada más que una avioneta, pero en aquel momento resultaba una señal de vida, una como ilusión de que los managuas teníamos comunicación con algo, por insignificante que era, y que ese algo estaba separado de aquel panorama desolado y terrible.

El transporte vino a ser la otra gran pesadilla y el peor presentimiento. Si se agota el agua, ¿cómo ir a buscarla? Si hay comida y agua en otro lugar, ¿cómo ir en busca de ella? Si se presenta una emergencia con un familiar en esta situación, ¿cómo transportarlo? Pero eso no es todo: si se logra transportar a un familiar en estado de emergencia, ¿a dónde llevarlo? Y si se logra llevar, ¿a quién encargarle su atención? Y si se logra encontrar quién lo atienda, ¿con qué materiales va a hacerlo esa persona?

Será mejor salir de Managua... Pero, ¿a dónde? Y, sobre todo, ¿con qué gasolina? Las preguntas sin solución iban en una progresión espantosa, y todas terminaban en una situación negativa, cerrada, sin solución.

Vino después la otra escasez: el dinero. Las dos gasolineras que abrieron en Managua, operadas manualmente, consumieron junto con algunas compras urgentes de alimentos, el dinero del bolsillo de los nicaragüenses. Había amanecido viernes y la gente pensaba retirar fondos de los bancos ese día, para los gastos finales de Navidad. Pero todas las sucursales bancarias estaban destruidas. Cómo prepararse para una hambruna si no hay dinero, no hay transporte, ni hay dónde comprar nada. Todas las necesidades esenciales de los habitantes de Managua parecían no tener solución. Managua había sido no sólo destruida totalmente, sino también lanzada en un limbo de terrible impotencia como una grave invitación a la desesperación.

Se cayó todo, todo...

Circulando alrededor de la loma de Tiscapa, centro del poder por medio siglo en Nicaragua, costó un poco a los capitalinos empezar a notar que aún ese lugar que ha infundido temor por décadas, había

sido arrollado también por el cataclismo.

Lo más impresionante: la torreta de "La Curva" rodó en la aguda pendiente de Tiscapa, hasta llegar a las aguas de la laguna. Algo increíble: todo un torreón de poderoso concreto, de dimensiones considerables, había sido cortado como la cúspide de un queque de bodas y... simplemente ya no estaba.

"Se cayó todo... todo"... Era la frase más común. Amistades y conocidos empezaron a cruzarse en la calle. "¿Cómo te fue?"... era la pregunta. "Perdí todo", la invariable respuesta.

Era una actitud extraña la que corría por las mentes aquella mañana del 23 de diciembre, al comenzar el sol a calentar fuerte.

Cuando a un capitalino le decían "Se cayó todo Managua, está destruida totalmente", la mente operaba con una reacción psicológica muy peculiar; ante una verdad que la afectaba muy profundamente, la mente se cierra, sólo acepta una parte de esa realidad. A veces la persona no acepta esa realidad, y sigue actuando momentáneamente como si todo fuera falso.

Cada capitalino se hizo su propia imagen de la destrucción cuando le dijeron que "Managua estaba destruida". Un razonamiento algo así como: "Pueda ser que se haya destruido tal o cual cosa, pero es imposible que haya caído tal cosa".

En realidad, la destrucción no podía ser más total, como todos sabemos ahora, cuando Managua se ha convertido en un pequeño pueblo por el que pasa la Carretera Panamericana junto a un montón de ruinas.

De Sur a Norte

De sur a norte, no hubo excepciones. El gran temblor, concentrado en "el hueco" de Managua, no discriminó. Naturalmente, toda la ciudad era un espectáculo horroroso. Pero algunos puntos destacaban más que otros. Puntos en los que el abatimiento de edificios de negocios y residencias, hoteles, oficinas, había sido más brutal.

Es difícil que dos edificios hayan caído tan rotundamente como el del antiguo Seguro Social, ya mencionado, y el de la Aduana. Este último simplemente se comprimió contra el suelo como un acordeón

enorme. Pareció sufrir una presión tan intensa de arriba hacia abajo, que había quedado a ras del suelo.

Era también impresionante el sector de Candelaria. En esta zona, las viejas edificaciones, muchas de dos pisos, se lanzaron a descansar sobre las aceras, y se unieron con los primeros bordes de antigua tierra y piedra de su construcción.

Pero no era sólo eso. Los conductores de vehículos luchaban por seguir en la lenta caravana que remontaba la vieja Calle de Candelaria, esa mañana del 23 y dentro y fuera de esos vehículos había absurdas actitudes, sólo justificadas por las dimensiones de la catástrofe.

Las calles de Managua, de por sí estrechas, se habían convertido en pequeños caminitos, por donde difícilmente pasaban los vehículos. Personas desconocidas se quedaban mirando entre sí con sonrisas apenas dibujadas. Eran expresiones casi ridículas.

La solemnidad de toda aquella destrucción era sobrepasada por un esfuerzo de comunicación colectivo. Pero en realidad no había nada que decirse. La frase “viste la destrucción, qué barbaridad” fue corriente y constante.

La destrucción de Managua era tan completa, tan absoluta, tan total, que comentar en aquel momento sobre lo que había pasado, era tan absurdo como hablar con uno mismo. Nadie había escapado. Por momentos, la población entera parecía ser parte de los millones y millones de pedazos de escombros que quedaron regados a lo largo de cuadras y cuadras.

San Sebastián fue sector impresionante. El gran temblor demolió con brutal especialidad todo lo que había en veinte manzanas de ese barrio. Casas de construcción moderna fueron barridas junto con antiguas edificaciones, en una forma conmovedora.

Desde esta zona, viendo hacia el sur de Managua el pequeño declive de la ciudad permitía presenciar el espectáculo completo de la zona occidental de la ciudad destruida. En los primeros momentos, la vista era limitada. En todas las avenidas, los escombros habían alcanzado a ser promontorios grandes en el centro de la calle. Más tarde, cuando se hizo un poco de limpieza, bastaba un vistazo para darse cuenta de lo total de la destrucción.

Quienes se hicieron la ilusión de que el centro de Managua con sus

edificaciones modernas iba a resistir aquel gigantesco sacudimiento, pronto iban a notar que a los edificios de las dos avenidas principales les había ocurrido exactamente lo mismo.

Sobre las calles de las avenidas en que había edificios más viejos, tierra, piedras, varas y ladrillos. Sobre las avenidas principales vidrio, concreto y bloque regados. En este desastre, todo material había sido tratado con la misma vara. Otro edificio que reposaba entero sobre la avenida era el de los "Sagrados Corazones". Por todas partes, enormes cascarones de lo que habían sido casas, como huevos podridos y quemados, se sostenían débilmente.

Roperos, camas, sillas y muchos otros muebles permanecían volteados en medio de la armazón simple de tres paredes.

"Matadero cinco"

Recorrer Managua aquella mañana temprano del 23 de diciembre, era como surgir a la manera del héroe de la película "Matadero cinco" de un refugio subterráneo después de un ataque aéreo de saturación, en Dresde.

No había nada que hacer. Nada había quedado en pie. Lo peor había ocurrido. La ciudad no existía. Simbólicamente, el arrasamiento de aquella población era "el fin del mundo". El protagonista de la célebre película decide, entonces, divagar y revisar su vida de atrás para adelante, imaginándose qué cosa puede esperarle.

Su máximo esfuerzo mental lo lleva a la fantasía de un mundo astral, donde vive feliz bajo un pequeño "igloo" ideal sin dolores ni necesidades materiales o espirituales.

Es seguro que muchos capitalinos desearon en esa mañana tremenda escapar a un lugar ideal, donde no hubiera terremotos. En Managua había ocurrido el fin del mundo.

Como coincidencia puede señalarse que muchos capitalinos vivirán pronto en igloos, aunque no ideales, sino muy materiales, donados por la Cruz Roja alemana y con material muy terreno de poroplast.

La horrible noche estrellada

Esa tarde del 23 de diciembre de 1972, los capitalinos vieron lle-

gar la noche con un temor inaudito. Las primeras armas empezaron a relucir en el cinto de los jefes de familia. Todo mundo se armó. Por algún motivo, la luz del día daba un poco más de tranquilidad, en medio de aquella desolación. Las tinieblas de la noche cayeron con una pesadez extraordinaria, de terribles presentimientos.

A las 7 de la noche la oscuridad se hizo total, y un cielo estrellado, maravillosamente estrellado, cubrió Managua, sus escombros, sus incendios y sus millares de personas atontadas, empavorecidas, indecisas.

Esa noche del 23 al 24 fue algo extraordinario. Una noche bellísima y tenebrosa. Entre los escombros, en las aceras, en los hospitales improvisados, la gente no podía reconocerse en medio metro de distancia. Seguía temblando. Ni una sola luz rompía la oscuridad.

En los grupos organizados para acampar la gente se reconocía solo por la voz y tardaban en orientarse, buscándose. Arriba brillaban las constelaciones. Mundos lejanos. Es imposible, ante este espectáculo y cuando la gran hoguera de los incendios de Managua había vuelto a encenderse, imaginarse a un grupo humano, como los habitantes de Managua, tan reclusos, tan indefensos, tan patéticamente solos en su desgracia inmensa. Era un inmenso naufragio de 400,000 personas, flotando en un cascarón carcomido en medio de una noche tan imponente que era imposible ver a simple vista a miles de años luz de distancia.

En esa noche, todos los habitantes de Managua conocieron la muerte; unos, la definitiva. Otros, una breve muerte espiritual, de encogimiento, de no saber qué hacer... Se piensa en el fin inminente de la vida, en una agonía lenta, sin agua ni comida y quizá en si estamos listos para pasar a la otra vida.

“Acahualinca... mi amor...”

Los primeros resplandores del 24 de diciembre trajeron la primera voz radial, de emergencia. En los barrios aledaños al aeropuerto, donde las colonias se habían convertido en un inmenso “tiangué” de casas cubiertas con sábanas, colchas, toallas, se oía el rugido de los aviones de socorro.

Finalmente, habíamos vuelto a comunicarnos con el mundo. Pero, otra etapa dolorosa empezaba. Acahualinca, había vuelto a repetirse.

El éxodo, 2,000, 3,000, 10,000, quién sabe cuántos años antes, había sido hacia el norte, y las huellas eran de seres humanos y animales del monte. Esta vez la huella era solamente del caucho de los neumáticos.

Es imponente espectáculo humano el de un éxodo apresurado de una gran masa humana. Todo sentido de hermandad se pierde. Probablemente no hay grito más inhumano que el de “¡Sálvese quien pueda!”

Pero había sido dado, porque Managua estaba destruida. Hay que repetirlo otra vez dos meses después, para insistir en esta idea inmensa que entonces no cabía en nuestros cerebros: “Managua estaba destruida”. No es que hubiera sufrido daño o que hubiera que limpiarla o que viniera un aluvión o un huracán.

Era, simplemente, que en Managua, no había quedado piedra sobre piedra. Y cada quien empezó a correr por su lado, como pudo. No había cortesía. Los camiones atestados fueron fletados a 700 y hasta a 1,000 córdobas por un viaje a Granada. Había gente que agitaba un billete de 1,000 en las carreteras ofreciéndolo a cambio de un “raid” y no le hacían caso.

Otros montaron todo en los camiones, cuando un nuevo postor ofrecía más y había que bajar todo. Nadie se comprometía. Managua era lugar tenebroso, destruido, sin luz, sin agua, sin alimentos, sin hospitales, sin medicinas, sin teléfonos. Pronto en la ciudad cosas y gentes empezarían a pudrirse. Muchos de los refugiados, con los ojos hundidos por la vigilia, transitaban por las carreteras como huyendo del infierno mismo.

Las tanquetas empezaron a situarse en toda la zona sur y los que huían pudieron ver que algo de lo viejo sobrevivía en el terremoto.

Otro éxodo más organizado se montaba en “Las Mercedes”. Los aviones que llegaban con alimentos, cargaban pasajeros hacia distintos países. Un ciudadano argentino soltó el llanto cuando el avión curveaba sobre Managua para tomar rumbo sur. Otro pasajero le dijo: “No llore, hombre, ya todo pasó...” “No lloro porque me salvé”, contestó, “lloro por Managua”.

Los que se quedaron

Millares de capitalinos rehusaron salir. Millares habían salido sin saber a dónde, a tomar un rumbo de suerte en las carreteras. Millares simplemente salieron con un trapo y cuatro palos hacia las carreteras, y se instalaron en la orilla de ellas, ni más ni menos, como si la civilización hubiera muerto.

“¿Dónde ir?” Muchos sabían donde. Muchos sabían donde tenían una probabilidad de ser recibidos, la mayoría simplemente viajó, peregrinó y se refugió, y aun permanecen bajo el primer pedazo de techo que encontraron.

Nunca una nación ha lucido tan desvalida. Nunca. Las características de la muerte de Managua son únicas en el mundo. Nunca tantas personas pasaron de la comodidad a la pobreza más patética y rápidamente, “yo lo perdí todo...” era la frase más común “pero por suerte todos salimos vivos”. Otros decían la primera parte de la frase, y agregaron los nombres de los familiares muertos.

Los damnificados huían con ojos cerrados por el brutal impacto de los bloques, brazos en cabrestillo, piernas que se arrastraban, cejas rotas, heridas sangrantes. A las ciudades amenazadas por destrucción en la guerra, se les daban días, semanas para evacuar y el éxodo era, sí, triste.

A los habitantes de Managua se les dijo: “Salgan ya, pero ya, como puedan”. Es indudable que se pudo realizar un éxodo más ordenado, menos aprisa. Pero la orden precipitada tenía que venir a escribir ese otro capítulo tremendo en el terrible diciembre de 1972 para Managua.

Los que se quedaron vivieron un calvario más prolongado. Desvelados, con un ojo abierto y otro cerrado, como se dice, aquellos seres abandonados se aferraron a su reducto destruido porque no tenían donde ir. Hay que darse cuenta de que existe gente que no tiene dónde ir más allá de su casa.

A la media noche, los pasos de los saqueadores lanzaban de sus camas a esa gente, con tanta celeridad como los temblores. Miles de hombres, mujeres y niños estaban a la merced de quien buscaba qué robar en los hogares más humildes o en tiendas, joyerías, almacenes,

depósitos y demás comercios.

Sonaban disparos en la noche. Se cerraban bocacalles. Se ponían vigilantes. Se retiraba a los vigilantes. Se saqueaba. Se quemaba. Se vigilaba y volvían a saquear. Temblaba. La gente, sí, la que no tenía realmente donde ir, se encogía en las aceras con su balde de agua y su pequeño acopio de alimentos. En el centro, el hedor de la carroña fue sentido una vez para no ser olvidado nunca.

Otras personas, en los barrios apartados, salían a las 6 de la mañana para una estación de distribución de agua y volvían a las 6 de la tarde con un pequeño balde apenas lleno. Las colas en procura de agua rodeaban varias veces las manzanas.

Los días de largas direcciones

Las pequeñas ventas que habían quedado en pie ya no vendían alimentos. El propietario consideraba la existencia como su propio abastecimiento.

Finalmente, las colas de comida. Una en Tipitapa rodeaba 6 veces la plaza de la iglesia. Debe haber habido unas 6,000 personas a la espera. Millares se enfilaron a pedir el desayuno y obtuvieron una cena tardía.

De regreso a Managua, los que habían huido se encontraron con las “largas direcciones”.

En el poema de Hartford Crane, “Ese día”, es el día hipotético en que la civilización ultra civilizada no permitirá el acercamiento de las personas.

En esta realidad de Managua, la destrucción de la civilización había hecho igualmente incomunicable a la gente. Nadie sabía dónde vivía nadie, ni qué se había hecho, si había muerto, si estaba herido. En la mayoría de las ocasiones a nadie le importaba mucho, tampoco. Managua había perdido la vida y escaseaba cualquier sentimiento que no fuera el de la propia conveniencia.

En esos “días de las largas direcciones”, Managua se dirigió a Managua por medio del graffiti.

“Nos fuimos donde la Manuela González”, decía un rótulo. Era una carta breve, pintada en la pared de una casa destruida con “spray” de

carros. Las misivas de este tipo estaban en todas partes, escritas con tiza.

“Estamos bien, nos fuimos donde mi tía Amandita”. “No hubo muertos. Nos fuimos a León”. “Gracias a Dios todos bien pero nos fuimos a Granada”.

Los rótulos eran el tom-tom de la ciudad descivilizada, por el terremoto, por una de las catástrofes naturales más grandes del siglo 20, según dijo un diario norteamericano.

En esos días, “las grandes direcciones” no alcanzaban a nadie, ni beneficiaban a quien podía leerlas. El desastre nos había llevado a una situación absurda, inimaginable en el mundo moderno: la incomunicación total.

El gran ataúd de alambre

La brutalidad imperó en esos días entre el 24 y el 30 de diciembre de 1972. Convendría analizar qué actitud deja en la masa humana un desastre así. En nuestro caso tuvo dos extremos: el extraordinario estoicismo y de la mayoría del pueblo, y la nauseabunda conducta de los saqueadores. El saqueador descendió a la más baja etapa del ser humano: robo sobre el mal olor de los cadáveres.

Los grupos de saqueadores que actuaron en el centro en forma organizada fueron ampliamente conocidos. Pero otros grupos saqueadores sistemáticamente viviendas modestas, hasta de los “switchs” de la luz y las cerrajas de las puertas.

Debemos admitir que el gran temblor animalizó por unas horas a un amplio sector de la población, pero el valor moral de miles de personas subió como el mercurio.

Los saqueadores, en los suburbios de la ciudad, robaban con arma en la mano y retaban al dueño de la casa a que los sacara de allí. Otras personas de mejor condición “pedían permiso” para sacar cosas de los negocios destruidos de los amigos y cargaban con cantidades indecorosas, pero la mayoría de la gente fue estoica, consciente, fraternal, y llena de un valor digno que salvó el honor de la comunidad.

Sin duda, Managua se balanceó y cayó momentáneamente en esos

días en el caos. Pero, es comprensible. El mundo había terminado. La vida era algo sumamente distinta de lo de antes. El sentido de vivir, dicen los psicólogos, cambia totalmente en la persona que ha tenido un roce con la muerte, muy de cerca. Nunca vuelve a ser la misma.

En esa noche del 23 de diciembre de 1972, todos los habitantes de Managua habían tenido un roce fuerte con la muerte. Un día, casi al final de diciembre, un jeep de la policía de Managua, se estacionó a toda prisa junto a la carta de emergencia del hospital de sangre norteamericano en "El Retiro".

Los soldados bajaron a un hombre con el pecho ensangrentado y la vieja camisa de nylon blanco pegada a la piel por la sangre. En la cara pálida, el suspiro final o lo que el pueblo llama "última boqueada".

Entró al quirófano. Y el joven médico norteamericano salió haciendo la señal del pulgar derecho hacia abajo.

—Estaba robando —explicó la policía al tiempo que echaba a andar otra vez el vehículo.

—¿Dónde? —preguntó un periodista.

—En una panadería —replicó mientras arrancaba.

—¿Quién era el hombre? Su nombre no se sabrá nunca, como los de tantos miles de capitalinos que están "desaparecidos". O los de tantos capitalinos que están enterrados, sin saber cómo se llaman. El gran ataúd de alambre empezó a ser clavado sobre Managua, o alrededor de su cintura, a fines de diciembre. Espectáculo conmovedor, hasta para el menos sentimental.

El "Réquiem" de Pedro Rafael Gutiérrez enumera con precisión las manos, los ojos, los dedos, el perfil, el aire, el gesto, el rictus y todo lo minucioso de lo que allí está enterrado. Es una descripción acertadísima de un cuerpo presente.

Lástima que no haya sido posible momificar este cadáver, embalsamarlo para que sea asombro de los que todavía no creen que Managua haya muerto o para que se exhibiera como Pompeya, y poder volver a verlo quienes sobrevivimos un suceso tan extraordinariamente distinto en todos sus matices de profundo dramatismo.

Hubiera servido a la nueva generación para "respetar la piedra".

Porque una cosa es cierta: cuando la generación actual haya cumplido su misión en la tierra, la nueva generación que surge no destruirá el terremoto de Managua de 1972 durante tantos años como lo hizo la generación pasada con el terremoto de 1931.

Repetimos la idea de que el terremoto 1972 de Managua fue una tragedia tan vasta y tan íntima a la vez para cada persona que la vivió que hablar de ella en el futuro será como hablar consigo mismo. El intercambio frenético de los detalles del salvamento de cada quien. Cómo pereció fulano. Cómo se me vino la pared encima. Todo eso no está destinado a durar ya mucho tiempo.

Managua no resucitará

Los muertos se olvidan. Managua no sería olvidada si su sarcófago hubiera quedado expuesto y las corrientes de alambre la hubieran preservado así, para asombro de quienes quieren venir a ver cómo una ciudad, lo mismo que una persona, puede morir de un ataque fulminante.

Es mentira que vamos a reconstruir Managua. Se harán nuevos edificios y nuevas calles y aquí se seguirá llamando Managua. Pero Managua no puede ser vuelta a la vida, porque murió esa noche del 23 de diciembre de 1972. Los que vivimos aquí tantos años, sabemos íntimamente que Managua ha muerto para siempre y nos es doloroso pasar todos los días junto a su cadáver en descomposición, que se deshace a pedazos.

Ese muerto, Managua, cede su nombre y lo mejor que podamos hacer ahora es que nosotros hemos vuelto de nuestra breve muerte.

[Reportaje tomado de *La Prensa*, 1 de marzo, 1973]

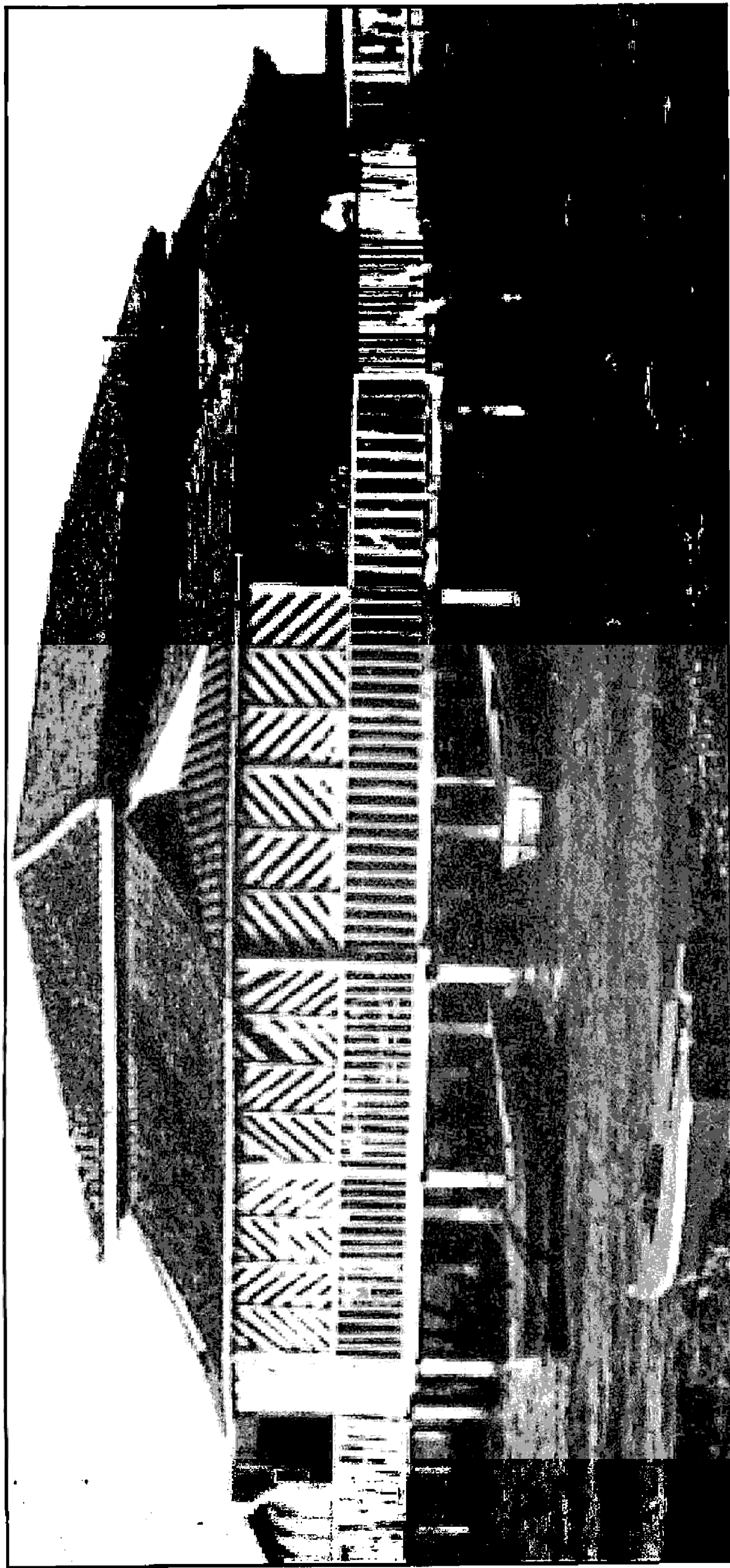
LA DESTRUCCIÓN SEGÚN LA UNAN

Muertos: entre 8 y 10 mil; Heridos: 20,000 / Personas desplazadas: entre 200 mil y 250 mil / Grado de destrucción de la ciudad: 27 kilómetros cuadrados / Viviendas destruidas: 53 mil / 95% de talleres y fábricas destruidas junto con 11 grandes fábricas / Afectado el 10% de la capacidad de producción / 90% de la capacidad de distribución inutilizada / La mayor parte de las oficinas públicas, destruidas / Gobierno dejó de percibir 38.6 millones de dólares de ingresos fiscales / 51,700 cabezas de familia quedaron sin empleo / 4 hospitales destruidos con 1,600 camas perdidas / 720 aulas escolares destruidas / Pérdidas en infraestructura: 162 millones de dólares / Monto de las pérdidas totales según el INCAE: 884.8 millones de dólares.



El centro de Managua (marzo, 1973), a tres meses del terremoto.
[Tomado del libro *Un pueblo y su conductor / Terremoto de Managua 1972* (Managua, Editorial y Litografía "San José", 1973)]

IV.
MANAGUA DE AYER
(1931-1972)



El Copacabana, cabaret y casino, construido de madera sobre el agua por Andrés Murillo en 1944. Unido al Malecón por un pequeño puente de madera, fue desmontado a raíz de la inundación del Xolotlán en 1955. Foto tomada del folleto de Marcia Traña: *Historia del Barrio de Pescadores* (Managua, División de Cultura, Historia y Turismo, 1993).

EL RECUERDO DE MANAGUA EN LA MEMORIA DE UN POBLANO

Por Roberto Sánchez Ramírez
Director de Patrimonio Histórico Municipal

VIAJAR a Managua era un acontecimiento en Masatepe por el año 1950. Preparativos y consejos se hacían y recibían con mucha seriedad. Había que tener cuidado al atravesar calles y avenidas, me decían. Como vivíamos frente al parque, recorriamos toda la Calle Real hasta llegar a la Estación del Ferrocarril. A lo largo del trayecto llovían los saludos y las recomendaciones de parte de la gran parentela de los Sánchez y los Ramírez.

Si la estadía en la capital iba a durar varios días, hasta había emotivas despedidas. Luego se iniciaba el lento trayecto en el llamado “Tren de los Pueblos”. Nunca se sabía cuántas horas duraría el viaje. Casi siempre salíamos a las seis de la mañana y llegábamos a Managua en horas de la tarde. Lo que más demoraba eran las estaciones de bandera, donde el tren se detenía cuando se agitaba una bandera que indicaba la presencia de pasajeros. Era emocionante la pasada por el túnel cerca de Catarina.

Se esperaba en Masaya el tren que venía de Granada para hacer el cambio. En ese tiempo pensaba en las aventuras que pasaría en aquella ciudad tan grande, llena de sorpresas, sitios que causaban admiración, provocaban la imaginación y hasta temores. La sola llegada a la Estación del Ferrocarril de Managua era tan impresionante que me quedaba casi paralizado ante aquel gentío presuroso que profería toda clase de gritos y malas palabras, en el decir poblano.

A empujones, cargando las valijas de cuero o cartón comprimido, lográbamos tomar un coche halado por dos caballos, años más tarde sería en unos pequeños carros llamados “perros” y “gatos”. Me hospedaba en la casa de doña Chepanita García, una anciana masatepina

a quien yo quería como a una madre. Vivía cerca de la Chibolería Gil a pocas cuadras del Cine Bóer al que más iba cuando venía a Managua.

El Copacabana

Uno de los sitios que quedó sembrado en mi memoria, fue el Casino de la Playa, más conocido como Copacabana: un gran edificio de madera, construido dentro del lago Xolotlán, unido a la costa por un angosto puente. Los chavalos más aventados habían abierto con clavos pequeños huecos en dirección a la pista de baile. Una tarde fui invitado por un grupo del barrio San Sebastián para ir a ver el ensayo de unas rumberas cubanas que anunciaban los periódicos. Con mucha curiosidad me asomé para verlas bailar con faldas cortas, cargadas de vuelos.

Más tarde yo contaría en Masatepe que las vi bailar completamente desnudas, mientras saltaban al compás del mambo que comenzaba a ponerse de moda. El relato fue interrumpido por mi bisabuela, María Josefa Guerrero de Pérez, quien me pegó con una tajona por andar contando vulgaridades.

El Copacabana fue también el primer sentimiento de tristeza que sentí por Managua, cuando en 1954 las aguas del lago comenzaron a subir y se lo fueron tragando. Todas las tardes llegaba el gentío a ver el fin de un edificio que llenó una época, igual que lo fue el Casino Olímpico de Moncho Bonilla, donde los adolescentes veíamos bailar al estilo de “los chivos”: zapatos combinados y el pelo domado con brillantina.

El Malecón era para un poblano un lugar de paseo con muchos atractivos. Uno de ellos, los caballitos de don Pedro Rivas que tenían una caja de música que dejaba escuchar vales vieneses. Como era amigo de mi familia, me regalaba unas fichas de plástico. Habían ventas de sorbete y raspado, variedad de juegos llamados “Chinos”, nunca he sabido por qué.

Los buses pelones

Una de mis grandes aventuras era viajar a lo largo de la Calle 15 de

Septiembre, en unos buses llamados “pelones” por no tener techo. El desborde de mi entusiasmo era llegar a la Loma de Chico Pelón, donde quedaba el Campo de Aviación Xolotlán. Al final, fue donde la Guardia Nacional, por órdenes de Anastasio Somoza García, asesinó a los generales Augusto C. Sandino, Francisco Estrada y Juan Pablo Umanzor, la noche del 21 de febrero de 1934. Ahora ahí están Ineter, Dirección de Migración y Extranjería, las instalaciones del INSS. Me quedaba asombrado viendo aterrizar o despegar algún avión.

Me llamaban la atención las ramplas para amortiguar y encausar las correntadas de aquellas avenidas, la mayoría sin pavimentar; las grandes jugaderas de trompo entre grupos rivales de chavalos: unos del barrio San Sebastián y otros del Bóer. Yo, poblano tímido, recibí mis primeras enseñanzas de vagancia y supervivencia que luego, a mi regreso, exageraba en relatos que hacía al chavalero del vecindario, en el parque de Masatepe. Managua era otro mundo que permitía que uno pudiera imaginarse cualquier cosa, con la ventaja de ser creído.

Para un poblano Managua era un laberinto, pues entre el centro de la ciudad y sus barrios tradicionales había grandes solares y hasta fincas, quintas en la Calle Colón y la Quinta Nina, en la Carretera Norte. El colmo era que cuando para 1955, cuando estaba interno en el Instituto Ramírez Goyena, tomábamos desde el costado Oeste hacia el lago pasando frente a la Gasolinera Caldera, una de las primeras que hubo en Managua y era punto de referencia, cerca de la iglesia de Santo Domingo.

En el trayecto figuraban la Calle 15 de Septiembre, una conocida cantina de nombre “Noche Criolla” donde después fue “Cachecho”, hasta llegar a las calles Momotombo y Candelaria, tomando hacia el Oeste hasta la Plaza de la República, los parques Central y Darío, el Palacio Nacional y el del Ayuntamiento, el Club Managua y el Malecón.

El regreso era por la Avenida Roosevelt, pasando frente al Gran Hotel, el Almacén Carlos Cardenal. Llegando a la esquina donde estaban el Instituto Pedagógico de Managua, El Hormiguero y el Cam-

po de Marte, subíamos hacia el Goyena. Así los poblanos ya no nos perdíamos y teníamos oportunidad de asomarnos en las puertas de las casas para ver con gran curiosidad la televisión que todavía no se podía mirar en Masatepe.

Después nos fuimos aventurando más, pero siempre conservando puntos de referencia como la luneta del Tropical o el tope del Trébol, restaurantes populares de aquellos años como el de la señora Eudomilia Cajina, más conocida por "Chumila". Fue también la época en que supe por vez primera de los homosexuales que asediaban a los estudiantes, como "La Chanela", "La Anita del Mar", "La Payina" o "La Sebastiana".

Se inauguraban los primeros cines con aire acondicionado. Me asombraba el maíz al reventar, me daba risa que le llamaran "palomitas de maíz". Fue la época de los Churumbeles de España, las presentaciones de las rumberas María Antonieta Pons, Ninón Sevilla y las Dolly Sister. La ciudad me sacudía el polvo provinciano y me impactaba con sus vías de asfalto, pobladas y luminosas en aquel centro de Managua que era de unas cuantas calles y avenidas: la del Centenario, la Roosevelt y la Bolívar, con un perímetro que iba del Club Managua hasta El Hormiguero, frente donde es ahora la Vicepresidencia de la República.

Para disfrutarla a pie

Fue mi época como redactor del semanario *Semana*, editado en el diario *La Prensa*, lo que realmente me permitió penetrar bajo la piel de la ciudad, en su intimidad, cubriendo aquellas notas rojas que transitaban por el Cuarto Bate, la Conga Roja, El Pez que Fuma, la Estela Alfaro, el Baby Doll, la Pensión de Chepito, el Dancing, pasando por el Barrio Maldito. Aquel trecho entre el Palacio Nacional y la carne asada de doña Juanita Martínez frente al Gran Hotel, donde en los tendidos de energía eléctrica se ponían miles de golondrinas. Allí aparecieron las primeras prostitutas a pie en las aceras, siendo bautizadas como "Las Golondrinas".

Aquella Managua concentrada en unas pocas cuadras, dando respuesta a todos los gustos y posibilidades, con las primeras discotecas

que hubo: la Tortuga Morada, el Sapo Triste, La Capucha, llamada así por la prenda con que cubrían la cabeza de los prisioneros en la Oficina de Seguridad Nacional, cuando los torturaban, o la Discoteca A Go-Go, donde metida en una jaula bailaba una bella morena con hot pants y altas botas. Era la Managua de las amanesqueras en el Munich, en el costado sur del Palacio Nacional o en El Almendares, en la Calle Colón.

La Managua donde los periodistas hacíamos la cobertura a pie. El Hormiguero quedaba lejos. El recorrido tenía sus paradas en las que siempre se pescaba alguna noticia. La cafetería La India, frente al Adlon Club, en las inmediaciones del Palacio de Comunicaciones. A la barbería de Guillermo Esquivel, media cuadra al sur del Teatro González, llegaban en la mañana varios políticos, dándose una tertulia sólo comparable a la de la esquina donde tenía su librería el doctor Adán Selva, sobre la Avenida Bolívar.

Las direcciones de Managua

Managua ha tenido sus propias direcciones, donde los puntos cardinales fueron sustituidos por el lenguaje popular. Antes de que la ciudad creciera más, el Sur era “La Montaña” o “La Loma”, el Norte, “El Lago”; y el Este y el Oeste eran simplemente “Arriba” y “Abajo”.

El Este y el Oeste tenían como referencia los barrios de Santo Domingo y San Sebastián, aunque en el primer caso prevaleció antes el de Candelaria, por la costumbre de entonces que las iglesias daban sus nombres a los cantones, y que según Pablo Levy, en 1873 eran la de Candelaria, San Miguel, San Sebastián y San Antonio. Al Este se destacaba la elevación conocida con el tiempo como “Loma de Chico Pelón”, en cuyas inmediaciones se construyó la iglesia de El Calvario, sobre la calle 15 de Septiembre, a media cuadra de la casa de don Sofonías Salvatierra, donde el 21 de febrero de 1934 la Guardia Nacional asesinó a Sócrates Sandino Tiffer.

Cuando la ciudad ya había crecido, se siguió dando la dirección hacia el sur como “La Montaña”, incluso cuando la Loma de Tiscapa, cuya explanada iniciaba en la Calle Colón, en la Tribuna Monumental,

comenzó a ser despalada, la gente le siguió llamando así, aunque se fuese construyendo la Casa Presidencial, La Curva, el monumento a Roosevelt, la colonia militar, las instalaciones a lo largo de la explanada y más tarde el Hotel Intercontinental.

Aunque la municipalidad oficializó la nomenclatura para definir las direcciones de Managua, fue de poco uso. La población no empleó números ni puntos cardinales. Simplemente se buscaba un sitio como referencia, sin prejuicio ni exclusión, así se tratara de una cantina y hasta de un prostíbulo. Se decía: de donde “La Caimana” tantas cuerdas a..., tomando el apodo de la Carmen Aguirre, conocida fabricante de juegos pirotécnicos del Barrio Campo Bruce.

Iglesias, parques, almacenes comerciales, fueron también puntos de referencia. Las cantinas, situadas en distintos barrios, servían para orientarse sin problemas; la mayoría de ellas desapareció, pero su recuerdo fue conservado en la memoria de los managuas, aunque fueran abstemios. “Las Delicias del Volga”, recordaba ese río, cuando durante la Segunda Guerra Mundial se pusieron de moda poner nombres europeos de lugares donde se dieron grandes batallas.

El Nilo Blanco y El Nilito eran famosos por las boquitas de conchas negras; Carne Asada, Papún, El Gato Abraham, Noche Criolla o Cachecho, Panchito Melodía, La Vieja Maldita, La Mama Sara, La Chispa, El Luky Seven, Pedro Tuco, Los Balcanes, Melodías de Arrabal, La Sin Nombre, La Perla, Tata Lolo, Chico Toval, La Cumbancha, El Guayacán, Aquí Te Espero, tienen su presencia histórica en las antiguas direcciones de Managua. Aun después del terremoto de 1972, cuando muchos lugares habían desaparecido físicamente, la gente decía: “De donde fue...”

En relación con las calles y avenidas, éstas fueron determinadas en muchos casos por razones políticas. La Calle del Triunfo que inicia en el tope del Parque Central, pasa frente al Edificio Zacarías Guerra, antiguamente frente al diario *La Prensa*, el Cosep hasta terminar en la refinería Esso, se llamó así en honor a la entrada de las tropas del general José Santos Zelaya López, cuando desfilaron por esa ruta en julio de 1893.

La Avenida Central, a la que el general Anastasio Somoza García

le modificó el nombre con el de Roosevelt, en honor del presidente Franklin Delano Roosevelt. Calles conocidas fueron la Momotombo, Catorce y Quince de Septiembre, Candelaria, Colón, y la Calle Central, que atravesaba los mercados.

La Calle 27 de Mayo fue llamada así por ser el día del cumpleaños de doña Salvadora Debayle, esposa de Somoza García. La estatua de Ramón Montoya, "Montoyita", fue también una conocida referencia. Sobre la Calle del Triunfo un árbol en el centro de la vía también sirvió para dar direcciones. El original se secó y ha sido sembrado otro, de modo que se sigue diciendo: "Del arbolito..."

La Luneta del Tropical, la Crucita, la Primera Iglesia Bautista, el Instituto Ramírez Goyena, el Colegio Bautista, El Infierno, Radio Mundial, los cines Margot, Salazar o Alcázar, González, México, Blanco, Cabrera, Darío, Aguerri, Trébol, Principal, Tropical, Bóer, María. Tantos nombres que los managuas de diferentes generaciones recuerdan con cariño y nostalgia. Era difícil que en el extranjero alguien pudiera entender esta dirección: "Del Arbolito, en Santa Ana, 2 cuerdas abajo y media a la montaña, una casa con puertas verdes". Para un Managua resultaba fácil dar con la casa.

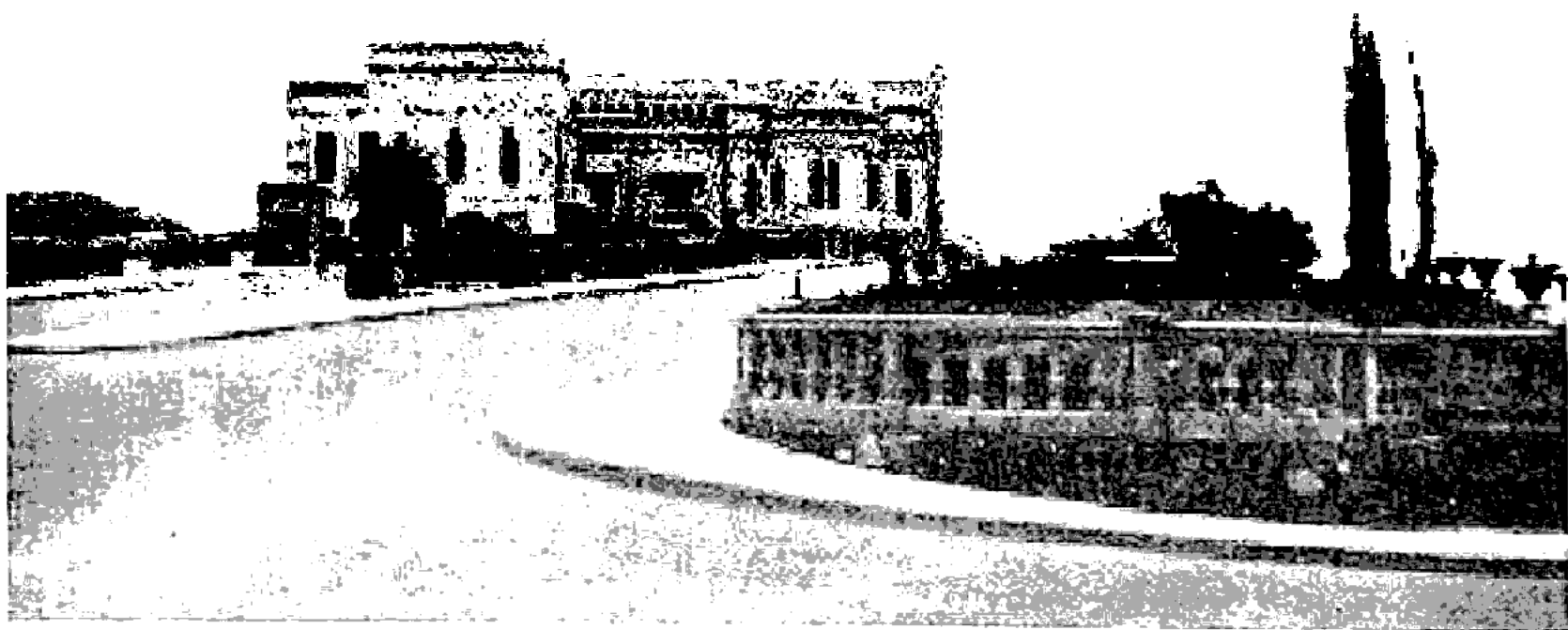
El terremoto de 1972

Ya para 1972, el oficio de periodista había sacudido al poblano que un día se deslumbró viendo las luces del Copacabana dentro del lago, sentir el aire acondicionado en el González o en el Salazar, el primer ascensor o las escaleras eléctricas del Almacén Carlos Cardinal. Por eso, cuando la tremenda sacudida apenas pasada la media noche del 23 de diciembre de 1972, también se sacudió mi identidad, el vínculo íntimo de tantos años con Managua. Fue como verme en un espejo y no reconocirme.

Estaba cerca del Munich, donde tantas veces amanecí, buscaba agua en medio de los escombros y los incendios. Caminé y vi dentro del Munich varios "freezers", en su interior las botellas de champaña con que se iba a celebrar la Navidad. Tomé una y me fui a sentar en una esquina del Gran Hotel a beber champaña a falta de agua. A lo lejos se escucharon gritos desgarradores. Era "La Paula Pasos", un

conocido homosexual que en medio del llanto exclamaba: “¡Aquí va la viuda, aquí va la viuda!”

Llegó hasta nosotros. Nos quedó viendo con una especie de reproche, movió las manos como si quisiera que volaran, y dijo entre sollozos: “¿Pero qué les pasa, no ven que está muerto? Todo se murió y quedé viuda”. Partió gritando de nuevo: “¡Aquí va la viuda, aquí va la viuda!” Entonces bebí una mezcla de lágrimas con champaña.



Casa Presidencial, construida por el presidente José María Moncada en 1930. Foto de A. Díaz F. (1940).

MANAGUA, LA FEA

Por Fernando Gordillo

I

LA Managua de 1965 es consecuencia del cambio en el panorama nacional resultante del viraje impuesto a nuestra historia por el expansionismo imperialista norteamericano a principios del siglo. Dos hechos fueron los pivotes sobre los que se realizó ese viraje: la apertura del Canal de Panamá y la firma del Tratado Chamorro-Bryan.

Esquemmatizando detalles en la multitudinaria complejidad histórica destaquemos la influencia que la apertura del Canal tuvo en el decaimiento económico de Granada y la significación que la firma del Tratado adquiere en la serie de sucesos que dispersaron las fuerzas políticas nacionales, que hacían de León la metrópolis.

La importancia de esos hechos en el surgimiento de Managua, se comprende mejor al advertir que de no haber mediado tales sucesos, Granada y León hubieran continuado su desarrollo interrumpido virtualmente a principios del siglo, acaparando las fuerzas que necesitó concentrar Managua.

Hasta los primeros años del 900 Granada y León mantuvieron un constante ritmo de progreso, basado esencialmente en las fuerzas de las regiones que convergían en sus mercados (Oriente y Mediodía para Granada, Occidente y Septentrión para León), que al unificar sus economías en un centro urbano, le daban los recursos que impulsaban su crecimiento.

La corriente económica marcaba el paso a la influencia política, determinando así las fuentes de poder; pero la presencia del interventor estableció una nueva fuerza y la situó en un nuevo centro; y Managua que hasta entonces pese a ser capital sólo había sido escenario de decisiones tomadas en León y Granada, con la intervención empezó a ser fuerte en sí misma. Rivenses y chontaleños siguieron du-

rante algún tiempo llegando a Granada, como segovianos y chinandeganos llegaban a León; sólo que ahora lo hacían de paso para Managua. Más tarde, cuando la nueva estructura fue tomando forma, que hacía visible en el diagrama de las nuevas carreteras, establecieron nexos directos con la capital y dejaron de pasar.

Insistimos en la idea que las circunstancias que desviaron las fuerzas del desarrollo hacia Managua, fueron resultado de la intervención. Porque en nuestro criterio, el desconcierto de la nación frente a su capital y de la capital consigo misma, se originan en el rompimiento de nuestra continuidad histórica que significó la presencia norteamericana. De no haber mediado, Granada y León hubieran continuado su desenvolvimiento, repartiéndose con Managua, el ímpetu del desarrollo.

Es más: en los años iniciales del siglo, Granada y León como ciudades, estaban mejor preparadas para canalizar la marea del crecimiento: sus estructuras socioeconómicas eran más fuertes y su tradición urbana estaba más consolidada; lo que les hubiera permitido organizar más fácilmente el asentamiento ciudadano de los grupos de inmigración rural y crear una mentalidad ciudadana más ajustada a la realidad geográfica-social, que la que se ha dado en Managua donde hasta la fecha no se ha formado una conciencia colectiva que responda a su realidad.

Esta falta de conciencia propia hace del carácter del capitalino algo vago, indefinido, difícil de precisar; mientras que del granadino se piensa como un tipo ostentoso, "fachento" y del leonés como la imagen de la "tacañería" de la "pinchería"; del managüense no se determina ninguna característica concreta, no se puede tomar ningún rasgo y caricaturizarlo. Precisamente porque no existe, porque hasta la fecha el carácter del capitalino está en proceso. El fenómeno mismo que se ha dado en la capital no ha tomado forma propia.

Sin embargo prevalece en la forma de abordar el conocimiento de la capital, en la mentalidad de los habitantes y los responsables de la comunidad, una mentalidad de aldea para enfrentar los problemas que por su crecimiento plantea la capital. Mentalidad que se caracteriza por creer que puede conocer y comprender la realidad social por

la sola experiencia personal, y confiar en los juicios que esa experiencia informa. Pero es el caso que esa mentalidad es producto de un tipo de sociedad, donde como se dice "todo el mundo se conoce" y salta a la vista que Managua ya ha superado esta etapa. Su compleja vida social exige de la estadística para su conocimiento y del estudio para juzgar ese conocimiento; los políticos para su organización partidaria no pueden confiar ya en los métodos de improvisación para desarrollar sus ideas, ni la asistencia social puede confiar en la caridad para su alivio. La idea que de Managua no se puede tener una idea sino a través del estudio y la estadística, que el fenómeno rebasa la experiencia personal sola, es primordial para comenzar el enfrentamiento de cualquiera de los aspectos por los que se quiera conocer la capital.

Consecuencia de la mentalidad de "pueblo" es la idea de centralización de la ciudad; el pensamiento de que la ciudad tiene un centro geográfico y jerárquico por donde deben cruzarse y desde donde deben irradiar todas las fuerzas que impulsan la actividad de la ciudad, se origina en la costumbre aldeana de un solo mercado en la población que satisface todas sus necesidades, situado en la vecindad de las instituciones administrativas. Pero esa concepción sólo es posible en comunidades pequeñas. En Managua la persistencia de un solo mercado da origen a uno de los mayores problemas de la ciudad; otro ejemplo de lo absurdo de la visión centralizadora que subsiste anacrónicamente lo da el periodista Federico Schneegans, al comentar el problema del transporte colectivo, que por estar todas sus líneas dirigidas al centro, dificulta la comunicación entre un barrio y otro, pues siendo vecinos sólo se conectan por líneas dirigidas hacia el centro de la población.

El crecimiento de Managua se ha realizado anárquicamente y recién algunos años se ha pretendido establecer algún tipo de orden. Hasta el momento sin embargo, geográficamente Managua es un absurdo y pese a la magnífica situación en que se encuentra, su desenvolvimiento ha ignorado el medio físico y de hecho Managua es una ciudad que vive de espaldas a su paisaje.

II

"Today is *an up-to-day* an progressive city winning the rackety to become the most beautiful of Central America" —escribía hace algunos años "the dynamic mayor of Managua Guillermo Lang, repitiéndonos el lema de "La major capital de Centro America".

Nacida en su estado actual, con la aparición del movimiento político-económico que marca el surgimiento del capitalismo en Nicaragua, Managua se ha acostumbrado al sistema de la propaganda, del anuncio para hablar de sí misma y aunque todos conocen la situación, cantamos con Tino López Guerra: "*Managua es mi linda tierra, / la novia del Xolotlán*"; sonamos con Krüger al cantar: "*Barrio de pescadores, rinconcito de ensueños*" y con la *Geografía* de La Salle escribimos: "*Managua es la capital de la República, bellamente situada a orillas del lago de su nombre*", hasta llegar a la prosa gringa del mayor Lang, quien ni siquiera tiene la gracia ingenua de aquella "*Managua, Nicaragua is a beautiful town...*"

Todos sabemos que no es así. Sin embargo, cerramos los ojos, nos hacemos los sordos, los mudos, los mancos y seguimos cantando: "*Como Managua no existen dos...*" Pero ya es hora que la verdad sea dicha: Managua es una ciudad fea, incómoda, sucia; en lo que pudo haber sido una ciudad ideal, pareciera que deliberadamente se han ido destruyendo las posibilidades urbanísticas para hacerla, como dice Pablo Antonio Cuadra, "con todas las desventajas de las ciudades grandes y ninguna de sus ventajas".

De acuerdo con el concepto funcionalista de la arquitectura, la casa es una máquina para vivir, la ciudad debe ser una máquina para convivir. Sin embargo, en Managua tal cosa no sucede. Mientras una parte de sus habitantes vive pensando en huir de las condiciones de la ciudad, la otra parte se ve obligada a sobrevivir en dichas condiciones. La tragedia esencial de la capital es que es una ciudad que vive a espaldas de su paisaje y se desarrolla como su topografía fuera la de Arica en el desierto de Atacama o la de Oruro en las estribaciones de los Andes. Gabry Rivas decía en alguna ocasión: "Los managuas no han quitado el lago porque no han podido. En todo caso, como ni pudieron quitarlo, le mandaron las cloacas para tener que olvidarse de él".

Lástima que don Gratus Halftermeyer no haya averiguado quién o quiénes fueron los de la "funcional" ideal de enviar las aguas negras por las inalterables leyes de la gravedad hasta el lago. La ciudad, agradecida, debe construirles su monumento a la salida de alguna de las cloacas.

Por vivir a espaldas de su paisaje, la arquitectura comunal debe negarse a sus posibilidades y replegarse sobre sí misma. Ejemplo claro se tiene en la comparación del monumento a Darío y sus alrededores con el monumento al general Anastasio Somoza García. En el primero el juego del parque Central, el edificio del Club Managua, el del Distrito Nacional permiten una visión armoniosa con el lago como fondo, dando profundidad y perspectiva a las líneas; en el segundo, ni la amplitud que alcanza el horizonte al extenderse hacia el oeste, lo libran de la sensación de pegoste acomodado que presenta el conjunto. Su única posibilidad, la que le da la avenida vista desde el Estadio, se pierde por el tope del Centro Destilatorio.

La magnífica oportunidad que se presentó después de la desgracia del terremoto, sirvió tan solo para empeorar la situación; el trazado de una ciudad ilógica y extraña a su geografía se comienza a manifestar con el surgimiento del Barrio Campo Bruce. Desde entonces, la ciudad crece como mueble roto: al faltarle una de sus partes de apoyo, se acomoda precariamente en el difícil equilibrio que le permiten las partes que le restan.

Siguiendo su vocación topográfica, la ciudad se hubiera desarrollado como desde los tiempos indígenas siguiendo la ribera del lago, en vez de ir llegando a Masaya, como sucede ahora; probablemente iríamos llegando a Tipitapa. La separación ciudad-lago crece, se profundiza; su realidad urbana huye del paisaje y se refugia en pobres perspectivas de postes y cajas de fósforos, que apenas se vivifican un poco con el atardecer. Hasta eso está siendo negado en las últimas urbanizaciones, como la de Bolonia, donde por virtud del nuevo trazado, el vecino siempre encuentra la brillante perspectiva de su vecino, permitiéndole el mutuo placer de contemplarse. Quizás el pensamiento del urbanista habrá sido profundizar los lazos del vecindario.

La innegable realidad de lo que es el lago respecto a Managua, se

tiene diariamente en la noche cuando la temperatura desciende y Managua, teniendo un clima más caliente que León durante el día, puede gozar del fresco nocturno que le brinda la brisa del lago. Hasta la fecha, ninguna de las nuevas urbanizaciones —excepto las forzadas de la Quinta Nina, la Aceitera, los bajos de la Colonia Dambach, etc., ha contado con esta realidad.

Managua, como ciudad tropical, debe buscar con los recursos que la naturaleza le presta para defenderse: sombra y viento. Más existe una voluntad de destruir todo elemento de sombra: árboles, aleros, posición adecuada de los edificios y de impedir las condiciones que favorezcan la circulación adecuada del viento. Es un hecho sabido que con sólo arborizar las calles de la ciudad, la temperatura bajaría en varios grados; allí están la cuadra del Banco Nacional y el bulevar al final de la calle 15 de Septiembre para probarlo. De hecho, el clima que Managua tiene ahora no es un clima natural; es el clima que las calles estrechas, la desarborización, el asfalto, la circulación de vehículos y la siembra de algodón, entre otras cosas, le han dado. Algún día tendrá que hacerse un estudio de por qué un conglomerado humano se resignó a crecer y vivir fuera de lo que la naturaleza le ofrece.

Si la ciudad en sí misma no se preocupa por embellecerse, por no destruir lo bello que tiene, el habitante de la capital reacciona igualmente contra lo suyo. De otro modo, ¿cómo comunicar la deprimente ausencia del jardín en las casas de lujo o acomodadas, o del siembro, del pote con su palito en las casas pobres? ¿Cómo explicar esa desnudez deprimente de la casa del managua, si no es por ese original desapego? Quizás peque de unilateral esta conclusión, pero basta recordar una cuartería granadina o un barrio leonés, por no decir masaya, y compararlos con los de la capital, para ver la diferencia.

El espíritu del habitante de la capital resulta en cierto modo deformado por esa negación lacustre. ¿Para cuántos niños capitalinos el lago es el escenario de sus recuerdos? ¿Para cuántos jóvenes el desarrollo de sus aventuras se realizan en ese paisaje? ¿Para cuántos cansados oficinistas o trabajadores el lago significa la oportunidad del vivificante reposo, de que bien pueden dar cuenta los cotidianos clientes de sus cantinas o los que, a pesar de la basura, se acomodan en las

orillas del viejo malecón? No conozco ninguna obra al respecto, pero resulta evidente que París sería diferente sin el Bois de Boulogne, que los habitantes de México disfrutarían de otra manera las horas de su reposo o de enamoramiento sin el Bosque de Chapultepec, que Nueva York ofrecería otra perspectiva urbana sin el Central Park o que la historiografía romántica de Santiago sería diferente sin el Cerro de Santa Lucía: “Tan culpable por la noche y tan inocente de día”, como dice Nicolás Guillén en alguna parte. A los managuas se les ha negado su lugar de recreo cotidiano, de refugio, de esparcimiento. Los centros de diversión serían diferentes, los recuerdos amorosos tendrían otro paisaje, el desarrollo de los deportes hubiera buscado otros rumbos, hasta la forma de bohemia capitalina sería otra si Managua no hubiera hecho de su principal adorno la parte trasera de la casa, adonde sólo se llega por necesidad y de mala gana, y que es el refugio de la suciedad, el hedor y de las alimañas.



Calle de Managua en 1941. Foto de A. Díaz F.



Iván Uriarte, Luis Rocha, Fernando Gordillo, José Cuadra Vega, Fernando Silva, Roberto Cuadra, Juan Aburto, Jorge Eduardo Arellano, Mario Cajina Vega. Casa de Fernando Silva (enero, 1966). Cortesía de JEA.

SOCIOLOGÍA DE LA MANAGUA DE LOS AÑOS 60

Por Eduardo Conrado Gómez

EL ilustre economista y sociólogo Bert F. Hoselitz, profesor de la Universidad de Chicago, en su libro *Aspectos sociológicos del desarrollo económico*, sostiene que industrialización y urbanización son dos fenómenos que se encuentran estrecha y necesariamente vinculados. Reconoce, además, que una de las principales barreras que impiden el rápido progreso económico en los países subdesarrollados es el tradicionalismo que impera en los valores sociales, comúnmente aceptados por la mayoría de la población, y que una sociedad habitualmente se opone a un cambio social. Sin embargo, considera que algunos centros urbanos muestran un espíritu diferente del que prevalece en el campo y que, por tanto, las ciudades son la fuerza principal y el elemento básico para la introducción de nuevas ideas, constituyendo los puntos cruciales donde se lleva a término la adaptación a nuevos métodos, nuevas tecnologías, nuevos sistemas de consumo y producción, nuevas instituciones sociales.

Según datos de la Dirección General de Estadísticas y Censos, el 40% de la población de Nicaragua es urbana. Se consideran como poblaciones urbanas las “concentraciones de población de 1,000 o más habitantes, que contaren con algunas características, como trazados de calles, luz eléctrica; o que la actividad predominante de la población fuere diferente a la agrícola, centros mineros, ingenios azucareros, etc.”

Para fines de comparación internacional, la Oficina de Población de las Naciones Unidas ha considerado como población urbana la de aquellos lugares poblados con 20,000 habitantes o más.

Los anteriores criterios no siempre coinciden con la realidad sociocultural de las poblaciones consideradas estadísticamente urbanas. La simple concentración de población no debe interpretarse ne-

cesariamente como fenómeno de urbanización.

Cabe preguntarse: ¿Managua, con casi un cuarto de millón de habitantes (el 37% de nuestra población urbana y el 15% de la población total del país), participa de lo que sociológicamente se llama una cultura urbana?

En nuestra opinión, Managua ha iniciado en los últimos años un rápido proceso de cambio que está transformando su estructura social; puede decirse que está pasando de "gran aldea" a ser ciudad en todo el sentido de la palabra.

Nuevos factores económicos producidos por ciertas modificaciones en nuestras relaciones de producción, han traído una incipiente industrialización que, unida a la concentración de población, está provocando el fenómeno de la urbanización, creando nuevas formas de relaciones sociales que se proyectan hacia el inicio de una cultura urbana, tanto en el aspecto material (técnico), como en el inmaterial (sistema de valores.)

Es decir: el proceso de cambio de la estructura física y social de Managua no sólo ha traído modificaciones en las normas ecológicas de nuestra población (ubicación de los grupos), sino también está provocando variaciones en nuestros patrones culturales, en nuestro sistema normativo y en la técnica, que exigen de esta población un constante y adecuado proceso de adaptación.

Por un lado, tenemos sectores que se integran o adaptan con relativa facilidad al nuevo medio ambiente técnico y social que está creando la urbanización, y aceptan como normal las actividades, técnicas, costumbres y valores propios de una ciudad en proceso de industrialización.

Por otro, el incentivo de la industrialización atrae a la ciudad a un buen número de la población agrícola, generalmente formado por el excedente rural expulsado del campo por falta de una adecuada Reforma Agraria, población excedente que la capital no está en capacidad de recibir y que en su mayoría pasan a formar los grupos marginados o barrios miserables de nuestra ciudad.

La proximidad espacial no es sinónimo de unidad social; las diferencias profundas en los niveles de vida y de aspiración de la población crean con frecuencia sistemas de valores encontrados o antagó-

nicos, que indudablemente debilitan el equilibrio que guardan entre sí las diversas formas de control social.

Estratificación social

La cultura urbana iniciada con la incipiente industrialización ha traído modificaciones en nuestra estructura de clase.

La tenencia de la tierra, base tradicional del prestigio económico social de la clase alta nicaragüense, está siendo desplazada en nuestra capital por otras actividades, tales como la banca, la industria y el comercio, las que han determinado la aparición de una clase empresarial considerada en muchos casos por la oligarquía tradicional como “nuevos ricos”.

En los últimos años vemos como la fábrica está reemplazando al taller y la industria al artesano; fenómeno anterior que trae aparejado en forma colateral el desarrollo de un incipiente proletariado urbano, cuya toma de conciencia es cada día más notoria, pese a la marcada tendencia artesanal o gremial que priva en algunos sindicatos.

Igualmente notoria es la aparición en el escenario social de la llamada clase media, formada en su mayor parte por un contingente cada día más numeroso de profesionales, técnicos, gerentes, administradores, funcionarios y oficinistas, que forman el batallón de los llamados “cuellos blancos”.

Coincide con lo anterior el hecho que comienza a observarse en nuestra capital una mayor división en el trabajo; las profesiones y oficios se están haciendo más diferenciadas y cada día es más notoria la participación de la mujer en las actividades económicas.

Este proceso de cambio ha traído modificación en las normas ecológicas, tal se aprecia en las diferencias seccionales y separaciones funcionales nacidas de consideraciones sociales, tales como centralización del comercio, establecimiento de áreas residenciales e industriales, construcción de viviendas media y populares (colonias del INVI) y ubicación de grupos marginados (Reparto Schick.)

Niveles de vida

Los niveles de vida de una población se definen como la posesión,

uso y consumo de ciertos artículos y servicios. El estudio de estos niveles en una ciudad se refiere a lo que las familias tienen, usan o consumen. Pueden ser las entradas económicas, algunos artículos como alimentos que consumen, el tipo de automóvil o televisor que usan, los servicios educacionales, de salud o sociales de que disponen.

De conformidad con el anterior criterio del sociólogo Antonio M. Arce y con los datos del Censo de 1963, podemos establecer algunos aspectos del nivel de vida de nuestra capital.

Managua, tiene 39,278 viviendas; de esas 25,609 tienen piso de ladrillo de cemento; 12,472 piso de tierra, 534 de ladrillos de barro, 336 torta de cemento; 251 de madera y 76 de otros materiales.

Únicamente el 36.8% de las viviendas tienen agua con cañería dentro de la vivienda y 29.8% con cañería fuera de la vivienda; el resto tiene pozo de brocal, pozo artesiano, pila o tanque y 8.704 viviendas que carecen de servicio de agua. El 89% de las viviendas tienen servicio de luz eléctrica; el 9.5% kerosén o gasolina y el 1.5% otros.

El porcentaje de viviendas en Managua según la clase de servicio sanitario es muy revelador: el 35% tienen inodoro de uso exclusivo; el 25.9% excusado de uso exclusivo; el 3.2% sin servicio sanitario y el resto con servicio sanitario de uso común.

17,789 viviendas de Managua usan cocina de leña; 13,640 de kerosén; 7,380 de carbón y 1,296 otros sistemas. 22,962 viviendas usan radios fijos; 5,028 radio portátil; 1,981 televisor; 6,385 refrigeradoras y 17,729 planchas eléctricas.

En el plano educacional, Managua es el Departamento que acusa menor analfabetismo: 24% del total; en la zona urbana dicho porcentaje tan solo alcanza el 14.2%, pero en las zonas rurales se eleva a 57.1%.

Conclusión

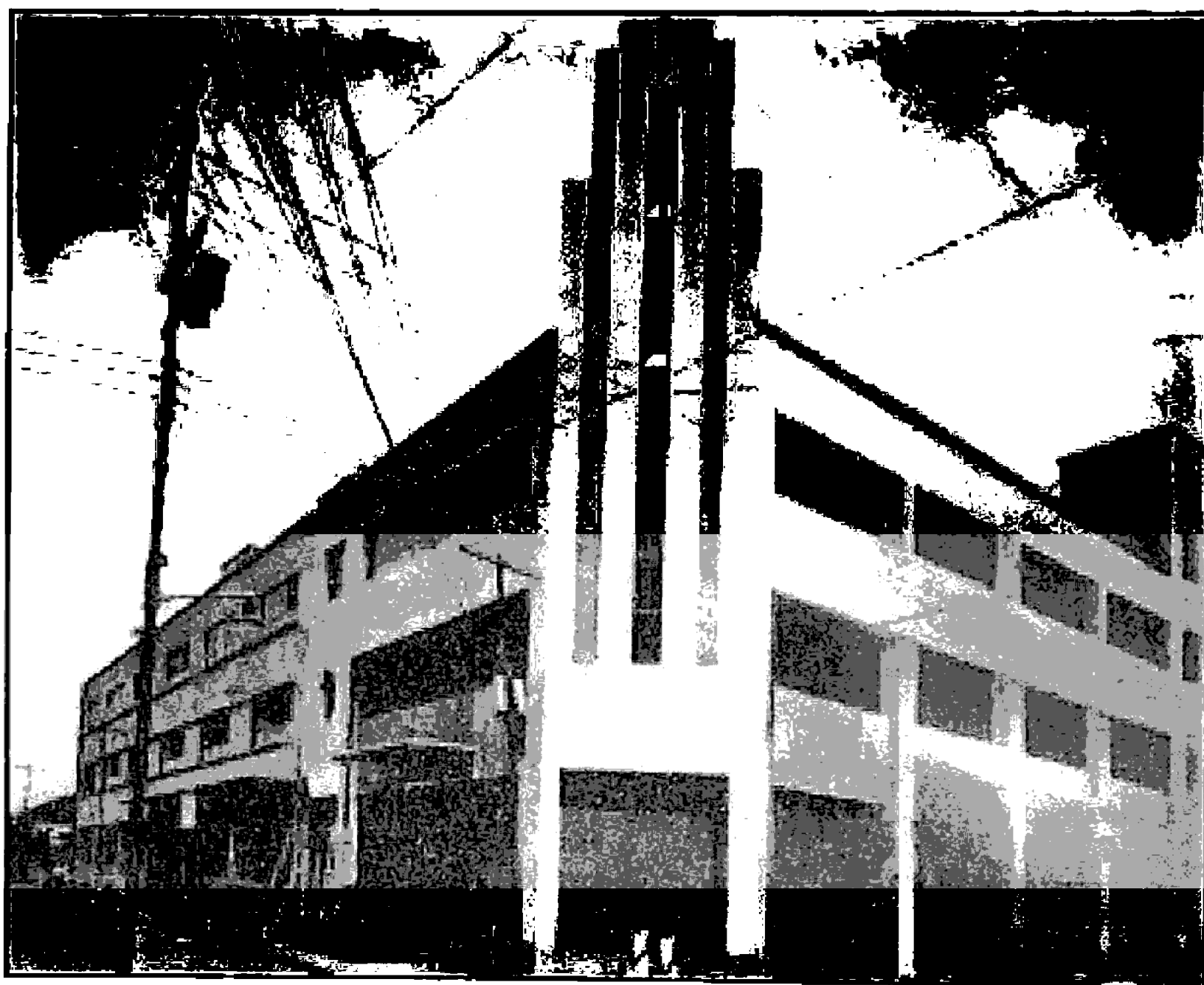
El comercio, la industria, las instituciones financieras, la burocracia gubernamental y la enseñanza superior, todos requieren de un ambiente urbano para progresar y florecer.

Con base en los anteriores datos, cabe preguntarse de nuevo: ¿Tiene Managua una cultura urbana? ¿Sirve de punto crucial para llevar a

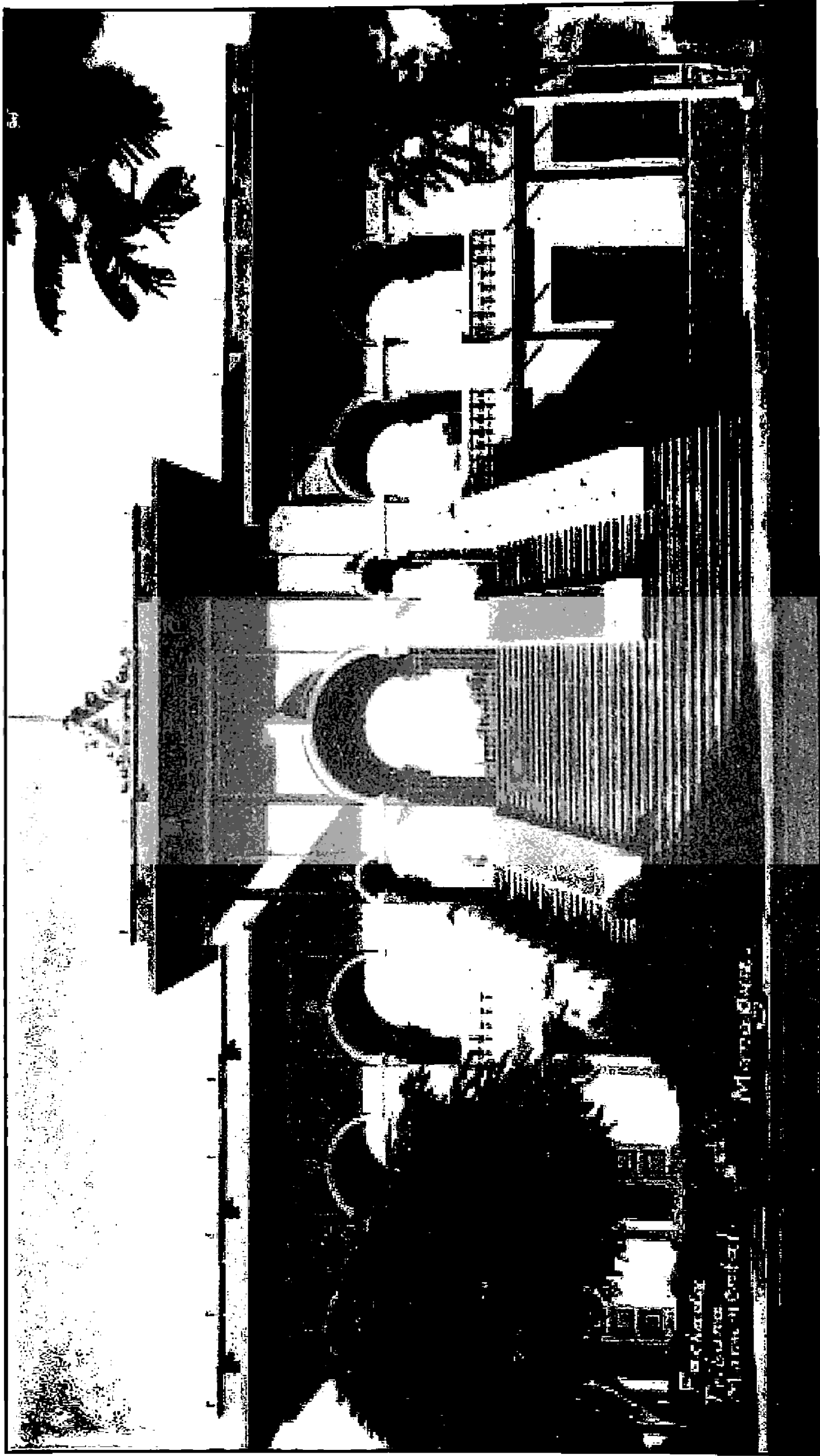
cabo la adaptación de nuevas ideas, nuevas tecnologías, etc.?

Para muchos, en nuestro sistema, esto sigue siendo una interrogante, para otros, un círculo vicioso. Sin industrias no puede haber cultura urbana, y sin cultura urbana no puede desarrollarse adecuadamente la industria.

[Boletín de la Escuela de Ciencias de la Educación, Managua, UNAN, No. 2, 1969, pp. 59-62.]



Edificio de la Casa Pellas [c. 1940]; fotografía tomada del álbum de Luis H. Flores: *Nicaragua / Imágenes de ayer y hoy* (2005).



Tribuna Monumental: Fachada (c. 1940). El palco presidencial y las graderías miraban hacia la Explanada de la Loma de Tiscapa. Foto de Gurdían & Co. Ltda. Tomada del álbum de Luis H. Flores: *Nicaragua / Imágenes de ayer y hoy* (2005).

RECUERDOS DE LA VIEJA MANAGUA

(Leído en el teatro Nacional Rubén Darío,
el 15 de diciembre de 1997)

Por Carlos Mántica Abaunza

CARACTERÍSTICA de la Managua de mis primeros años fue el que muchos empresarios de aquel entonces, sin importar la naturaleza o tamaño de sus negocios, tenían por casa de habitación el piso alto o la parte trasera de sus propios negocios, logrando de este modo conjugar su actividad empresarial con los deberes de su vida familiar.

Por eso mi primer recuerdo de niñez —1939— es el de mi papá, sentado al caer de la tarde, con un hijo gemelo en cada rodilla, contándonos las interminables *Aventuras de Don Nicola*, que él se iba inventando cada día; como lo hizo antes que él su padre *don José Mántica Calvi*, con sus once hijos y como lo hice yo con los míos, inventando para ellos cada día las *Aventuras de don Búho* y el cuento aquel de *El cuento que no quería que lo contaran* hasta que comprendió que si no se contaba desaparecería un día de nuestra memoria. Por eso vengo esta noche con mi cuento, para que ciertas cosas no se olviden.

La casa-escuela de las Salvatierra

Me veo con mi gemelo Felipe, cargando, o arrastrando, nuestro propio pupitre, camino a la casa-escuela de las Salvatierra, frente el costado sur del Gran Hotel donde aprendimos las primeras letras deletreando: *O, Ese o, So: O-so*, en el **Silabario Catón**, bajo la tutela de doña Chilita, alta, correosa y dura —pero dulce— como caña de Purísima; de doña Luisita su hermana, cachetona y sonriente como todas las gorditas y de doña Sarita, de rostro siempre airado; las tres con más años que el Momotombo... o así nos parecía.

Don Wenceslao, el afilador

Me recuerdo bajando apresurado las escaleras de nuestra casa, frente al costado sur del Almacén Dreyfus, al escuchar el grito de *(Siempre se afilaa!*, para salir al encuentro del anciano ciego, o casi ciego, de anteojos negrísimos y redondos, que alguien me ha dicho se llamó don Wenceslao Gutiérrez, y examinar, una vez más, la ingeniosa armazón de madera de una sola rueda, que el afilador empujaba como carretón de mano y que yo estudiaba maravillado, porque luego se sostenía en posición vertical y se podía accionar entonces el pedal que impulsaba el disco de afilar. Su pregón lo cantó el Maestro Llanes en un precioso *corrido* que muy pocos recordamos.

Hasta nuestra casa-almacén llevó mi padre al conjunto de *Los Gardelitos*, integrado por el papá, la mamá y una marimba de chavalos, que fueron quizás quienes despertaron mi afición por la guitarra.

Lanchas de vela en el Lago

Allí, llegaba a ponernos inyecciones a domicilio la Petroncita, que recorría las calles de Managua con un pequeño y lullido valijín de médico, color café; y nos llegaba a *pelar* el *maistro* Ernesto Esquivel, que siempre protestamos nos jalaba mucho las patillas, con su maquinita de rasurar de mano. Hoy vive en California.

Alcancé a ver las lanchas de vela que llegaban a *El Muelle*, procedentes de San Francisco del Carnicero, donde una señora gorda, de delantal blanco y una nube en el ojo vendía vigorón. ¡Mi primer vigorón! Al caer el sol encendía el candil, que nos marcaba la hora de regreso. Y allí mismo recibí mi primera lección de amor y respeto a los símbolos patrios, cuando al bajarse la bandera del cuartelito que guardaba la entrada del muelle, la Chica Castillo, mi china, nos tomaba de la mano y nos obligaba a interrumpir la marcha y guardar silencio con una mano sobre el pecho, mientras duraba el solemne toque del clarín.

El Malecón

Más tarde se construyó allí mismo el Malecón, por iniciativa del Alcalde Andrés Murillo, cuñado de Rubén Darío, a quien el doctor

Debayle acusaba de haberle arrebatado el cerebro del poeta después de la autopsia. Fue durante su administración que se ordenó que todos los caballos cocheros llevaran un bramante bajo la cola para no ensuciar las calles de Managua.

En ese malecón, vi muchas veces a quien sólo conocimos como **El Campeón de Bicicleta**, haciendo sus gracias y acrobacias arriba del muro de retención, con una *jacket* de colores brillantes que todos envidiábamos.

Me asomé a ver un maratón de baile en el **Casino Olímpico**, que me pareció muy aburrido y una vez me atreví a arriesgar un *pleno* de diez pesos, en la ruleta de **Moncho Bonilla**.

En una *barrera* improvisada presencié allí mismo la lucha a muerte de un feroz león africano contra un toro *tigrero* chontaleño. Fue un triste espectáculo y el respetable público optó por abandonar el local antes del fatal desenlace, porque los cuernos limados del toro nos indicaban que aquello era *Pelea de burro amarrado con tigre suelto*.

No se tome, por favor, como una asociación de ideas de mal gusto, pero fue también allí y en ese entonces que escuché a **Oreja 'e Burro** tocando su trompeta en el **Copacabana**: nuestro inolvidable Gastón Pérez.

Pero, sobre todo, fue donde gozamos de un resurgir de la **retreta**, que yo había visto en el parque Central de San José durante el exilio de mis padres a Costa Rica, en 1944, y ya *matacán* en el parque de León, donde las muchachas caminaban en un sentido y los chavalos en dirección opuesta, para poder hacerse alguna seña.

Al finalizar la tarde, alcanzábamos todavía a saludar de largo a las chavalas de la Asunción que, asomadas a las ventanas, nos sonreían coquetamente, pero sin atreverse a más, so pena de algún severo castigo de las monjas.

Panchito Herradora

Muy cerca de ahí, en **La Estación** (del Ferrocarril) y en mis viajes de regreso al colegio Centroamérica, compraba a escondidas el prohibido **¿Y Qué Pues...?** que el enorme **Panchito Herradora**, firma-

ba como Director, Redactor, Repartidor y Chupador. De él se cuenta que evadía la cárcel acostándose en el suelo, porque el levantarlo requería una patrulla entera de la Guardia.

Yo me corrí de las pedradas de **Maximiliano** y de los insultos de aquella pobre vendedora de lotería, que nunca fue loca o a quien enloquecieron los gritos de **¡Chachureca!**, con que la atormentaban los chavalos del vecindario. De la **Cacho 'e Pelo** y de la **Santos Lucero** que nos inspiraban horror, y de **La Cocoroca** quien, siendo yo muy niño todavía, me pellizcó por repetir el grito de *¡Viva Chamo...sa!*

Guardo gratos recuerdos de **El del Cabrito**, cuyo nombre no debí olvidar, pero he olvidado, que llegaba a *Casa Mántica* en su carretoncito de propulsión a cabro, a recoger semanalmente su mesada. Y de **Polito**, a quien mi papá regaló su silla de ruedas y una vez me hizo viajar dos horas en el *subway* de Nueva York para comprarle una jacket que lo protegiera del frío. Fue nuestro primero y único *C.P.F.* y estaba de turno, muy serio, cuidando las vidrieras de la tienda la noche del terremoto del '72, que predijeron separadamente el Ingeniero Santos Berroterán y **Sor María Romero**.

Cuando cumplí seis años nos trasladamos a la casona de tres pisos de la Calle del Triunfo, la primera casa que construyó Cardenal Lacayo Fiallos, que quedó intacta después del terremoto y que una vez soñamos poder convertir en un museo que honrara la memoria de mi padre. Su paradero actual no parece ser muy claro.

Allí mismo y el propio día de nuestra Primera Comunión quedaron presos, con la casa por cárcel, mi padre y varios de sus hermanos, por el delito de ser italianos, a pesar de haber nacido en Chinandega. Mil novecientos cuarenta y uno.

Espectáculos

Los eventos y lugares notables de esa década fueron para nosotros:

Las corridas de toros en *El Caimito*, donde toreaba **El Gato** y montaba el toro una hermosa morena de pantalones kakis; y donde vi de lejos, por primera vez, al *Viejo Somoza*.

La llegada a Nicaragua de **Mappy Cortés** que provocó casi una asonada al asomarse a la baranda del Hotel Lido Palace.

La visita de **Agustín Lara**, que según decían se *prendó de la Negra Sansón*, a quien conoció en el Lobby del Gran Hotel.

La boda de **Tachito** en el Palacio de Comunicaciones, quien siendo ya Presidente preguntó una vez altivo a Jaime Chamorro, hermano de Pedro Joaquín: *¿Y vos quién sos?* A lo que Jaime contestó: *Jaime Chamorro... ¿y vos?*

Las prácticas de basketball de **Las Grifas**, en el gimnasio, donde acudíamos para ver jugar (o descansar) a las lindas atletas. Fue en aquel gimnasio donde alcancé a ver pelear a **Francois González**, mucho antes de que naciera el **Ratón Mojica**, *cuantimenos Alexis*, que ya es *de ahora ...* y de siempre.

Los Matinés del González, que tenía antes su entrada frente al Club Internacional y que se quemó poco después. Allí vi mi primera película de Tarzán.

Las compañías de variedades que llegaban al **Luciérnaga**, donde vimos a **Paco Miller** con Don Roque.

Las series de Batman, en el Cine **Alameda** que, como todo lo demás, se anunciaban con *La Barata* de Santos Ramírez. Todavía llamamos *baratas*, a los estruendosos vehículos que, armados de altoparlantes, continúan atormentando nuestros barrios.

Las películas del cine **Tropical**, con sus mecedoras de mimbre en su techada sección de Palco y bancas de palo en su sección de Luneta a cielo abierto; separadas únicamente por una verja de madera, que todo el mundo se *brincaba* con el primer aguacero. Sólo el Arquitecto Maurice (*El Chino*) Pierson, compraba boleto de Palco y se pasaba a Luneta; como él mismo cuenta en su libro inédito: *Aventuras de cuando yo era baboso*.

El primer cine con aire acondicionado fue el **Salazar**, que se estrenó con *El Gran Caruso* de Mario Lanzas, que todo el mundo aseguraba era nicaragüense y de los Lanzas de León.

Y después del cine, un sorbete en el **Bomboniere**, con las chavallas, donde un niño de escasos siete años, aborreciendo la mendicidad, recitaba largos poemas de Darío y pasaba luego su gorrita para

recoger algún dinero.

El Centenario de Managua del que fue Reina mi cuñada Mireya Cuadra de Jackman —que me ahorca si no la incluyo en estas memorias—. Para la celebración del Centenario concursaron varios compositores y **Justo Santos** agregó a su inmortal *Moralimpia*, una letra de ocasión que nos pareció a todos un auténtico sacrilegio musical y optamos por olvidar para siempre. *¡Que desastre!* habría dicho **Tinito Lopito** que estrenó por ese entonces su corrido *Managua*.

El Estadio y su inauguración

Algunos años después, la inauguración del nuevo **Estadio** en ocasión de la **Décima Serie** Mundial de Baseball Amateur, a donde acudí el día de su inauguración solamente, para admirar a las madrinas: Maruca Portocarrero, Mary Lou Downey, Ada Francis Peñalba, Bertita Zambrano, Daisy Solórzano Thompson, Mary Lou Patiño, Yolanda Rodríguez y Luví Navas. (A la Undécima Serie la llamó mucha gente *La Equis Palito*, por sus números romanos). Me declaro culpable de *lesa ignorancia beisbolera*, a pesar de que muy niño tuve el privilegio de servir de *pasabolas* a “Chiquirín” García, “Moncho” Méndez, el Zurdo Dávila y al Bachiller Ponciano Lombillo, cuando llegaba el **Equipo Chinandega** a practicar en la *Quinta Nina* de mi abuelos paternos, donde en 1965 tres de sus hijos construyeron el **Centro Educativo Mántica Berio**, en homenaje a su memoria y en agradecimiento a la ciudad que los vio nacer.

Un ángel trashumante

En nuestra nueva casa de la Calle del Triunfo, nos honraba con su visita **Carlitos del Parque**, que peinaba incesantemente las calles, vestido siempre de blanco inmaculado, como su piel; de saco y pantalón almidonados y quien, por su dulzura, me pareció siempre un ángel trashumante que hubiera extraviado el camino en su viaje de regreso al cielo; donde hoy continúa, sin duda, peinando las calles de jaspe, zafiro, calcedonia, esmeralda y sardónica de la Jerusalem Celestial... mientras *Peyeyeque* las pule con esmero. Porque de los sencillos y de los humildes es el Reino de los Cielos.

En nuestra casa frente a Comunicaciones vivió por cinco años, **doña Florentina González y Ciprés**, doctora en psicología con post-grado en ciegos y niños discapacitados, a quien logró traer mi padre como maestra de mi hermana, por concesión especial del gobierno mexicano al doctor René Schick. Fue ella quien entrenó gratuitamente a las primeras maestras especializadas de nuestro país. Con *La Operación Apolonio* del **Club 20-30** se inició la construcción de la primera escuelita, que quedó bajo la dirección del inolvidable filántropo, el **doctor Apolonio Berríos**, vecino también de mi casa, a quien una vez visité por razones de la construcción del edificio que regaló mi padre para la escuela, y que cuando me percaté ya me había *clavado* una inyección.

De regreso a México, doña Florentina contrajo matrimonio con el **doctor Ramón Romero** y sólo una vez regresó a Nicaragua, durante la década de los '80, para ser condecorada por el gobierno.

Más personajes

Los domingos atraían nuestras miradas el **Chele de Catedral**, que era albino y que mirábamos pasar admirados, sin entender su piel; o el **Gordo de San Antonio**, sacristán de calzones tiesos por el infaltable almidón y que tenía un cierto parecido con el **Gordo de la Lotería**, una especie de *gigantona* que recorría las calles con tambores, anunciando *el gordo* o premio mayor del próximo sorteo.

Como olvidar a **doña Pochita** que vendía a 5 centavos la pana de jocotes o la pulpería de las **Zelayas** con los churros a medio centavo cada uno, y que vivían *pegado a* un señor Barillas que alquilaba bicicletas en la esquina opuesta a Comunicaciones. Al *paletero* de los *Rolling Pin* y al señor de los barquillos que se anunciaba sonando su triángulo y gritando: *Que son de canela, que son de limón, señora María que ricos que son.*

Gozamos del cariño de **Reginaldo Montcrift**, quien con su figura cadavérica atemorizó a las chavalas con su breve aparición en la película **Rapto al Sol**—el único nicaragüense de ese tiempo que junto a **Gabry Rivas** y **Liliam Molieri** podía jactarse de haber sido *artista de cine*— y cuyos títeres divirtieron a toda una generación de

chavalos. Mi padre le regaló un acordeón, que nunca aprendió a tocar, y sus primeros títeres, pero los niños se reían más cuando Montcrift se asomaba a saludar, que con las gracias de los títeres.

Cuando en noviembre de 1956 abrimos el primer supermercado de la ciudad, Montcrift, entre función y función anunciaba por sus parlantes: *¡Compren dónde los gemelos!*, refiriéndose desde luego a mi hermano Felipe y a mí, aunque su nutrida audiencia nunca entendió el mensaje y continuó acudiendo a la Tienda *Los Gemelos* del **Mercado San Miguel**. Algún día la Alcaldía de Managua pondrá su nombre a un parque, en honor a este Quijote que consagró su vida a la niñez.

Ahí vimos a *Colevaca*, dormido en una banca de la Plaza de Comunicaciones, cuyo apodo permanece en el habla nicaragüense como sinónimo de *metiche e igualado*. **Erwin Krüger** me aseguraba haberlo visto entrar, siempre *de leva*, en las oficinas del Presidente Miguel Alemán, en aquellos tiempos en que Rogerio y Salomón de la Selva *mandaban* en México y el **Trío Monimbó** triunfaba en la X.E.W.

Mientras tanto, en Nicaragua, se iniciaba toda una nueva era de la radiodifusión.

Una nueva era en la radiodifusión

La Voz de la América Central de don José Mendoza Osorno fue la gran pionera en el ramo, que quedaba *de la Empresa Vargas una cuadra a la montaña y media abajo* y que tenía escenario y un auditorio para unas 200 personas.

A las 6 de la tarde, *La Hora Infantil*, de **El Tío Popo**, Rodolfo Arana Sándigo, quien iniciaba su programa con un: *¿Quién le tiene miedo al Lobo Feroz?* Y el chavalero contestaba: *¡Naadie!*, porque en ese tiempo todos los programas eran *al vivo y en directo* y no había más grabaciones que las que hacía en discos de acetato **don Juan Navas**, en la Colonia Lugo. En 1959 don Rodolfo pasó a **Radio Mundial** y fue el primer intérprete de **Pancho Madrigal**, el personaje radial de mayor duración en el país y que Fabio Gadea Mantilla *encontró una vez en una cañada de su pensamiento*.

A las 7 p.m., Alberto Ferrey, con su personaje **El Indio Pantaleón**, el pionero en su género. A la hora del programa eran inútil visitar a las

amistades, que estaban todas *pegadas* al radio oyendo a Pantaleón.

Y a las ocho de la noche, es decir *bien noche* para darnos más miedo: **El Monje Loco**, de Julio César Sandoval: *¡Nadie sabe... nadie supo la verdad, en el horrible caso de los Tres Hijos Malditos!* Y una escalofriante carcajada, quizás de **José Dipp Mac Connel**, que nos ponía los pelos de punta.

Todo esto sucedió mucho antes del nacimiento de **Radio Corporación** en 1965, donde Gustavo Valle Schäffer hizo sus primeros pinitos; antes del programa político de los *Bachilleres* Montealegre y Aguilera, de **Radio Panamericana**; de **Radio Centauro**, de don Salvador Cardenal, precursora de la *Güegüence*; la primera con programación de música clásica; de *Tamakún el Vengador Errante*, de *Kadir el Árabe*, de *El Dolor de Ser Pobre* o de *El Derecho de Nacer* con el Cuadro Dramático de **Radio Mundial**, y que hacía llorar a todas las señoras.

Llegue nuestro recuerdo y reconocimiento a don José Castillo Osejo, a Joaquín Absalón Pastora, Polito Rosales, Chepe Chico Borgen, Bin Morales, Mamerto Martínez, Óscar Pérez Valdivia, Julio Orozco, Elsa Arana, Cela Lacayo, Esperanza Román, Sofía Montiel y tantos otros pioneros de la radiodifusión nacional. Y a don Salvador Cardenal Argüello, a quien debemos además la preservación y divulgación del Canto Nicaragüense.

“Algo ha muerto dentro”

Sabemos de sobra que podría mencionar a muchos otros personajes de ese tiempo. Pero interesa más por qué se nos han hecho inolvidables. ¿Será acaso que ya no existen personajes como estos? O por el contrario, existen ahora más que nunca, pero pasan desapercibidos a nuestro lado y ya no nos detenemos a mirarlos.

En un bellissimo escrito dice **Pablo Antonio Cuadra**:

Se muere antes. Cuando cesa el amor. La ciudad, ignora las estrellas. Pasa junto al pobre árbol famélico y ni siquiera lo interroga. Llega al mar y solo usa su infinito volumen lleno de retos y de ritmos, la ola final, la resaca, para la prosaica operación de

un baño. Cuando cruza un río, o una carretera y cree admirar el desfile de sus paisajes, lo que admira es la velocidad del motor que lo arrastra. Cuando habla de la tierra ya es tarde; solo conoce la tierra en el t́mulo. La ciudad envenena a la naturaleza porque ya no la ama.

Yo pienso como PAC que el mal est́a en nosotros y algo ha muerto adentro. Pero que quiźas ha sido la nueva ciudad quien lo ha matado. **Que ya no tenemos lugares donde detenernos y mirar, o lugares de encuentro capaces de suscitar una relaci3n.**

Mi hermano entrañable, el ingeniero Jorge Arguello Barra, de fino humor incisivo, viaj3 una vez a Costa Rica despu3s del terremoto y a su regreso nos comentaba con fingido asombro: **¡Y tienen aceras!** Nosotros ya no teníamos aceras y con ellas perdimos la oportunidad de caminar y de detenernos y mirar.

Recuerdo a mis padres, sentados en la acera de su nueva casa al caer de la tarde. **¡Puerteando!** La espera del repartidor de **La Prensa**. Bajo el poste de luz, el policia que enamoraba a una empleada de mi casa y a todas las dom3sticas del barrio. El saludo a los vecinos: *¡Buenas Noches!* Y el *¡Adi3s amigo3!* de cada transeúnte. Y con el puerteo, **la tertulia**. La de **Romulete**, cerca de la **Esquina de los Cochones**. La de **don Pedro Joaquín Chamorro Zelaya**. La de los novios visitando a la novia en la acera, de aire acondicionado natural, bajo la vigilancia de la "suegra", siempre alerta. La del transeúnte deteniéndose unos minutos para alǵn comentario, una bola, o el ́ltimo tapazo. Y la del *chavalero* reunido en las aceras de alguna casa amiga. Fue alĺ donde nos enamoramos de todas las muchachas, antes de enamorarnos de todas y cada una en particular.

Necesitamos en Managua lugares donde detenernos y lugares donde encontrarnos. Y por eso paso a un segundo capítulo de mi juventud. El capítulo de mi Barrio, porque la identidad de los barrios se est́ perdiendo y se han robado hasta el nombre de la *pandilla del barrio*, las pandillas de delincuentes juveniles.

El barrio de San Sebastián

Mi adolescencia tuvo por escenario la confluencia de tres barrios:

el de **San Antonio**, el de **Candelaria** y el de **San Sebastián**. Pero mi identidad fue siempre la del barrio de San Sebastián. Quizás se deba esto a que San Sebastián tenía la mayor densidad de muchachas guapas, por vara cuadrada, de todo Nicaragua.

Partiendo del Parque Central y sobre la Calle del Triunfo: la Mercedes Quesada, la Lula y la Marguina César; la Chelo Chamorro que contrajo matrimonio con Luis Procuna y *en seguida* las Cardenales de don Salvador: Adela, Mercedes, Beatriz, María Ofelia y María Dolores Cardenal Vargas. Don Salvador se mudó luego a la Avenida Bolívar, cosa que no puedo dejar de consignar porque fue en una tertulia de su casa donde vi por primera vez a Miryam Cuadra Doña, que es hoy la madre de mis hijos. *Enfrente*, la Rosibel Bursch que acostumbraba lavar personalmente su carro en *shorts*, y paraba el tráfico. Más adelante y en una casa que desapareció con la construcción de La Plaza de Comunicaciones, las dos López Caldera: la Chila, y la Eda que tenía un ojo de un color y el otro de otro —que la hacían más interesante. En esa casa vivió más tarde **Mister Cranshaw**, ese gran promotor del deporte en Nicaragua y autor del dicho popular: *No es lo mismo Chabelita*, cuyo origen explico en mi libro *El Refranero Nicaragüense*. En la siguiente cuadra, la María Amanda Rivas, las Bolaños —René y Bertita—, la Albita Peña y en la esquina de La Prensa la Anita Chamorro y *La China*, su hermana.

Buscando hacia el lago, el poeta **Carlos Martínez Rivas**, que vivía entonces junto a los Garajes el Triunfo, *retirado a su tos* y escribiendo poemas para Melba, super-musa y casa de por medio las hermanas Portocarrero, todas bellas. Por la **Casa del Águila**, las hermanas Aidita y María Isabel González Pasos, Liliam y Miryam Arana y la Carol Cabrales. Y acercándonos más a la Iglesia de San Sebastián, la Titabel Castrillo, María Elsa Salinas, Ruth Krüger, Sandra Lacayo que fue Miss Nicaragua... y la inefable Clara Parodi.

Cerca de la iglesia, María Elena Solórzano que tenía un lunar café en uno de sus grandes ojos negros, y su prima visitante la Vilma Pastora; la Teté Barberena y por un tiempo María Adelina Recalde, a quien dedicó un bello bolero Gastón Pérez, Carmen Isabel, su hermana... y todo un horizonte de luceros.

Yo sé que ustedes están enteramente de acuerdo conmigo, porque siempre ha sido cierto que es en nuestro barrio donde florecen las chavalas más guapas.

Deslumbrados por tanta belleza, quizás se nos escapa mi mensaje urbanístico. Y es, que mi adolescencia se desarrolló entre parques.

Los parques

Hacia el Sur el pequeño **Parque de San Antonio** con lo que bien podría llamarse la primera *Rotonda* de Managua. A mi izquierda el **Parque de Candelaria** donde jalaba Carlos Mejía Godoy, si damos crédito a su canción *Que Viva Managua*. A mi derecha el **Parque de San Sebastián**, frente a don Deogracias Rivas. Y atrás el **Parque Infantil** o Parque Frixione, donde llegábamos de niños a ver pasar el *Tren de las cinco*, frente a la *Escuela de Artes*, donde aprendimos a patinar y alguna vez me comieron las hormigas. De ahí salimos caminando una vez sobre la carrilera, que era la vía más fácil, para ir a conocer las lejanas huellas de **Acahualinca**.

Cerca de la Escuela de Artes nació **Camilo Zapata**, nuestro *Clarinetista Mayor* a quien conocí tiempo después, ejecutando en su guitarra la Rapsodia Húngara Numero Dos, en la casa de Humberto Mántica, en Chinandega.

Siguiendo con los parques, el **Parque Darío** con su laurel centenario, en donde dice **Ge Erre Ene**: *se exhibe el poeta con cuatro mujeres y en camión*. El parque sirve hoy de vestíbulo a este Teatro Nacional, que lleva su nombre y que fue una iniciativa de Rodrigo Peñalba, del Doctor Manuel Monterrey Solórzano, de Chepe Chico Terán y de otros quijotes como el Doctor Francisco Láinez y este servidor, que ayudamos en su diseño y construcción, coordinado todo por doña Hope Portocarrero de Somoza, a quien el Doctor René Schick nombró *madrina* del proyecto.

Y desde luego el **Parque Central**, que perdió primero sus hermosas verjas de hierro y luego un gran pedazo, en favor de la actual Plaza de La República, donde todos los años desembocaba la *Procesión de Varones del Primero de Enero*, encabezada por el **Padre Pinedo**. En sus costados: el *Club Managua*, donde nuestros políti-

cos componían el país, y que sólo recuerdo por sus exquisitos *sandwichs* de jamón y sus tronadoras papas fritas; la Catedral con la estatua de San Miguel Arcángel en uno de sus costados —porque canónicamente San Miguel es o era el verdadero patrono de Managua, con el perdón de Santo Domingo de Guzmán— y el Palacio Nacional, hoy Palacio de la Cultura.

Este ha sido nuestro parque por excelencia, con su **Biblioteca Pulgarcito**, su pila de las tortugas mucho más grande que la actual, sus monos perezosos, su muestrario del árbol nicaragüense, sus sillas de cemento en forma de *ese* para los enamorados y un terrible *parquero* para impedir sus abusos... y su hermoso kiosco donde la **Orquesta de la Guardia** y antes la **Banda de Los Supremos Poderes**, tocaban en las tardes los valeses de **Mena**, las composiciones del **Maestro Vega Matus** y las del **Maestro Delgadillo**, de noble porte y estudiada pose, a quien recuerdo siempre con su infaltable bastón de empuñadura dorada. Los irrespetuosos lo llamaban el *Maistro Del Galillo*, por su descomunal apetito y Chepe Mántica lo invitaba a su casa, sólo por el gusto de verlo comer.

Del Parque Central regresaba a mi casa guindado de la parte trasera de algún coche, esquivando los chilillazos del cochero, o me venía a pie para ver de reojo a una chavalita de ojos zarcos y grandes colochos nazarenos que junto con su madre vendía leche-burras, espumillas, bien-me-sabes y pan de rosa, en la entrada opuesta el antiguo **Monte de Piedad**, contiguo a las **Princesas del Dólar** que era la única casa de la ciudad con buhardillas de estilo europeo y techo de metal laminado.

Como broche uniendo los tres parques, **El Palacio del Ayuntamiento**, es decir la Alcaldía de Managua, de estilo romano, con escalinata y grandes estatuas a la entrada, que de este modo parecía tener puestos siempre sus ojos en los parques. Como debe ser.

Porque un parque bien concebido es mucho más que un puñado de áreas verdes. El parque es un lugar de encuentro con las personas y con la naturaleza. De descanso para los viejos. De refugio para los desvalidos. De comercio para las marchantas. De sano esparcimiento para los jóvenes y puede incluir, a bajo costo, restaurantes y cen-

tros de atracción turística, un muestrario de nuestra flora y fauna y otros elementos educativos, artísticos y culturales. Recordemos que la acera del Parque Central fue en un tiempo la única *Galería de Arte* que tuvo Managua, donde nuestros pintores y escultores exhibían sus trabajos, como se continúa haciendo en tantos otros parques de Europa y del mundo entero.

Cosas como estas parecen estarse cocinando ya en los proyectos del Ingeniero Cedeño. La Managua post terremoto tiene abundante lotes vacíos para parques y nuestros últimos alcaldes una nueva visión para la Managua del futuro.

De hecho, la Managua que recuerdo fue siempre una Managua *terremoteada* que fue sanando sus heridas poco a poco. Una página en blanco que se ofrecía a sí misma a los urbanistas y arquitectos con visión, para diseñar en ella la futura Managua, y que no supimos aprovechar a plenitud.

Los lotes vacíos

Entre los siete y los nueve años de edad, una bandada de chavalos recorríamos diariamente a pie la distancia que había del **Instituto Pedagógico La Salle** hasta la Calle del Triunfo. Esto fue antes de **Los Gatos Renault** cuando de la **Cervecería** hasta el **Field** y de la **Explanada** hasta la **Escuela de Artes**, que eran los límites de la vieja Managua, se podía viajar en taxi por un peso.

Bajando por *la Roosevelt*, del colegio hacia la casa (antes de que aparecieran las primeras oscuras golondrinas), el primer lote vacío estaba contiguo a **Chico Negro**, donde se construyó después la Compañía Automotriz y están hoy las oficinas de la Vicepresidencia de la República. Un par de cuadras hacia el lago, el lote vacío donde se construyó luego F. & C. Reyes y contiguo a éste, un lote con construcciones temporales que intentamos comprar pocos días antes del terremoto del 72 en un millón de Córdoba, para agregarlo a nuestro **Super de La 15**, pero cuyo precio pareció muy bajo a sus dueños. Más al norte, el lote que alquilaba don Carlos Cardenal para sus talleres, junto al almacén que llevaba su nombre y donde se instaló la primera y última escalera eléctrica del país de una casa comer-

cial, en la *Esquina de los Coyotes*. Y enfrente el Edificio Adela con el **Banco de América** que se fundó en 1952. Más adelante las dos esquinas vacías frente al Gran Hotel donde de se instaló después una gasolinera y donde la **Chalía**, una *de adentro* de mi casa, montó su propia *fresquería*, y vendía sus refrescos en grandes vasos *ochavados*, antes de la invasión de las bolsas plásticas, que se inició con los famosos **Bolis**.

En la esquina Norte del hotel y bajando hasta el Palacio Nacional, otro lote vacío donde se instalaba y vi actuar por primera vez a **Firuliche** y su burro, en el circo que pomposamente se anunciaba como *Gran Circo Imperial Salvadoreño*.

Frente a mi propia casa, un patio enladrillado, restos de una casa derruida, con un bajo muro que alguna vez fue pared y que las dueñas indignadas mandaron quitar para que mi abuelo materno el general Gustavo Abaunza y Torrealba, eterno enamorado, no se sentara en él a ver pasar las muchachas que regresaban del colegio. El mismo don Gustavo, que vivía en la esquina sur del gimnasio, presumía de que su juventud se debía a que muy de mañana abría las persianas para dejar entrar la brisa que le llevaba el aroma de las chavalas del vecino Colegio Chepita de Aguerri.

Lo recuerdo siempre con su fino sombrero, que para demostrarnos que era de puro *jipijapa*, enrollaba ante nuestros ojos, como un puro habano. Nuestros gobernantes han sido siempre objeto de los chistes más crueles y de uno de ellos se asegura que cuando le preguntaron si su sombrero era de Jipi-Japa, contestó: *Nopo-Sepe*.

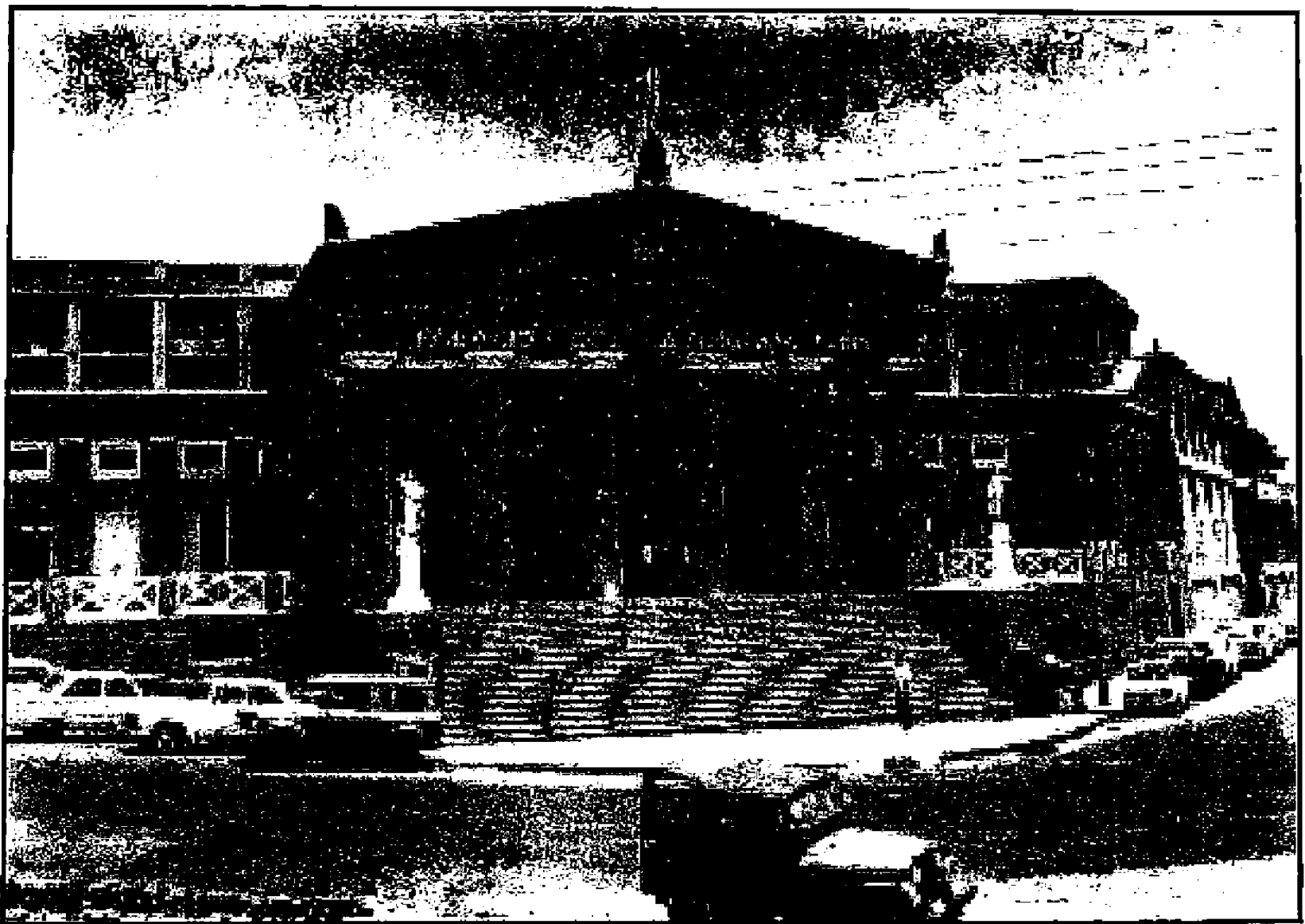
Contiguo a don Victorino Argüello, el solar vacío de lo que luego fue el Pan Fino y enfrente, el solar vacío contiguo a La Prensa, que se convirtió luego en los Garajes El Triunfo. ¡Managua llena de cicatrices!

Triste destino el de la ciudad aferrada a su antiguo centro, que en el momento mismo en que terminó de llenar los huecos que dejó el terremoto del 31, terminó convertida en un inmenso hoyo negro. Sus ruinas desperdigadas y sus solares vacíos nos sirven de recordatorio y advertencia.

He abusado de su paciencia. Esperaban quizás un estudio erudito

de la Vieja Managua y de su historia y he compartido solamente mis recuerdos de infancia, que quise revivir en memoria de mi padre.

Pero la historia está hecha de memorias. De las que nos invitan a no repetir la historia y de las nostalgias que nos llaman a construir la Ciudad con la vista puesta en el hombre concreto. La ciudad donde podemos detenemos para mirar y admirar... Y encontramos unos con otros, para podemos relacionarnos como personas, en un mundo impersonal, sin rostros, sin nombres y sin amor.



Palacio del Ayuntamiento [c. 1955].
Foto de Nicolás López Maltez

AVENIDAS, CALLES, BARRIOS Y PARQUES

Por Alberto Ordóñez Argüello

Avenida Central, 12 p.m.

AVENIDA Central a medio día. Autos que se deslizan entre Tiscapa y la ciudad. Allá vive un ladrón que es Presidente... En esta avenida se alza el único rascacielos-bebé, intención neoyorkina de Míster Pellas, con su piscina reclamando a las que andan de compras. Es hora de baño y aperitivo en el Terraza Club. Allí debe estar Moncada, el ex-Presidente, y sus comparsas. Esquina de Min Sun Len, el “Chino: Coyotes”, lustradores, vendeloterías, chismosos, empleados, dependientas con sombrillas, sonriendo. El ciego afilador está solicitando tijeras, navajas, cuchillos, que él deja como nuevos. El ciego afilador dice que sus cuchillos podrían cortar la luz que a él le falta... Y se aleja, avenida abajo, gritando: ¡Los que afilaaaaaaaán!

Sajonia

Más allá de la Ermita del Perpetuo Socorro, buscando hacia el Bautista, Sajonia disemina como quien arroja monedas del bolsillo, sus palacetes, sus quintas, sus chalets... En Sajonia viven extranjeros malos y buenos. En Sajonia la tarde cae como una hoja muerta, seca. Entonces todo el mundo se recoge en la intimidad, como aquella Esther que me leía los pasajes del Talmud, íntimamente, al caer la tarde sobre Sajonia.

Calle del Pati6n

Calle-largine. Calle-garganta. Calle-megáfono. Pati6n sucio como la boca de un mal hablado. Aquí andan miles de pies, suenan miles de voces: chillan, gritan, se exaltan, se enfurecen, se matan. Cocheros, carreteros, carretoneros. Hampones, rufianes, cabrones y los

“infinitesimalmente pequeños ladrones” del Padre Pallais, como Carita y Clavel Negro.

Calle del Pati6n traficada por putas y vivanderas gordas con delantales a cuadros, que venden su chicharr6n con yuca, sus chorizos y nacatamales. Calle-dormitorio para borrachos trashumantes. Calle-escenario de nuestro buen Melisandro, el m6s gracioso y encantador amigo de lo ajeno. Calle-cocina del Chinito Williams. Calle de la pareja Isaías-Dominga, los locos de la boda popular m6s ruidosa. Calle encalambrada de tipos estelares: El Ñato Carretonero, las Pijonas, la Rumualda... Celestinas, Maritornes, Rinconetes, Cortadillos...

Cable de la leche y el pan. Cable ensordecida de gram6fonos. Calle-marimba. Calle-pito. Calle-tambor. R6o que naces en el Aeropuerto del viaje y de la vida: r6o que mueres en una *terra-muerta*, negra —oh, necr6polis— del aterrizaje forzoso y del viaje eterno. Calle del Pati6n, sucia. Sonora como meg6fono.

Parque Infantil, 5 p.m.

Parque Infantil a las cinco, lleno de gritos de rorros y reclamos de niñeras. Pequeño jard6n japon6s, con 6rboles podados como parasoles verdes. C6sped cortado a la inglesa. Lazo azul, brumoso, al fondo. Muchachas que r6en con sus novios debajo de los laureles indost6nicos. Perfume infantil ex6tico y cosmopolita como don Rub6n Dar6o. Señor absurdamente encotonado en su eternidad marm6rea, rodeado de cisnes obesos como patos que vomitan agua en una fuente aguantando el peso de un 6ngel idiota con las alas abiertas.

Parque Infantil a las cinco de esta tarde de septiembre, como un cielo pardo como un nazi. Algunos claveles reventando. Tres yankis que pasean hablando de la guerra, del 6ltimo discurso de Roosevelt. Una vela que asoma sobre el lago. Y... T6, Anne, Anne, “el encanto de mi fantas6a” que has vuelto, sobre el lago, sobre la vela, sobre la bruma, sobre la tarde, sobre el 6ngel de Dar6o, sobre... El parquero ha encendido los globos de luz lechosa, tenue, mientras las muchachas todav6a se r6en con sus novios debajo de los laureles indost6nicos.

Santo Domingo

Barrio *plebeyo*, vulgar, bullanguero. Barrio de las costureras, de los zapateros, de los sastres. Barrio pavimentado a trechos; hediendo a estancos y quilambos disimulados. Barrio obrero. Sin carácter, como nuestro obrero. Sin instinto gremial. Sin sentido ni aspiración. Borrachos caídos en las aceras. Chicos sucios. Muchachas requeridas por señoritos. Overoles, andrajos, bicicletas. Barrio de Santo Domingo, promesano, licencioso famélico. Barrio explotado.

Avenida Bolívar

Vía de la elegancia. Pulso de la Managua "gentil y pulcra" que se sienta a la puerta o pasea su atuendo parisiense o neoyorkino. Avenida de señoritas sofisticadas con sombreros como huevos de golondrina y turbantes bereberes. Siluetas de pisaverdes que han saqueado "Los Precios Fijos". Caballeretes listos para la aventura galante, donjuanesca.

Avenida Bolívar: fuelle fotográfico de las muchachas que van al basquet-ball y al Nejapa Country Club. Balones, raquetas, uniformes monogramados. Perspectivas de un ser en plena faena, filmando la vida con actores preocupados de su apariencia. Pista de los perfumes enloquecedores, las sedas sollozantes y los tacones luminosos.

Ruta del paseo burgués vespertino en deslizamiento de autos aerodinámicos que cantan en las esquinas. Declive para chiquillas patinadoras y ciclistas de piernas lindas y sonrosadas. Calle-salón del Conde de Escoto. De Frufrú, Dodó, Mimí y Margot. Head-line de la señorita Cuarto-Poder... Avenida Bolívar: cinta sobre la frente de Managua. Arco-iris tendido al paso de la vanidad y de la farsa.

San Antonio

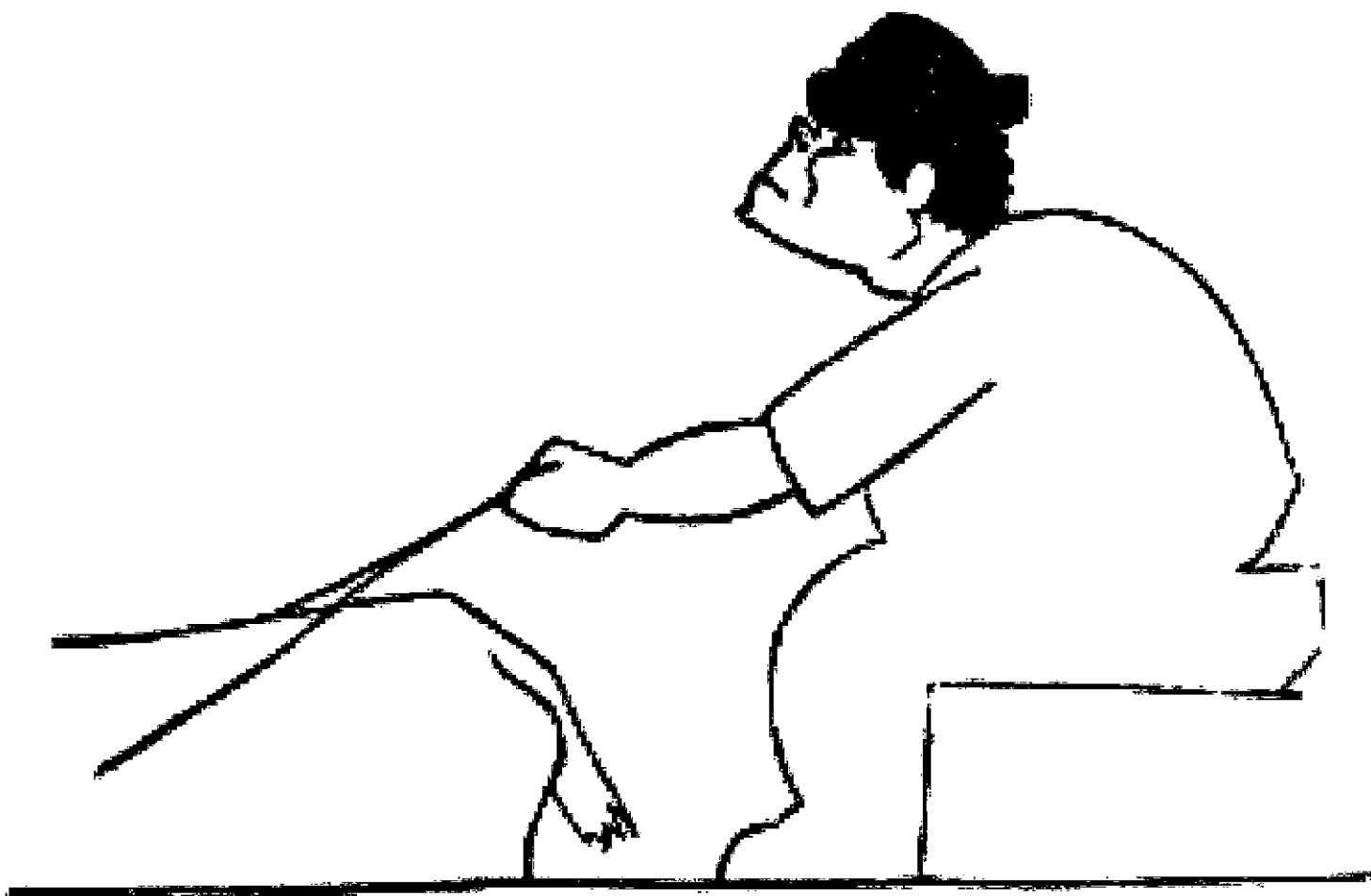
Barrio devoto, con una iglesia en el pecho como escapulario. Un parquecito en el frente que llaman de los poetas. En realidad, un parque de quelites, bebés y sirvientas. En medio, Maestro Gabriel dictando a un niño, en estatua, la lección sempiterna: *A.B.C.... dame pan que ya lo sé...* Las campanas tocan a misa: una beata, dos beatas,... cien beatas.

San Sebastián

San Sebastián semi-colonial y anti-moderno. Barrio de aristócratas arruinados, haraganes y chismosos. Barrio del abolengo Managua. Patios con jardín y niñas que estudian piano: Chopin, Mozart, Beethoven, Strauss... Salas con espejos de lunas mareadas... Cortinas del siglo XVIII y butacas Luis XV. Categoría social fijada por la posición terrateniente de cierto número de vacas. Barrio sin tráfico. Sin almacenes. Sin atrevimientos arquitectónicos. Elegantes que llevan al Club Managua, un Año Nuevo, los mismos fracs y las pecheras del abuelo. Barrio de la niña Perenceja y don Sutanejo. Cuentos que van, cuentos que vienen... San Sebastián: único y efectivo vecindario. Managua de veras.

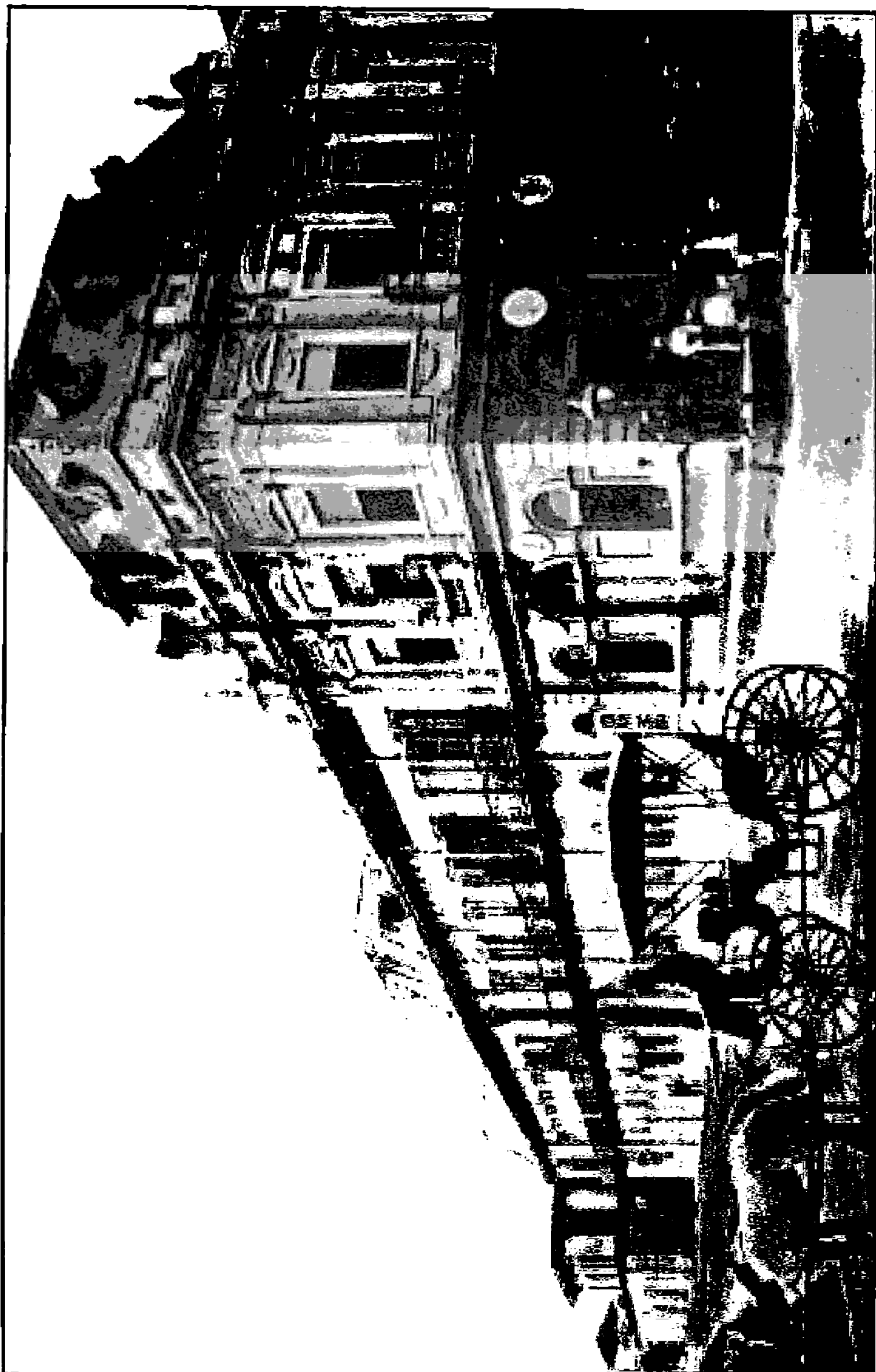
(Managua, septiembre de 1942; Guatemala, octubre de 1949)

[Tomado de *Revista Saker-Ti*, año III, nos. 9-10-11-12, enero-diciembre, 1949, pp. 88-92]



“El Ñato carretonero”
(dibujo de Salomón Barahona “Chilo”)

V.
MANAGUA DE ANTAÑO
(1820-1931)



Palacio Nacional a finales del siglo XIX. Construido durante la administración de Pedro Joaquín Chamorro Alfaro (1875-79). Foto tomada de la *Guía general de Nicaragua* (1898) de Falcinelli Graziosi.



MANAGUA VISTA POR VIAJEROS EUROPEOS Y NORTEAMERICANOS* DEL SIGLO XIX

1822

“Vi tiendas con ventas de vinos”

Sus calles son anchas y trazadas a cordel, y forman manzanas como en León. Tiene seis iglesias, la del Padre Irigoyen y una o dos más son grandes y hermosas. Las casas son, por lo común, de dos pisos, entejas, de adobes y encaladas; en cuanto a comodidad y construcción son similares a las de Granada y de León. Vi tiendas con ventas de vinos, aguardientes y otros licores. El pan, los quesos nacionales, dulces, café, y azúcar ordinario de pilón, son artículos que se venden casi en toda casita indígena.

ROBERTS

1829

“Una muestra de buena policía”

Managua, junto al lago del mismo nombre, tiene igual número de habitantes. En la parte histórica hemos visto que esta ciudad era la sede del partido de los blancos o aristócratas. No obstante el caos que imperaba, sobre todo en el Estado de Nicaragua, encontré aquí una muestra de buena policía que no hubiera esperado encontrar en Guatemala. En viaje de Managua a Granada me dirigí a Tipitapa por la vía acuática para contemplar el río de ese nombre. Partí de madrugada; mi cofre y demás pertenencias habían sido embarcadas a bordo de la nave con anterioridad. Apenas zarpamos, me di cuenta que los tripulantes eran de los más descarados y amantes de la libertad que a la fecha había encontrado. Al poco rato, al sacar algo del cofre muy liviano y flexible, me percaté que la tapa había sido levantada forzosamente de un lado. En seguida supuse un hurto, pero compren-

dí que no era aconsejable manifestar mi sospecha mientras estuviera a merced de tales individuos. Abierto el cofre en Tipitapa, comprobé que efectivamente habían sido sustraídas algunas prendas de ropa liviana. Pero también aquí, donde ni siquiera había un alcalde, hubiera sido inútil mencionar el asunto. Por ello escribí una nota al jefe político de Managua, en cuya casa me había hospedado y la encomendé al barquero, que era el hombre más adecuado de abordó. A los pocos días recibí los objetos robados en Granada, con la notificación que los ladrones estaban presos.

HAEFKENS

1838

“Percieron seiscientos de sus doce mil habitantes”

Durante la última epidemia del cólera sufrió mucho, habiendo perdido seiscientos de sus doce mil habitantes. Es digno de hacerse observar que fue entre las mujeres de quince a veinticinco años; y principalmente recién casadas, en las que más se ensañó la peste. Este lugar es generalmente considerado como muy saludable; el índice de mortalidad rara vez pasa el uno por ciento.

BELCHER

1841

“A los pescadores les llamaban sardinitos”

En una impetuosa jornada de tres horas nos pusimos de Masaya a Managua, ciudad bellamente situada en las riberas del lago de su nombre. Pasamos hileras de casas empajadas y frente a una residencia aristocrática, con enorme patio de una manzana entera, perteneciente a una familia expatriada; la mansión venida a menos, amenazaba ruina.

Por la tarde fui al lago. No es tan grande como el de Nicaragua, pero es de notable expansión, y se ve el Momotombo. La playa hervía de aguadoras que llenaban sus cántaros, tinajas y porongas; de hombres bañándose, de caballos y mulas bebiendo y, hacia un lado, veíase una ranchería de pescadores. Al borde del agua observamos unas estacas clavadas en forma de triángulo y unas mujeres que con

pequeñas atarrayas sacaban sardinas que luego echaban en hoyos cavados en la arena. A los pescadores les llamaban sardinitos.

En las puertas de los ranchos los hombres hacían fuegos para cocinarlas. La belleza de la escena la acrecentaba el hecho de que nada había cambiado allí en siglos y siglos...

STEPHENS

1842

“Una tarde inolvidable en un obraje de añil”

Managua es un pueblo indígena mal construido, pero rico. Tendrá unos cuatro mil habitantes, y lo forma una sola calle que se prolonga hasta la ribera del lago. Se remonta, en su origen, a la conquista. Antes de llegar observé un obraje de añil y se me invitó a visitarlo al día siguiente, para descansar y ser testigo de las disposiciones para su cultivo. Pasé con el dueño del obraje y su familia, la más dulce y amable de la localidad, toda una tarde que no olvidaré.

LAFOND

1849

“Su comercio era raquítico”

Al caer la tarde, las mujeres de Managua enfilan hacia el lago con el loable propósito de llenar sus cántaros. Y cuando la invasión de las tinieblas hace imposible la lectura, tomamos también el mismo rumbo seguidos por un cortejo de muchachos, casi todos desnudos. Allá nos encontramos ante una escena animada por centenares de alegres grupos: mozos que bañan caballos, y muchachas que llenan cántaros y tinajas más allá de donde rompen las olas, en lo más limpio del agua. Unas yardas adentro del lago habían plantado unos matorrales entre los que se veían mujeres provistas de pequeñas atarrayas cogiendo millares de sardinas plateadas, desde el tamaño de una agujita hasta el de un camarón, las que luego echaban en pocitos cavados en la arena, en donde a la luz de la luna —saltando en estertores de agonía— parecían una chisporroteante ola de plata derretida. Los nicaragüenses las comen en tortillas que son deliciosas, plato que jamás dejé de pedir cuantas veces fui a Managua. Los primeros cronistas

que estuvieron en Nicaragua dan cuenta de esta original manera de pescar, la que hasta el presente no ha sufrido variación alguna...

La población actual de Managua es de unos diez o doce mil habitantes que viven de la más sencilla manera imaginable, manufacturando lo estrictamente necesario para cubrir sus limitadas necesidades; su comercio es raquítico. Las tierras circundantes son ubérrimas y capaces de soportar una gran población. Las laderas de las sierras que separan al lago del Océano Pacífico son muy apropiadas para el cultivo del café, y la calidad de la que se cosecha en las pocas haciendas que hay allí es considerada tan bueno como el de Costa Rica, el que sólo es inferior al de Mocha de Yemen, en Arabia. Este valioso grano puede cosecharse en Nicaragua en cualquier cantidad, y aun costo relativamente bajo; pero la situación del país y la falta de espíritu emprendedor de sus habitantes han impedido que se le dedique más atención a esto, así como también a toda otra rama industrial o fuente de riqueza. No hay ningún otro lugar en Nicaragua que, por su posición topográfica, belleza, salubridad y capacidad de producción, supere los alrededores de Managua; y es éste, me parece, el punto más favorable para el comienzo de una colonización norteamericana o europea.

SQUIER

1850

“Famosa por su lago y sus lagunas, y por sus hembras de picante salero”

Managua es una ciudad tranquila, que engalana las joyas de su lago y sus lagunas; es famosa por eso y por sus hembras de picante salero, prueba que es general allá. La señorita de sociedad, vestida en castizos atavíos, luce su gentil donaire y el más lato señorío; las muchachas del pueblo, en cambio, balanceando en la cabeza sus porongas y tinajas, pasan arrollando con tan seductor garbo y sandungueo que roban al punto el corazón.

Todo el mundo fuma en la tierra de los lagos: viejos y jóvenes, hombres y mujeres. Y si es verdad que al principio nos desagrada el ver a una señorita en un “tete a tete” enrollar un cigarrito de papel, encenderlo y chuparlo luego un par de veces para ofrecérselo des-

pués, es también muy cierto que este mismo gesto nos hizo más tarde olvidar todo reparo contra el tabaco.

Debido a que la Asamblea Legislativa se reúne en esta ciudad, muchas familias principales residen allí, de modo que se disfruta de buena compañía.

STOUT

1851

“Se reconoce por su hermosa iglesia parroquial”

Hombres y animales se alegraron cuando por la noche arribamos a Managua. Esta es una ciudad importante, en la que reside la Asamblea Legislativa y se reconoce por su hermosa iglesia parroquial. Un pavo salvaje, que había cazado en el camino, fue nuestra cena, la cual compartí con un italiano que también iba camino a León. Meses después, volví a Managua sin mayores aventuras. Pero se me preguntó por el pase del Prefecto de Granada y, dado que no contaba con uno, fui enviado donde el comandante don Fruto Chamorro. Llevaba otros dos pases —uno del ministerio en Washington y otro del señor José de Marcoleta, representante de Nicaragua en los Estados Unidos— y no pensaba regresar a Granada.

Después de haber comido, cabalgué hacia el cuartel general de don Fruto. Estaba rodeado de oficiales, ordenanzas y soldados, en número de cien, que cargaban todo tipo de armas. Un oficial se propuso echar mano de mi espada toledana, pero yo le demostré estar decidido a darle con ella un buen golpe en la cabeza. La intervención de don Fruto evitó a tiempo toda violencia, en la que yo hubiera llevado las de perder.

HEINE

1857

“En la acogedora mansión de don Hipólito Prado”

De Masaya a Managua, llegamos tras un descansado día de viaje. Yace esta última ciudad en la costa meridional del lago que lleva su mismo nombre y se dice que cuenta con unos 10 ó 12,000 habitantes.

Nos hospedamos en la acogedora mansión de don Hipólito Prado;

su esposa, robusta y distinguida dama, desempeñó su papel de anfitriona con todo miramiento y decoro, más cierta gentileza poco común entre la gente hispanoamericana. La casa era espaciosa y limpia, y en su patio había naranjos, bananos y piñas.

A pesar de la fuerte brisa que soplaba el aire era caliente y seco. En la mañana el barómetro marcó 82° F., y a mediodía 96°. Fui a bañarme al lago cuyas aguas densas y de un color amarillo-verdoso estaban violentamente agitadas. Sus olas, sin embargo, no eran tan altas como las del lago de Nicaragua. Vi allí lagartos de 8 y 10 pies de largo; flotaban tan quietos que si no les hubiera visto sus escamas con mis catalejos les habría creído trozas de madera. Innumerables garzas y tortugas se asoleaban en la playa y grupos de mujeres y muchachas lavaban ropa; casi todas eran indias desnudas hasta la cintura, y las crenchas lisas les caían sobre el pecho y las espaldas. Un poco más allá se bañaban unos hombres.

SCHERZER

1858

“No es más que una gran aldea”

La rivalidad que existía entre Granada y León dio a Managua el ser capital de la República. Y como tal cuenta con un Palacio de Gobierno que tiene corredores pintados de verde, obra del General Martínez; cuenta además con la presencia de las autoridades gubernamentales y de los miembros del Congreso, así como con una muy buena banda militar que todos los días a la hora del cambio de guardia, da un concierto. Mas, aparte de estas ventajas accidentales, no tiene otro mérito que su admirable posición. Situada topográficamente mejor que Granada (que está a un kilómetro del lago), Managua descansa sobre la propia ribera de su lago, desde donde se contempla el ininterrumpido perímetro de su vasta superficie hasta topar con los perfiles irregulares de las montañas de Nueva Segovia, a excepción de la parte occidental que oculta una península montañosa. Este es uno de los más hermosos parajes en que puede edificarse una ciudad, y, en manos de gente más inteligente y emprendedora, sería una maravilla. Desafortunadamente, sus habitantes son los más pobres y desmorali-

zados de Nicaragua. Sin empresas que le den vida, la ciudad ha perdido toda esperanza de prosperar con el repetido fracaso de las industrias extranjeras que han tratado de establecerse allí. Esta capital no tiene siquiera mercado, y lo que son legumbres no se ven ni por asomo.

En realidad, Managua no es más que una gran aldea que ocupa una media legua cuadrada de superficie con cuatro o cinco iglesias y casas desperdigadas que se pierden en los montes vecinos. Al igual que Granada toma de su lago el agua para beber, y con sólo ramas las mujeres pescan sardinas que tienen el sabor de nuestros gubios del Sena.

Llegué a Managua en medio de los terrores causados por los últimos temblores, y me hospedé —por cortesía del Presidente Martínez— en la mejor casa de la Calle Real. Por semejante atención creí de mi deber ir inmediatamente a rendirle las gracias. A mi regreso a casa encontré puesta la mesa en el corredor. La comida fue de tortilla, carne asada —negra y dura—, frijoles colorados (que es el plato nacional de los nicaragüenses), plátano frito, queso y frutas.

BELLY

1869

“No posee edificio alguno notable”

Managua no es más ahora que una ciudad de 6 a 7,000 almas, no empedrada, que toma el agua de su lago, y no posee edificio alguno notable. El frontispicio de la parroquia amenazaba ruina, y últimamente se ha mandado demoler con intención de volverlo a levantar sobre un plan más elegante, una torre de piedra de canto, empezada hace 10 años, se eleva algunas varas a la izquierda del monumento, sin poder acabarse. El Palacio Nacional es un gran edificio cuadrado y bajo, con balcones al estilo español, pero sin ornamentación alguna al exterior, y sin carácter arquitectónico. En el interior, las salas destinadas al Congreso y al Presidente son un poco más adornadas. En la misma plaza, inmensa y desnuda, donde se encuentra el Palacio y la parroquia, se eleva un edificio en que se han instalado un cuartel, el presidio y el cabildo.

Las otras iglesias de Managua son las de Candelaria, San Miguel, San Sebastián y San Antonio; no contienen absolutamente nada que merezca mencionarse. Cada una de ellas corresponde a un cantón que lleva el mismo nombre.

LEVI

1871

“Un extenso conglomerado de viviendas desparramadas”

Al mediodía, exactamente ocho horas desde Masaya, entramos en Managua que es simplemente un extenso conglomerado de viviendas desparramadas. Tiene una plaza y una calle principal con casas de adobe y piso de tierra o ladrillos, como las de Granada y Masaya. En la plaza hay una iglesia, un cuartel, y la casa del gobierno sobre la que flamea el pabellón nacional. Las calles no tienen pavimento, y el lugar, en fin, es un cuadro de angustia e indigencia.

En la plaza, junto al cuartel, haraganeaban unos cuantos soldados que, para ser ese un alejado rincón del universo, eran un buen espécimen de gente militar.

Managua es desde hace algún tiempo la capital de la república, el Presidente se aloja en una residencia que da a la plaza. La ciudad cuenta con unos diez mil habitantes; las casas están a la orilla del lago, pero éste no parece servirle de mucho en el comercio. No vi un solo barco en sus aguas, y los bongos y canoas varadas en la costa eran de la más rudimentaria construcción, la más basta que jamás he visto en el mundo, sin excepción de lugar alguno.

En la fonda, aunque no era lujosa, lo pasé bien, pero no pude conseguir un plato de las sardinas del lago que según decires son deliciosas.

PIN

1891

“La única ciudad de Nicaragua que tiene agua corriente”

En virtud de su posición geográfica central, Managua está mejor situada que las otras ciudades para ser capital del país. Las oficinas del gobierno, los cuarteles y demás edificios públicos están en la plaza; todos son de dos pisos, de piedra caliza, y no se distinguen por su

belleza arquitectónica...

Managua es la única ciudad de Nicaragua que tiene agua corriente, y la única también con fábrica de hielo que se produce en cantidades suficientes para abastecer a las ciudades del oeste de los lagos a razón de cinco centavos la libra; el negocio es una mina de oro. Los talleres de reparación del ferrocarril están igualmente ubicados allí, hay además una fábrica de jabón, una de mecates y varias otras de pequeños artículos de uso doméstico.

Allí está localizada también la oficina de telégrafos, propiedad del gobierno, que presta un servicio barato y más o menos bueno en todo el país. Cabe decir aquí asimismo que Nicaragua cuenta con un excelente servicio postal. Varios vaporcitos construidos en Inglaterra, y de propiedad gubernamental, hacen el tráfico entre Managua y Momotombo, sirviendo de enlace entre el trecho ferroviario de ese último lugar y Corinto y el de Granada-Managua.

En cuanto a las casas de Managua es poco lo que podemos decir. Son por lo común parecidas a las de Granada, pero a veces muestran cierta tendencia a separarse del estilo usual, y un residente de gusto americanizado estaba construyendo, cuando yo estuve allí, una quinta de tipo "Queen Anne" en una lomita con vista al lago. Al lado oriental de la plaza hay una gran iglesia con fachada de dos torres donde los domingos por la mañana se celebra misa a la que asisten el Presidente y su Gabinete. La banda de los Supremos Poderes, que dicho sea de paso tiene elegante uniforme y la integran excelentes profesores, toca siempre en esa misa. El viajero la pasa en Managua mejor que en cualquier otra parte del país. Hay allí tres hoteles, dos de los cuales —uno de un inglés y el otro de un italiano— sirven exquisita comida; los aposentos, en cambio, dejan mucho que desear.

SIMMONS

1893

**“Una de las ciudades de Nicaragua
que más ha progresado”**

Capital de Nicaragua, Managua es una bonita ciudad a orillas del lago del mismo nombre. Tenía 27,000 habitantes el 1 de Enero de

1891. Dos líneas telegráficas (una, de la oficina central, otra, del Palacio Nacional); teléfono con Masaya y Granada. Es el punto de partida del ferrocarril de Granada; se haya en rápida comunicación con Corinto por medio de los barcos de vapor nacionales del lago de Managua y del ferrocarril de Momotombo, León, etc. Un gran muelle de madera para los barcos de vapor, prolongado y mejorado en 1892, se adelanta en el lago. El anclaje de los muelles es apenas suficiente para la regulación del servicio de los cinco vapores nacionales, les es reservado especialmente.

Sin embargo, las embarcaciones de los particulares pueden servirse del mismo, sin pagar derecho, para el cargamento y la descarga de maderos para la tintorería y la construcción. De Managua, en vapor, se tarda 1 hora y 40 minutos para llegar a Tipitapa, 2 horas para Mateare, 3 horas para San Francisco, 5 horas 30 minutos para el Obraje, San Roque y Momotombo (vapor directo), y 8 horas por vapor costero. Los precios de pasaje, ida y vuelta, varían entre \$0.50 y 1 peso. El flete \$0.15 el quintal español. Hay aproximadamente cuatro salidas por semana para Momotombo y dos para las otras escalas. Son precisamente estas facilidades de comunicaciones que ponen a Managua en contacto con todas las partes de la república que han llevado a crear en Managua, en 1888, el "Banco de Nicaragua" con un capital de \$2,000,000, y sucursales en León, Granada, San Juan del Norte, Masaya, Rivas, Chinandega, Matagalpa. Este establecimiento ha prestado servicios al país y está llamado, al igual que otros del mismo género, a continuar prestándolos. De Managua se puede llegar al distrito minero de Prinzapolka solamente después de un mes de viaje (vía San Juan del Norte).

Las calles son anchas y rectas. Entre los edificios públicos hay que citar el cuartel principal y el Palacio del Gobierno con hermosos despachos y salones, el Hospital, el Instituto Nacional Central y la Escuela Normal de varones, ambos actualmente en construcción; la Penitenciaría, la iglesia de Candelaria y la Escuela de Artes y Oficios que tiene una maquinaria especial francesa instalada por franceses. Actualmente se ha convertido en taller de reparaciones del ferrocarril y de los barcos de vapor nacionales; está dirigida por un yankee.

Además de esta máquina de vapor del taller del ferrocarril, Managua posee otras más: cinco utilizadas en aserríos y en máquinas limpiadoras de café (tarifa: 45 centavos el quintal con broza, 80 centavos el quintal sin broza, 50 centavos el transporte de 25 quintales en el interior de Managua); una para la fábrica de helados (que produce un rendimiento mensual del 2 ½ %); y otra utilizada por la Compañía de aguas (bomba elevadora de vapor). Esta sociedad trae a domicilio el agua potable del lago de Managua, a través de una tubería de 8 millas de largo y sirviéndose de grandes depósitos que se llenan diariamente de hasta 2 millones de galones, estando en la colina de Tiscapa. La Compañía Aguadora cobra 35 centavos por pie de tubo, instalación y accesorios, y 2 pesos por un mínimo de 2 mil galones de agua; por cada mil galones más, los precios varían entre \$0.30 y \$1, según la calidad.

Además de los centros de enseñanza indicados anteriormente, se cuentan numerosas escuelas primarias para ambos sexos; una escuela superior de señoritas, el colegio de señoritas La Esperanza; el colegio mixto, con clases primarias y secundarias. Managua posee un parque, adornado con frutas y flores del país. Hay tres clubes: el "Club Social", el "Club de Artesanos", el "Club Republicano" y una Cámara de Comercio, creada el 12 de Octubre de 1892. El lugar del lago donde toda la gente se baña tiene las tres demarcaciones siguientes: aguas potables, baños para mujeres y baños para hombres. Managua es uno de los centros comerciales y agrícolas más importante de la República y adquiere cada año una mayor extensión. La feria del 3 de mayo, llamada de La Cruz, comercial y agrícola, es ocasión de transacciones considerables.

Por lo demás, es una de las ciudades de Nicaragua que más ha progresado en estos últimos tiempos. La población ha aumentado en una proporción del 150% durante los últimos treinta años; el valor de los bienes raíces en este lugar se ha duplicado cada diez años en la misma época. Las tiendas o bazares de Managua están bien surtidos como los mejores de León, Granada y Masaya. La producción agrícola cubre la mayor parte de sus importaciones. El ganado es alimentado de manera racional en los pastos cultivados. Los mozos de fin-

cas ganan generalmente 50 centavos (2 francos) al día, con la comida. Para finalizar, citemos la existencia en Managua de fábricas de aceite de ricino, de ladrillos, de hamacas, cordeles, sombreros de paja, de puros; también de 4 panaderías donde se hornea el pan siguiendo el método francés; de un gran taller de encuadernación del gobierno muy bien dirigido por un francés; y finalmente de queserías bien instaladas. Hay en Managua arquitectos y constructores en carpintería, herrería, fabricantes de muebles, puertas, ventanas, escaleras, rejas y balcones. Las profesiones de la capital se dividen de la manera siguiente: 5,000 obreros agrícolas u otros, 1,000 agricultores, 150 militares, 100 carreteros, 100 lavanderas, 100 leñadores, 100 marineros, 50 músicos, 50 cigarreras, 40 costureras, 40 topógrafos, 30 profesores, 22 comerciantes, 20 taquilleros (que expenden bebidas alcohólicas), 20 zapateros, 20 herreros, 19 barberos, 15 médicos, 15 cocheros, 13 abogados, 12 panaderos, 10 carniceros, 6 carpinteros, 7 albañiles, 6 ebanistas, 4 eclesiásticos y 3 farmacéuticos.

Hay además los hoteles siguientes: el Gran Hotel Managua (del italiano J. Lupone), el más grande del país que comprende el antiguo Hotel Nacional como dependencia, el Hotel Nuevo, el Hotel de Italia y una casa de huéspedes. Excelente música militar instrumental dirigida por un belga. Existe también una orquesta formada por jóvenes aficionados que pertenecen a las principales familias del país, y una biblioteca circulante. Periódicos: la *Gaceta oficial*, el *Diario de la Capital*, y *El Siglo XX*.

Managua exporta anualmente 80,000 quintales de café aproximadamente, así como maderas de cedro, pochote, caoba y níspero abundantes en esta región. La madera de construcción se vende en la ciudad de 12 a 20 francos el desisterio y la madera para leña 5 francos el estéreo. Los peones son pagados 3 francos al día. Clima sano; altitud: 73 metros. La municipalidad de Managua ha gastado en 1891 \$3,291.74 para sus escuelas. La "Gallera", local amplio y hermoso para las peleas de gallo, es muy concurrida. El adjudicatario de esta cancha de gallos paga a la municipalidad un canon de \$7,510. Se hacen fuertes apuestas. El gobierno la adjudica por cinco años. Una

sociedad protectora de animales se encuentra en vía de formación. Hermoso teatro. En las fiestas de La Cruz, de Candelaria y de San Sebastián tienen lugar corridas de toros en la plaza pública. La policía urbana se encuentra bien organizada y comprende cuatro secciones; una sección montada acaba de serle agregada recientemente.

PECTOR

1896

“¡Tres sacerdotes, y uno de ellos ciego!”

Aquella mañana soplaban fuerte el viento (en el lago de Managua) y apenas podíamos tenernos en pie por el vaivén y las sacudidas del vaporcito. Poco faltó para que asaltara el “mal del mar”, es decir, el “mal del lago”. La travesía fue rapidísima, por la parte más estrecha; y sin embargo duró sus buenas cuatro horas.

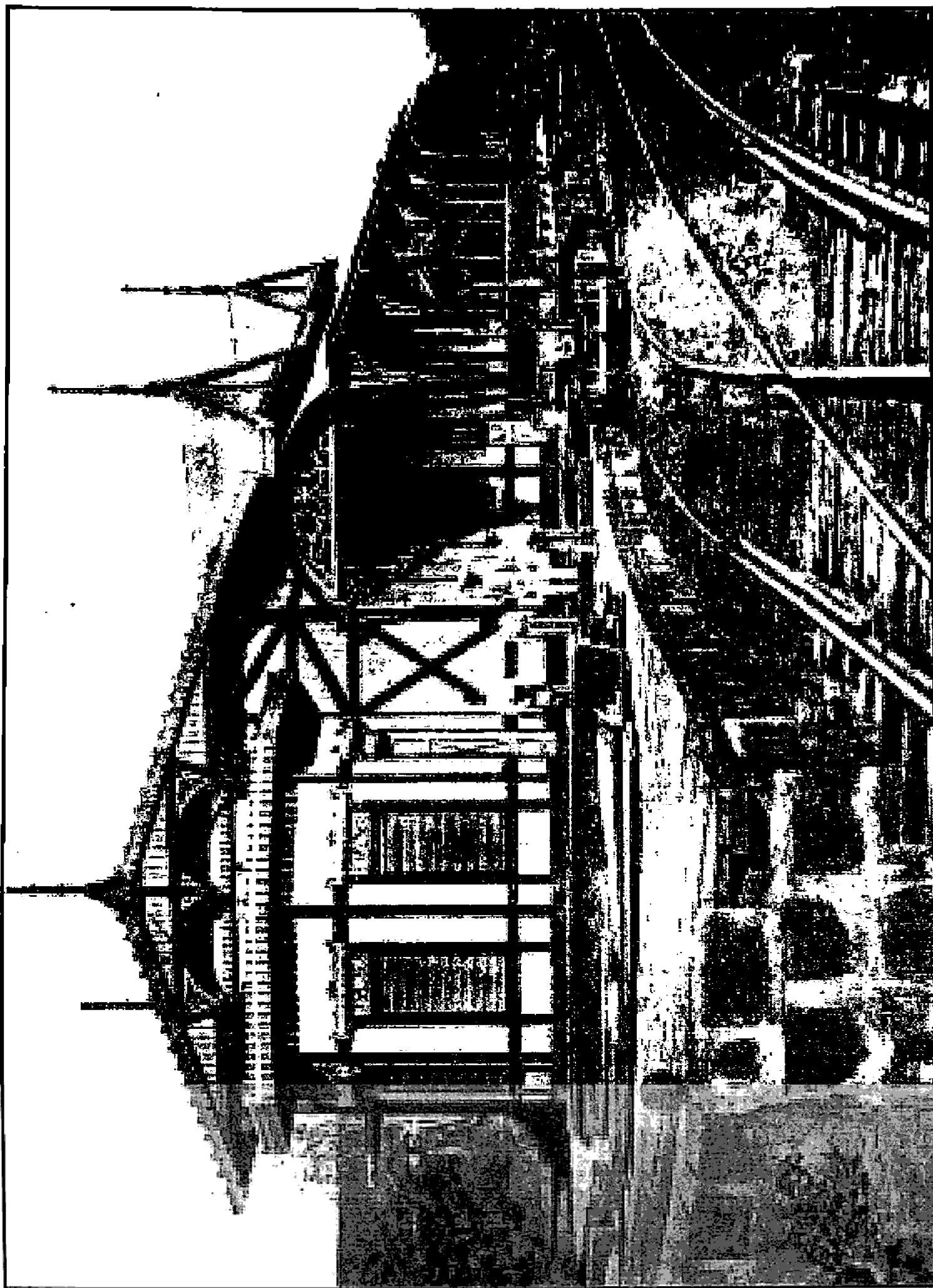
Desembarcamos en Managua, la capital de la República, con 18 mil habitantes. El tren estaba allí esperándonos y seguimos para Granada. Pero tuve tiempo para ver la Iglesia Parroquial y el Palacio de Gobierno, de aspecto severo, un poco parecido a nuestro castillo de Valentino. ¿Sabe cuántos sacerdotes hay en esta Capital? ¡Tres, incluyendo al Párroco, y uno de ellos es ciego!

PICCÓNO



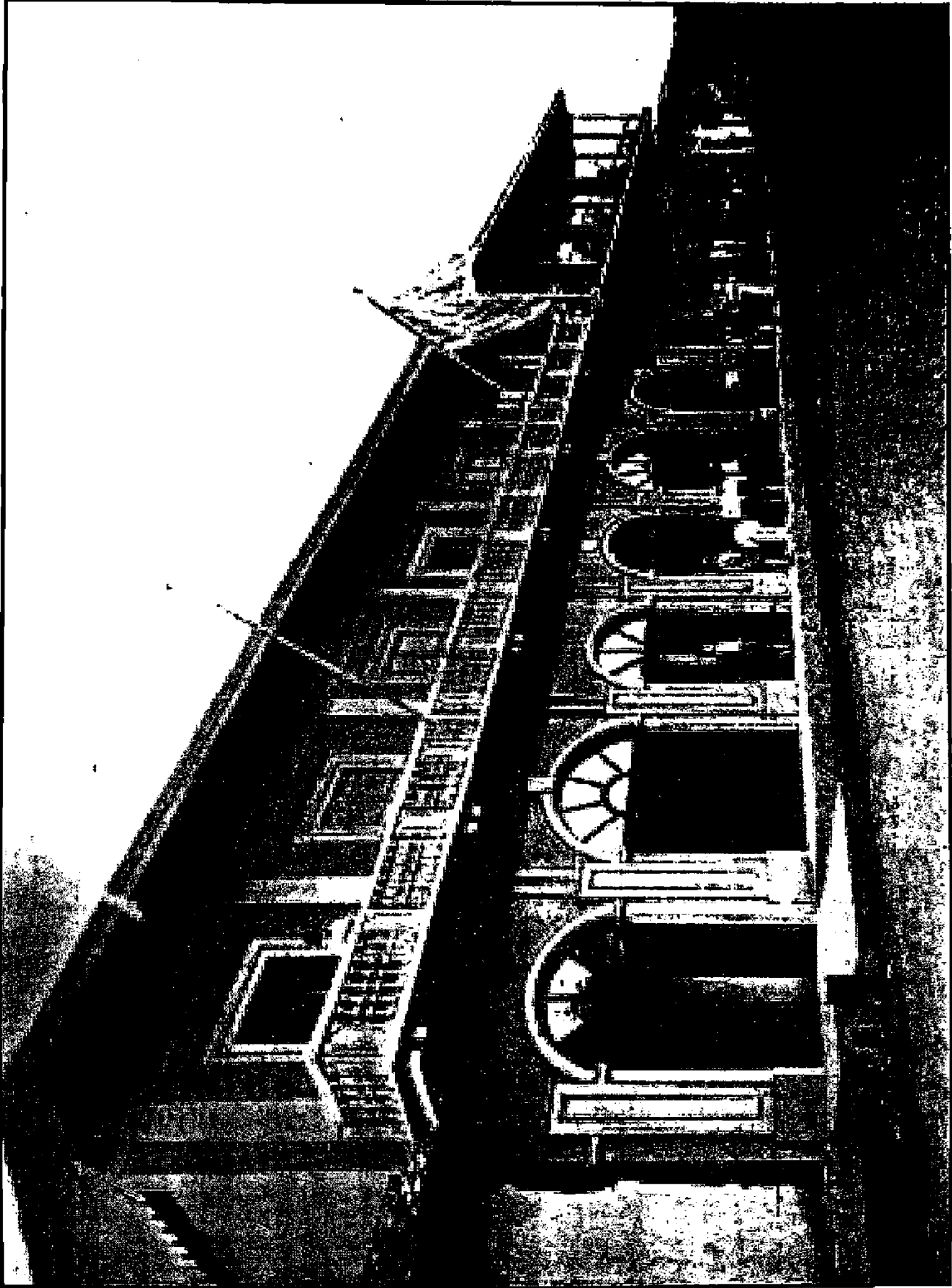
Managua en 1840.

Foto tomada de *Revista Conservadora*, n.º 7, febrero, 1961.



Estación del Ferrocarril, Managua [circa: 1886].
Fotografía tomada de la *Guía General de Nicaragua* (1898), por Falcinelli Graziosi.

VI.
SOCIABILIDAD
Y CULTURA



Calle del Aluvión (más tarde Avenida Bolívar) y edificio del Cuartel Central (circa: 1890)

FIESTAS TRADICIONALES DE MANAGUA

Por Heliodoro Cuadra

COMENZABAN desde el 31 de enero de cada año con la histórica imagen de Candelaria, en el templo de su nombre, celebrándose la función religiosa el 2 de febrero, día de la Purificación de la Virgen María.

En cuanto a la festividad profana, los indios no omitían gasto alguno por darle también el mayor realce posible.

Un domingo se reunían en Cabildo los indios de ambos sexos en la casa del Mayordomo de la Virgen de Candelaria. Allí se renovaba a las personas que cada año servían el cargo de priostes, o sea los que ayudarían al Mayordomo durante el tiempo que durara la festividad.

Tales priostes entregarían las bateas —receptáculo de madera de un pie de hondo y diez cuartas de circunferencia— las cuales contenían ricas viandas con que la comunidad indígena se banquetaba, como que para esa comilona sacrificaban cerdos, pavos, patos y gallinas.

El 31 de enero se veía en la casa del Mayordomo gran número de mujeres de la misma casta nisqueando el maíz para hacer los —para los indios y ladinos— ricos pisquetamales, comida del arte culinario indígena, preparada con masa, carne de cerdo, frijoles agrios y otras cosas más.

Una vez cocido el maíz, se repartía el todo en varias bateas y tomando su parte cada india, como a eso de las siete y media de la noche del 31 de enero citado, se dirigían aquellas mujeres hacia el Oriente del Lago de Managua a lavar el maíz.

Allí, al son de la marimba y guitarra —únicos instrumentos que se tocaban en ese entonces— comenzaban las indias a lavar el maíz con los pies, aseados de antemano, con un movimiento de cuerpo tal, que causaba hilaridad a los numerosos espectadores. quienes no cesaban

de aplaudir a las graciosas bailarinas que hacían las delicias del público.

Concluida la faena referida, aquellas mismas mujeres desfilaban hacia la casa del Mayordomo, acompañadas de la muchedumbre, siendo recibidas con inusitada alegría.

Incontinenti, bajo unas enramadas comenzaban las indias la mollienda del maíz para hacer aquellos pisquetamales, cuya comida iba envuelta en hojas verdes de tallos de plátanos o de guineo, que era lo mismo y amarrado el tamal con mecate del mismo tallo. Una vez preparados, esos pisquetamales se procedía a cavar unos dos agujeros de forma rectangular, como de tres varas de largo, diez cuartas de profundidad y una vara de ancho y colocando en ellos suficiente combustible se les ponía fuego a los agujeros para que ya con la presión suficiente, depositar los tamales para su cocimiento. Estos permanecían toda la noche del 1° de febrero en el fondo de los hoyos enunciados, cuya vela era amenizada por un cuerpo de marimberos y guitarristas, siendo los referidos pisquetamales, una parte repartida a los fiesteros y la otra vendida a las personas particulares.

San Juan Bautista

Costumbres coloniales. — El gallo, el pato y la sortija

Tres meses después de las anteriores diversiones, el 24 de junio se celebraba en la iglesia de San Sebastián, de esta población, la fiesta



Descabezando el gallo

de San Juan Bautista, el Precursor, revistiendo el acto religioso gran solemnidad.

En la tarde de aquel día, en cada una de las cuatro zonas en que estaba dividida esta localidad, frente a esta o aquella casa, un grupo de adultos y menores se reunía para decapitar un gallo, el cual, enterrado el cuerpo, sólo se le dejaba la cabeza afuera.

A un rapazuelo o mayor, vendado con un pañuelo y provisto de bien afilado machete se le daban varias vueltas para desorientarlo. Después de lo cual se le hacía avanzar —bailando al compás de un alegre jarabe— hacia el punto donde estaba el gallo, que humilde y resignado miraba con sus ojos redondos al bárbaro asesino que debía ultimarle.

El que iba a descabezar el ave, caminaba a tontas y a locas sin poder saber el lugar dónde estaba aquel pobre animal. Ora, asestaba el machete a vara y media de distancia del lugar en que el gallo esperaba la muerte; ora lograba dar un refilón a pescuezo y así iba blandiendo el machete, hasta que por fin era rematada dicha ave por cualquiera de los que se iban turnando, en medio de los gritos destemplados del enorme gentío que había presenciado la conmovedora escena.

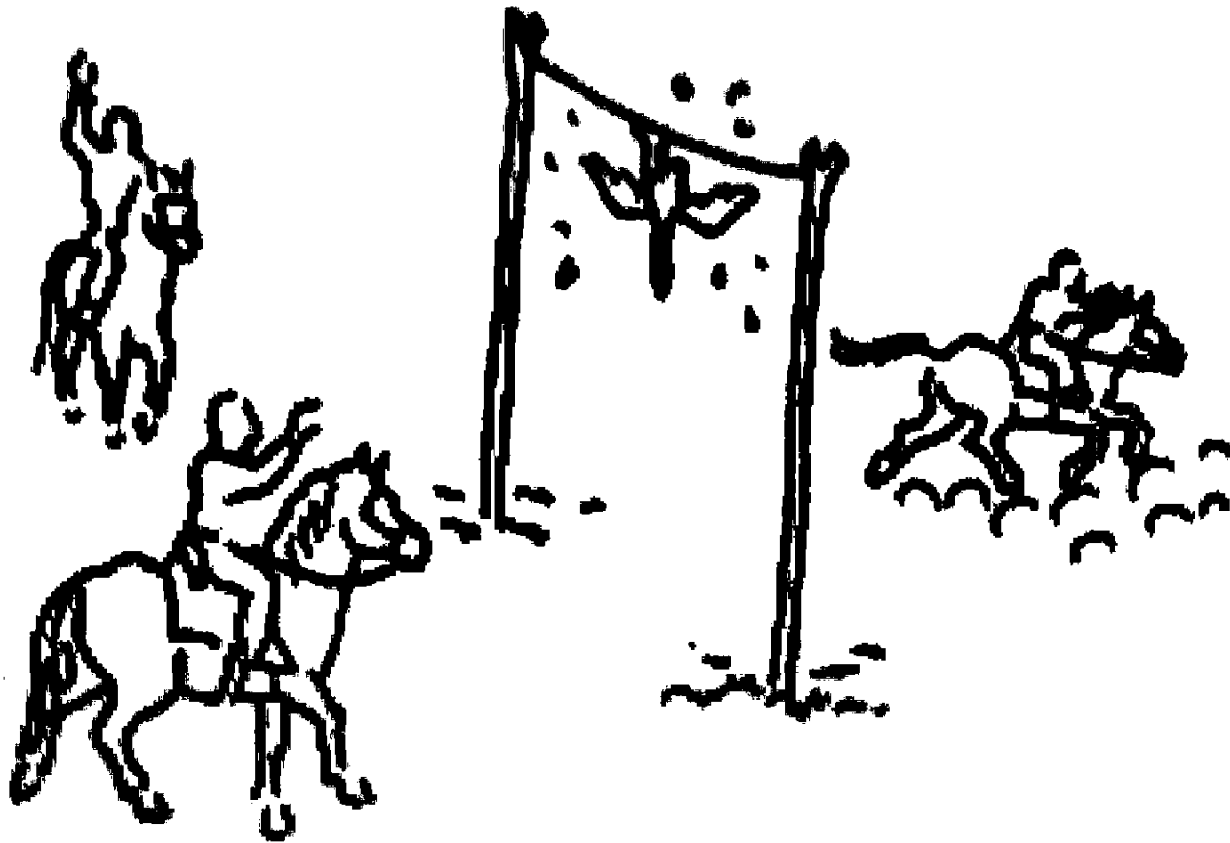
Carreras hípicas el mismo día de San Juan

Como a eso de las tres, en el camino de León, al Occidente de la antigua Calle Real, comenzaban las carreras de caballos con grandes apuestas. Millares de curiosos se acercaban a la pista para presenciar las peripecias de aquellas carreras, cuyas apuestas entre los espectadores eran de regulares cantidades.

Corrida de patos

También los de la cabalgata se divertían en la misma tarde del 24, descabezando un pato, el cual pendía a regular altura en una cuerda sostenida por dos postes colocados uno y otro en el extremo Norte y Sur de la calle de la iglesia de San Mateo.

Cada jinete se encontraba a una distancia como más de cien varas del lugar en que se encontraba el ave, dejándose venir en vertiginosa

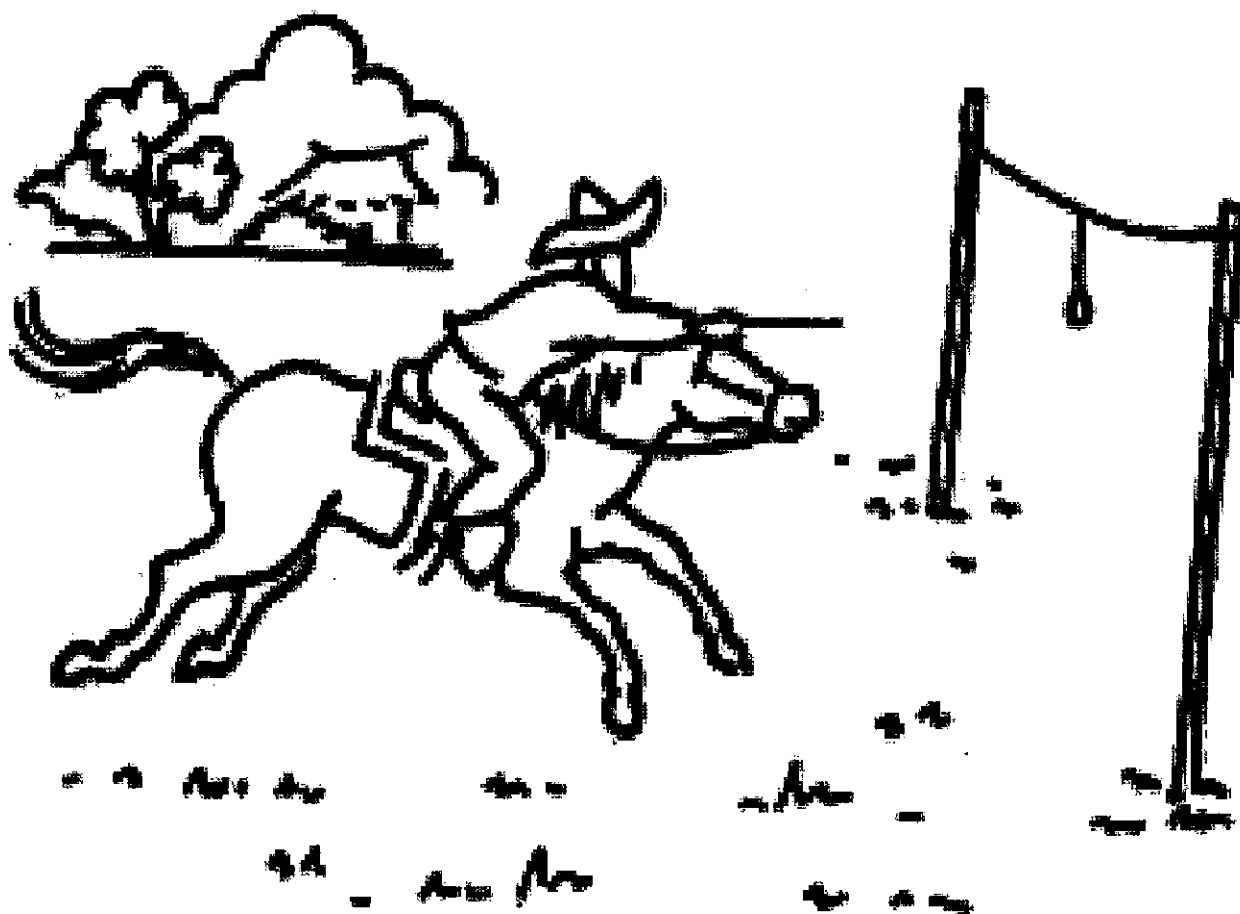


Descabezando el pato

carrera para darle un tirón al duro pescuezo, con el objeto de llevarselo consigo, cosa que, después de infructuosos intentos, alguien lograba desprenderlo del cuerpo del pato.

El triunfo del descabezador era celebrado con aplausos y gritos, quien se dirigía, acompañado de la cabalgata a casa del Mayordomo de San Juan, donde era obsequiado con comida, aguardiente y trozos de sabrosa cajeta, dulce muy apreciado por los indios.

Habían también, carreras de caballos para ensartar la sortija. A ésta así se la llamaba en aquella época a todo anillo. Tal sortija consistía en un amillo de oro macizo de veintiún quilates, la cual debía ser



Corrida de la sortija

ensartada con una varita por el jinete que pasara en su bestia en vertiginosa carrera. Quien lograba ensartarla era de su propiedad.

Las festividades de San Pedro, Santiago y Santo Domingo

El 29, día del Primer Apóstol, desde las primeras horas de la mañana salía a las calles el baile típico llamado "El Tinco", que los indios, desde los tiempos de la colonia inventaron en honor del Portero del Cielo.

Unos cuantos indios enmascarados, vistiendo cada uno indumentaria vieja y desaseada y al toque de un pito y un tambor, recorrían la pequeña población, bailando todos, cubiertos con paraguas rotos, sosteniendo en la mano, cada disfrazado, una iguana viva. Seguidos por la chiquillería iban aquellos tipos carnalescos pero vulgares, entonando una canción desacorde y detestable, que denunciaba una época de verdadero oscurantismo. Sin embargo, aquel baile constituía la alegría del pueblo managüense, ávido de diversiones de cualquier clase.

En la tarde, a eso de las cuatro, salía de su Ermita, en procesión la imagen de San Pedro, acompañada de muchos devotos, precediendo esa procesión "El Tinco", y regresando San Pedro a su mismo templo.



Baile "El Tinco"

Preparativos para la festividad del Apóstol Santiago

Pasado el 30 llegaba el mes de Julio en que se empezaría a celebrar la festividad del Apóstol Santiago, único Patrono de la Leal Villa de Santiago de Managua.

Un grupo de indios, formando con pitos y tambores un ruido infernal, iba por estas calles anunciando a los vecinos que aquella festividad se acercaba y que los priostes debían ir preparándose para recibir en sus respectivas casas a todos los tamboreros, donde durante tres semanas se les daría alimentación abundante, lo mismo que las democráticas bebidas: aguardiente y chicha de coyol.

El jefe de los tamboreros era un indio de edad avanzada, reconocido redoblante y maestro en eso de ejecutar dianas.

El grupo de que se componía la orquesta tamboril ascendía a quince individuos, números al parecer reducido: pero días después iba aumentándose a medida que el jefe, apreciando aptitudes en éste o aquél en tocar el pito o el tambor, ordenaba su alta en la monótona orquesta.

Cuando ésta cesaba de ejecutar, quedaba un indio haciendo ruido con un gran bombo, con el fin de que el que deseaba andar con los tamboreros, por cualquier lugar que se encontrara se dirigiera a donde estaba la música del Apóstol.

La imagen de Santiago tenía un hermoso sombrero de pita, forrado con raso de color corinto, de anchas alas y forma tejana, lo mismo que un bastón de madera fina, cuyo sombrero y bastón el Mayordomo los enviaba donde los priostes para que cada uno de éstos se sirviera ponerles cintas de abigarrados colores a aquellos dos objetos.

La víspera del 25 de julio citado eran conducidos el sombrero y el bastón a la Iglesia Parroquial, donde sería vestida la imagen con su regia capa de seda, color amarillo, colocándole al mismo tiempo los objetos referidos. Este acto era amenizado por la orquesta tamboril y disparos de bombas y cohetes.

El 27 en la tarde salía de aquel templo la procesión de la imagen de Santiago, destacándose su gallarda figura en medio de una numerosa

concurrancia de fieles devotos.

Precedía la procesión una caballería que llenaba cuadra y media, yendo de cuatro jinetes en fondo.

¡Las Sierras!

Desde la víspera del primero de agosto, que se velaba el barco de Santo Domingo, en una casa particular, casi todos los habitantes de esta Villa se trasladaban a las Sierras a pie, a caballo o carreta, llevando consigo marimbas, guitarras y vihuelas, instrumentos indígenas que ponían una nota de alegría en los espíritus, y mientras unos danzaban, otros dormían la siesta bajo la sombra de esbeltos y coposos árboles; y los demás iban alegrarse tomando bebidas embriagantes, como chicha de coyol o cususa, que eran las únicas bebidas de aquellos tiempos.

Cuando el alcohol hacía su efecto en los cerebros, todos prorrumpían en vivas a Santo Domingo, a la Villa de Managua, al Alcalde y a los que les venía en gana. Algunos lanzaban insultos y, por consiguiente, los grandes bochinches no se hacían esperar, dejando en la arena, muertos, heridos y golpeados, causando la consiguiente alarma entre los pacíficos paseantes, quienes corrían a refugiarse a la Ermita o a las viviendas del Valle.

La traída y dejada de Santo Domingo

En la noche de la víspera, el 31 de julio, en las Sierras se ponía en escena un chistosísimo drama de costumbres regionales que gustaba mucho al pueblo. El primero de agosto, después de la celebración de la misa en la Ermita, comenzaba el Mayordomo hacer los preparativos para traer a Managua a aquel diminuto y milagroso Santo.

Una inmensa muchedumbre venía acompañándolo hasta esta localidad, ingresando a ésta, como a la una y media de la tarde.

En la intercepción de los caminos de Masaya y de Santo Domingo, intercepción llamada, desde tiempo inmemorial "Gancho de Camino", el Mayordomo de las Sierras entregaba al de Managua la imagen, en medio de la alegre diana y disparos de bombas y cohetes.

Algunos bailes típicos (que damos a conocer en estas páginas),

que salían en la procesión de la imagen de Santiago, iban también en la de Santo Domingo.

Una vez que a bordo del barco de guerra, mal simulado por una carreta, era paseado Santo Domingo por las calles y avenidas de la población se le dejaba en la antigua iglesia de San Mateo, permaneciendo allí sólo los diez días, durante los cuales el pueblo se divertía lidiando toros, traídos de varias haciendas de ganado de esta jurisdicción. Habían cornúpetos tan bravos, que dejaban sin vida a algún jinete o capeador.

Cuando a Santo Domingo se le cumplía el término de estar en la Villa, el diez regresaba a su Sierra con la misma alegría y entusiasmo del día primero.

En la Villa sólo se le venía dando culto a Santo Domingo de Guzmán, de las Sierras. Esta imagen ha sido la más popular y querida de Managua, y ¿por qué no decirlo?, pues, hasta de todas partes de la República concurrían romeros a su solemne festividad.



La Vaca

INTERPRETACIÓN DE LAS FIESTAS DE SANTO DOMINGO

Por Jorge Eduardo Arellano

LAS fiestas de Santo Domingo que, cíclicamente, celebran los managuas, tienen que ver más con una deidad aborígen que con el personaje de la Edad Media. Es decir, se trata de un desborde pagano —visto desde nuestra mentalidad occidentalizada— que fue sustituido, durante la dominación hispánica, por el fundador de la Orden de los Predicadores, Domingo de Guzmán (1170-1221) (...).

En otras palabras, el origen de “Mingo” (hipocorístico de Domingo) responde a una concepción ancestral y mítica. No se remonta a 1885, año en que se fechó el “nacimiento” o hallazgo de la minúscula imagen (20 cm de alto) en Las Sierritas de Managua. Porque puede demostrarse que las festividades existían treinta años atrás, según carta de Mateo Mayorga, el 5 de agosto de 1853, dirigida a su pariente José Joaquín Quadra: *“Todas las managuas están bravas porque quedaste mal no viniendo a pasar las fiestas de Santo Domingo como me ofreciste...”* (*Revista Conservadora*, n.º. 33, octubre de 1963, pág. 62). Ya se habla, pues, de la existencia de tales fiestas en la recién erigida capital de Nicaragua, entonces casi una aldea de pescadores.

Precisamente éstos descendían de los primitivos habitantes neolíticos que dejaron grabadas sus huellas en el lodo volcánico de Acahualinca y siguieron viviendo en las riberas del lago de la pesca hasta que desarrollaron una estacional e incipiente agricultura. ¿Cómo? A través del maíz, introducido hace cuatro mil años por una corriente migratoria procedente del altiplano de México. Con ello, se suscitó la creación de un culto, en concreto una de las deidades de esa cultura mesoamericana: la del maíz, culto ubicado en Las Sierras, donde se cultivaba el grano.

Pues bien, los cazadores y pescadores de Managua complementaban su dieta con el maíz y, al final de la cosecha, se dirigían a Las Sierras para traer la imagen representación o “nagual” del dios, a quien devolvían en su sitio tras una breve temporada de celebración. Tal es el mito soterrado, pero que emerge y revive cada primero y diez de agosto (fechas de la “traída” y “dejada”) de Santo Domingo, “patrono” de facto de los managuas.

Porque el patrono implantado por el proceso de la dominación española fue otro: Santiago, el santo conquistador. No se olvide que se halla esculpido en alto relieve en el frontis de la primera catedral de Managua, a los pies de la imagen de Cristo, montando y blandiendo la espada contra los moros. Pero la población indígena de Managua, en virtud de ese sustrato primitivo y dentro del sincretismo operado durante la época colonial, prefirió de patrono al santo católico y fundador de la Orden de los Dominicos.

(...) Mas no hay que eludir el fenómeno mítico primigenio. Alejandro Dávila Bolaños, comentando este origen, especifica que el “nagual” o imagen del dios del maíz Xolotl (de procedencia nahua) era un perro y se vincula a la luna. Esto explica el pequeñísimo can que acompañaba a “Minguito” y el barco: reminiscencia de la canoa en que portaban a Xolotl (que dio el nombre al lago Xolotlán) los indios y caciques de las tribus establecidas en Managua prehispánica.

Por otra parte, en su libro sobre esta arraigada e inextirpable tradición festiva (cada vez menos fervorosa), el jesuita Ignacio Pinedo intuyó ese sustrato al admitir que el aspecto de la pequeña imagen “*es claramente indígena*” y divulgar el relato de Nicolás Estrada, Mayordomo de Las Sierras entre 1931 y 1948. Según Estrada, el cura de la iglesia Veracruz en Managua recomendó al hombre que “encontró” dicha imagen que el “*el primero de agosto la trajeran alegres (a Managua) con sus músicas típicas de aquellos remotos tiempos*”. Evidentemente, la “invención” del catolicismo popular constata este retorno al mito primitivo que no debió limitarse a esas “músicas”.

(...) Ahora bien, ¿por qué la tradición oral indicó que de 1885 data la “aparición” del santito de madera y su herida en la cabeza propina-

da por el machete de un campesino? Un hecho olvidado lo explica: la epidemia del cólera desatada en Managua y sus alrededores el año anterior. Al respecto el siguiente documento —un folleto de 24 páginas— revela la dimensión de esa epidemia y su respuesta gubernamental: *Prescripciones de Higiene Pública y Privada que deben observarse para evitar la invasión y la propagación del cólera morbus*, escrita por el señor cirujano de la Guardia de los Supremos Poderes (Managua, Tipografía Nacional, 1884).

Sin duda, al cólera correspondió el factor desencadenante de la leyenda que revitalizara el culto mítico, cíclico y procesional a Santo Domingo, o más propiamente, a Xolotl.



Procesión de Santo Domingo en Managua, 2005.

Arriba: traída del santo, 1 de agosto. Abajo: dejada del santo, 10 de agosto.

Cortesía de Fernando Solís Borge.



El Club Social de Managua en el extremo inferior derecho. Fotografía de La Casa de las Tarjetas, Gurdían & Co. Ltd. (circa: 1950). Al fondo, el Palacio del Ayuntamiento, las oficinas del Ferrocarril del Pacífico de Nicaragua y, entre ambos, el Parque y el Monumento a Rubén Darío, inaugurado en 1933.

FUNDACIÓN Y RESEÑA HISTÓRICA DEL CLUB SOCIAL DE MANAGUA (1911-1935)

Por Ramón Morales R.

ERA Presidente de la República el doctor don José Madriz, cuando por causas políticas fui hecho prisionero en Granada, mi pueblo nativo, y traído a la Penitenciaría de esta ciudad.

No omito manifestar que el día que caí preso fui preguntado por el Secretario del doctor Madriz que si quería aceptar la Jefatura Política de Granada, y que antes de contestar caí preso. Las pasiones políticas estaban muy exaltadas en esa época. Después de algún tiempo me sacaron de la prisión y me dejaron con la ciudad por cárcel. Viendo yo que el tiempo pasaba, resolví poner una sucursal del negocio de comercio y sastrería que tenía en Granada con mi hermano Dolores.

“El Club Internacional y su discriminación hacia los hijos del país”

Algunos de mis amigos me hacían visitar el Club Internacional, del cual eran socios; y estando dispuesto yo a quedarme definitivamente en la capital, fui presentado a dicho Centro por don Leopoldo Pasos y don Rodolfo Rosales. Fue rechazada mi solicitud como lo habían sido rechazadas antes las del doctor Manuel Pérez Alonzo, doctor Fernando Sánchez, doctor Julián Irías, doctor Manuel Maldonado, general Nicasio Vásquez y otros hijos del país que no recuerdo, porque en esa época un grupito de extranjeros de dicho Centro, encabezados por don Francisco Bunge y otro alemán que no menciono por estar ya muerto, se obstinaban en no consentir en dicho Centro a los hijos del país.

Con el rechazo de mi solicitud para miembro del Club Internacional, la mayoría de los pocos socios nicaragüenses que había en ese

Centro, se retiraron para siempre y en señal de protesta, no obstante de los trabajos y esfuerzos que desarrollaron los de la Directiva para rectificar. Los que no se retiraron de dicho Centro fueron don Fernando Solórzano, don Alfonso Solórzano, don Samuel Portocarrero, don Federico J. Lacayo, don Marcial E. Solís, don Alcibíades Fuentes, don Federico Solórzano, don Leopoldo Pasos y don Leopoldo Rosales.

Por este tiempo el doctor don Héctor Torres trató de formar un Club Social de nacionales para contrarrestar con de los extranjeros, pero los ataques sistemáticos de estos y su peculiar manera de atacar una obra del país, creyéndose superiores, y usando toda clase de argucias hasta las más inadecuadas maniobras dieron en tierra con el proyecto del doctor Torres.

Mientras tanto, yo me sentía muy agradecido con los caballeros que se retiraron por mi causa del Internacional, y aspiré desde entonces a la fundación de un centro social de cultura y esparcimientos morales donde las familias pudiesen concurrir sin temor de sentirse menoscabadas en su decoro, porque comprendí también que una capital que no exhibía un sitio donde se reflejara su adelanto, daba triste idea de su fuerza y desarrollo. Todas las energías de mi juventud estimuladas por el deseo de ser útil a Managua las pude al servicio de esa noble tarea, y aunque viejos prejuicios se opusieron a mi labor, trabajé sin descanso para lograr una completa organización. Varios intentos anteriores para fundar un club nacional habían fracasado.

Las actitudes de don Diego Manuel Chamorro y de don Adolfo Díaz

Cabe aquí advertir que después de mi rechazo del Internacional, algunos extranjeros llegaron a mi casa y trataron de explicarme lo que no tenía explicación; pero decían ellos que un grupito se había adueñado de la situación del centro para manejarlo a su gusto de donde ocurrían serias dificultades, y para desagraviarme por la parte que les tocaba, me ofrecieron tomar acciones en el nuevo Club proyectado. Y así lo hicieron los señores don José Lupone, don Vicente Rodríguez, don Otto Müller, don Teodoro Mauricio Salomón y otros más. Para

mí constituyen especial satisfacción estos recuerdos; y debo agregar otro: don Pedro González invitó a su amigo don Diego Manuel Chamorro a tomar un cocktail en el repetido Club Internacional. Don Diego no aceptó la amable invitación porque dijo que un caballero de Granada, su sobrino político, había sido rechazado injustamente y le desagradaba concurrir a él. Poco después el mismo Internacional solicitó al gobierno de don Adolfo Díaz la introducción de muebles y enseres, sin pago de derechos, y el señor Díaz se negó a acceder, no obstante que uno de sus Ministros lo había prometido. Todo por la misma causa.

El Club en la Calle Candelaria

Ímproba labor, muchas carreras, levantar ánimos, combatir el pesimismo general, alternar diariamente y hasta tratar de hacer comprender la mayor importancia social de Managua con su Club propio; conseguir el dinero, redactar los estatutos, fue obra superior a mis fuerzas. Yo tenía en cambio mi entusiasmo y voluntad al servicio de lo que consideraba el mejor adorno de la capital, y así fue como quedó organizado el actual Club Social de Managua que hoy en día es justo orgullo y honra de los capitalinos.

Se consiguió un local de lo mejor que había entonces en la calle Candelaria, se amuebló a satisfacción general y reunidos todos los socios el día señalado 1º de enero de 1912, se procedió a elegir la primera Directiva del Club Social de Managua, resultando favorecido para Presidente, con unanimidad de votos, el siempre recordado caballero don Francisco Solórzano. No hubo lucha ninguna en la escogencia del primer presidente del nuevo Club, pues todos estábamos dispuestos a corresponder con ese honor al mencionado don Fernando. Precisamente, para dar mayor realce al acto, se festejó con un gran baile, el mejor que se había dado entonces, y quedó la impresión de haber sido un verdadero acontecimiento social. Para dar ciertas comodidades al Club, yo como Tesorero, fui a Granada y busqué a los señores Francisco Bustos y Hnos., con el fin de que instalaran en este establecimiento un servicio de restaurante y cantina.

Pero no todo lo que se lleva a cabo con esfuerzo es recompensado

con algún reconocimiento y consideración, pues al poco tiempo surgió un pequeño grupo que me adversaba, lo mismo que a oponerse a escoger buenas Directivas, que era mi mayor empeño, considerando el asunto de vital importancia para cimentar la institución que veía como mi obra, y por la que sentía verdadero amor. No obstante dejé el campo a mis contrarios, y ya ellos con el control completo de la administración, no la llevaron a la prosperidad, sino que todo decreció y se notó entonces el mal manejo de que fue víctima la cantina; y los juegos los dieron en arriendo por una cantidad ridícula. En todo lo demás se notaba descuido y abandono.

Recuerdo que esta vez estimulado yo por don Rodolfo Salvatierra, uno de los pocos socios que han dedicado con ahínco y empeño sus energías a la prosperidad del Club Social de Managua, volví a tomar cartas en la formación de una Directiva administradora, como en efecto sucedió. Se restablecieron todos los servicios por cuenta del Club y se pudo constatar los resultados favorables, pues se dio principio a formar el capital para dotarlo de edificio propio que fue el ideal perseguido por los que me acompañaban en esa segunda labor.

El Club adquiere capital propio

En poco tiempo la caja del Club Social de Managua tenía en su poder la suma de quince mil córdobas (dólares) y se procedió en el acto a buscar un terreno adecuado, es decir, terreno que entre dos calles y parques a su frente y lados, lo hiciera exhibir solo, para darle todo lucimiento.

Por ese tiempo yo trataba de construir mi casa de habitación por lo que había arreglado con mi amigo don Vicente Rapaccioli me traspasara el terreno que tenía él frente al Parque Infantil, por un precio bajo. Fue ese terreno el que encontraron muy apropiado los socios interesados en el nuevo local del Club, y al recibir de su parte insinuaciones para que cediera la opción que había recogido de don Vicente, a favor del Club. En el acto lo hice con el mayor gusto, sin remuneración alguna, por lo que construí mi casa en otro lugar menos importante y pintoresco. Yo sé que todo esfuerzo hecho por el Club Social de Managua, todo desprendimiento mío a su favor y cuantas

molestias me haya ocasionado su desarrollo, no merecerá el agradecimiento de los que me adversan sin motivo justificado.

Todavía hice más: organicé una comisión que junto conmigo pasara a casa de don Vicente Rapaccioli y ya con él, le hablamos de la necesidad que tenía el Club de que se le hiciera una reducción en el precio del terreno; y él, con mucha generosidad, concedió esa reducción solicitada.

Obteniendo el terreno nos quedaba la edificación. Muchos días de consultas, diferentes planos, ideas de un modo y de otro, todo por encontrar lo mejor, lo más propio y adecuado a las circunstancias. Al fin se consiguieron los fondos necesarios para la construcción y se siguió un plan que es el que ahora se puede admirar terminado en toda su magnificencia. Yo siempre he pensado: el que no quiere al Club, no obstante de ser socio, no tiene nada que querer.

El terremoto de 1931

En esa confianza de haber logrado un soberbio local propio, de tener servicios que dejaban buenas ganancias, como la cantina y el restaurante; con un número de socios muy alto que daban con sus cuotas suficiente efectivo para el manejo y amortización de la deuda que se contrajo, ocurrió el siniestro del 31 de Marzo de 1931 que en un segundo abatió a Managua en pavoroso dolor. Nuestro edificio del Club, tan bello y tan nuevo, quedó casi deshecho por la violenta sacudida. Olvidándome yo de mis propios haberes, me constituí en los escombros del Club para salvar muebles y todos los enseres de su pertenencia que estaban expuestos a perderse, porque en siniestros de esta magnitud, no es extraño que la moral de los hombres sufra relajo y se crean autorizados a disponer de la propiedad ajena como cosa propia. Ayudado por don Rodolfo Salvatierra, don Tomás G. Hernández y sus apreciables hijas, se pudo contener el abuso que había principiado.

Don Tomás G. Hernández ofreció su casa para pasar espejos, billares, bibliotecas, asientos, arañas y cuanto era propiedad del Club, lo que le aceptamos en el acto.

Para reparar aquel gran edificio había que gastar una fuerte suma

de dinero y sólo se mostraba el cuadro de desaliento. Nadie pensaba en rehacer el Club; pero yo no permití que fuera abandonado, y con este fin propuse se instalara nuevamente en una de las casas que habían quedado en pie, mientras se disponía la forma de reparar el local deteriorado. Solicité entonces de los socios pudientes una contribución de cien córdobas cada uno, pues suponía que con ocho mil córdobas era posible su reparación. Algunos socios no opusieron dificultad en suscribir la contribución dicha, como puedo citar con especialidad a don Carlos A. Barreto, que, sin ser socio capitalista ofreció su contribución con el mayor gusto. Pero fue grande mi pena cuando de muchos otros, muy adinerados, oí palabras desconsoladoras, negándose a prestar su dinero, y me aconsejaban, como Presidente de la Directiva que era entonces yo, a entregar el terreno y el edificio cuarteado en pago de la deuda al acreedor que entonces era del doctor don José Ignacio González, y no pensáramos más en reedificarlo.

Penosa incertidumbre

Días de penosa prueba y de incertidumbre fueron aquellos en que vi en peligro de perderse mi obra, tan brillantemente principiada y tan fatalmente concluida; pero no me puse a lamentar del fracaso. Sacando fuerzas de flaquezas gestioné con el caballero doctor José Ignacio González la manera de entrar en un arreglo para reparar el edificio. No pude haber ocurrido a nadie con mayor acierto, pues el doctor González con gran desprendimiento resolvió dar al Club el dinero necesario para repararlo o sean 18,500.00 dólares sin aumentar con este pago la antigua deuda que con él se tenía. ¡Raro caso de prestamista muy digno de recordarlo! El resultado fue que es el mejor edificio para Club, en Centroamérica, con una deuda apenas de cinco mil y pico de dólares.

Mis éxitos en el Club no detienen a mis adversarios en su ingrata tarea de ofenderme y restarme algún aprecio. Propalan que yo hago Directivas con el exclusivo objeto de vender mis licores. Mis licores los fabrico desde cuatro años a esta parte, y si se venden es porque el público los pide en el propio local del Club. Sería ridículo suponer que sin venderse en el establecimiento, yo pudiera conseguir que el

Club me comprara lo que no puede realizar.

Managua cuenta entre sus elementos sociales con personas de responsabilidad como don Carlos Báez hijo, a quien algunos atacaban, y yo, muy al contrario, lo considero digno de todo puesto de confianza y seguridad, como es el Tesorero. En la Directiva anterior puse empeño en que fuera designado don Eduardo Bernheim como Presidente y don Carlos Báez hijo, como Tesorero, y un resultado magnífico correspondió a mi deseo por su labor eficiente en todo sentido. Los elementos opositores los atacaron con furia, sin que nadie pueda decir lo menos de ninguno de ellos. A última fecha ambos se apartaron de mi amistad por rozamientos con mi hijo Gilberto; pero esto no ha sido causa para que yo les niegue todo mi aprecio y alta consideración que se merecen.

Don Felipe Le Franc fue también un magnífico Tesorero y es uno de los socios que se ha interesado y quiere al Club de veras. Don Ernesto Schultz es un socio que siempre se ha esforzado por el bien del Club, nunca ha sido miembro de la Directiva y es digno de que se le tome en cuenta; en cualquier puesto haría un buen papel.

Por estas luchas del Club he cosechado amargos sinsabores como es el de haber visto a algunos caballeros que me retiraban el saludo sin motivo; pero comprendo cuanto pueden las pasiones y de qué recursos se valen para nulificar la influencia de una persona que sólo trata de la buena marcha, mientras otros quieren quedar solos, en libertad de gobernar y disponer sin restricciones.

Mi retiro de la Directiva

Cansado de esa lucha, resuelvo apartarme de mis antiguos propósitos que fueron de que el Club Social de Managua contara siempre con una buena Directiva, celosa de su buen nombre. Me retiro de esa lucha, viejo y amargado por tantas contrariedades, y busco morir tranquilo sin proseguir echándome odiosidades que no merezco. En fin, la ingratitud es la recompensa de todo esfuerzo noble. Y al retirarme de estas preocupaciones que no me han dejado más que desencantos, recomiendo muy especialmente a los socios amigos míos, que para la Directiva próxima se empeñen en saber escoger los más pro-

pios para el desempeño de sus cargos, y que también sean homogéneos, para evitar disensiones dentro del conglomerado del Club.

Los hijos autóctonos de Managua muy poco se han preocupado por la bienandanza de aquel Centro Social, y me gustaría verlos trabajar siempre por una buena Directiva.

Don Marcial Erasmo Solís se ha interesado siempre por el Club Social de Managua. Él ha prestado al Centro de su predilección toda su simpatía y concurre a él con gran constancia, como ningún otro.

Don Carlos Molina es gran elemento, socio del Club, muy honorable y digno de que figure en la Directiva. Los resultados de su colaboración serían magníficos.

Don Juan Manuel Doña H. fue socio fundador, uno de los pocos que se interesaron vivamente en la fundación del Club. Cuando don Juan Manuel, por cuestiones económicas, no pudo cancelar de momento una deuda de cuotas, la Directiva de entonces lo expulsó de la sociedad, cometiendo a mi juicio un grave error y una injusticia. A mi parecer el camino en estos casos con un socio fundador es suspenderlo mas nunca expulsarlo. Cuando pueda pagar, automáticamente puede seguir concurrendo.

Don Alfredo Guerrero Bone ha sido uno de los mejores tesoreros del Club; laborioso, cumplido y honrado a carta cabal, su colaboración en otra Directiva sería de gran importancia.

El Club, un negocio espléndido

Don Leopoldo Pasos y don Laureano Zelaya fueron magníficos presidentes. Don Rodolfo Salvatierra ha sido palanca vigorosa para el Club, y sólo ha cosechado ingratitudes. También se han distinguido en sus servicios a él, don Isidro Barrios y don Luis Medal, lo mismo que don Adán Cárdenas. Don Constantino Lacayo no quiso aceptar el año pasado formar parte de la Directiva y tengo la seguridad que haría buena administración. Don José Benito Ramírez haría otro tanto. Don Ernesto Guerrero Pineda desempeñó una ocasión la Tesorería, pero no ha querido servirla otra vez, lo que constituye una falta digna de lamentarse. Don Pablo Leal hizo buena administración; lo mismo que don Enrique Ramírez.

Nombro a estas personas para que sea posible el milagro de que se les tome en cuenta por sus ejecutorias pasadas. Muchos quieren hoy ser de la Directiva, sin molestarse por el adelanto del Club, y ahora que el Club está en vías de hacer un negocio espléndido y de poder pagar su deuda, es cuando más se necesita una buena administración. Que se nombre a un Gerente con facultades amplias y que sea responsable de la administración. Que no resulte lo ocurrido últimamente que la Junta General nombró un Gerente y la Directiva jamás le dio posesión, dejándolo en un puesto secundario en lugar del para que fue nombrado, todo por bajas intrigas indignas de personas de responsabilidad.

Es para mi motivo de justicia nombrar a miembros que dieron al Club su trabajo desinteresadamente, y que, en circunstancias difíciles, probaron con hechos su afecto a este Centro Social. Nombro aquí a don Humberto Guevara, lo mismo que a don Teódulo Murillo, don Mariano Moreira, don Raúl Lacayo S., don Leopoldo Pasos, don Rodolfo Rosales, don Alejandro Stadthagen, don Adolfo Cárdenas, don Lisímaco Lacayo y algunos otros que se escapan de mi memoria.

Conclusiones

Quiero terminar esta breve reseña de la fundación del Club Social de Managua manifestando que la dividí en tres etapas, porque fueron tres fases de peligro, tres épocas de duda, de lucha y esperanza:

La primera es la que constituyó su organización, inauguración y elección de la primera Directiva, seguida de gran baile.

La segunda fue la que principió con la formación de su capital propio, compra de terreno y construcción de su edificio que tiene.

La tercera fue la reconstrucción.

Las dificultades que se presentaron oponiéndose a toda marcha para obtener buenos resultados fueron sin número: la oposición abierta y ruda en ocasiones; en otras la que no se palpaba más que por el vacío que hacían en torno de nuestros trabajos; pero todo se ha conseguido como se conseguirá que el Club quede libre de toda deuda en breve tiempo. Y ahora que nobles empeños están correspondidos por resultados maravillosos, ahora que la palabra cede su puesto a

los hechos manifestados, a la vista de Nicaragua entera, cimentados en una obra grande y bella, de hermosos salones y demás servicios, contando en su seno seiscientos noventa y cuatro socios fundadores y concurrentes, número fantástico a los principios de nuestra ruda labor, que hablen mis adversarios lo que les venga en gana decir y deseo ver si ellos unidos pueden intentar hacer otro tanto.

Para terminar, deseo decir que por tratarse de un hijo no me referí a él en el presente folleto; pero, a instancias de un grupo de mis amigos, lo hago.

En la segunda etapa de mi folleto, cuando se principió el resurgimiento del Club, casi sin capital, por el año de 1919 cuando cayó la argolla del Club y tomó las riendas el elemento joven, mi hijo Ramón como Vicetesorero, acompañado de los demás miembros, señores Leopoldo Pasos, Laureano Zelaya, Isidro Barrios, Alejandro Stadthagen y Rodolfo Salvatierra, se dedicó con energías y amor al Club con el deseo de continuar la obra que yo había principiado. Mi hijo Ramón dedicó muchos años de su juventud a ese resurgimiento no habiendo quedado contento hasta no dejar puesta la primera piedra del actual edificio, en compañía de los demás miembros de la Directiva.

Mis hijos se sienten orgullosos de la obra que principié y sólo desean que continúe cada día más el mejoramiento del Club Social como un tributo a su padre, y por eso, tanto ellos como yo, nos dedicamos a que sean elegidas Directivas que hagan progresar al mejor centro social con que cuenta Nicaragua.

[Un ejemplar de este folleto se localiza en la *Pamphlet Collection* de la Biblioteca del Congreso en Washington, D. C., bajo la nomenclatura 51/21. Pero el aquí editado me lo obsequió en Santiago de Chile Salvador Murillo (1925-2000), quien lo había heredado de su padre. Su título es *Historia del Club Social de Managua: mi actuación* y fue impreso en Managua, Editorial El Sol, 1939; consta de 16 páginas y de 16 cm de alto. Su título figura en la cubierta. Desde su primera publicación no se había reproducido. JEA]

EXPOSICIONES DE PINTURA EN LA MANAGUA DE 1933

Por Eduardo Pérez Valle h.

UN numeroso grupo de noveles pintores, en plena juventud, en los salones del Instituto Pedagógico de Managua, exponen sus pinturas y sus anhelos artísticos. Aquellos pintores fueron llamados los “Espíritus Selectos”.

Tales “Jóvenes aficionados” desentumecieron una anquilosada Academia de Bellas Artes. A partir de aquel 17 de agosto de 1933, los brillos irradiados por Ramón Ignacio Matus, Ernesto Brown, Salvador Sacasa, Guillermo Castillo, Rodrigo Peñalba y otros, levantaron el ánimo de los pintores más viejos que estaban en dicha Academia. Los pintores agrupados en ella no tenían local para sus prácticas y el aprendizaje. Fueron los jóvenes pintores de los años treinta, quienes por primera vez, y a partir de aquella exposición que juntó lo viejo con lo nuevo, se empeñaron en conseguir la ayuda estatal, y de amigos del arte, para obtener un local como sede, y lucharon por “hacer surgir el aliento artístico en el pueblo nicaragüense”.

Esos pintores solicitaron al Distrito Nacional “una pieza con instalación eléctrica, ya sea en una escuela nacional o en alguna casa barata donde establecer la Academia de Pintura”.

El apoyo de la prensa nacional, y de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fueron importantes para los acontecimientos derivados de aquella exposición que impulsaría otros hechos de la pintura nicaragüense. Por ejemplo, la aparición del Círculo de Bellas Artes y la formación, por primera vez en la historia nacional, de una Academia Nacional de Bellas Artes, a la cual volvería dieciséis años más tarde, Rodrigo Peñalba, con el conocimiento agigantado y la vocación de maestro, que trasladaría el relevo generacional y cualitativo a la pintu-

ra nicaragüense. La historia está afirmada en un orden progresivo, aquellos jóvenes que fundaron la Academia Nacional de Bellas Artes se perpetuaron para Nicaragua, juntando sus flamas en la antorcha que quedó en manos de Rodrigo Peñalba.

El "Círculo de Bellas Artes"

A nuestro país llegó en los años treinta, un español de rimas métricas y cadencias, quien animóse a exponer en un extenso artículo periodístico las razones y objetivos para fundar lo que él llamó el Círculo de Bellas Artes. Este poeta, de nombre Luis Álvarez Pastor, luego de este esfuerzo fructífero, en el mismo año, se marchó del país en busca de nuevos horizontes. Su proyecto lo expone por primera vez en *La Prensa* del 19 de febrero de 1933. Una de sus más entusiastas colaboradoras fue doña Chepita de Aguerri, quien facilitó su casa de habitación para la reunión de la primera clase de la Sección de Declamación del Círculo de Bellas Artes. En posteriores fechas, con la participación de un numeroso grupo de mujeres, emprenden el montaje de la primera obra teatral, "Canción de Cuna", del escritor Martínez Sierra, libreto que se mandó a traer a La Habana.

Entre otras actividades se tomaban a los aspirantes las entrevistas de rigor, y las clases se iniciaban con dicción y voz.

El "Círculo de Bellas Artes", emprendió a través de su dinámico promotor y fundador, la creación de la "Sección de Pintura". Álvarez Pastor escribía sobre el tema: "Se establecerá una Academia diaria o intermedia diurna o nocturna, según las disposiciones del Director de la misma. A los designados por el Director se le facilitarán materiales para poder llevar a efecto su obra. Una vez terminada ésta, el artista lo exhibirá en el "Círculo" y si logra que sea adquirida por un particular, el importe de la venta menos un pequeño tanto por ciento para ayuda de los gastos efectuados, pasará a poder del alumno que la haya ejecutado. Celebrará exposiciones permanentes y exposiciones parciales de dibujos, acuarelas, óleos, crayones, pastel, etc. Podrá adicionarse la parte de grabados en madera y cuanto el Director a su juicio, estime sea compatible con esta Sección. Celebrarán concursos bajo las bases que estime oportuno, para el mayor despertar del arte".

Tres nombres e instituciones diferentes de la pintura nicaragüense: la Academia de Bellas Artes, el Círculo de Bellas Artes y la Escuela Nacional de Bellas Artes. Después de los ajustes sobre el Círculo de Bellas Artes, que precisamente fue una presentación con nuevo nombre de la pintura de nuestro país, reseñaremos la historia de esta última. Como dijimos, ni la academia de Bellas Artes, ni el Círculo de Bellas Artes tuvieron sede oficial y permanente. Cada pintor exponía individualmente y cargaba con la venta de sus pinturas. En ocasiones exponían sus obras en el Parque Central, actividad que se radicaría, y que el mismo Rodrigo Peñalba implementara con sus alumnos de los años 50.

Eran los tiempos en que los pintores trataban de saltar por encima de las secuelas económicas del terremoto de 1931; y de las consecuencias de la guerra contra la ocupación norteamericana en el país. Aún así, hubo pintores que como el masayés Ernesto Ortega, luego de exponer en 1932 sus pinturas en la Biblioteca Nacional, en su totalidad obras de motivos regionales, al precio máximo de diez córdobas; posteriormente en busca del sustento diario las expuso el 8 de mayo del mismo año, en el Club de los Oficiales Norteamericanos. Los títulos de aquellas obras nos dan una idea del regionalismo en la pintura de don Ernesto Ortega: “La Vieja Tejedora”; “El corredor de mi casa”; “Calle del Caimito”; “El Parque Central”; “La Parroquia de mi Pueblo”; “Tarde del Trópico”; “Paseo Tuckler”; “Camino de la Feria”; “De Tiempos Coloniales”; “Una refresquería”; “El último Toro Venado”; “Laguna de Masaya” y “Vendedora de Frutas”, entre otros.

Otro de los pintores que se estableció en Managua en el año de 1932, fue Pedro Ortiz hijo; vivía y tenía su estudio media cuadra al occidente de la plazoleta de la Estación. En junio del 32, Ortiz se ganaba algún dinero decorando la Casa Presidencial.

Don Horario Cordero M., participa para el 33 en la Exposición Nacional de la Industria Nicaragüense. Don Horacio llegó con sus trabajos fotográficos en oro y plata. En aquella ocasión expuso además de fotografías, el busto en cemento blanco de don Félix Pedro Zelaya R., que sería colocado por la administración presidencial del

Dr. Juan Bautista Sacasa en el parque de Niquinohomo.

El antiguo templo de Santo Domingo, recibió el 5 de diciembre de 1933, en la parte superior de su fachada una de sus últimas obras monumentales del escultor granadino y profesor de la Escuela Nacional de Bellas Artes, don Tránsito Sacasa, quien tres años más tarde falleciera. Este multifacético artista, hizo para dicha iglesia una estatua del Sagrado Corazón de Jesús, en cemento y con más de una tonelada de peso.

En la capital se estaban dando las principales actividades artísticas; los artistas llegaban a Managua, unos para quedarse a vivir, y otros para darse a conocer y exponer sus obras, además de encontrarse con sus colegas de la pintura y la escultura.

Habría muy pronto un acontecimiento que tendría significación histórica de trascendental importancia, la fundación de la Academia Nacional de Bellas Artes, la cual durante cinco meses se fortaleció para poder anunciar su nacimiento, tras haberse defendido su posición ante un proyecto escultórico que se debatía públicamente.

Debate sobre el Monumento a Darío

Al fin en 1933, con 17 años auestas, el "Comité pro-Bronce a Darío", tras un accidentado proceso de convocatoria a participar en la elaboración de los anteproyectos para erigirle al Vate un monumento en el parque de su nombre, se reúne en pleno para examinar los dos únicos proyectos presentados, el del escultor italiano Ángel Mazzei de la "Casa Luisi" de Pietra Santa, Italia; y el del italiano Mario Favilli, radicado en Granada, Nicaragua. Designan a tres notables intelectuales del Comité, para un dictamen definitivo: los doctores Hildebrando Castellón y Joaquín Vijil, y el ingeniero José Andrés Urtecho. Al cabo de unos días, y entre otras opiniones solicitadas, la Academia de Bellas Artes dio la suya; la Comisión recomendó asumir la responsabilidad "de erigir un monumento a Darío, digno de su genio, de su memoria, del país, y de nuestro esfuerzo. La escogencia está estrechamente limitada entre dos proyectos únicos sobre los que ha recaído desfavorable dictamen de la Academia Nacional de Bellas Artes, lo mismo que la opinión de algunos diletantes de importancia,

consultados oportunamente". En consecuencia, debe ampliarse el período de recepción, y promoverse el envío de nuevos proyectos. Finalmente el dictamen indicaba:

"En caso que nuestras indicaciones no fueran favorablemente acogidas por el Comité y se quisiese proceder a una solución inmediata del asunto optando por uno de los proyectos presentados, creemos que la ejecución de la estatua del poeta debe ser hecha, en todo caso, bajo la firma de un escultor de reputación conocida, y que el Comité deba especificar no sólo todos los detalles del conjunto sino todas las condiciones del arreglo".

Queda plenamente claro que ya se habla de la Academia Nacional de Bellas Artes, y con la importancia que la sociedad le da en aquella época, la consultan sobre asunto de gran interés. Al hacerse público el dictamen, los ataques de uno de los dos bandos en que se dividió la opinión pública, enfilan contra la posición de la Academia, parten del dividido "Comité pro-Bronce a Darío". Un artículo anónimo en el *Diario Moderno* lleva a la Academia al punto de dar una respuesta en los siguientes términos: "La Academia de Bellas Artes no va a discutir sus propios méritos, ella ha lanzado una opinión razonada y debe ser combatida con razones. ¿Quién puede ser el árbitro? ¿Acaso el articulista anónimo o su amigo, aquel que viajó desde Florencia a Washington tan sólo para aprender que la Academia de Bellas Artes de Nicaragua está formada por aficionados? O quizás los propios Favilli y Mazzei, representantes comerciales de las casas fabricantes". La carta finaliza: "La Academia de Bellas Artes no ha tenido a la vista en ninguna ocasión el proyecto de Bourdelle; pero el articulista lo aparta y aconseja con toda su autoridad quedarse con uno de los últimos. Este pecado no nos mancha. Por último si este grupo de aficionados que lee y estudia y en el que figuran elementos que conocen los museos y monumentos de Europa y los Estados Unidos, con preparación estética para aprovecharse de este conocimiento, se pone en ridículo al dar una opinión solicitada, ¿qué diremos del reporte que no dedica sus actividades más que a la persecución de los escándalos sociales, y que a la hora menos pensada, sin ser solicitado y con un apasionamiento de muy dudoso origen, se atreve a dar opiniones so-

bre arte? Aquí cabe la conocida frase: Si la Academia censura, malo; si un anónimo aplaude, peor”.

El 25 de septiembre el debate quedó enterrado. Ese día el Monumento a Darío fue inaugurado, diz que según la maqueta que Favilli presentó. Pero desde mayo de 1932, tras casi ocho meses de preparación de condiciones, de manera resuelta los Académicos, y los “Espíritus Selectos” proceden a dar el paso trascendental para la historia institucional del arte en Nicaragua.

El 5 de diciembre de 1933, con la exactitud histórica que los documentos respaldan, nace solemnemente la ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES, y se realiza el mismo día la Apertura de la Primera Exposición Nacional de Dibujo y Pintura. Su Presidente y Director Académico fue don Pastor Peñalba; su Secretario, Ramón Ignacio Matus y uno de sus vocales Ernesto Brown. El Salón de la Academia quedaba contiguo a *La Nueva Prensa*. El discurso de apertura estuvo a cargo del periodista Gabry Rivas y el de clausura del doctor Ramón Romero. Varios artistas se sumaron al acto, Arturo J. Medal ejecutó un *Solo de piano*, y Guillermo Castillo demostró sus dotes de Tenor; la poetisa Yolanda Caligaris entregó al público los versos de su inspiración, y finalmente cantó Margarita Espinosa, y Luis Felipe Hidalgo recitó varios poemas. Transcurrido el acto, quedó abierta la *exposición* al público.

Don Pastor Peñalba

Sin lugar a duda, don Pastor Peñalba significa para la historia de la pintura nicaragüense el baluarte conductor, el amigo y maestro, parte del importante puente que indeteniblemente seguirán cruzando nuevas generaciones de pintores en el tercer milenio. Él es, realmente, quien debe por justicia llevar el calificativo de verdadero impulsor del arte en Nicaragua en aquellas décadas, otorgado por los hechos innegables. Nadie en los años 20 y 30 hizo tanto como él en enseñanza y organización de los artistas, los que él edificó, incluyendo a su hijo Rodrigo. Habrá otros, como Enrique Fernández Morales, de quien en su *Historia de la pintura nicaragüense*, Jorge Eduardo Arellano dice que tan sólo a los veinte y un años de edad “impulsó el arte en

Nicaragua, al final de los años treinta". Don Pastor alcanzó mayores logros, llamado por sus discípulos, amigos, y periodistas "decano de los artistas expositores, vibrante impulsador del arte en Nicaragua y el alma de la Academia de Bellas Artes". Aun con los innegables méritos de Fernández Morales, el lugar le corresponde a Peñalba.

La Exposición Nacional de Dibujo y Pintura de 1933

La Primera Exposición Nacional de Dibujo y Pintura, fue todo un éxito. El joven de 25 años, Rodrigo Peñalba, destaca con una de las más admiradas pinturas de la exposición, un notabilísimo cuadro regional: "La Carreta". Peñalba es objeto de los mayores elogios a través de los artículos que la prensa nacional le dedica al trascendental acontecimiento. Don Pastor Peñalba acompaña a sus alumnos, reproduciendo los rincones de Managua, con una ejecución limpia y brillante.

Rodrigo Peñalba, conocido como el "artista del pincel atrevido", presentó dos tipos de obras: pintura regional y una colección de retratos calificados de maravillosos. Y de él se decía: "que se observaba en su obra expuesta una fuerte tendencia a la nacionalización de nuestra pintura".

De Ernesto Brown destacaba la impresión del color, "de la luz y la atmósfera con una técnica personal". Presentó una colección de paisajes, y se le destacaba como uno de los mejores paisajistas de Nicaragua.

Guillermo Castillo, a quien sus compañeros cariñosamente apodaban "Tonelada" por su corpulenta contextura física, no sólo trabajó la técnica de la acuarela, sino que presentó una cabeza modelada en barro, finamente estilizada.

"Alma fina y delicada de artista, imprime en cada una de sus obras el sello de su personalidad inimitable". Este era Ramón Ignacio Matus, quien participaba con el objeto que le había de caracterizar, el retrato a lápiz. Este diriomeño mereció el reconocimiento de sus compañeros artistas; antes de los importantes sucesos que hemos relatado, sus colegas dibujantes y pintores habían bautizado su agrupación con las siglas ADAPRIM, cuyo significado era: "Escuela de Pintura Ramón

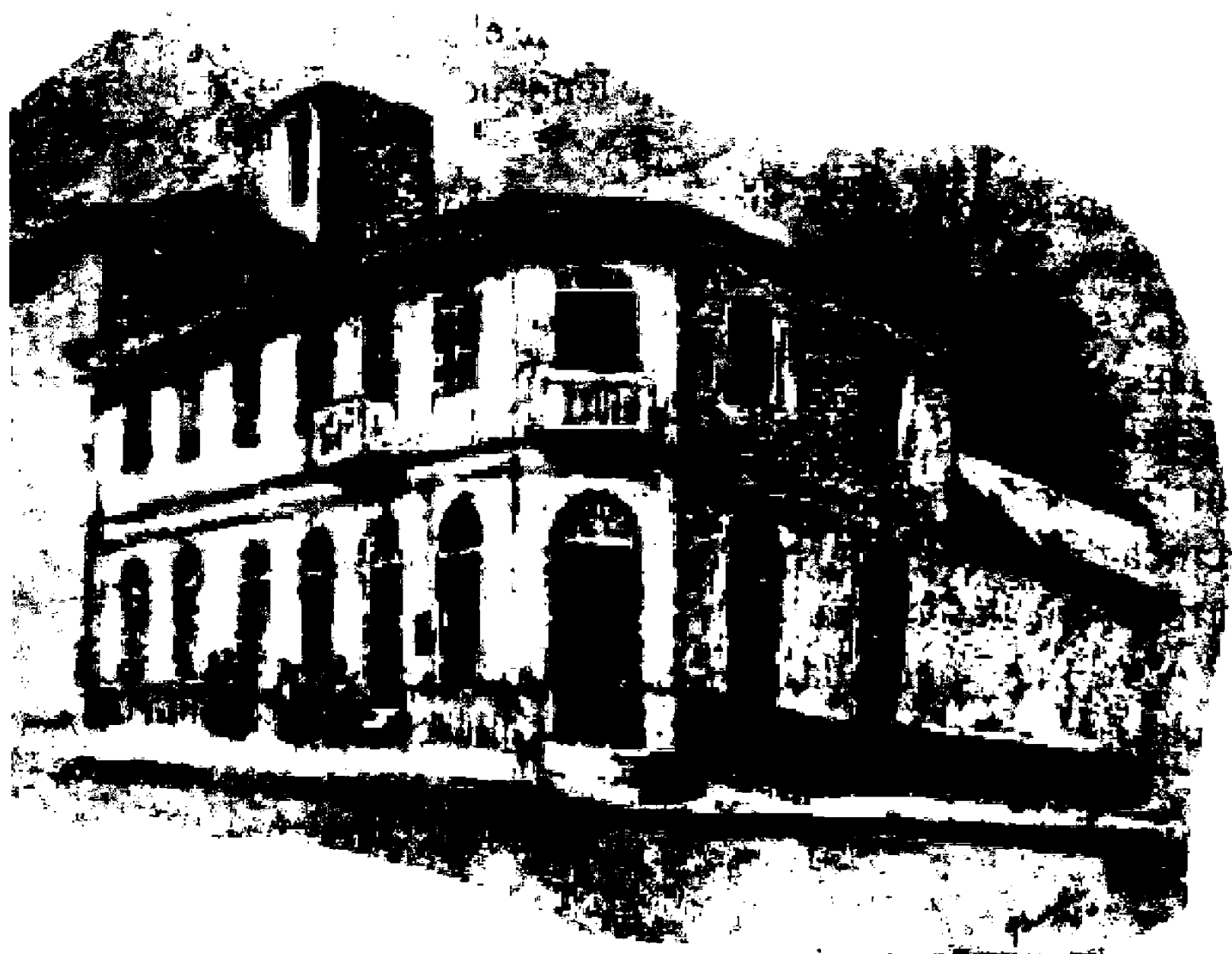
Ignacio Matus”; y don Pastor Peñalba refiriéndose a él, decía: “Ramón tiene en su elaboración, aquello que le hace tener siempre el carácter de nuevo”, en clara alusión a la destreza de ejecución y limpieza de sus trazos.

Entre otros que integraron aquella agrupación: Carlos Mejía, Fernando Ampié, Gonzalo Obando, doctor Gonzalo Ocón Vela, Elías A. y Guillermo Castillo; Alberto de Trinidad en su obra mantenía “una fidelidad fotográfica”; y su temática eran pequeños formatos de “rincones de Managua” en acuarela.

Con estos acontecimientos, incorporamos nuevas páginas a la historia de las artes en Nicaragua, que con toda certeza se pueden reproducir sin temor a equivocaciones.

[Managua, noviembre de 1997]

[Facilitado por su autor, apareció en *Nuevo Amanecer Cultural*, sábado 27 de diciembre, 1997]



Escuela Nacional de Bellas Artes.
Dibujo de Rodrigo Peñalba (1965).

LOS CINCO SENTIDOS DE MANAGUA

Por Luis Downing Urtecho

“NICARAGUA, capital Managua”, han exclamado a coro mil cabezas infantiles desde las aulas colegiales.

Managua, capital de Nicaragua, con sesenta mil habitantes, situada en las riberas del Lago Xolotlán... comienza la lección de esos jovencitos nicaragüenses, estirados violentamente por las crueldades del crecimiento, ese crecimiento del bachiller que culmina con el cese del “acné” y los “barros”.

Pero yo quiero definir la. Capital por sus sentidos. Por eso me he lanzado hoy, vertiginosamente, recorriendo como un médico la anatomía de su cuerpo, para palpar sus estremecimiento, a través de la enervación de sus sentidos.

¡Ah... Managua! inervada por un sol, implacable y vertical como una espada, con sus avenidas dilatadas hasta al máximo por un calor que aplana; pequeña Manila tendida en las riberas del lago Xolotlán, pero faltas de esas bellas alamedas filipinas, tan parecidas a “dendritas”, a terminaciones nerviosas, a “neuronas”, ¿dónde están tus cinco sentidos? ¿Cómo conquistarte? ¿Cómo halagar tu vanidad de mujer? Porque a ti se te conquista por el placer. Una de esas conquistas rápidas, perfectamente femeninas, para abandonarte después, con tristeza Y vivir del recuerdo.

He encontrado tu tacto muerto en pleno barrio de San Sebastián, donde las residencias aristocráticas duermen un sueño justo y sumiso, haragán y triste, en espera de esas sacudidas telúricas que rizan apenas la piel verde de tu parque, santo y místico, apenas corruptible a las caricias más caústicas y más dulces.

Barrio de San Antonio donde el olfato, se aplaca y se refina por el olor a incienso que sube lento hasta las bóvedas, de tu iglesia en construcción, hasta el cielo.

San Antonio, nido de costureras gorditas y blandas como capullos de gusano seda, dedicadas a esa dulce industria textil silenciosa e infinita como las arañas. Parque de poetas, en cuyo césped corren poemas como conejos, inatrapables. Voces perdidas que remontan el cosmos en ondas. Poemas perdidos para siempre. Poemas siderales y cósmicos para emocionar a los ángeles, para adormecer a los querubines.

Club Social de Managua, elegante y blanco, como un hospital, cuyas mesas redondas, refinan el gusto del clubman como si fuera un enfermo o un delicado convaleciente. Club Azotea con gusto a apio y a espinaca, abierto en pleno cielo como un planetarium, donde las estrellas nadan en el fondo de la piscina, verdes y vivas. Gran Hotel, nuevo y gris, pesado e inmovible como su hermano mayor el Grand Hotel de Pekín; pleno de circulación, cosmopolita como un jardín zoológico, donde una orquesta, a golpes de pulmón, ofrece esos bellos tangos sincopados que adormecen como un cocktail. Nuevas mixturas musicales.

Barrio de Santo Domingo, populoso y non-Santo, canalizando todos los sudores de la semana que se esparcen de mil cantinas; corriente inagotable que va a morir únicamente en pleno cementerio. Managua tiene roto el tímpano en el Pati6n, roto por los gritos desahorados, por las riñas sordas y viles, por las victrolas de voz cascada.

Y por 6ltimo lo m6s bello: la vista. A Managua "se la ve" en la avenida Bol6var, donde las bellas ni6as capitalinas cimbran su talle bajo el sol. Ni6as de Managua, producidas en serie, como discos, s6lo diferentes en el nombre y en la m6sica interior, pero todas hechas con la misma materia, esta carne nueva, distinta a la de las otras ciudades provincianas, carne producida y exportada, carne comercial, bakelita rosada, dulce y pulida. Ni6as-poemas, en cuyos ojos asoman peque6as radiaciones espirituales; ni6as-caleidoscopio, giratorias y vivas, que ostentan en su torso su bandera.

[Tomado de *Pantalla*, no. 23, 29 de noviembre, 1936]

FANÁTICOS OCURRENTES

Por Ernesto Bunge

I

DE esos fanáticos que acuden al Estadio de Managua, que por cierto más que estadio es un establo, me ocupa para describir su diversión. El juego de beis no es más que un pretexto para estar en el convivio dominical ligado con los demás fanáticos. Allí, todos “chilean”, chismean, echan a correr bolas y vuelan tapazos. Entre chile y chile, y tapazo y tapazo, las tertulianos salen a echarse tragos a las cantinas situadas enfrente del Estadio. A lo que menos se presta atención es al juego y si por casualidad hay una jugada sensacional, hasta el que tenía el propósito de no “romperla” sale volado a la cantina “Pisa y Corre” de Payano o a la “Gran Stadium” de la Chicagua.

En ninguna parte del mundo van a estar consintiendo que los fanáticos estén “entra que sale” para tomarse sus “farolazos”. Cuando la Comisión de Deportes quiso terminar con tal costumbre, los fanáticos en represalia amenazaron con echar abajo los viejos galpones que sirven de tribunas. La Comisión tuvo que ceder y los fanáticos siguieron exigiendo su contraseña para apurar “sus vinos”. “Silvón”, el voluminoso portero que en los días de semana lo es del banco Nacional, siempre da las contraseñas a regañadientes, porque son muchos los que ya “hasta el bollo” no regresan y se llevan la contraseña.

Se completan las diversiones de los *fans* con la presencia de fanáticos pintorescos u ocurrentes, que con sus improvisaciones a voz en cuello hacen estallar en una risa general a los presentes. La fisga puede ser para un espectador o para un jugador. Me parece que no debió quedar muy contento aquel jugador a quien le gritaban que ya sólo servía para jugar con el equipo de los viejitos del Asilo. Entre esos concurrentes y de los más tapudos está Paco Ortega que con su

voz estentórea apabulla a todo el mundo, y reta a apostar al "Michigan". El negro Berríos le echa denuestos a los jugadores y a toda alma nacida, mientras tanto otros tapudos se encargan de pinchar a la Rosa Amelia.

Entre los tipos pintorescos de antaño se recuerda a la nariguda y fanática personalidad boerista de Gilberto Arróliga, cuando con paraguas colgado al brazo daba grandes brincos cuando había un buen batazo de parte "Bóer" e introducido en el terreno animaba a los corredores gritándoles: "¡Corran como caballo! ¡Corran como caballo!".

Posteriormente, otro boerista que hacía gozar a la fanaticada era el árabe Mustafá Dipp, quien tenía gran confianza en "Pulga", jugador del equipo. "Pulga" aprovechaba esto muy bien. Se ingeniaba en hacer cogidas espectaculares. Después de haber consumado difíciles cabriolas, estaba seguro que Mustafá lo premiaría con una "chancha" bien gorda. Era tal la confianza que el simpático "turco" tenía por "Pulga" que solía exclamar: "Si juega la Bulga gana la Boer, bero si no juega la Bulga bierde el Boer".

La Rosa Amelia

El tipo pintoresco de la actualidad es la Rosa Amelia.

¿Rosa Amelia de qué? Nadie sabe. Yo la encontré Rosa Amelia y así la conoce todo el mundo; ella dice ser de León, en donde pretende poseer varias casas.

Un día, desde hace varios años, se apareció en el Estadio vendiendo cigarrillos y fósforos. Se las echa de pitonisa, predice en qué número va a caer el premio de la lotería y cuál es el equipo que va a ganar. Si acierta con el equipo ganador, alardea de su virtud sibilina; de otro modo dirá que se acordó de tal o cual ofensa de los simpatizadores del equipo que había ella destinado a ser ganador, se arrepintió entonces y le echó el *mal fluido*.

La Rosa Amelia se preocupa mucho por aparecer hermosa. Frisa en los 40. Se hace peinado de copete con adornos de cintajos y flores. Es pródiga en untarse carmín en sus manchadas mejillas. Sus labios, cubiertos de gruesa capa de *rouge*, permiten ver cuando ha-

bla unos dientes estropeados, los cuales no han recibido nunca la caricia de la pasta dentífrica y del cepillo. Usa muchos perendekes en las orejas y cuello, y muchos brazaletes y sortijas, hechos de un metal en el que el de más valor es el cobre. Viste a la última moda: enaguas cortas, blusas escotadas y todo con muchos adornos y en muchos colores, cubriendo un cuerpo en que las abonadas costras de tierra que tiene en él, las desearía un finquero para sembrar.

Algunas veces se le ve llevar bajo del brazo una guitarra. Si encuentra un conocido, le detiene y le cuenta cómo la Gerencia de la Lotería no le quiere pagar un premio que se sacó, pero que en vista de que ella ha recurrido a los juzgados, han notificado a la Gerencia que le pague. Como pruebas enseña unos papeles que le han extendido guasonamente los empleados de los juzgados, papeles que dicen sólo disparates y en los cuales las firmas no son legítimas. Después ofrece cantar una canción, pulsa la guitarra con las pocas notas que conoce y canta con voz macabra que pone hiperestésico inmediatamente al oyente.

Un día de tantos se le descompuso más de la cuenta la “caja de los títeres” a la Rosa Amelia y la llevaron al Manicomio. Los locos que deben conocer poco de la cortesía que se merece una dama distinguida, le propinaban serenatas de garrotazos a cada momento, según ella misma cuenta. Pueda que el tratamiento le asentó, pues tras una corta ausencia la Rosa Amelia regresó de nuevo al estadio a continuar sus incansables bochinches con los que la “torean”, pues a estos les pone unas excelentes bandas no recomendables ni para oídos masculinos. Si le dicen “Chancha bruja”, los conceptos suben de tono. Naturalmente van de preferencia “los recuerdos a la vieja”, es decir, a la madre de los “toreadores”. Y esto es completado con la echada del “mal fluido” consistente en simular que está echando por las manos fluido magnético, al mismo tiempo que le dice a la víctima: “*Vas a ver hijo de tal, si no morís de pulmonía doble o de colerín*”.

(*Los Lunes de la Nueva Prensa*, 10 de marzo, 1947)



Estadio Nacional, recién construido (1950)

DIARIO DE UN ARQUITECTO MEXICANO EN LA MANAGUA DE 1958

Por Manuel González Galván

Managua, miércoles 19 de febrero

El avión llegó retrasado y salió hasta las 3.20, llegando a Managua a las 4.10. Por primera vez volé. La experiencia, aunque acompañada de temor, fue hermosa... A poco, se vio lejísimo brillar, dorada por el sol, la línea del mar; me informo... es el golfo de Fonseca, patrimonio común de El Salvador, Honduras y Nicaragua que en el se dan cita. Después un enorme pico, también lejano, y finalmente, atravesamos el gran lago de Managua, de color sepia y con la apariencia de esos vidrios para el baño petrificados en sus ondulaciones; bajamos sobre él, poco a poco, hasta reconocer nuevamente el aspecto familiar de las cosas: palmeras, casas, aeropuerto. Aterrizaje feliz en Managua; luego el servicio del aeropuerto, amable y sin problemas en la aduana.

Después de hospedarme, salí a caminar. Managua me gustó por su grandiosa plaza, aunque no la rodean arquitecturas notables, pero sí de grandes proporciones como el palacio nacional, la catedral y el ayuntamiento. Aquí está el monumento a Darío, que es eufóricamente romántico. Todo tendré que verlo con cuidado. También se nota un marcado contraste entre un pequeño sector opulento de la ciudad y lo demás mediocre y hasta pobre.

Managua, viernes 21 de febrero

Parte de la mañana la dediqué a gestionar mi salida de Nicaragua en la forma que sea. En la embajada no les interesa un mexicano más o uno menos aquí. Vi al oficial mayor del Ministro de Educación que me envió con el señor Felipe Rodríguez Serrano, de la Academia de Geografía e Historia; fue muy atento y me prometió hablar con el

cónsul de México asegurándome que mañana estará mi asunto arreglado.

Comí temprano, a las doce, como aquí acostumbran hacerlo. A la una me fui a Granada. En cincuenta minutos llegué y por buena carretera... me quedé atónito, ¡claro! [...]

Ya en Managua [después de conocer Granada] aproveché la última luz del día en tomar un apunte de la catedral vista desde la orilla del lago. El crepúsculo fue hermoso, tal vez influye la evaporación del mismo lago debida al calor. El agua se agitaba con regular oleaje batiéndose nerviosamente contra el rompeolas que bordea su orilla.

La playa del lago se ve solitaria, por lo dilatada, y naturalmente es lugar propicio para los enamorados que pasean en parejas mientras contemplan el desolado paisaje pues no hay un solo árbol en la ancha franja que separa la ciudad del lago.

**“Una ciudad de escaso intimismo,
pero comunicativa y regalona”**

Soplaba un viento fresco y húmedo, deliciosa brisa que regala el lago de Managua, pero apenas se entra a la ciudad, un vaho cálido lo envuelve todo, tanto que la gente se ve obligada, ya que no abunda en los interiores el aire acondicionado, a sacar sus sillas y mecedoras a las banquetas y a abrir todos los vanos, puertas y ventanas tan luego como anochece, lo que hace de Managua una ciudad de escaso intimismo, pero comunicativa y regalona; el espectáculo es nuevo y divertido para mí.

Charlé acerca de León y Granada con un señor periodista que vive en el hotel y como es amigo del ministro de Educación, quiere que hable con él acerca del cuidado y conservación que se debe tener en estas ciudades; le llamé por teléfono y me dio cita para mañana a las diez.

El día fue muy fructífero y variado. Me siento más tranquilo, pero muy cansado.

Considero que hoy concluí el itinerario que me propuse para conocer sobre todo el barroco centroamericano.

Estoy satisfecho y con un buen bagaje de fotos y notas con que trabajar después.

Ahora sí puedo regresar tranquilo.

“Con este calor de Managua sólo me quedaba echarme a llorar”

Managua, sábado 22 de febrero.

Hoy hace un mes que salí de Morelia. Imaginaba realizar el viaje en unos veintidós días y ahora, pasado un mes, apenas estoy al término de él. Espero que el regreso sea rápido.

Éste ha sido el primer día inútil y parece que me esperan uno o dos más. No sé en qué los iré a ocupar, ni en qué me distraeré, pues sólo pienso en el regreso.

Durante la mañana seguí gestionando inútilmente ayuda para salir del país; ni en la embajada ni en el Ministerio de Educación logré nada; en la primera porque no quisieron, en el segundo porque las oficinas fiscales cerraron temprano por ser sábado. El ministro y el oficial mayor se mostraron muy amables e interesados en mi trabajo y en la investigación artística de su tierra, pero hasta ahí.

Al mediodía salí a la calle bastante abatido, solo, sin dinero, tan lejos de lo mío y los míos y con este calor de Managua sólo me quedaba echarme a llorar.

En la catedral me serené un poco sentado frente a la embajada espiritual de México: la Guadalupana.

Fui otra vez a Tropical Radio para ver si podía comunicarme por teléfono y ¡al fin! la comunicación radiográfica estaba reanudada. Puse él radiograma urgente, esperando pronta respuesta.

Salí pesimista, pensando cómo sólo se puede contar con los padres o muy allegados, por lo menos en mi caso.

No es resquemor ni escepticismo, pero todo esto ha sido una gran experiencia. Si en otras ocasiones quedé convencido de que no se debe esperar comprensión ni ayuda moral. Ahora sé que ni siquiera en lo material, aunque lo último poco me preocupa, pues son problemas que al fin y al cabo al paso de unos días acaban por solucionarse y desaparecer; no así la otra falta de comunión.

“Ni un solo monumento digno de interés”

Salí a vagar por Managua hasta cansarme, tomé fotos y apuntes de catedral, la plaza y el monumento a Darío.

Recorrí Managua por distintos rumbos y no me mostró ni un solo monumento antiguo de interés, solamente algunos edificios modernos y dos iglesias, una bautista, con su aire de gran salón de sesiones, todo abierto como lo pide el clima; y la iglesia católica del Carmen por el contrario, cerrada pero fresca y acogedora, decorada con unos buenos vitrales. A la catedral he vuelto y revuelto, pero no convence su clasicismo de cemento ni sus ostentosos altares de renacimiento florentino trasnochado. Sólo atrae su gran cubierta de madera que, en la forma inconclusa en que se encuentra, da al interior el aspecto de calle o pasaje o cubierto con portales que serían las naves laterales.

Managua es muy contrastada; la zona sur de su plaza es opulenta y cosmopolita, pero en la zona del mercado a dos o tres cuadras de distancia, deprime la miseria y la vulgaridad.

Camino, subo y bajo, de vez en cuando aparecen en las esquinas los zaguanes dobles a la leonesa o las esquinas chatas granadinas; pero Managua sólo del arte del futuro puede esperar grandeza.

Dos palacios: el Nacional y el del Ayuntamiento

Managua, domingo 2 de febrero.

Éste ha sido un día largo y monótono. Se reunió en él, ser domingo y no tener en qué ocuparme. La ciudad está paralizada y sola, pues la gente sale a las playas y fincas a pasear y descansar.

Oí misa a las 10 en catedral. En el sermón el sacerdote habló de México, citando su acendrado catolicismo. Produce gran emoción oír un elogio sincero y público a la patria lejana, Sentí ganas de decirles a quienes estaban a mi alrededor que yo era mexicano.

Después de misa vi con mayor detenimiento los palacios Nacional y del Ayuntamiento: el Nacional tiene majestad y sigue con tino las normas del dórico romano, en tanto que el del Ayuntamiento es dórico griego que, por sus dimensiones y estucos, produce la simpática impresión de ser un partenoncillo de juguete, hasta en sus estatuillas de

la industria y el comercio; éste como Mercurio, que salen a recibir al visitante al término de la escalinata de acceso.

**“El monumento al iniciador del modernismo:
de un romanticismo exacerbado”**

Por la tarde dibujé rincones de Managua y pasé el resto del tiempo en el parque Rubén Darío. Este jardín es, sin duda, el más bello de la ciudad; por eso no pudieron escoger sitio mejor para el monumento al genio nicaragüense que luce teniendo como fondo el lago al norte, la plaza al sur, otro jardín al poniente y la catedral al oriente.

El monumento al iniciador del modernismo literario resulta ser, por el contrario, de un romanticismo exacerbado. Lo más notable es el estanque del frente por el que boga entre cisnes una barca conduciendo ninfas y amorcillos que entre velos y flores, cítaras y trompetas son encarnación, ¡toda en mármol!, de la opulenta fantasía del poeta. Tan alba encarnación parece, sin embargo, prisionera en la incómoda estrechez del estanque, y más contenta se hallaría esta barca entre brumas nórdicas y lagos de bosques encantados que aquí, entre el ruido y tránsito de una plaza y envuelta por el clima y la vegetación tropicales. Todo esto sucede mientras sobre alto pedestal el ángel de la inspiración asiste al poeta que envuelto en largos ropajes, entre túnica, toga y bata, mira vagamente al horizonte, indiferente a todo lo que a sus pies y alrededor sucede.

Es toda una plástica literaria dedicada a un literato plástico y así “dando y dando” la obra cumple su labor conmemorativa y didáctica, pues constantemente la gente se detiene a ver las esculturas y a leer los poemas escritos en las cuatro caras del pedestal, cada uno con su respectivo relieve alusivo.

Estos poemas son de los más populares o popularizados de Rubén Darío y son: “Clarines laureles!”, “Paz hermano lobo...”, “Oh Señor Jesucristo” y “Se oye un tropel vibrante de fuerza y armonía...”. Con grandes letras que indican su satisfacción firma el monumento Mario Favilli en 1933.

Una tarde de febrero

La tarde transcurrió entre niños, con sus nanas y regaños de los padres, risas, caídas, llantos, gritos, caramelos y naturalmente, las escenas de rigor: caritas sucias que abren la boca viendo pasar hermosos triciclos y niñas de trajes ampones y bucles rubios que conversan y comparten sus juegos sin empacho con chiquitines desarrapados y greñudos, mientras no intervienen los padres haciendo notar con simples ademanes que “todavía hay clases”. Entre las carreras y regaños constantes me sentí niño, adolescente y padre por momentos y a la vez.

La tarde fue variada y rica en combinaciones de temperatura y luz; una palmera, que al principio brillaba al sol, acabó en negra silueta sobre el perla brillante de las nubes.

Volví a observar y comprobé, que Managua se nubla al filo del medio día, tal vez por la intensa evaporación del lago debido al calor. El caso es que refresca un poco cuando el sol es más intenso y al atardecer despeja dejando que sus rayos, ya más débiles, abrillanten su luz reflejándose en las fachadas y dominando en absoluto el paisaje que alcanza gran nitidez en los horizontes.

En la mañana extrañé la música y el paseo en la plaza, pues permaneció silenciosa y desierta, sin duda también por el calor; pero, desde el anochecer, una orquesta estuvo tocando en el extraño y moderno kiosko decorado con mal doradas escenas históricas. De noche la plaza estaba llena, pero la gente no se mueve ni circula, sino que permanece en su sitio simplemente escuchando.

El día fue muy sereno en lo físico y lo hubiera sido en lo espiritual si no tuviera el problema del regreso y el sentirme en soledad absoluta, como alma en pena, entre la alegría y la sonrisa de los demás.

Al acostarme no me abandona la esperanza de mañana o pasado emprender el regreso.

Managua, lunes 24 de febrero.

Otro día en el que el tiempo se alargó sin saber en qué emplearlo y que la inseguridad hizo angustioso. No tengo aún respuestas de México ni sé cuando saldré. Parece que todo se ha confabulado para hacerme desesperante al final del viaje.

La Escuela de Bellas Artes

Por la mañana lo más aprovechado fue una visita a la Escuela de Bellas Artes. Hay una exposición bastante gris e impersonal si se la compara con la activa vitalidad de las galerías de México. Reinaba en ella, en cuanto a pintura, una especie de postimpresionismo, sin gran calidad y en escultura, un academismo pobre con inclinaciones *snoobs* hacia lo moderno. Entre todo destaca una sola firma que quizá llegue a valer: Arnoldo Guillén.

La iglesia moderna del Carmen

Después fui al Carmen que es actualmente la mejor iglesia moderna de Managua; su vía crucis y su puerta tallados con cierta ingenuidad son agradables. En el crucero hay una pintura con la visión de Elías, bastante buena y otra en el cuerpo de la iglesia en que la Virgen y San Elías imponen el manto a Santa Teresa; composición, dibujo y color andan tras el estilo del Tiépolo. Algunos de los vitrales son muy hermosos.

Acahualinca: “uno de los sitios antropológicos más interesantes que he conocido”

Por la tarde vi otras iglesias que están en construcción y prometen ser buenas, sobre todo la de San Sebastián y la de la Asunción. Pero la gran impresión del día fue contemplar las huellas de Acahualinca, uno de los sitios antropológicos más interesantes que he conocido. Acahualinca está cerca del lago y en las afueras de la ciudad. Al hacerse la excavación para cimentar un edificio industrial se encontraron, bajo varias capas geológicas, huellas petrificadas de seres humanos y animales; se les atribuye una antigüedad mayor a los diez mil años. Están grabadas en lo que seguramente fue un lodazal causado por la lluvia o la humedad del lago, lodazal que después se secó y el polvo de siglos fue cubriendo y embalsamando con posteriores aluviones hasta quedar petrificado, con lo que la naturaleza preservó y eternizó algo tan palpablemente fútil, como es el caminar humano.

Este recuerdo milenario consiste en un tropel de huellas que fantasmalmente se dirigen hacia el lago desapareciendo, de golpe,

bajo el corte geológico que los cubrió y que parece de nuevo ocultar y cobijar su muerte bajo numerosas sábanas hechas de capas geológicas.

Las huellas se ven casi frescas, unas mayores y más hundidas que hacen pensar en los varones o en quienes llevaban cargado algún peso; otras pequeñas y apenas marcadas, son seguramente femeninas o de adolescentes y hay también las aligeras de niños; otras huellas se aprecian más claras y separadas del conjunto. Las del centro muy pisadas y vueltas a pisar en su infirmitad nos dejan adivinar el tropel apresurado que las marcó, como se ven también algunas de animales, posiblemente de perros y carneros o de cerdos dada la forma de la huella; todas aprisionadas en la red sutil de grietas zigzagueantes que formó el barro al secarse. Estos seres deben estar físicamente atomizados y sin embargo sus huellas están aquí, como recién impresas. Quiérase que no, se impone un sin fin de reflexiones y noveladas conjeturas que cada espectador puede forjar según su fantasía, pero la trama necesariamente la dirige el tiempo oscilando entre futilidad y eternidad.

Acahualinca es un lugar de meditación que propone a nuestro examen la idea de cómo a la vez hay permanencia en toda desaparición.

El edificio que protege el manto petrificado es bastante decoroso, pero alrededor es un verdadero muladar lo que le resta atractivo. El regreso al centro de la ciudad se hace por la larga "calle del Triunfo", que en contraste con su nombre es un trecho urbano pobre, feo y mediocre.

Vuelvo a dibujar por distraerme y ocuparme un poco.

Don Adán Sandino y su familia

Managua, martes 25 de febrero.

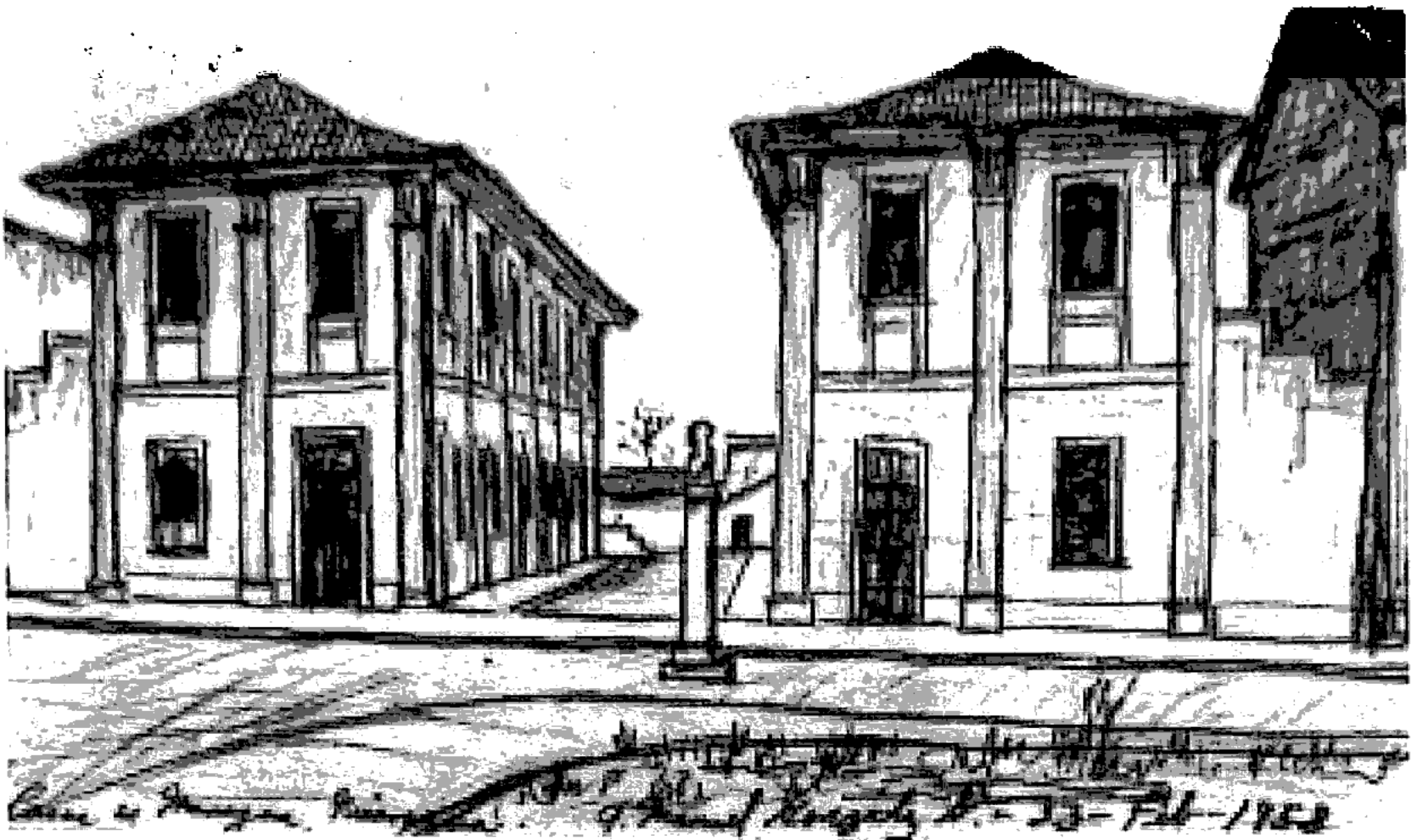
La mañana fue de lo más molesto, pues al clímax del sentimiento de abandono se añadió la humillación de solicitar ayuda oficial y el que por cable no llega ninguna noticia. El ministro de Educación definitivamente me declaró no poder ayudarme después de pasar toda la mañana en antesala. Desesperadamente traté de comunicarme por teléfono a Morelia, pero las líneas están cortadas. Al sudor debido al

clima, se añadió el provocado por la ansiedad, todo yo destilaba tanto que me asombré. Comí casi sin darme cuenta y con el problema encima y deseando hablar con alguien, busqué a la familia Sandino a quienes al llegar traje saludos de parientes en Guatemala a los que a su vez había llevado saludos de conocidos suyos desde Morelia. Esta familia fue mi ángel custodio pues se interesaron y preocuparon por mí, tanto que me llevaron con otra familia de origen mexicano, resultó que la señora es de Silao y su hija vivió en México y en estos días regresa de nuevo para vivir en la misma colonia en que yo vivo. Me prestaron dinero muy gentilmente y con él ayuda moral. Desde este momento todo mejoró. Don Adán Sandino, sin más antecedentes míos que los saludos que le traje de sus parientes, me tuvo confianza y fue mi fiador en un préstamo. Después de días hasta hoy pude sentirme de nuevo alegre.

Compré boleto para El Salvador y cambié moneda. Los Sandino me despidieron cordialmente después de larga charla sobre México y Nicaragua. Esta familia es el último grato y agradecido recuerdo que me llevo del país. Al llegar al hotel me comunican que desde las ocho de la noche me llamaron de Morelia, corro a las oficinas y las encuentro ¡cerradas!, pues ya dieron las once.

San Salvador, miércoles 26 de febrero

Salí a las tres de la madrugada, noche cerrada, silencio de pueblo. En el hotel nadie se levanta y hay que salir a oscuras, a tientas, como ciego en casa ajena. El primer retraso fue en Somoto, pues le faltaba la gasolina al transporte y hubo que esperar que el chofer la consiguiera. El paisaje agreste y con la carretera deslizándose mucho más alto que Managua, permite gozar de un clima fresco, la vegetación es pobre, pero aparecen los pinos que ya extrañaba. En la frontera no hubo dificultades, excepto en la aduana de Honduras donde me requisaron una guía turística, que me regalaron en Managua. La razón fue que en el mapa estaba indicado como nicaragüense el Cabo Gracias a Dios, y eso, según el inspector, no le convenía a Honduras, pues era de ellos. Todo esto porque sigue en litigio una franja de territorio entre los dos países.



Colonia Lugo, contiguo al Club Social de Managua, fue destruida por el terremoto de 1972. Dibujo del mexicano González Galván (1958).



Iglesia del Carmen [circa: 1959]. Foto tomada del álbum de Luis H. Flores: *Nicaragua / Imágenes de ayer y hoy* (2005), original de Nicolás López Maltez.

LA TERTULIA SABATINA DE ALDILÁ

Por Jorge Eduardo Arellano

NO puedo fijar con exactitud cuánto tiempo tengo de participar en la tertulia de Aldo Díaz Lacayo. Cada sábado, a partir de las once de la mañana, el dueño y gerente de la librería “Rigoberto López Pérez” en el Centro Comercial Managua la convoca desde los primeros años 90. Y es que, sin proponérselo, inventó un centro espontáneo de convivencia donde confluyen generaciones, se analizan temas sociales y políticos, se comentan noticias nacionales y mundiales, se revelan secretos de familias, se dialoga y se ríe a carcajadas. De hecho, su tertulia constituye una gratuita e insuperable sesión de risaterapia y, en vez del “sábado gigante” de “don Francisco”, cada una de ellas es un “sábado tirante”, como las ha bautizado uno de sus más áticos tertulianos, aludiendo a la prenda de vestir que, por razones de salud, Aldo usa para sostener sus pantalones.

Cordial y respetuoso con sus amigos, atento y amable con sus clientes, mandón con Floriluz Martínez Rivas y Julito Pérez Núñez —sus fieles ayudantes—, Aldo es y se proclama *managüense*, optando por el gentilicio culto. “Sos managua” —intento corregirle siempre, en vano. Por eso casi nunca deja de referirse a su prosapia, vinculada a las dos oligarquías de Managua que él ha deslindado: la autóctona, casi totalmente desconocida (su fundador fue el primer alcalde de la villa José Antonio Rovira, tatarabuelo del tres veces presidente de Nicaragua Adolfo Díaz Recinos) y la subsidiaria de Granada que tomó el poder en 1893. Por eso dicta cátedra genealógica hablando de los Díaz Recinos, Díaz Solórzano, Díaz Lacayo, Rivas Avilés, Guerra Lupone, etc. “No es lo mismo el lacayo de Adolfo Díaz que Adolfo Díaz Lacayo” —pone su grano de sal otro de sus contertulios.

En alguna ocasión, al inicio del gobierno Alemán Lacayo (1997-2002), Díaz Lacayo realizó una defensa de la bastardía como im-

pronta familiar afirmando que a un hombre público sólo se le puede descalificar por la huella que deja en la historia; no por su origen bastardo, como lo hizo Arnoldo con el ex-presidente Emiliano Chamorro. “*La bastardía —disertaba— es parte indisoluble de los pueblos conquistados, connatural al mestizaje forzado entre el conquistador y las conquistadas, a quienes nunca aquellos les reconocen derecho alguno*”. Y daba los nombres de los bastardos con mayor incidencia en nuestra historia desde el siglo XIX: Cleto Ordóñez, Fruto Chamorro, Fernando Guzmán, Augusto C. Sandino y Carlos Fonseca, aparte de Emiliano.

El amor a la historia, por tanto, es lo que más me ha unido a Díaz Lacayo y explica mi presencia asidua en su tertulia. Allí aprendo y enseño, comparto y disiento, gozo y denuncio dentro de un clima fraterno. Porque una amistad verdadera trasciende las diferencias políticas e ideológicas. Y esto lo ha demostrado su tertulia que funciona como espacio pluralista de ideas, prácticas y creencias. Y también la Sociedad Bolivariana de Nicaragua y la Academia de Geografía e Historia, de las cuales Aldo es Vice-Presidente. Por eso ambas asociaciones se han reunido, alguna vez, en su librería.

Allí —entre los infaltables amigos de Aldo, “secta” a la cual me honro en pertenecer— he conocido personalidades de la talla del industrial y comerciante Alfonso Llanes, Cardenal consorte; del ingeniero Uriel Cuadra Argüello, auténtico representante del humor granadino; y del médico Miguel Silva, notable oftalmólogo. He tratado al veterano efeselenista Jacinto Suárez, de raíces chontaleñas; al licenciado Sergio Maltez, experto en vinos; al ingeniero Edwin Krüger, hábil político y líder empresarial; al cronista de Managua y dirigente de su gremio Mario Fulvio Espinosa, enaltecedor de personajes populares; y, entre otros, a Mario Tapia, miembro correspondiente de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua y director de la revista *Gente de gallos*, única en su género a nivel centroamericano.

En la tertulia de Díaz Lacayo despliega su ingenio el compositor y publicista Róger Fischer, agudísimo y festivo (criado, por cierto, en un ingenio de azúcar —Montelimar— como hijo del ingeniero alemán), sabedor de todo y de todos. O se aparece una vieja gloria de

las lides periodísticas, tan camaleónico como matusalénico, Ignacio Briones Torres, que siempre tiene algo interesante que contar. Me doy cita con el novelista y grande amigo Róger Mendieta Alfaro, autor de *Hubo una vez un general*, quien recuerda sus valiosas experiencias desde la oposición conservadora al somocismo. Y concurre Carlos Cardenal Martínez, oculto tenor aficionado y cultísimo personaje suigéneris, para confesar sus íntimos asombros y delatarse como filósofo de la vida y lector en su idioma de Martín Heidegger cuando estudiaba en Alemania.

Catarsis de problemas cotidianos, confesionario de aficiones neuróticas y debate de planteamientos metafísicos (lástima que Carlos Chamorro Coronel se haya retirado a causa de su mal carácter) es también nuestra tertulia, integrada por adultos mayores (la mayoría hace rato traspasó los 65 años) y de “ancianos menores” (de los 60 a los 70), según la reciente clasificación de un geriatra y psiquiatra alemán. De ahí que la malediciencia la haya identificado con un común “club de palomas muertas”.

Pero la tertulia de Aldo no tiene casi nada de elitista en el sentido de discriminatoria. Basta tener confianza en él para incursionar en ella como lo acostumbra el vendedor de lotería Luisito León o algún desconocido cliente de la librería. Al menos, está muy lejos de parecerse a un “Terraza” en miniatura, pues es ajena a la arrogancia del “Poderoso caballero”. Asimismo, comparte escasos elementos con la famosa de los “lunáticos” que presidía el doctor Alejandro Serrano Caldera en su casa de Bolonia, cada lunes por la noche durante muchos años, con la asistencia de diplomáticos acreditados en el país, comenzando por el Embajador de los Estados Unidos.

Por todo ello sería una pena para los contertulios de Aldo que, de ganar Daniel las elecciones, nuestro amigo abandone su librería —y, en consecuencia, desaparezca su tertulia— para ocupar el alto cargo que le corresponde por su larga trayectoria militante en el FSLN. No en vano ha sido, sobre todo en los últimos tres lustros uno de sus ideólogos racionales y no menos apasionado. Yo sería el primero en extrañar su condición caballerosa, surgida en la Managua de los años cuarenta del siglo pasado, cuando las tertulias eran parte del entorno

ciudadano y continuaron brotando durante los cincuenta y sesenta. Definitivamente, fueron otros tiempos que comenzamos a aflorar a raíz del terremoto de 1972 que nos dejó una capital sin verdadera ciudad, o sea, sin polis.

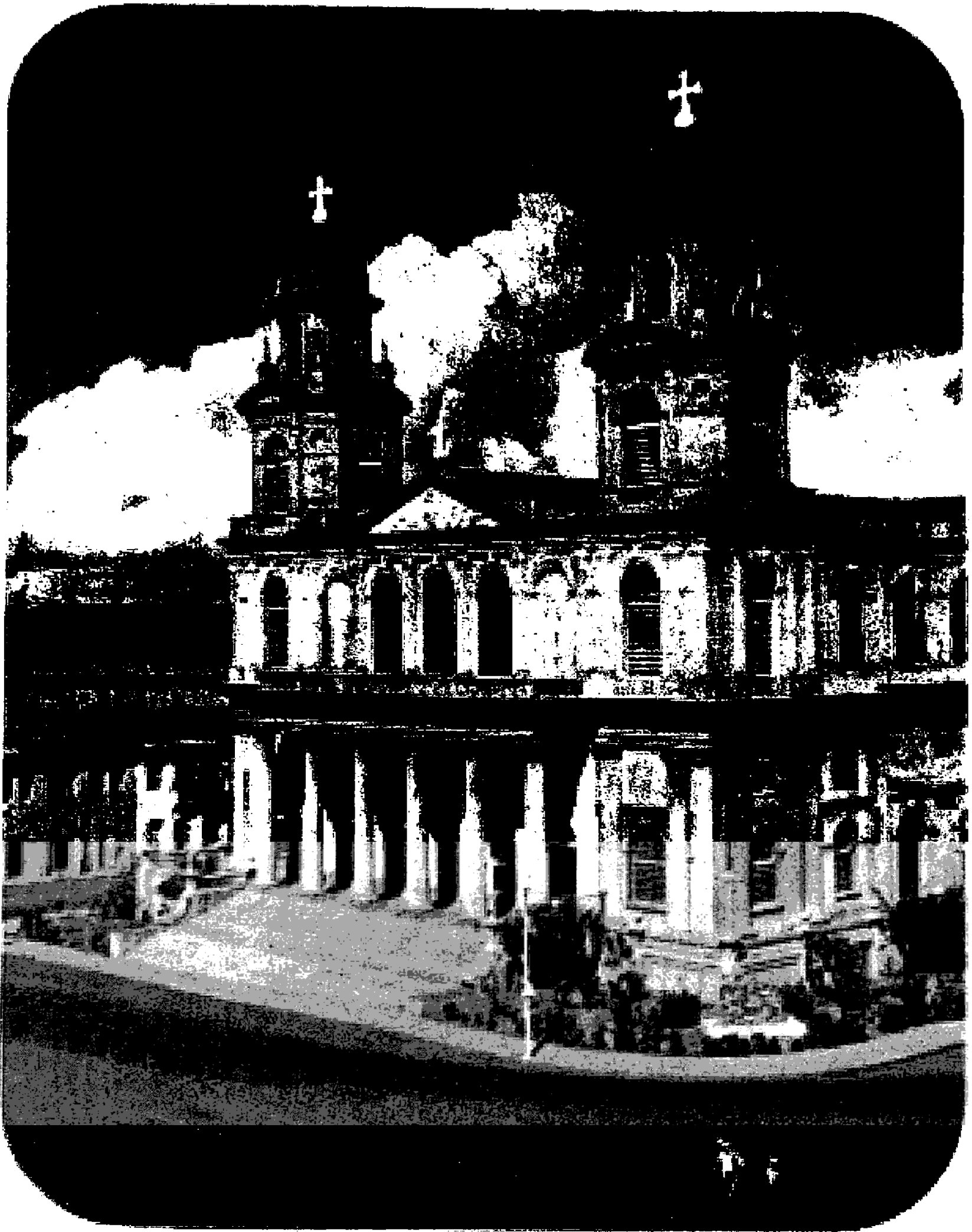
Entonces Aldo, reconocido desde jovencito como luchador antisomocista, ya se había formado profesionalmente en México y emprendía vida de estudio y trabajo en El Salvador, manteniendo sus ideales intransigentes. A raíz del 79 se desempeñó con rotundo éxito en el servicio exterior y, desde 1990, se fue aproximando cada vez más al conocimiento y al cultivo de la historia como ciencia auxiliar de sus investigaciones de analista político nacional e internacional. No es necesario enumerar sus obras, que no son pocas, excepto la de largo aliento e inédita *Historia de los pactos políticos en Nicaragua* y la que obtuvo el Premio Nacional de Historia “Tomás Ayón”, 2001: *El Congreso Anfictiónico /Visión bolivariana de la América anteriormente española* (Managua, Banco Central de Nicaragua, 2002). Tampoco cabe citar las ediciones que, no sin personal gusto gráfico, ha ejecutado de Gámez, Selser, Toynbee, Stimson y Salvatierra (con ésta, sobre la Guerra Nacional, fui severamente crítico).

Lo que debo destacar más es su creación maestra: la tertulia a la que concurrimos —al margen de filiaciones, credos y grados de riqueza— para pasar un sábado feliz, disfrutando del humor, informándonos del acontecer histórico y creyendo aún en la amistad, “*generosa como alta, sombreante /capilla de frescor y descanso*”, de acuerdo con un poeta que yo me sé.

[Tomado de *La Prensa Literaria*, 7 de octubre, 2006]

VII.

**MANAGUA Y SUS
DOS CATEDRALES**



Catedral de Managua [c: 1962]. A la izquierda la colonia Lugo y las aguas del lago. De valioso artesón —según el crítico de arte Leopoldo Castedo— “mantiene las líneas convencionales de un Neoclásico de cemento”. Foto tomada de una revista centroamericana sin título, facilitada a JEA por César Martínez en Santiago de Chile.

LA VIEJA CATEDRAL DE MANAGUA

Por Jorge Eduardo Arellano

LA arquidiócesis de Managua fue creada el 2 de diciembre de 1913. Pero su catedral comenzó a construirse hasta en 1928, ocupando el mismo sitio —el lado Este de la plaza del pueblo colonial, elevado a villa el 2 de marzo de 1819, a ciudad el 24 de julio de 1846 y a capital el 13 de febrero de 1852— de la vieja y pequeña parroquia. Esta, que se remontaba a finales del siglo XVIII, debió ser demolida.

Quienes la diseñaron fueron los arquitectos A. Masure y A. Van Gaver, pertenecientes a “Les Ateliers Metallurgiques S.A.” de Bélgica, compañía que ejecutó los trabajos, dirigidos por el ingeniero belga Pablo Dambach. El peso de su armazón de hierro fue de 850,000 kilos, la altura de las torres 41.50 metros, el largo y el ancho totales, respectivamente, de 70 y 50 metros; y la superficie cubierta de 3,500 metros cuadrados. Sumaron sus costos 89,094.55 dólares americanos y casi todos sus materiales se importaron de Europa, vía Panamá.

El terremoto del 31 de marzo de 1931 sometió a prueba su armazón de hierro, ya concluido hacia 1933, de acuerdo con una fotografía aérea de Adán F. Díaz. Entonces ni siquiera las torres (la del norte consagrada a San Pedro y la del sur a San Pablo) se habían erigido. El edificio se concluyó poco antes de su inauguración en 1938. El arzobispo José Antonio Lezcano y Ortega (10-IV-1865/6-I-1952) —quien desde 1925 había adoptado el lema para llevarla a feliz término: “¡Dios lo quiere!”— la consagró el 25 de julio de 1946.

Un esqueleto metálico —de variados tipos doble T y C— constituía su estructura general, incluyendo el techo. Los muros eran de piedra volcánica y cemento, el piso de las cinco naves de mosaico rojo, los altares de mármol, las puertas de madera y las ventanas altas superiores: vitrales. Las cubiertas eran láminas onduladas de zinc. Los elementos decorativos exteriores e interiores, como los plafones y ángeles, fueron ejecutados por el escultor español José Sabater.

De estilo neoclásico, tardío en relación al europeo, se advierte “La superposición del toscano, dórico, jónico y, finalmente, corintio de las torres, caracterizadas a través de columnas y pilastras, así como las trazados geométricas generales del diseño de las fachadas”, según la arquitecta nicaragüense Silvia Ortega Rosales. Más escueto resulta el español Leopoldo Castedo: “En Managua, la Catedral, de valioso arte-són, mantiene las líneas convencionales de un Neoclásico de cemento”.

Su frontis lo remata la imagen de Cristo Rey alzando la cruz con los brazos abiertos. A sus pies, dentro del tercer cuerpo triangular, se halla en altorrelieve la figura del apóstol Santiago, montado y blandiendo la espada contra los moros. En la parte alta de los costados norte, sur y oeste destacan —también en altorrelieve— los emblemas de la Iglesia y las imágenes de San Miguel Arcángel, la Purísima Concepción y Santo Toribio de Magroviejo. En la parte baja se levantan, dentro de sus correspondientes hornacinas, cuatro estatuas elaboradas por el escultor granadino Jorge Navas Cordonero (1874-1968). Dos hornacinas se encuentran vacías. Una era ocupada por la estatua del conquistador Francisco Hernández de Córdoba, trasladada a León Viejo por el licenciado Clemente Guido durante su administración cultural. Las otras ruinosas representan a Cristóbal Colón, a Isabel la Católica, a fray Bartolomé de las Casas y a fray Margil de Jesús.

El terremoto del 23 de diciembre de 1972 no la derrumbó. El ingeniero Armando Hernández, funcionario del Ministerio de Reconstrucción, impidió que se demoliera en 1973. Desde entonces fue víctima del vandalismo y el abandono. Pero en los años 90, tras una intervención en el techo, la nave central de usó para eventos culturales y sociales.

Expertos aseguran que el edificio es perfectamente recuperable. Sometida a los efectos de la intemperie, la estructura metálica no demuestra un nivel de corrosión que pueda preocupar. A la vieja catedral de Managua se le puede tratar todavía a la altura de su dignidad como monumento y retornarle su uso socio-cultural definitivo. No en vano fue escenario de mucha historia contemporánea del país. Y por algo forma parte de la identidad perdida de los “managuas”. Rehabilitarla es mucho más que una obligación ciudadana. Sería una reivindicación del actual gobierno y de alta rentabilidad política, como también un ejemplo de solidaridad con la Iglesia y de rescate histórico de la memoria del pueblo.

GUÍA DE LA CATEDRAL MÁS NUEVA DE AMÉRICA

Por Pablo Antonio Cuadra

PARA participar con la fe en el más sagrado de los misterios del mundo —el acercamiento del hombre a lo Incognoscible, la comunión del hombre con Dios— se elevó este gran templo que signa la frente de un país cristiano. Todos sus materiales y todas sus estructuras son reales pero también son símbolos. Cristo asume el universo: el visible y el invisible.

La torre de treinta y seis metros de estatura es cemento y hierro elevando hacia el cielo, como una flecha, la fe del nicaragüense —fe que lo mantiene erguido en la historia y lo hace superar, por el poder de su Esperanza, las abundantes desgracias y catástrofes de la naturaleza. Ese cemento y hierro se vuelven a levantar —por el empeño y tesón de un obispo, de su Clero y su pueblo— después que un terremoto desolador abatió la ciudad y sus templos.

Pero la torre y su alta estructura también simbolizan al Ángel de nuestra Iglesia, nos recuerda la frase del Apocalipsis: “El que tenga oídos que oiga lo que el espíritu dice a las iglesias”. Nos recuerda también el mandato del Rey a sus mensajeros en el Evangelio: “Sal a los caminos y poblados e impele a cuantos halles”.

Las campanas dan sonido a su convocatoria: es el llamado a los cielos y a la tierra, al pueblo cristiano y lo acompañan en sus alegrías y en sus dolores; son los mismos de la vieja catedral: Trinidad, Miguel, Jacoba, Concepción, Carmen, Socorro, Guadalupe y Fátima. Las 8 fueron consagradas el 15 de agosto de 1959 por el Arzobispo Alejandro González y Robleto.

I. La nave

El templo y su más teológica realización: la Catedral fue designada —escribe Robert G. Anderson en su libro *Biografía de una Cate-*

dral— “como un lugar de cita de Dios con el hombre y de éste con Dios”. Hemos llegado a este lugar sagrado al que desearon llegar todos los hombres de nuestra historia que meditaron sobre su destino y escucharon alguna vez los profundos anhelos de su espíritu. Desde las primeras manifestaciones del hombre de América lo vemos erigir montículos de piedra, altares, alturas, consagradas pirámides, porque todavía en las sobras de la ignorancia religiosa el hombre intuye la existencia de Dios y busca ese lugar de cita con su Creador.

Muchos de nuestros antepasados indios, como el poeta Netzahualcoyotl o el mítico héroe cultural Quetzalcoatl, se acercaron a la luz de Dios único. Fueron los presagios de la gran conversión. Luego de la gesta del Descubrimiento y Encuentro de Dos Mundos —cuestionada por los abusos que la acompañaron, pero de un incalculable valor humano en sus resultados— llegó a nosotros con un signo oceánico. Cristo llegó a América —decía un poeta— andando otra vez sobre las aguas. Y nació una nueva América que se incorporó a la Historia Universal convirtiéndose a la fe en Cristo en una empresa de evangelización continental que no tiene paralelo en la historia de las religiones.

El lugar de la cita de América con su Dios tuvo así una hermosa apariencia de nave.

II. El nombre

Pero esta gran nave católica, esta Catedral, es la más nueva de América. Después de los naufragios a que nos ha sometido una geología inestable y trágica, Managua vuelve a construir su arca para cruzar la historia hacia la Eternidad. Como en el evangelio del Lago de Cafarnaún, la nave lleva a Cristo con nosotros y lleva también un nombre grato a Cristo: *Catedral Metropolitana de la Purísima Concepción*. Es nuestra primera catedral dedicada a “La Purísima”; un templo que brota de las entrañas del fervor popular.

III. La brújula de la nave

Lo primero que sorprende al mirar en su conjunto el imponente edificio es que nuestra nueva Catedral es una de las pocas en Améri-

ca que no está orientada de Occidente hacia Oriente, sino de Sur a Norte. Desde la más remota antigüedad el hombre dirigió su rostro, al orar, hacia Oriente. La palabra "orientación" nos dice cómo prevalecía la influencia solar en las direcciones humanas. Las primeras comunidades cristianas de Asi —y luego las de todo Occidente— mantuvieron esta tradición porque Oriente señala la tierra patria de Cristo.

Pero en la Catedral de Managua, la orientación no la da el astro Rey, ni la geografía, ni la historia, sino el Altar donde Cristo desciende para su cita con el hombre, donde se renueva su sacrificio redentor y se predica su palabra. "El diseño del templo —dice su arquitecto— mantiene desde todos sus ángulos la importancia y la concentración de la atención en el altar."

En la América nueva, Oriente y Occidente se han fusionado y, entre las dos corrientes culturales, Cristo nos da la brújula de la Cruz que marca el Norte. Cristo es nuestro Norte y la tarea de América —correspondiendo a su conversión portentosa y a su bautismo continental— es evangelizar esas culturas que forman su identidad, devolviendo al hombre la conciencia de su destino trascendente y los valores que constituyen su dignidad de hijo de Dios.

IV. El techo: un monumento a la unidad

Otra intrigante originalidad que ofrece la nueva Catedral es, en su techumbre, la asamblea barroca de pequeñas cúpulas-linternas escalonadas que contrastan —en un juego o ritmo tropical de curvas— con el predominio de la línea recta y de las formas sobrias y estilizadas del resto del edificio.

Es verdad que la cúpula-linterna es un elemento que tiene amplia tradición en las catedrales de América, pero en el techo de la Catedral Metropolitana de Managua, como un múltiplo de los números bíblicos 7x9, vemos sesenta y tres cúpulas con linternas que vienen a ser la representación simbólica de todas las iglesias de la diócesis, en un nuevo concepto de comunidad eclesial, pero con la autoridad sobresaliente de la cúpula central, igual en tamaño pero sobresaliendo en el centro, simbolizando el Obispo como sucesor de los Apóstoles y supremo responsable de la unidad católica de esa Iglesia; unidad

que fue —junto con la invención de la Eucaristía— la recomendación más insistente de Cristo antes de su Pasión. “Separados de Mí no podéis hacer nada. El que permanece en Mí y yo en él, ese da mucho fruto”.

La Catedral —vista por fuera— es una inmensa estatua de las Iglesias unidas en la solidaridad y hermandad de un solo espíritu y bajo el cayado de un solo pastor. Para la historia, ese monumento de hierro y cemento es también un documento de la gran lucha de este último medio siglo en que Nicaragua vio azotada y probada su unidad católica por la persecución y el exilio, pero fue fiel.

V. La piedra angular: el altar

En el espíritu que debe regir la estructura de una Catedral, su exterior debe completar y corresponder al interior. Si afuera vemos una asamblea reunida alrededor de una autoridad que une, adentro, todo el templo nos explica a qué se debe y cuál es la fuente y la causa de esa solidaridad eclesial. En realidad, como dice su mismo arquitecto: “El diseño del interior de la Catedral mantiene la importancia y la concentración de la atención en el altar”. El altar es el motivo y el eje de todo es vasto edificio. Su piedra angular.

Dice el arquitecto Legorreta: “La planta cuadrada y las proporciones de distancia entre el altar y los feligreses pretende dar la solemnidad que una Catedral requiere sin caer en el monumentalismo. Así, pues, se buscó una escala adecuada creando un espacio en que el ser humano se sienta bien, en paz y con alegría ya sea que esté solo, en grupos pequeños o en una multitudinaria celebración. Las ventanas, celosías y colores han sido diseñados y escogidos para lograr un ambiente y una iluminación llenos de espiritualidad, humanismo y alegría”.

Los colores son los que el pueblo usa en sus fiestas folklóricas. Pero los colores combinan con grandes lienzos de pared y columnas de concreto armado que se han dejado en su acabado y apariencia naturales. Esto lo explica el arquitecto alabando el arte casi escultórico con que el albañil nicaragüense le da su última textura al cemento: “El acabado del concreto armado y su apariencia natural responden no sólo al diseño antisísmico, si no a la imagen de un pueblo valiente,

fuerte y religioso, que muestra el valor del trabajo de las manos humanas y lo prefiere a las tecnologías extranjeras, mostrando el necesario humanismo que hace tanta falta en nuestros tiempos”. Y agrega: “La huella humana y la fuerza nicaragüense están presentes en cada rincón de la catedral”.

VI. Las dos puertas

Sin embargo, para llegar a ese punto clave de la Catedral hay una doble entrada: física y espiritual. Ambas entradas están en el costado sur. Y así vemos en el centro de la gran puerta de entrada de seis metros de alto que nos ofrece –grabada en relieve– con la mayor simplicidad y majestad, una Cruz, el signo del Gran Rey, el signo que contiene en síntesis todo el credo del cristianismo.

La Cruz es la puerta y la llave de la puerta.

Pero a la derecha, en el mismo costado sur, hay otra puerta por donde se penetra en espíritu y en verdad a la Iglesia de Cristo: es el domo del baptisterio, impresionante por su austeridad. Una gran roca de mármol nicaragüense, con una pequeña pileta cavada y pulida en su cima, recoge el agua para los bautismos.

Managua ha caído muchas veces, por la obra de los años o por golpes de la naturaleza. Pero es aquí, en este sacramento del agua, que su cristianismo renace y se multiplica de generación en generación.

VII. El sancta sanctorum

Al entrar al templo y pasar la gran puerta de madera, se abre ante nosotros un impresionante espacio de 9.5 metros de alto, 35 de ancho y 45 de largo, apoyado en cuatro columnas centrales que significan los cuatro evangelistas y que tiene una novedosa estructura en cruz. Las cúpulas escalonadas, que miramos desde afuera en sorprendente juego de curvas, se han convertido adentro en 63 linternas de luz solar. El sol se vuelve luz de fe.

Con esa luz difuminada, propia para el recogimiento y la oración, vemos y sentimos que todas las líneas y ángulos de ese solemne espacio nos llevan al Norte místico de la Iglesia, que es el Altar.

Aunque una de las innovaciones más radicales que trajo el cristia-

nismo fue la de no ligar el culto a determinados lugares —como entonces eran los montes considerados santos, ciertos sitios selváticos o el mismo templo de Jerusalén— en cada Iglesia hay un sitio que es el corazón del culto: el Altar y en el altar el Ara. Completa la sacralidad del sitio, el púlpito que es la Cátedra, el lugar de la Palabra, la revelación de la Palabra.

La Iglesia Católica —como tesorera de dos testamentos— fundió la idea del Antiguo Testamento como piedra del sacrificio o *ara* (donde se ofrecían víctimas al Altísimo), con la Mesa de la Cena que reproducía aquella última reunión (donde el Amor en despedida hizo para siempre el milagro de la transustanciación del pan en el cuerpo de Cristo y del vino en su sangre redentora). Dos mil años de fe se nutren de este Sacramento.

En nuestra nueva Catedral, el sacerdote y sus celebrantes suben tres pequeñas gradas para llegar al Altar —*Introibo ab altare Dei*, decía el salmo antiguo— y las tres gradas simbolizan la Fe, la Esperanza y la Caridad.

El altar es un semicírculo en que se unen las dos ideas: altar y mesa. Mientras a la derecha, un púlpito de líneas nuevas ofrece sitio para la lectura del Evangelio y la predicación de la palabra de vida. Hay otro sitio simétrico a la izquierda para dar avisos eclesiales. Antaño era el sitio de la Epístola y ambos púlpitos evocaban a Pedro y Pablo.

La preeminencia del altar, como en el Calvario, nos muestra a su diestra sobre un sencillo y sobrio pedestal la imagen de María, la Corredentora y patrona de la nueva Catedral. La Purísima.

En referencia al Altar, sólo nos resta señalar el hermoso ábside que respalda, cubre y enmarca, este sitio sagrado. Es una cúpula cortada en semicírculo, en cuya base doce siales, también en semicírculo —significando a los doce apóstoles— dan asiento a los celebrantes, y a sus diáconos o acólitos durante la celebración de la Santa Misa y de otros oficios litúrgicos.

VIII. La capilla del Santísimo

Otras relaciones simbólicas de nuestra catedral con los puntos cardinales se nos ofrecen en el costado oriental (ángulo norte), en la

capilla de la misa diaria —llamada también Capilla del Sacramento o del Santísimo— donde un ventanal de veintiocho celosías triangulares recoge y orienta la luz hacia el Sagrario. Allí también, una gran Cruz de Luz, recortada en la pared del fondo, señala el rumbo y el credo de nuestra Iglesia Católica. “La capilla de la misa diario —nos dice su arquitecto Ricardo Legorreta— está hecha a una escala, dimensiones e iluminación necesarias para que se logre un ambiente de intimidad en la diaria celebración eucarística”.

Otra relación con Oriente es la de los confesionarios —en el silencio de sus arcos— símbolos del arrepentimiento y la penitencia, necesarios para que brille en el hombre el sol de justicia.

IX. La sangre de Cristo

Si nos volvemos al costado oeste —en dirección del Poniente— se nos ofrece una de las partes arquitectónicas más logradas de la Catedral Metropolitana: su capilla de veneración de la Sangre de Cristo.

Un ancho arco —propio para grandes peregrinaciones— es el pasaje de color rojo, como quien llega al ocaso, que nos introduce a una perfecta cúpula, también roja, tachonada de luces como un cielo estrellado. La cúpula cubre e ilumina la más venerada imagen del pueblo capitalino: el Señor Crucificado que sus devotos llaman con un nombre que es una de las exclamaciones de su fe: ¡la Sangre de Cristo!

Siete gradas redondas sirven de peña a la Cruz. Es Cristo en la tarde. En su última tarde.

X. Epílogo en el atrio

Dice el arquitecto: “La intensa vegetación en el atrio o diamante no sólo da la escala correcta a la construcción, sino que sirve de marco al espacio interior, creando un clima de frescura y representando la magnífica vegetación del país”.

Esta idea de llenar de árboles el atrio y de crear un gran palmar en la amplia explanada que lo rodea es novedosa y, en el momento actual del mundo, amenazado en su ecología, es una proclamación cristiana de cómo la filial relación del hombre con Dios produce como natural efecto su armoniosa relación con el hombre y con la naturale-

za.

Visto desde lejos el gran templo —con su asamblea de cúpulas y su alta torre erguida— luce austero, humano, con la sobriedad del nicaragüense y su religiosidad alegre. Rodeado de árboles y palmeras surge equidistante de una gran rotonda que expresa el movimiento acelerado de la vida ciudadana, y de un volcán con su laguna —el único volcán urbano del mundo— que nos recuerda la peligrosa naturaleza que sirve de escenario a la vida del nicaragüense. Entre la agitación del mundo y la agitación de la tierra, la Catedral levanta confiada su tienda para que los peregrinos de la historia, como reza la salve: “los desterrados hijos de Eva”, encuentren a su sombra la esperanza, alimenten su caridad y fortalezcan su fe, para llegar victoriosos a la meta.

El nuevo templo metropolitano abre un siglo nuevo, un nuevo milenio, y es un reto para la cultura y el arte de las nuevas generaciones.



Catedral Metropolitana de Managua. Foto tomada de *Memoria / 100 años en la vida de Managua*. Alcaldía de Managua, julio 2000.

VIII.
DOCUMENTOS
BÁSICOS

necesaria pido a la Divina Majestad
 que prospere y goce de sus muchos
 años - Managua, a 5 de Mayo de 1756 años -
 D. M. de H. su mejor servidor -
 En esta misma fecha inadvertidamente pa-
 reció un cuaderuco pequeño de ciertos
 datos que don Cristóbal Sanchez indio
 notario, escribano y receptor de tributos
 tubo con su hermano de obra un año y un
 día se hallaría una autentica copia
 y pronunciada por don Jose Joaquin
 siendo Gobernador el anterior de
 ciertos sugetos y dos en contra de si-
 cho Jacinto, el que a la vista de
 persona presente lo mal que se ha
 llevado y probado con estos notaria-
 les en que por las razones tanto se
 queja de dicho Jacinto; y en vista
 de esto le da el Sr. el título que le
 convenga vale = Juan Bautista Ar-
 meny = Enmendado = pr = si =
 es = hi = go = tiro = tis = este = actus =
 so = dicho = Jose = Ho = niador = plei-
 to = vale = Entre buenos dicho = ya de-
 punto = dia = del = vale = Entre paren-
 tes = del dicho sitio = 3 = han = Fran-
 cisco = en dicha = trabajos = en = go-
 velle = Enmendado = habidos = vale =
 Es conforme = Managua octubre seis
 años de mil ochocientos setenta y
 nueve = Agui = un = sello que dice

Manuscrito del certificado de inscripción
 de los títulos de tierras de Managua (1928)

MANAGUA

Informe del Obispo Agustín Morel de Santa Cruz al Rey de España (1751)

Su situación es de lo más alegre y deleitable que puede contemplarse: tiene a las orillas una laguna que a la primera vista parece el mar. La latitud de ella consta de siete leguas, corre de Norte a Sur, su longitud de veintidós, contadas desde el volcán de Momotombo que cae al Oeste, hasta el paso de Tipitapa, que mira al Este. Aquí se recogen sus aguas que forman como un río, cuyo ancho es de un tiro de piedra y su fondo en algunas partes navegable, en otro admite vado y aún se seca. Por este canal que termina en un alto muy elevado conocido por el Salto, se precipitan y desaguan en otra laguna mucho más dilatada y capaz: llámase de Nicaragua o Granada; sobre las leguas de que la componen no hay cosa cierta: unos aseguran que es de sesenta de largo y cuarenta de ancho; otros se restringen a cincuenta y a treinta: la misma opinión se versa a lo tocante a las isletas que abriga en su seno: todos no obstante conspiran en que las isletas son muchas, que la mayor es Ometepe, que a la reserva de éstas se hallan despobladas; y finalmente que la laguna justamente merece ser colocada en el catálogo de las más celebres del universo: el fondo de ella y el de la de Managua es arenoso y se extiende hasta 15 o 16 brazas; no están sujetas a crecientes ni menguantes, pero sí a tormenta; ésta comienza a explicarse con la misma agitación y estruendo que las del mar.

La calma, sin embargo, por lo ordinario no tarda mucho en hacerla en cesar, las más gruesas se parecen a la de Granada: trafícanla en barcos de vela y remo; y algunos con sus tripulaciones, suelen quedar sepultados en sus olas, tales desgracias no se experimentan en las de Managua; la causa es que la navegación de ella se hace en cayucos; son tan reducidos que un hombre solo puede ocuparlos, y así no se

alejan; de las aguas de ambas son dulces, gruesas y potables; abundan finalmente de peces aunque muy pequeños y poco gustosos. Los naturales de Managua defienden como regalía propia el ejercicio de la pesca en las riberas de su pueblo: en las cercanías de éste hay otras seis redondas, pequeñas y distantes entre sí, y la más capaz ocupará una legua, las dos son salobres y las cuatro de agua dulce y gruesa; gástanlas sin embargo los comarcanos por no haber otras de que proveerse: el clima es cálido, seco y saludable: los vientos que vienen de la laguna refrigeran un poco; el medio día y la primera noche cesan y entonces se sienten como vapores de fuego que fatigan en extremo; prodúcelos el mencionado volcán de Momotombo situados cuatro leguas a la parte Norte.

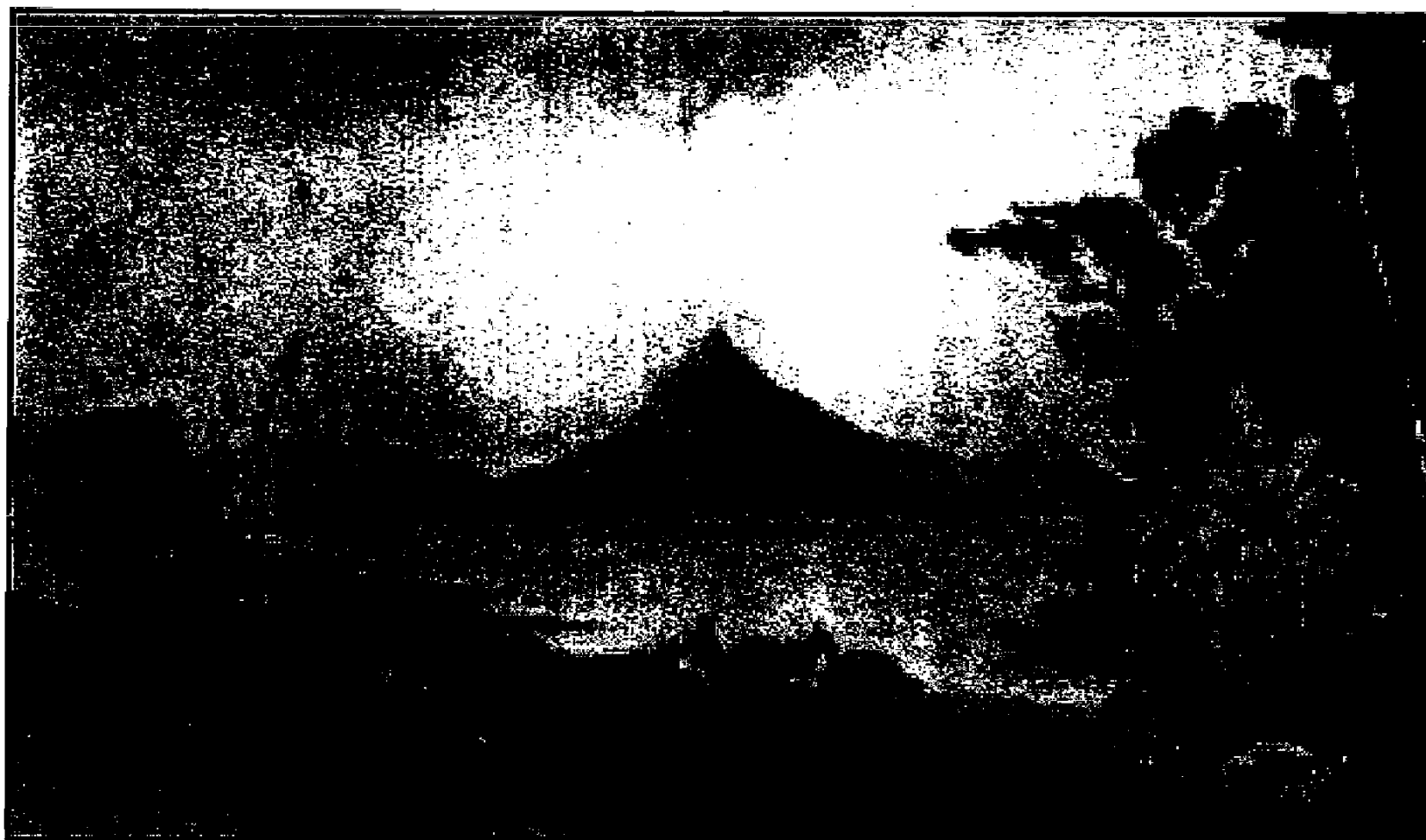
La parroquia estará como a una cuadra de la playa; es mediana, de tres naves, sobre horcones, de adobes y tejas: tiene por titular a Santiago; una sacristía reducida, y el cementerio cercado de tapia; carece de torre: las campanas están pendientes de cuatro horcones con su techo de paja; hay cuatro altares con retablo y frontales dorados, ornamentos pocos y viejos. Las iglesias de Veracruz, San Miguel, San Mateo y San Sebastián, háyanse repartidas por el pueblo y son de la misma fábrica de la parroquial; ésta es administrada por dos curas, cuya renta total partible importará sin el servicio personal y ración mil doscientos pesos.

La población comienza desde las márgenes de la laguna y corre sobre un llano perfectamente unido, aunque en parte con algunas manchas de monte pequeño y claro; tiene su cabildo de adobes y tejas de setenta varas de largo con cinco piezas. Hay también tres parciales. Las casas de tejas son nueve y las otras cogerán media legua; fuera de esta hay cuarenta y seis de la misma especie de otras tantas haciendas de ganado mayor y trapiches que se numeran en el territorio, cuya longitud consta de catorce leguas y su latitud de cinco y media. Setecientas cincuenta y dos familias; cuatro mil cuatrocientas diez personas de todas las edades, así de ladinos como de indios, éstos pagan de tributo anual mil doscientos pesos. El juez a prevención nombrados por los Alcaldes de Granada atiende las causas de españoles, mestizos y mulatos; y como Teniente de Gobernador es

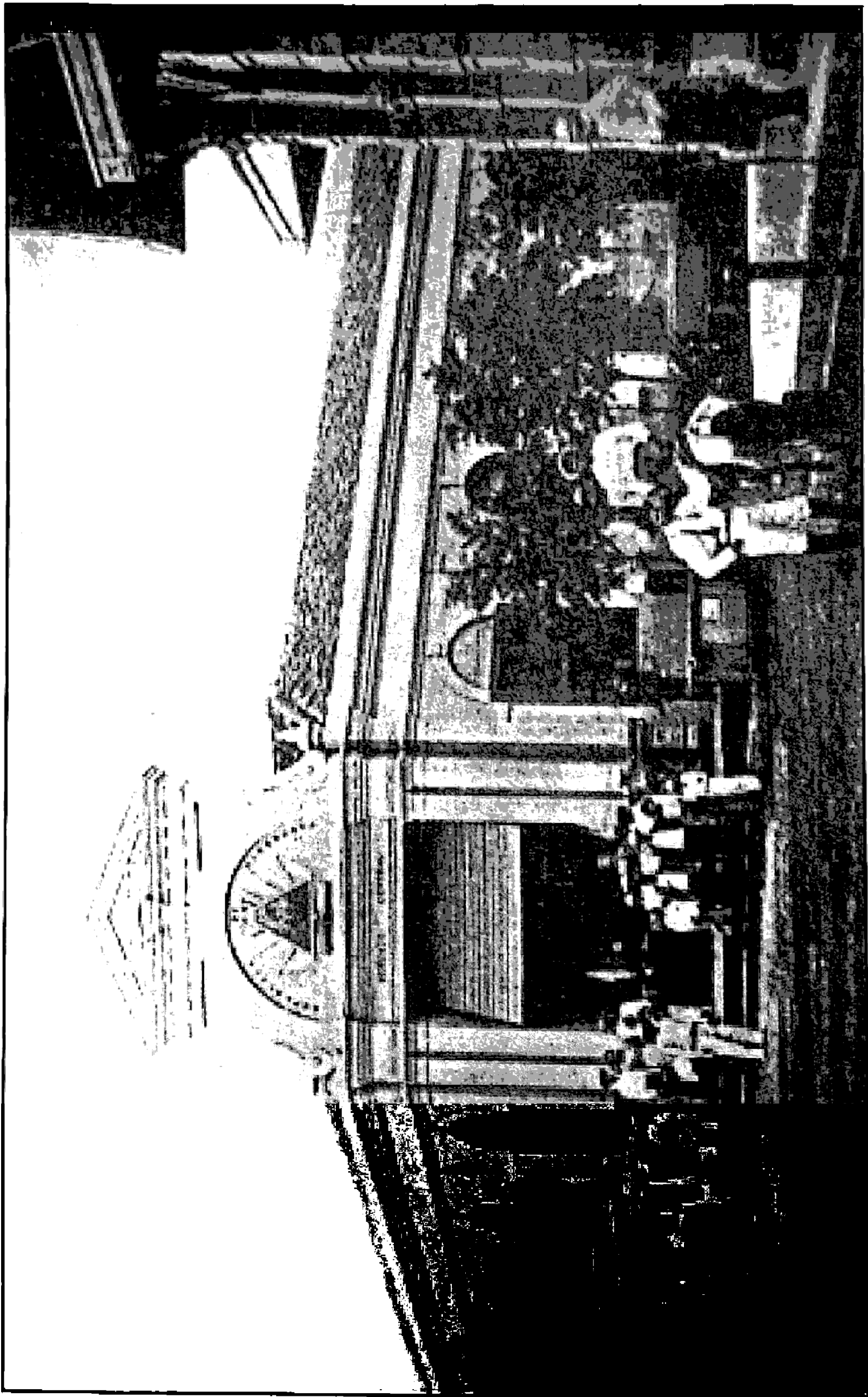
superior de los tres Alcaldes y manda a los naturales.

Hay finalmente tres compañías, la una de españoles montados, y las dos de mestizos y mulatos, todos con sus respectivos oficiales y trescientos setenta y dos soldados.

Seis días me mantuve en este pueblo: prediqué otros tantos sermones y hubo una procesión en que irían más de dos mil personas. Las confesiones y comuniones fueron muchas y los confirmados dos mil quinientos diez. Concluida en suma mi visita, marché hacia Mateare.



El lago de Managua, el Momotombo y el Momotombito. Dibujo de James McDonough, tomado del libro de E. G. Squier: *Nicaragua; its people, scenary, monuments* (1852).



Mercado Central (1898), destruido por el sismo de 1931. Fotografía de Falcinelli Graziosi.

RATIFICACIÓN DE LOS LÍMITES COLONIALES DE MANAGUA (1810)

EN el pueblo de Managua, en diez días del mes de marzo de 1810. En cumplimiento del mandato de Su Señoría el señor Gobernador e Intendente don José Salvador y auto anterior, acompañado de los testigos de asistencia, de los Alcaldes, Regidores, y demás principales, salí de este pueblo para el de Matiare, y habiendo llegado a un camino que separa de ese, así a mano derecha a el Norte: reconocimos los mojones de las comunidades, que llaman *Telpaneca* y *Galpancinta*, las cuales lindan con las tierras del sitio del Potrero que fue de Juan García de Ojeda y queda otro sitio al Oriente. De los mojones de esas comunidades y ese pueblo tomamos a el Sur, hasta salir al mismo camino real, en donde hayamos una cruz que era el signo que dividía la jurisdicción de este pueblo con el de Matiare y en ese paraje hicimos poner una *base piramidal*, de un alto más que regular, y tomando a el mismo rumbo del Sur en línea recta llegamos a enfrentar a una serranía alta y montuosa y a una sabana llamada por los indios *Chancua*, hice fijar otro mojón de basa, con lo que quedó hecho el primero ángulo y arreglándome a las medidas antiguas les hice conocer por suyas todas las sierras o serranías. Prosiguiendo la medida comenzada salí con el mismo acompañamiento y testigos, hacia el Sudeste, camino que va de este pueblo al de Masaya, y habiéndonos desviado hacia el Sur, conocimos la medida antigua, donde terminan sus comunidades los indios de *Masagalpa*, que es donde termina la sierra o montaña o cerro, llamado *Ticuantepe*, en cuya falda o pie, en una sabana, hice fijar, una base o mojón, con tamaño regular, y de ese pasaje tomamos al Este hasta llegar al camino llamado de *Malpais*, en donde quedó fijada otra basa de piedra fina, y de ese paraje seguimos a la orilla del arroyo o *Quebrada Honda*, hasta salir al camino *Real* de Masaya, en cuyo paraje se sembró otra basa por

mojón, en figura piramidal y de cuadratura, y de ese lugar seguimos en vía recta hasta el camino que va de Managua, a la villa de *Tipitapa*, en donde se puso otra base mediana y siguiendo a el Norte, llegamos a la Laguna, a un lugar llamado *Posesión de las Cruces*, y efectivamente hallamos vestigios de cruces y una muy completa de madera y poco más arriba me dijeron, que el río llamado *Mocoane* o de *Los Sábalos*, era el mojón que dividía sus tierras con las del Trapiche Antigua, del Capitán Main de Ordeñana, y después llamado de Almendarez, en cuyo paraje mandé poder otra basa para mejor demostración; con lo cual se concluyó y quedamos contentos, asegurándome que aquellas eran sus tierras y mojones, según la tradición de sus antepasados y los títulos que acreditan la donación de tierras hechas al pueblo de Managua por Real Cédula del año 1640.

PLAN DE ARBITRIOS PARA EL AYUNTAMIENTO DE MANAGUA (1814)

(Sello de
Fern. VII)

(Un quartillo,
(Sello quarto, un quartillo,
(Años de mil ochocientos y
(once y mil ochocientos y doce.)

Real Sala Capitular del Cabildo de Managua, Febrero Veinte y ocho de Mil Ochocientos Catorce. Habiéndose Reunido el Vecindario en este día según se acordó en la anterior Sesión, se les mostró por los Señores de este Ayuntamiento el Plan de utilidades que se pretende establecer con el fondo público de que trata, cuyo proyecto es el siguiente:

1°. Examinar a los oficiales de todos oficios: dar títulos de Maestros públicos a los de mejores circunstancias, darles por uno, o dos años de cuenta del fondo la habilitación posible bajo las seguridades, y demás condiciones necesarias. Reducir a los demás oficiales a las oficinas de estas con detallado jornal, y arreglar todos los oficios en términos que el vecindario ni ellos reciban perjuicio, y si la realidad de que los vecinos no padezcan demora, o pérdida en sus obras, como se experimenta en los oficiales sean defraudados en los precios de sus obras.

2°. Formar matrícula de todos los Labradores, y a los de buenas circunstancias, habilitarlos, a proporción de cuenta del fondo bajo las condiciones y seguridades regulares, con calidad de que si las cosechas se perdieren totalmente por esterilidad del año, u otras epidemias irremediabiles se les volverá a habilitar para refaccionarlos si hubiesen abundantes cosechas y por esto no pudiesen expender sus frutos, se les recibirán a los precios ínfimos acostumbrados hasta la cantidad que adeuden para expenderlos de cuenta del fondo.

3°. Se formará otra matrícula de los comerciantes con distinción de la especie de comercio y cantidades con que giran y respectivamente se habilitarán a proporción del fondo por un año o dos, bajo las seguridades y condiciones justas a fin de aumentar su giro.

4°. Para evitar la exportación de dinero de este pueblo a otros de la Provincia, por los curtidos y obras de cabulla y pita, se hará, de cuenta del fondo, un acopio de pita y cabulla, y se traerán maestros farazanes que la trabajen, y enseñen esta manufactura, y que así mismo se haga un acopio de cueros, pues son tan baratos que no pasan de dos reales y se establezca una curtiembre a las orillas de la Launa, tanto para que los zapateros compren aquí mismo, y a menos precio los curtidos, como para traer maestros silleros que las trabajen, y enseñen a trabajar esta manufactura.

5°. De cuenta del mismo fondo y bajo las condiciones, y responsabilidades debidas, se habilitarán los que tengan solar, y no tengan casa, para que la hagan con calidad de redituar la cantidad por el tiempo que no la puedan devolver al fondo.

6°. Tendrá el vecindario la utilidad de no ser molestado para composiciones de calles, reparo de caminos y otras exacciones que para obras seguras públicas, se les hacia, pues habiendo fondo competente para costearlas, quedaron exentos de esos servicios.

7°. Todo aquel que descubriese una nueva invención que cuesta utilidad al público, o una nueva industria de comercio, se premiará con franquearle del mismo fondo la habilitación que necesite, y pueda sufrir este por el tiempo que la necesite, sin rédito, ni otro interés que el de compensarle el trabajo de su discurso, y fomentar y establecer la nueva invención útil o la nueva industria de comercio.

8°. Se costeará de este fondo una buena Escuela de primeras letras, y otra de Gramática, bajo las más eficaces y estrechas reglas en que la juventud recibirá sin particular expendio de sus padres las primeras y necesarias luces, de que principalmente pende la felicidad de los Pueblos. Y últimamente en cualesquiera otra contribución que forzosamente deba exigirse a los Pueblos tendrá este el beneficio: de que habiendo fondo, éste lo soporte sin particular molestia de los vecinos, y sustentantes.

E impuesta del Plan de utilidades, se les hizo saber lo necesario, que es el fondo para verificarlo, y que para su formación sea presentado por algunos vecinos como consta de sus contestaciones los Arbitrios siguientes.

Que se ponga un impuesto de medio real a cada carga de las que pasen por las fuentes y dos reales, a cada carreta para componerlas bien, y que entre al fondo lo sobrante. Que al que se coja ebrio, a más de la pena aflictiva, se le multe en ocho reales para el fondo. Que se les imponga un real de sisa a cada marrano de los que se matan diariamente. Que a todos los que soliciten solares, se les den contribuyendo una parte proporcionada a beneficio del fondo. Que se imponga el uno por mil a cada uno de los puentes para algún tiempo, hasta darle cuerpo al fondo. Que a todos los que se cojan con armas prohibidas, esté o no riñendo con ellas por sólo el delito de traerlas, se les exija un peso de multa. Que a los que hospedaren forasteros sin dar parte a la justicia, como está mandado, ocho reales de multa. Que se imponga un derecho sobre la Gallera a beneficio del fondo. Que se imponga igual derecho a los trucos y billares. Que a todos los empleados públicos que gozan sueldos contribuyan con alguna parte anual a beneficio del fondo. Que para los días de la Santa Cruz, se hagan chinamitos en la Plaza para alquilarlos de cuenta del fondo, o se subaste la Plaza como en San Miguel u otras partes. Que los réditos que los ladinos pagan a los indios por las tierras, entren a este fondo, supuesto que ellos también han de ser beneficiados de él. Que todas las pulperías contribuyan con algo al fondo cada mes. Que a todos los forasteros comerciantes se imponga alguna contribución por tercio, o por cargo. Que todo labrador de maíz contribuya con algo de su cosecha a beneficio del fondo. Que los que no limpien sus solares al tiempo debido, se multen con ocho reales.

Aplaudido por el vecindario presente el Plan de utilidades, y haciéndoseles oír los Arbitrios que en sustancia van relacionados acordaron en el mismo acto el siguiente. Que se forme un corral para encerrar los ganados que vienen de comercio, pagando medio real por cada res, para que los comerciantes de este efecto, tengan este seguro asilo. Se hacinen en parte los hurtos de ganado, y el fondo

tenga este ingreso, el cual fue admitido por parecer útil.

Así mismo impugnaron el Artículo 1º. 4º. 13 y 15 de los Arbitrios relacionados: el primero porque no lo estimaron justo, sino en cuanto importa la composición de este paso: el cuarto porque habrá pobres que no puedan contribuir por su solar y debía ser general esta exacción: el trece porque sería necesario reducir las pulperías a un número, y se privará a los demás de este beneficio corto, y cuasi general en este pueblo; y el quince porque a los labradores antes se deben premiar y fomentar y no gravar haciendo otros arbitrios a que recurrir. En este estado y concepto: el Ayuntamiento hizo ver al vecindario otros arbitrios que él se propone a más de los que han parecido bien, suponiendo el ingreso de estos, y los establecidos y fue de esta manera.

REGULACIÓN DE ARBITRIOS, con las condiciones necesarias. Que se empadronen, no las personas, sino las casas, y sus dueños con expresión de las facultades que poseen, familia que sostienen, y demás pensiones, y que a este respecto se les detalle mensualmente y por el tiempo necesario una contribución desde cuatro reales a los más pudientes, hasta medio real los pobres o jornaleros. Que regulándose mil casas, por quedar excluidas las de los miserables y regulando unas con otras a real, conceptúa el Ayuntamiento el ingreso de ciento veinte y cinco pesos mensuales y el de un mil quinientos anuales, y bajo este pie dice que de este empadronamiento, se ingresan anual lo menos un mil pesos y sobre todo hace la cuenta que sigue:

Produce el empadronamiento	1,000
Multas accidentales a los vicios	0,050
Gallos, Trucos y otros accidentes	0,050
Réditos de las tierras	0,100
Sisas del Ganado y Marranos	<u>0,400</u>
Total más o menos	1,600

Y quedando el vecindario prevenido de que con estos Arbitrios se establecerá un fondo que anualmente ingresa de uno a dos mil pesos, con que únicamente se puede dar el lleno debido al Plan de utilidades, dijeron: Que les parecía todo bueno, y justo, y que se remitiese como está mandado para su aprobación, en cuyo estado dijeron los seño-

res, que se dé por conclusa esta Acta, y que continuación del expediente formado se ponga certificación de ellos y todo lo dirija el señor Alcalde primero a la Diputación Provincial por conducto del Señor Jefe Político Superior. Así lo acordaron, y firmaron doy fe. —Antonio Benito Medrano. —Francisco Solís. —Pedro Huete. —Clemente Silva. —Juan Gatica. José Luis Rivas, Secretario. —Certifico ser copia fiel de la Acta celebrada en este día a presencia de todo el vecindario constante desde el folio siete al nueve, del libro de Actas, ya citado, que custodio en mi oficio. —Secretaría de Cabildo de Managua, Febrero Veinte y ocho de mil ochocientos catorce. —Soy Luis Rivas, Secretario. Diputación Provincial y Abril quince de mil ochocientos catorce.

Visto el Plan de Arbitrios con que da cuenta el Ayuntamiento Constitucional de Managua con calidad de por ahora, y de darse cuenta a Su Majestad para su aprobación: adáptanse y ejecútense los Arbitrios propuesto en él exceptuándose el primero, que sólo tendrá efecto mientras se realiza la composición del mal paso de las fuentes y se saca el dinero que se impenda en su compostura y el cuarto, octavo, doce y quince, que no detallándose en el noveno y trece la cuota que deben pagar los trucos, billares y pulperías, se señale la de ocho reales mensuales los primeros, y la de cuatro las segundas, entendiéndose por tales las tiendas, casas o puestos en que se revenden comestibles, con tal que no bajen de ocho, o diez artículos, sin necesidad de reducirlas a número, ni lugares por ser contrario a la franquicia y libertad que deben gozar los españoles; que sobre el duodécimo, informe el Ayuntamiento documentadamente, y con citación y Audiencia de los indios. Y que sobre el octavo el Señor Presidente de esta Diputación, en el concepto de Intendente, provea el establecimiento de gallera a favor de la Hacienda Pública a que pertenece este ramo, comunicándose al Ayuntamiento, e igualmente que en el manejo e inversión de estos fondos sagrados debe observarse el Reglamento y Leyes de la materia, y dése cuenta a su Majestad por conducto del Señor Jefe Político Superior. —Gual. Arechavala. —Chamorro. —Galarza. —Licenciado Aguilar, Secretario.

Concuerda con su original a que me remito de donde lo hice sacar

en virtud del Decreto precedente. León y Abril treinta de Mil ochocientos catorce. —Licdo. Juan Franco. Aguilar, Secretario.

Nota: Con esta fecha pasó oficio el Intendente a los Ministros Principales de Hacienda pública con inserción de lo concerniente al establecimiento de la gallera, para que adapten las diligencias convenientes sobre el particular. León de Nicaragua, siete de Mayo de mil ochocientos catorce. —Juan Bautista Gual.



Managua vista por McDonough (1849). Dibujo tomado del libro de E. G. Squier: *Nicaragua; its people, scenary, monuments* (1852).

REAL CÉDULA POR LA CUAL SE CONCEDE A MANAGUA EL TÍTULO DE VILLA CON EL DICTADO DE LEAL (1819)

DON FERNANDO SÉPTIMO por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas de Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, Conde de Absburgo, de Flandes, del Tirol y de Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina. Por cuanto teniendo en consideración la fidelidad y lealtad inalterable que ha conservado a mi Real Persona el Pueblo de Managua en el Reyno de Guatemala, sin embargo de las tentativas y embates de los facciosos; y de estar rodeado de pueblos insurreccionados, su numeroso vecindario de más de once mil almas, y ventajas que sobre las otras poblaciones ha adquirido en industria, comercio y agricultura, por resolución a consulta de mi Consejo de las Indias, de veinte de octubre de mil ochocientos diez y ocho, he venido a conceder el título de Villa con el dictado de Leal; la constitución de su Ayuntamiento, y exención del gravamen de la cantidad que por cada vecino debe pagarse con arreglo al último Arancel de gracias al sacar.

Por tanto, por el presente mi Real Título, quiero y es mi voluntad, que desde ahora en adelante, y para siempre, el referido Pueblo sea, se titule y llame la **LEAL VILLA DE MANAGUA**, y que goce de las preeminencias que puede y debe gozar, y que asimismo sus vecinos tengan todos los privilegios, franquicias, gracias, inmunidades y prerrogativas de que gozan y deben gozar todos los otros de semejantes Villas de estos y aquellos mis Reynos, y que se pueda poner y ponga

este Título, en todas las escrituras, autos, instrumentos y lugares públicos, y que así llamen los Señores Reyes que me subsedieren, a quienes encargo la amporen y favorezcan y la guarden y hagan todas las honras, gracias, mercedes y privilegios de que como tal le pertenecen. En cuya consecuencia mando a los Infantes, Prelados, Duques, Marqueses, Condes, ricos hombres, Prioros de las Ordenes, Comendadores y Subcomendadores, Alcaydes de los Castillos, casas fuertes y llanas, ya los de mi Consejo, Virreyes, Presidentes, Regentes y Oydores de mis Reales Audiencias, y Chancillerías; a los Alcaldes y Alguaciles de mi Casa y Corte y Chancillería, y a todos los Consejos, Correxidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes Mayores, y Ordinarios, Alguaciles, Merinos, Prevostes, Veinticuatro, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos, y a las demás personas de cualquier estado, condición, preeminencia o dignidad que sean, y a todos mis vasallos, súbditos y naturales, así a los que ahora son como en los que en adelante fueren, y a todas las Ciudades, Villas y Lugares de estos mis Reynos y Señoríos, y de los de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, a quienes esta mi Carta, o su traslado signado de escribano público fuere mostrado, que llamen o intitulen perpetuamente así por escrito como de palabras, y hagan llamar o intitular al mencionado Pueblo, Villa Leal de Managua, y que la hayan y tengan por tal, guardándola y haciéndola que la guarden todas la honras, gracias, mercedes, franquicias, libertades, excepciones, preeminencias, inmunidades y prerrogativas, y las demás cosas que por razón de ser Villa debe haber y gozar y la deben ser guardadas sin limitación alguna como que aquí fueren expresadas porque mi Voluntad es que desde ahora en adelante perpetuamente las goce y tenga como queda referido, bien y cumplidamente, sin poner ni permite se ponga impedimento alguno, sino que antes bien, todas las mencionadas justicias lo hagan guardar como si en particular fuera dirigido a cualquiera de ellas, a quien fueron mostrado y pedido su cumplimiento. Y manda a esta nueva Villa que debe componerse de Alcaldes Ordinarios, Regidores y demás oficios de la República, estableciéndolos, eligiéndolos, y nombrándolos bajo las mismas reglas que previenen las Leyes de Indias, y se eligen y nombran la de las

otras Villas de aquellos mis Reynos, forme sus Ordenanzas y sus Estatutos para el Gobierno político y económico de ella, y que luego que estén formados los remita el enunciado mi Consejo para su examen y aprobación por ser así mi Voluntad. Y que de este mi Real Título se tome razón en las contadurías generales de la distribución de mi Real Hacienda, en la de Indias y las demás partes donde conven- ga.

Dado en el Palacio a veinticuatro de marzo de mil ochocientos diez y nueve. YO EL REY.



Managua a principios del siglo XIX.

Dibujo tomado de *Revista Conservadora*, n.º 7, febrero, 1961.

EXTENSIÓN DEL DISTRITO DE MANAGUA

(Pertenece al Departamento Oriental)

EL Distrito de Managua se extiende desde Mateare hasta la hacienda de Belén, inmediata a Juigalpa en el Distrito de Chontales, ocupando la jurisdicción de Tipitapa, parte de las lagunas de Managua y Granada, la extensión del terreno que hay desde el río en que aquella desagua, hasta frente a la isla La Pelona en la Laguna de Granada al Oriente de esta ciudad, puede ser de 12 a 15 leguas, desde Tipitapa; y de aquí hasta donde termina la jurisdicción de este pueblo otras 15.

(*Ojo del Pueblo*, Granada, enero 27 de 1844).



MANAGUA ELEVADA A CIUDAD

EL Senador Director del Estado de Nicaragua a sus habitantes:

Por cuanto la Asamblea Legislativa ha decretado lo siguiente:

El Senado y la Cámara de Representantes del Estado de Nicaragua, constituidos en Asamblea:

DECRETAN

Artículo 1) La Villa de Santiago de Managua se eleva al rango de ciudad con la denominación de Santiago de Managua.

Artículo 2) El Gobierno hará que se publique este decreto con la mayor solemnidad en esta capital.

Dado en Managua a 24 de Julio de 1846. —N. Ramírez, S.P. Pedro Aguirre, S.S. Al Poder Ejecutivo. Salón de la Cámara de RR. Santiago de Managua, 24 de Julio de 1846. Justo Abaunza, R.P. Juan B. Sacasa, R.S.J. Estanislao González, R.S.

MANAGUA DECLARADA CAPITAL DE LA REPÚBLICA

EL Senador Director del Estado de Nicaragua, teniendo presente que la permanencia del Gobierno en esta ciudad [Granada] ha sido por el triste acontecimiento del 4 de agosto de 1851 y mientras las circunstancias de entonces han desaparecido junto con la facción asaltada en el cuartel de León, y considerando que la Ciudad de Santiago de Managua es el lugar de residencia ordinaria del Gobierno, en uso de sus facultades:

DECRETA

Artículo 1) El Poder Ejecutivo del Estado se traslada desde el 9 del corriente a la ciudad de Santiago de Managua como punto de su residencia.

Artículo 2) El señor Ministro General es encargado del cumplimiento del presente decreto y de su publicación y circulación.

Dado en Granada, a 5 de febrero de 1852.
Fulgencio Vega.

XI.

**ANUNCIOS PUBLICITARIOS
DE NICARAGUA EN LA GUÍA
DE FALCINELLI GRAZIOSI
(1898)**



La Botica Internacional del doctor Lembke y la oficina del señor Wallace.



El Gran Hotel

GRAN HOTEL

MANAGUA (Nicaragua)

JOSÉ LUPONE

PROPIETARIO

Cable - LUPONE: Usa A. B. C. code V. A. J.

Único hotel de primer orden en la Capital con todo el confortable que se requiere.

Este magnífico Hotel elegante-
mente amueblado, tiene habitaciones
cómodas y bien ventiladas.

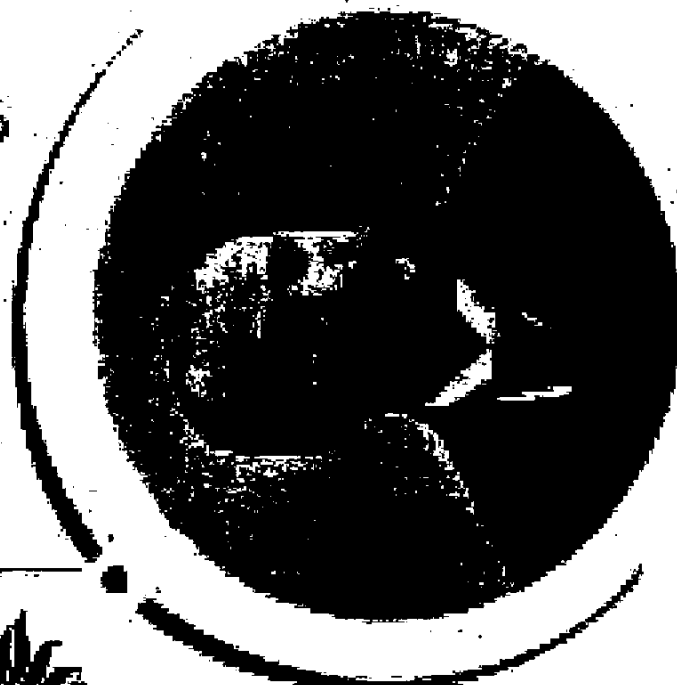
BALÓN PARA 300 CUBIERTOS

Gran Cantina

estilo Americano

Se habla Inglés,
Francés, Alemán é Italiano.

Successor Hotel Washington.



Importer & Exporter

**General Commission
& Forwarding Agent**

Representation

of American & European houses

Arthur O. Miller

Collection

Consignments solicited

Cable Address:

"Wallace, Managua" - A. B. C. Code

Managua, Nicaragua, Central America

**DEUTSCHE APOTHEKE
PHARMACIE FRANÇAISE
ENGLISH DISPENSARY
AMERICAN PHARMACY**

Gustavo C. Lembke

MANAGUA
...y Farmacia
...Internacional

**Primera Farmacia Alemana
establecida en NICARAGUA**

hace 26 años.

Gran Almacén de Drogas, Medicinas, Perfumería

**Único depósito de especialidades francesas, inglesas, americanas
y de productos químicos de las casas más acreditadas en ALEMANIA**

**El Establecimiento más grande
de CENTRO-AMÉRICA**

**Montado con toda perfección
que es posible obtener
en el ramo de**

Droguería, Farmacia y Perfumería

*En dicho ramo que lleva labores de preparación, selección y análisis rigurosos
realiza análisis químicos y farmacológicos de precisión en Alemania.*

*Las casas FLEURY & VOÛL, LEBLOND & cie. en París, las de G. J. B. y G. en
Lyon, de J. B. en Ginebra, de J. B. en Suiza, de J. B. en Londres, de J. B. en
Viena, de J. B. en Praga, de J. B. en Viena, de J. B. en Viena, de J. B. en Viena.*

*Viene todo preparado a la medida de las necesidades de las casas de
farmacia y de las casas de comercio de las ciudades de Centro-América.
Hoy día el punto más avanzado de la ciencia química es en la síntesis de
compuestos orgánicos sintéticos que imitan los productos naturales.*

Dr. Gustavo C. Lembke

RE & ROSSI

Cable Rossire

Exportadores

Café, cueros, pieles, hule, etc., etc.

Importadores y Comisionistas

Exclusivos de el Agreemento

S. ^{ta} ROSA

El único premiado con el más alto premio en la Exposición de Guatemala de 1897

— MEDALLA DE PLATA —

— MANAGUA, NICARAGUA - C. A.

Exportador

de café, cuero, hule, etc., etc.

Compra y vende

giros sobre el exterior.

— MANAGUA (Nicaragua)

LA OFICINA ARCTICA

Importador - Exportador

Comisionista



IMPORTO:

Telas en todo estilo,
Provisiones, y cualquier artículo
de uso en Nicaragua.

EXPORTO:

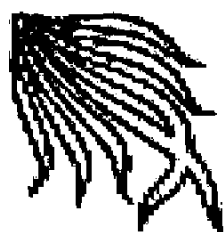
Café, Oro, Hule, etc.

Comisionista para arreglar
negocios pendientes y hacer cobros, etc.



JORGE DREYFUS

LEÓN - MANAGUA - GRANADA
(NICARAGUA)



Paris

410, Rue de la Victoire

CASA FUNDADA EN 1865.

GRAN depósito de Mercancías de toda
clase renovado por cada vapor.



- Importación directa
- Exportación de Café
- hule, cacao,
- y otros productos del país
- Compra y venta
- de otros bancos
- sobre todas las más
- importantes plazas comerciales
- de Europa y América



CENTRAL MAGAZIN

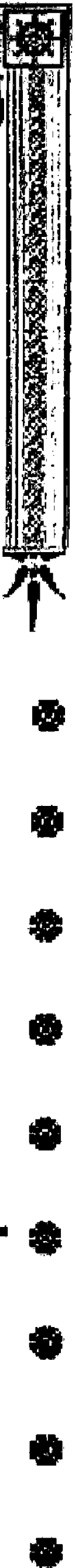
✻ CASA IMPORTADORA Y EXPORTADORA ✻

MANAGUA (Nicaragua)



El establecimiento más surtido y elegante de la Capital siendo su especialidad en artículos de lujo y fantasía.

Se halla situado frente al Mercado Central y lo dirige su propietaria D.^a Camila de Gamez, quien tiene también la firma de su esposo Don José D. Gamez.



Dr. ERNESTO ROTHSCUH

MANAGUA (NICARAGUA)

CENTRO AMÉRICA.

Importación y Exportación
de MEDICINAS y DRUGAS

ROTHSCUH

Farmacia Alemana

Se reciben Muestras y Catálogos



Cable Address: MORTISAC
H. B. C. Code used

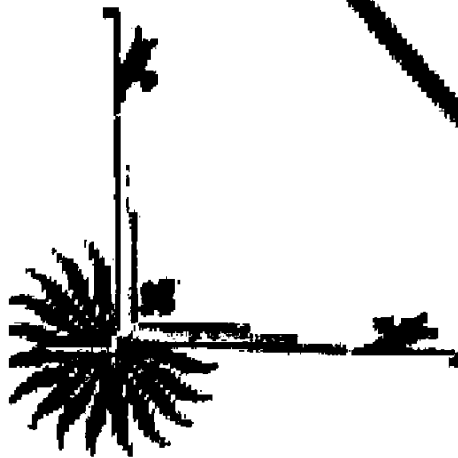


MORRIS HAYDEN Y C.

Casa Importadora y Exportadora
de Mercancías
de toda clase

LEON Y MARIESTA
REPUBLICA DE NICARAGUA

Compra y venta
de giros bancarios
sobre todas las plazas
comerciales de Europa
y America



X.

**FOTOGRAFÍAS DE MANAGUA
EN LA COLECCIÓN
THOMPSON (1928-1931)**

PRESENTACIÓN

EL estadounidense James Reuel Thompson (1895-1965), mientras servía como farmacólogo de segunda clase en el Batallón del *United States Marine Corps* (diciembre, 1929-26 de junio, 1930), tomó centenares de fotografías. Una, la de la Calle del Comercio de Matagalpa, fue difundida en el tomo LVI, julio, 2003, p. 216 de la *RAGHN* y otras tantas de Managua en el LIX, julio, 2004, pp. 90-92.

Ahora las reproducimos de nuevo en este número monográfico con dos más del Palacio Nacional: antes y después del terremoto de 1931, tomadas por un colega, a quien Thompson solicitó los negativos /JEA.



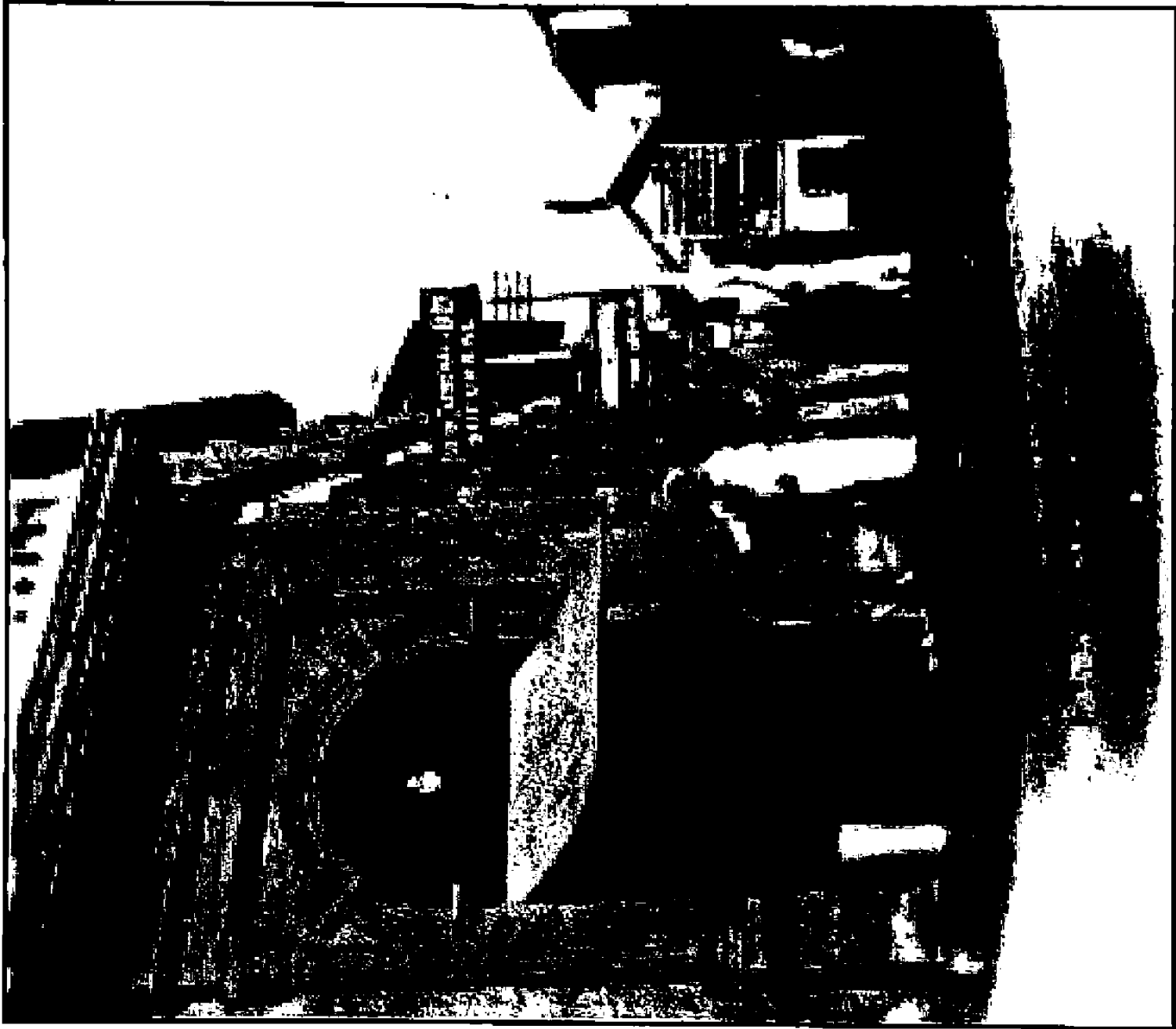
Marinos en el Parque Infantil,
rebautizado a partir de 1933 "Parque Darío"



Maestras con paraguas y escolares
frente a la residencia de Francisco Siero [1929]



Club de Pesca. Managua [1929]



Marinos e Infante de Marina posando en la acera del almacén de don Julio Cardenal, Managua; nótese la puerta esquinera y achaflanada [1929].



Edificio del Palacio de Justicia (o Corte Suprema); obsérvese las estatuas de estuco en el balcón principal. Managua [1930].



Arriba, Palacio Nacional, Managua [1929]. Abajo, el mismo edificio destruido por el terremoto de marzo, 1931.



Calle de Managua. Vivienda de taquezal a la izquierda y casas agrietadas a la derecha. Al fondo, humo del incendio desatado por el sismo [1931].



Calle de Managua. Casas destruidas por el terremoto de marzo de 1931.

XI.
EL XOLOTLÁN



**Managua vista desde el lago (1930).
Fotografía de Thompson.**

EL LAGO DE MANAGUA **(Historia, Geografía y Geología)**

Por Jaime Íncer

ENTRE los rasgos geográficos más destacados del mapa de Nicaragua figuran sus dos grandes lagos. Los llamamos “grandes” en relación a la extensión del istmo centroamericano —y se podría afirmar de Latinoamérica—, ya que el Lago de Nicaragua, de 8,300 km², es el depósito de agua dulce más extenso en esta región del continente, salvo quizás el Titicaca, pues cubre aproximadamente un 8% de la superficie del país. Ningún otro lago en el mundo existe de extensión comparable y con relación al área del país donde se encuentra.

La relevancia geográfica e histórica del Gran Lago de Nicaragua ha restado importancia al lago de Managua, ocho veces menos extenso que su compañero; aún así, éste es poseedor de una superficie mayor que la de los restantes lagos centroamericanos juntos.

Su nombre aborígen

El lago de Managua fue llamado por los aborígenes Xolotlán, en alusión a Xolotl, hermano gemelo del mítico Quetzalcóatl, cuyo nombre fue a su vez corrupto en Cocibolca, según aparece por primera vez en los escritos de los cronistas españoles del tiempo de la conquista. Tales denominaciones recuerdan la estrecha relación entre ambos, ya que no obstante haber sido el Cocibolca “descubierto” por Gil González en 1523, y el Xolotlán por Hernández de Córdoba en el año siguiente, subsistió por algunos años la duda de si ambos conformaba un solo cuerpo, en vista de encontrarse conectados por el corto río Tipitapa. Poco después, los primeros colonos lograron diferenciar la “laguna de León” de la “laguna de Granada”, ambas así nombradas inicialmente en consideración a las dos poblaciones que los españoles fundaron en sus orillas.

Por otra parte, la existencia de Managua, como centro habitado, se remonta posiblemente a los tiempos de Acahualinca, hace —según las más recientes estimaciones— unos 6,600 años, o quizás antes, ya que el lago proveía de agua dulce a los primitivos pobladores, cazadores y recolectores, que vivían en su contorno. Managua, casualmente, llegó a llamarse con ese nombre muchos siglos después, el cual en lengua náhuatl significa “rodeada de estanques”, en alusión al lago y las varias lagunas que se encuentran en su vecindad.

Su extinta, rica y abundante pesca

Además de proveer agua, el lago Xolotlán era famoso por su rica y abundante pesca, incluyendo entre ésta a los lagartos. Mateare, Managua y Tipitapa fueron inicialmente villas indígenas de pescadores, carácter que conservaron hasta finales del siglo XIX.

Al respecto —escribía el obispo misionero Morel de Santa Cruz— quien visitó la población en 1752, “*su situación es lo más alegre y deleitable que puede contemplarse; tiene a las orilla una laguna que a primera vista parece mar. Los naturales de Managua defienden como regalía propia el ejercicio de la pesca en las riberas de su pueblo*”. Los viajeros en el siguiente siglo, como John Stephens, Ephraim Squier y Bedford Pim, también elogiaron la belleza del lago y su riqueza pesquera.

El lago de Managua se encuentra a 39 metros sobre el nivel del mar, unos 9 metros arriba de su vecino el lago de Nicaragua, con el que se comunica por medio del río Tipitapa, a través de un recorrido de unos 30 km, en el cual se intercala la laguna o “Charco” de Tisma, un explayamiento del río.

La falla de Cofradías

Geológicamente hablando, ambos lagos se encuentran en el fondo de una depresión tectónica y es posible que en su inicio hayan conformado una sola masa de agua. Sin embargo, el bloque que hoy contiene al lago de Managua está levantado y separado del lago de Nicaragua por la falla de Cofradías, cuya más visible expresión es el “salto” de Tipitapa y las inmediatas aguas termales que por la fractura escapan.

Este levantamiento ha contribuido durante miles de años a fraccionar el antiguo lago en dos partes desiguales, quedando como remanente intermedio el río Tipitapa. En la actualidad el “río” está desconectado del lago de Managua; aguas abajo más bien se comporta como un ancho “estero” del lago de Nicaragua. Excepcionalmente, en los años de grandes huracanes y temporales, cuando la superficie del Xolotlán sobrepasa el nivel de los 41 metros, sus aguas se desbordan sobre el antiguo cauce del Tipitapa y “corren,” restableciéndose así una comunicación temporal entre ambos lagos. Este fue el caso en 1933, 1954, 1982 y, últimamente, en 1998, a causa de las lluvias intensas desatadas por el huracán Mitch.

La falla de Cofradías es geológicamente activa y responsable del terremoto de 1844, que sacudió fuertemente el lecho del río.

A este respecto, el valle de Managua, que se extiende desde la escarpa de Mateare hasta Tipitapa, se encuentra surcado por varas fallas sísmicas (responsables de los terremotos que afectaron la ciudad en 1931 y 1972), las cuales corren paralelas y en dirección suroeste-noreste, debajo del suelo del valle y del lago inmediato. En el medio millón —o quizá un millón de años— desde la formación de la depresión lacustre, este sistema de fallas ha deformado el contorno del lago de Managua, al extremo que hoy sus riberas presentan algunos entrantes (bahías de Momotombo, Miraflores, San Antonio y San Francisco del Carnicero) y salientes (penínsulas de Chiltepe y Panamí o Punta Huete), caso que no ha sucedido con el lago de Nicaragua, que posee una definida figura ovalada, sin irregularidades costeras.

El carácter volcánico es evidente alrededor del lago de Managua, tal como lo delatan las lagunas-cráteres y hoyadas que existen en las inmediaciones de la ciudad: Apoyeque, Jiloá, Asososca, Nejapa, Ticomo, Tiscapa; los apagados conos de Motastepe, Las Piedrecitas, Mirafior, etc., cuya actividad ígnea cesó pocos miles de años atrás. La laguna de Apoyeque, por ejemplo, ocupa el cráter del volcán Chiltepe, que explotó hace unos 4,000 años y lanzó gran cantidad de pómez sobre los actuales municipios de Mateare y Nagarote. La isla Momotombito —llamada Cocobolo por los aborígenes— es también un cono truncado y extinto, que se levanta unos 300 metros

sobre el nivel de las aguas del lago, en cuya orilla occidental se alza imponente el volcán Momotombo.

Profundidad y extensión

El lago de Managua es poco profundo. Su máxima hondura (28 metros) se encuentra cerca de Momotombito. Por esa razón, los vientos que soplan sobre su superficie, al agitar continuamente las aguas, mantienen en suspensión los sedimentos terrígenos depositados en el lago por las corrientes, confiriendo al agua su peculiar color marrón.

La superficie del lago mide aproximadamente 1,100 km². Oscila estacionalmente, subiendo de nivel a lo largo de la época lluviosa y bajándolo al término de la estación seca. Curiosamente, estas fluctuaciones son causadas principalmente por la evaporación de sus aguas, que es muy fuerte en los meses de verano debido a los alisios que soplan sobre su superficie sin obstáculos, al extremo que el lago evapora tanta agua durante esta estación como la que aportan las lluvias, escorrentías e infiltración subterránea.

Por otro lado, la erosión de los suelos, arrastrados por las corrientes que descienden de las vecinas Sierras de Managua, causa una fuerte sedimentación en el fondo lacustre, disminuyendo año con año su capacidad de captación. Siendo un lago endorreico, sometido a una fuerte evaporación y sedimentación, sus aguas se irán reduciendo, hasta desaparecer por completo, en el transcurso de los próximos siglos o milenios.

“El mayor basurero subacuático del istmo centroamericano”

Para agravar la situación, actual causante de la “enfermedad” del Lago de Managua, desde 1928 la ciudad ha vertido sus aguas servidas a través de cloacas que desembocan en el lago. Se estima que unos 100 millones de galones de aguas negras contaminan actualmente el lago de Managua, sin contar el incontable aporte de basuras y residuos sólidos que, depositados en los cauces de la ciudad, van a parar al lago cada vez que por ellos circulan las aguas pluviales de la ciudad y del campo inmediato.

Actualmente se están construyendo pilas sépticas para disminuir la contaminación bacteriológica en el lago, pero esto es sólo el comienzo de una larga lucha, que debe complementarse con la reforestación y el manejo integral de la cuenca erosionada en todo sus contornos, además de proyectos municipales de recolección y reciclaje de basuras, control de efluentes industriales y, principalmente, educación ambiental, porque son los mismos habitantes de la ciudad de Managua los que más contribuyen a mantener el lago como el mayor basurero subacuático del istmo centroamericano.

Solamente hay dos países en el mundo cuyas ciudades capitales le han dado las espaldas al escenario panorámico de los lagos que tienen en sus pies: Kampala en Uganda con su lago Victoria, y Managua en Nicaragua, con el lago Xolotlán.



Momotombo, Momotombito y lago de Managua.
Foto de Jaime Íncer.

CRONOLOGÍA DEL XOLOTLÁN

Por Alberto Vogl Baldizón

1921

YO conocí el Lago de Managua este año. El vado recto por el río Tipitapa no se podía usar, aunque se decía que en los tiempos de la Batalla de San Jacinto fue posible vadearlo. Todo tráfico se hacía por el puente de hierro.

1923

Un fortísimo aluvión desgajado de las Sierras de Managua sobre Los Brasiles socavó los terraplenes de los rieles del Ferrocarril entre Asososca y Los Brasiles. Se construyó una nueva línea férrea a lo largo de la costa del lago, abandonando la Estación de Asososca y abriendo la de Miraflores.

1925

Copiosas lluvias durante el invierno hicieron subir el nivel del lago. Se inundó la nueva línea férrea costera y tuvo que construirse otra bastante más alta.

1927

El nivel del lago bajaba. Frente al histórico Espino Negro de Tipitapa aún corría el agua. Siempre se usaba el puente de hierro.

1929

Los escasos inviernos hacían bajar siempre más el nivel del lago. Se pavimentó la Avenida Bolívar y se echó la primera cloaca al lago.

Aquí recuerdo un exabrupto del general Moncada:

Paro mi carro ante la Avenida Bolívar esperando que acabaran de rodar unos grandes tubos de concreto para aguas negras y el carro

de Moncada se paró a mi lado. Nos conocíamos, le saludé y le pregunté si al tubo de aguas negras le harían un estanco de oxidación. “¿Para qué?”, contestó, “todo va a engordar pescados”.

“¿Y si la gente siente inquina a los pescados?” inquirí. Con una de sus acostumbradas salidas de tono me calló:

“El que se come un nacatamal, no pregunta lo que ha comido el chanco”.

Se acabaron las saludables y alegres zambullidas de grandes y chicos en el lago.

1931

A consecuencia de inviernos pobres, había bajado el nivel del lago, al extremo que no corría agua por el Río Tipitapa. Las carreteras leñateras de Chiltepe que abastecían a la Planta Eléctrica, el Ferrocarril y la Aguadora con leña, podían rodar por el lecho del lago evitando charcos hasta Acahualinca.

Sucedió el terremoto del 31 de marzo. Este año, el invierno entró con fuerza inusitada. Cayeron más de dos metros de lluvia. Creció el Río Tipitapa. Tuvo que usarse otra vez el puente de hierro.

1932

Otro invierno más copioso que el anterior. El agua del lago inundó los rieles de la Estación del Ferrocarril en Managua. La turbulenta corriente de agua del Río Tipitapa pasaba a escasos centímetros debajo del puente; también crecieron las aguas del Lago de Nicaragua, y en la laguna de Masaya el agua cubrió los tres pisos de chalet que Moncada se había hecho construir en la costa frente a la bajada de Venecia.

1940

El enorme desagüe hizo bajar el nivel del lago hasta hacer posible el vado del Río Tipitapa en el verano. Una caída fluvial de 75 centímetros (36") reponía la evaporación durante los meses del verano. Se podía calcular que el nivel del lago subía un metro por cada 20 centímetros más de caída de lluvia anual, pero también bajaba un

metro por cada 15 centímetros menos de lluvia.

Del Río Tipitapa sólo quedaba un pequeño flujo mantenido por las fuentes, en gran parte termales, que brotaban en el cauce. Se instaló una atajía y se hizo un relleno de cascajo por el vado.

1944

Con la Carretera Panamericana se construyó una calzada pavimentada, dejando la misma atajía.

1950: Por los escasos inviernos, el lago siguió bajando. En el bajadero de la Aguadora, llamado después de los Bomberos y luego de la Asunción, quedó un vasto playón, donde las olas depositaban las suciedades con sus malos olores. Ni los zopilotes se arrimaban. Los “zopes” no comen excrementos. El alcalde Andrés Murillo mandó construir un muro aun dentro del agua para detener la suciedad. Este Malecón protegió a un lindo parque que fue provisto de bancas de cemento y sembrado de árboles. Sobre horcones en el lago se construyó un rústico y pintoresco Casino, llamado Copacabana. Ahí se servía sólo bebidas con las usuales y correspondientes “bocas”. Tenía un podio para artistas y una amplia pista de baile. Muchos músicos y cantores debutaron en este ateneo cultural.

En la tarde concurrían al Malecón los que querían gozar de aire fresco y ver las aguas del lago. En la noche se transformaba en el coto de acecho de las huríes. El alcalde Murillo se consagró su obra colocando su busto sobre una columna. Le sentencié que se iba a ahogar ahí. Me dijo que yo no era de Managua para conocer el lago y le repliqué que conocía Nicaragua, que era la que mandaba en el lago. La fiesta de Santo Domingo se celebraba en un pabellón grande entre el Colegio de La Asunción y el lago.

1955

Entró el invierno con fuerza desacostumbrada. Vino un temporal que tardó 42 días. Se inundó la calzada y las aguas del Río Tipitapa cubrieron las piscinas de los Baños Termales. Se tuvo que recurrir al viejo puente de hierro. En el Malecón de Murillo, las aguas sobrepasaron por metros el muro. El Copacabana fue desarmado a toda pri-

sa y Murillo retiró su busto. La fiesta de Santo Domingo tuvo que celebrarse en otro lugar. La causa principal de la crecida del lago fueron los afluentes del mismo lago, el Río Maderas y sobre todo el Río Viejo, que se juntó con el Río Grande de Matagalpa en el llano de Sébaco.

1960

Pronto había bajado el lago y siguió bajando. Aún se llegaba en lancha a unas doscientas varas de la calzada del Río Tipitapa.

1970

El lago se había retirado más de quinientas varas de la calzada.

1972

El invierno más pobre del que se tiene memoria. En Managua cayeron apenas 20 centímetros de lluvia (8"). Como consecuencia de la sequía, sucedió el terremoto del 23 de diciembre. Desde entonces el lago pierde su nivel más rápido.

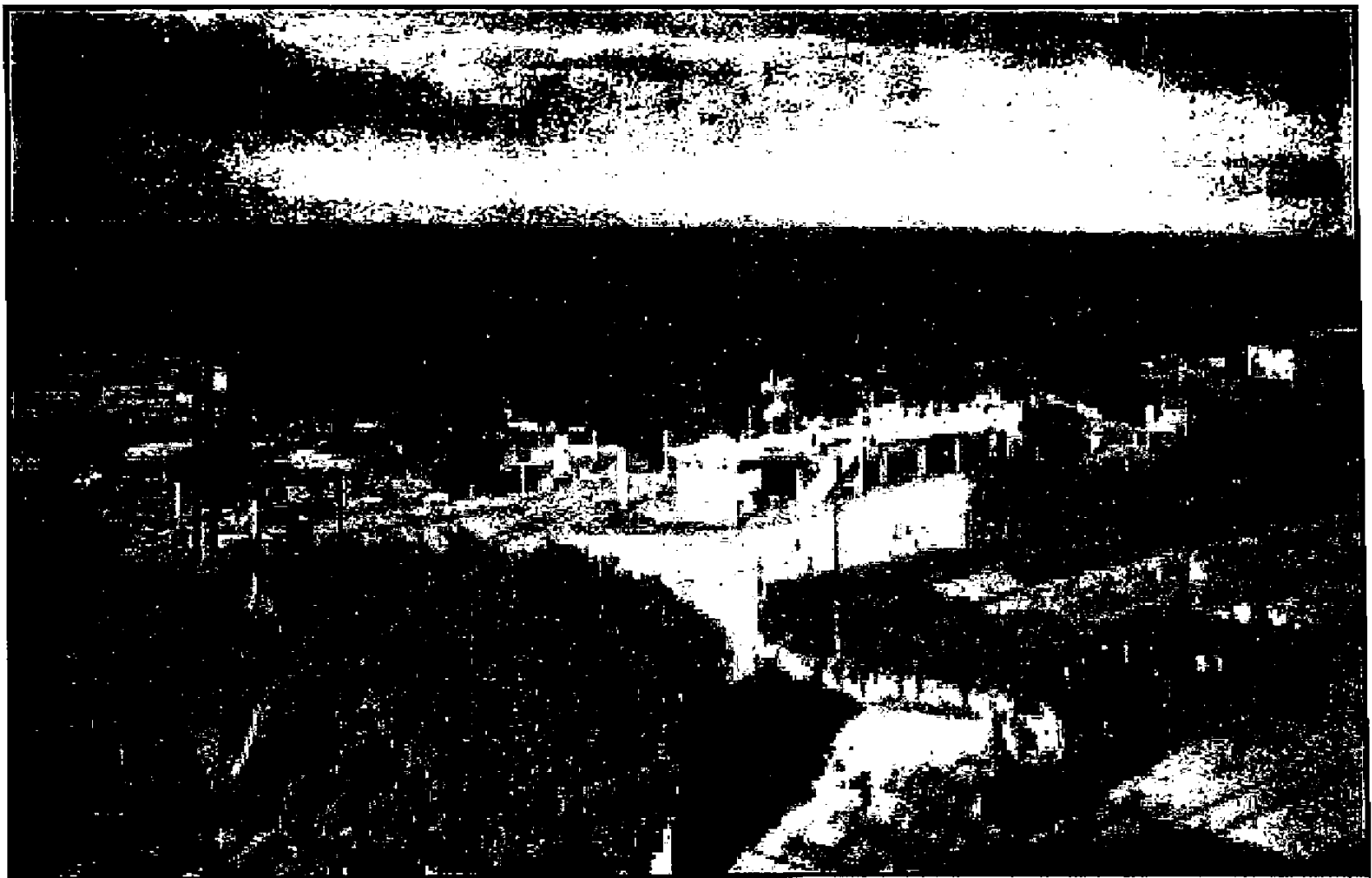
1979

La carretera de circunvalación de Tipitapa pasa por largo trecho por lo que fue permanentemente fondo del lago. La profundidad era en algunas partes de seis metros. Ahora no se ve el lago por parte alguna. Tipitapa queda tierra adentro.

En el "Simposio sobre el Lago de Managua", celebrado en 1985, no se le dio mucha importancia a la baja natural del nivel del agua. Si el nivel del agua trepara a la altura que tuvo en 1956, las columnas del Teatro Rubén Darío quedarían sumergidas varios metros en el agua.

El Xolotlán siempre ha despertado mi curiosidad. Por sus aguas dañinas a muchas plantas, sus cambios de nivel de agua, porque hay lugares donde abundan los pescados y otras que los evitan. En el año 1923 entre varios amigos teníamos un bote de vela. Pernoctábamos en la isla Momotombito, íbamos a almorzar a Tipitapa y volvíamos a dormir a Managua. Notábamos que las aguas fangosas de las crecidas del Río Viejo tomaban rumbo natural a Tipitapa. En el año 1952,

viniendo de Somoto en una avioneta, note que las aguas cenegalosas de la última riada del Río Viejo estaban estancadas frente a su desembocadura. El río Tipitapa estaba seco. En 1956, la enorme creciente de los ríos Viejo y Matagalpa pasaba aun sucia frente a Managua hacia Tipitapa, donde el río casi alcanzaba el viejo puente. En 1975, volando de Tegucigalpa, noté que las aguas lodosas del río Viejo iban a línea recta hacia la costa sur del lago, al viejo lugar llamado Momotombo. Ahí estaba el desagüe subterráneo del lago, seguramente mayor que el abastecimiento del río Viejo y la precipitación fluvial.



Vista del Malecón, el Xolotlán y cruce del ferrocarril.
Postal de Galería del Arte (1953).



Juegos Florales del Centenario de Managua como capital (1952). Doctor José H. Montalván, Ministro de Educación; Ernesto Cardenal, 1er. Premio de Poesía; Melba Debayle, Reina de los Juegos; Alfonso Llanes, 1er. Premio de Música; Gustavo A. Montalván, 1er. Premio de Historia; Carlos Ramírez, autor de la canción "Managua" y Juan Aburto, 1er. Premio de Prosa. Club Internacional, Managua. Foto cortesía de JEA.

XII.

POEMAS Y CANCIONES

LA NOSTALGIA DE MANAGUA

Salvador Ruiz Morales

(Managua, 1890-San Salvador, 1929)

I

TRAJÍN sin fin de carricoches
largas y grises polvaredas,
calor de día y en las noches
frescura de las arboledas.

Y protección de lo aleros
a los que escapan de las finas
lluvias que manchan los sombreros
y el charol de las botinas.

Lago en la forma de ala extraña
que se levanta en la montaña
para extenderse en la ciudad.

Playa de oro: ¡y aquella piedra,
y aquel rocío de la hiedra,
y aquella dulce soledad!

II

Chicos gritando a voz en cuello
las invectivas del diarismo,
y mozo qua gozoso en ella
declara su liberalismo.

Corrillos en los almacenes
donde un político influyente
explica el quid de sus vaivenes
hablando bien del Presidente.

Tedeum diario en la parroquia
mientras el cura soliloquia
sobre un contrato singular.

Y en un rincón destartalado
madre que espera al emigrado
qua tal vez nunca ha de llegar.

III

Cómo venís a mi pensamiento
recuerdos de mi población,
que al estar lejos más os siento
dentro de mi corazón.

Sois la caricia del pasado
y al talismán del porvenir;
con vuestras penas he llorado,
por vuestro amor he de vivir.

Te debo toda mi alegría,
toda mi melancolía,
Managua de mi cantar.

Cuando te siento tan lejana
abro el cristal de mi ventana
para buscarte sobre al mar.

[1920]

(En *Cantos a Nicaragua*. Recopilación de poemas sobre temas nicaragüenses, escritos por poetas nacionales y extranjeros; publicado para uso de las Escuelas, Colegios y Hogares nicaragüenses. Managua, Editorial Atlántida, 1946, pp. 68-69).

EPOPEYA DEL DESTIERRO (Fragmentos)

Adolfo Ortega Díaz

(Managua, 1895 - San José, C.R., 1962)

MANAGUA, tierra tórrida, solar de mis mayores:
¡adiós! En tu regazo nací. Tú eres mi cuna.
Tu sol me dio sus cráteres de oro hirviente, tu luna
sus torrentes de plata para mis surtidores.

En tu sierra armoniosa aprendí de pequeño
a descifrar coloquios entre flor y sinsonte.
Nació en tu lindo lago mi avidez de horizonte
frente al volar querúbico de sus garzas de ensueño.

En tu sierra pletórica de racimos y escenas
helenas, he seguido ninfas bajo las frondas.
Mi espíritu odiseico fue iniciado en las ondas
de tu lago, al halago mago de sus sirenas.

Tus calles me miraron con mis juegos de niño
y apagando canículas en tus fiestas de Agosto.
Gritando tu Purísima se me reveló el mosto
y el amor temprano me mostró el primer guiño.

Por entre tus lunáticos cruzó mi adolescencia:
Borcollón, Santirillo, Tetey, la Catalina,
que siempre hablaba en verso; *Peyeyeque, Quirina*
y *Don Juan de los gatos*, de agradable presencia.

Al ruido y colorido de tu Santa Semana
—arcos de palmas, frutas, sacuanjoche, corozo...—
me eché el pantalón largo, presumí de buen mozo
y me inicié en el culto de la fiesta pagana...

Managua: yo te amo. Sucio pueblón con pujos
de ciudad: yo te amo. Tosco y revuelto nido,
¡ay, pero nido al fin!: te amo. Tu latido
circula por mis venas con tus dulces embrujos.

Ancha es tu puerta y hondo es tu abrazo sincero.
Largo tu mantel limpio para todos los hombres.
No te importan orígenes ni te interesan nombres,
pues no tiene tu idioma la palabra “extranjero”.

Quien se amparó a tu sombra ya no puede olvidarte.
Eres tienda de Dios, oasis, seno tibio;
sedante de la ausencia, de la nostalgia alivio,
viñedo anacreónico para locos del Arte...

Alero azul, Managua: ¡Adiós! ¡Adiós, mi cuna!
¡Adiós niñez y adolescencia y juventud!
Al rojo de tu sol se forjó mi inquietud
y empolló mis visiones la tibieza de tu luna...

Un día como éste, dije. Managua, escucha:
hoy también, al dejarte, mi vida se desgarró,
pues no me suelta, sino que se rompe la amarra
y, peor aún, me obligan a interrumpir la lucha.

La lucha aquí, en el seno de la patria en afrenta;
aquí, donde ha estrumpido mi ardor en alto trueno
profetal, y ha querido la conciencia de cieno
del monstruo que nos unce y el ente que me avienta.

No sólo eres solar y cuna y teatro y nido:
eres también el canto de cívica batalla
contra el centurión yanki y el sayón canalla
ante cuyos desmanes se encrespa mi rugido.

Tú has visto a tu poeta cambiar su inicial marca
de nota cristalina por la de tono recio:
ya no canté a Natura con la voz de Lucrecio
ni volví a bucear astros en la fétida charca.

Nuestras campiñas estremeciéronse de espanto
ante el invasor rubio que con su tren de guerra
y su bestialidad puso a crujir la tierra
al apagar su sed de sangre y duelo y llanto.

Y hoy ves a los hombres puestos en pie a mi grito.
Tus mujeres humildes me han salvado la vida
en más de una ocasión en que el vil patricida
que sayonea en kaki, mostró el puñal maldito.

Y aguzas el oído y extiendes la vista
y diriges la antena a nuestro Norte andino,
donde todo un linaje encarnado en Sandino
clava las uñas en el cuello de la conquista.

Pleno de ardor patriótico, aun sobre los tejados
que rodean la Plaza de la Estación, se apiña
tu pueblo conmovido. Flores trajo una niña
rústica, de ojos húmedos y dientes apretados...

Rueda el tren y el labio corta su despedida
porque un nido en el pecho se ha hecho el corazón
"Partir, morir un poco", ha dicho con razón
alguien que sintió rota la vida en la partida.

Atrás quedan la Madre y la Hermana que llora:
blancos pañuelos, alas que dan vuelo al adiós;
y la faena trunca y el grito sin voz,
y el ideal al garete en la nave sin prora.

Enfrente está la Amada, promesa de Dios,
aurora que mi vida dora y mi alma enflora.

[Octubre, 1929]

(Excepto ocho estrofas, de la undécima a la décima octava, estos alejandrinos son inéditos y se tomaron de copia mecanografiada, con nota manuscrita del autor al final, en posesión del compilador).

PRELUDIO A MANAGUA EN B FLAT

José Román

(León, 1906-Nueva York, 1983)

(con acompañamiento de english)

CALLES pavimentadas, carretas
 y buses. Lagunas que sueñan como viejos poetas
 y un lago que ríe, que canta, que tiembla. Gentes elegantes;
 coches, carretones, indios, mendicantes,
 babies rascacielos de cemento armado,
 fresqueras,
 fruteras,
 ambulancias, camiones, y siempre algo nuevo, algo
 [inesperado.]

Anfibios; sikorskies; trimotores,
 alados Equinos de la Pampa Azul
 celestes cantores;
 aviones, aviones, aviones...
 Muchos uniformes, pechos con medallas,
 El Canal, los Yanquis y los liberales, los conservadores
 y todo política, locas ilusiones...
 Leche pasteurizada y Club y Jazz Band
 y por todas partes un English Spoken.
 “Cuantos millones de almas hablaremos inglés”.
 Yes Sir.

El Teniente Rotten, el Capitán Dem
 Coroneles Shark, Comandantes Dog
 y los Generales y Ministros Hell...
 Rosados,
 Uniformados,

Admirados,
Tatuados.
Yes Sir.

Managua, Managua ya estás civilizada.
Tu traje de kaki; tu gente, todo es extranjero
hasta tu Catedral es importada...
Pronto en ella veremos un Dios English Speaking.
Ya estás civilizada
Yes Sir.

Tus bellas damitas saben de cultura:
No tienen noviazgos, tienen otras gracias... Triviales
platican de Cine, de Moda, de Sexo... Son muy
[liberales.

Se divorcian, se casan, están a la altura.
Sólo algunas pocas siguen atrasadas
y no fuman ni beben cocktails,
Yes Sir.

Managua, Managua con tu bello lago
que anfibios fumigan con verde París...
Higiene... Sin mosquitos dormirá con calma
el Gran Momotombo, tu gran centinela
mientras te oxigenas y cortas el pelo,
cuando se despierte le dirás: No Spanish... Malecones,
Zoos
Golf y Country Clubs,
Canal Zone, German, French, English Spoken...
Managua.
Yes Sir.

(1931)

[Tomado de "50 años del Movimiento de Vanguardia", *El Pez y la Serpiente*, n°. 22-23, invierno, 1978; verano, 1973, pp. 119-120.]

PARQUE DE SAN SEBASTIÁN

Alberto Ordóñez Argüello

(Buenos Aires, Rivas, 1914-San José, C.R., 1991)

PARQUE de San Sebastián,
tan silencioso y tan
abstraído.
En ti crece la hierba del olvido.
Ya nadie te visita
salvo algunas mengalas que dan cita
a sus novios cuando entra la noche.
Ahora te estremeces al ruido de un coche,
mas luego te contentas mirando pasar
pausados vejetes, muchachos y gente
que tiene cara de ser del lugar.

Parque de San Sebastián,
en medio de un barrio triste y haragán,
yo sé que tú tienes el alma muy blanca
porque en ti no hace sus rondas Satán
y te bendijo Fray Luis de Villafranca.

Quizás por ese tu aire de humilde y cartujo
las lindas vecinas te tildan de brujo
y se van con rostro y sonrisa gentil
a dar vueltas y vueltas al parque Infantil.

Parque de San Sebastián
con tu kiosco podrido y tus bombillas que han
roto los muchachos a pedradas,
cómo huelen tus frondas a noches olvidadas
y qué desolada ansiedad la que medra

con el viento y las hojas en tus bancos de piedra.

De pie sobre la arena de tu estrecha avenida,
deseara bajo tu sombra, que durmiese mi vida,
quedarme escuchando quieto las notas de ese piano
en que Lehar toca valeses por medio de una mano
maravillosa... Y luego entrar donde Gron
a tomar una cerveza y oír una canción.

Parque de San Sebastián
tan silencioso y tan...

(1942)

[Tomado de *Revista Saker-Ti*, año III, nos. 9-10-11-12, enero-diciembre, 1949, pp. 88-92]

CALLE 15 DE SEPTIEMBRE

Gratus Halftermeyer

DOS tendencias tiene esta calle loca,
la una tranquiliza, la otra sofoca.

Esta calle es curva y larga, muy larga,
tal un desengaño que al final amarga.

Al extremo Oriente tiene la Aviación,
para levantarnos hacia otra región.

Y ver otras tierras allende, otros mares,
y ser una incógnita en esotros lares.

Y en el intermedio —algo novedoso—,
esta calle tiene un cine polvoso.

Como diez tabernas y una mancebía,
y mucha jarana y ni un policía.

Es la arteria-aorta del nuevo Managua:
aquel va a Costa Rica, el otro a Aconcagua.

Pero si en contrario va hacia Occidente,
es que va de viaje, muerto de repente.

“15 de Septiembre”, calle misteriosa,
a veces alegre y otras dolorosa.

Por su vía pasa la buena semilla,
el honrado obrero y la moza sencilla.

El rico y el pobre y la mujer coqueta,
y algún atorrante y más de un veleta.

Alguno que vive y el otro que muere,
la verdura buena y el cactus que hiere.

Yo te admiro calle por tu algarabía,
que en el fondo guardas tu filosofía.

Hay en sus extremos, jolgorio y quebranto,
allá está la vida, aquí el Campo-Santo.

Y en medio dos caras, como las de Jano,
semejando acaso al género humano.

Calle populosa —"15 de Septiembre"—,
que el germen del vicio en ti no se siembre.

Hacia ti convergen el Bien y el Mal,
y eres de Managua su arteria vital.

(1946)

(Tomado de *Historia de Managua*. 3a. ed., Managua,
Talleres Nacionales, 1959, p. 394).



Tino López Guerra (1946).

(Tomada de la publicación *Corrido de Managua*.
Artes Gráficas Nacionales, 1946; archivo de JEA).

MANAGUA
(corrido)

Tino López Guerra

(Chinandega, 1906-Managua, 1967)

MANAGUA es mi linda tierra,
la novia del Xolotlán,
de terciopelo es su sierra
y sus aguas de celofán.

Yo vivo muy bien pagado
de su bello Malecón,
encaje que borda el Lago
y que es orgullo de mi Nación.

Managua es maravillosa
con su lago de cristal,
por algo estoy muy orgulloso
de mi linda capital.

Yo se lo aseguro,
no tiene rival
en la America Central. (bis)

Mujeres no hay más hermosas
en ninguna otra región,
pues hasta las mismas rosas
empalidecen de admiración.

Su cielo y sus panoramas
fueron pintados por Dios,
por eso dice la fama:
como Managua no existen dos.

Managua es maravillosa

(1946)

BARRIO DE PESCADORES

Erwin Krüger

(León, 1915-Managua, 1973)

EN Managua hay un lindo paraje que es todo un ensueño
el romántico lago adormece en el atardecer,
es como una estampa de leyenda, un nido pequeño,
que despierta con luz de lucero al amanecer.

Rinconcito de los pescadores, barrio escondido,
pedacito de tierra olvidada de mi capital,
cuántas noches tuve la fortuna de haberme dormido,
en la cálida brisa del claro lago de cristal.

Barrio de Pescadores, nido de amores,
paisajito pintado en el Xolotlán,
lindo rincón de mi capital,
casitas asomadas en la barranca cual garzas blancas
que al morirse la tarde sonroja el sol con su arrebol,
barquitas que se alejan de la ribera,
como quimeras
blancas velas tendidas diciendo adiós,
con su rumor
dejando una promesa a la que espera
como quimeras allá en la costa del fruto de su labor.

Cuando asoma la luna entre las aguas, tranquila parece
una inmensa lágrima de plata a todo fulgor
que se quiebra en pedazos bruñidos cuando se estremece
con las redes que tiende callado el viejo pescador.

En la costa miles de diamantes brillan en la arena,
en el muelle se rompen las alas con suave rumor,
mientras boga perdida en la noche una alma en pena,
la canción del remero diciendo su queja de amor.
Barrio de Pescadores, yo te doy mi corazón
en mi canción.

MANAGUA 6.30 P.M.

Ernesto Cardenal
(Granada, 1925)

EN la tarde son dulces los neones
y las luces de mercurio, pálidas y bellas...
y la estrella roja de una torre de radio
en el cielo crepuscular de Managua
es tan bonita como Venus
y un anuncio ESSO es como la luna
las lucecitas rojas de los automóviles son místicas
(El alma. es como una muchacha besuqueada detrás de un
[auto])

TACA BUNGE KLM SINGER
MENNEN HTM GÓMEZ NORGE
EPM SAF ÓPTICA SELECTA

proclaman la gloria de Dios!
(Bésame bajo los anuncios luminosos oh Dios)
KODAK TROPICAL RADIO F & C REYES
en muchos colores
deletrean tu Nombre.

“Transmiten

la noticia...”
Otro significado
no lo conozco
Las crueldades de esas luces no las defiendo
Y si he de dar un testimonio sobre mi época
es éste: Fue bárbara y primitiva
pero poética

(1962)

[De *Oración por Marilyn Monroe y otros poemas*. Medellín, Ediciones de La Tertulia, 1965, p. 17.]

POSTALES

Salvador Murillo

(Managua, 1925-Santiago de Chile, 2000)

AQUÍ están las postales que muestran
a Managua destruida por el terremoto.
Ante mí las tengo en mi mesa.
Las voy examinando. Calle del Club Internacional
y Hotel Lupone. Casas semiderrumbadas, escombros
en las aceras. Parte de una reja de hierro.
Al fondo una palmera solitaria
y donde termina la calle
al centro, las ramas inmóviles de un árbol.

Calle de los Mercados. Es indecible lo que se ve.
Lo que no se ve. Está cubierta de piedras,
trozos de vigas, palos y tablas. Hay un grupo de
(personas.

Varias sentadas, tres de pie.

Testigos mudos de la tragedia.
Se ve un hombre de camisa blanca, corbata, sombrero
(de paja.

En Calle del Campo
entre las ruinas
dos carros aplastados por derrumbes.

Aquí aparece una vista general.
Managua, literalmente
es una ciudad bombardeada. A un lado
restos de pared aún en pie, después nada.

Al otro, esqueletos de casas.
Por toda la calle, hasta la Loma, escombros diseminados.

Era yo muy niño. Tengo pocos recuerdos de la catástrofe.
mi padre, en Santa Lucía, andaba a caballo en el potrero
(de la costa.

Contaba cómo vio levantarse una inmensa ola Lago adentro
mientras las ramas de un árbol fuertemente sacudido
le aventaban los anteojos.

Tuvo que desmontarse para recogerlos.

Esta imagen me queda. Pasa una carreta
frente a. mi casa. Llevan a un hombre con ambas piernas
destrozadas. No se sabe si ya muerto.

Foto Cisneros, Foto Alegría, dicen las postales. 31/3/31.

[1973]

[De *Los presentes del sol*. Santiago de Chile, Editorial
Nascimento, 1974, pp. 69-71]



Foto tomada del álbum de Luis H. Flores:
Nicaragua / Imágenes de ayer y hoy (2005).

LA ÚLTIMA BANCA DEL PARQUE DARÍO (Fragmento)

Jorge Eduardo Arellano
(Granada, 1946)

DESDE allí se admira la cúspide del Momotombo, el lago inmenso bajo el horizonte y la península de Chiltepe entre las palmeras y los postes de luz, las lanchas junto al muelle de cemento y las garzas volando a ras de la costa enzacatada donde se erigía el viejo Hipódromo.

Siempre al Norte, se alza el edificio del Ferrocarril del Pacífico de Nicaragua de dos pisos, con su caseta de tejado rojo y sus ventanas de estilo romántico, la carrilera, un techo de zinc ensarrado, varios vagones en desuso y el Malecón nuevo que atrae a los niños con su rueda de Chicago, “caballitos” y demás diversiones.

En el Este se admira el Club Managua con su césped recién cortado, nítido; y al Sur la Plaza de la República, escenario de la Procesión de Varones Católicos del Primero de Enero, del Juramento de la Bandera el 14 de Septiembre y de las permanentes manifestaciones políticas; la Catedral al fondo con patio trasero, refugio de mendigos y tuberculosos; el Palacio Nacional, cita rutinaria de senadores y diputados atentos a las consignas; y dentro del Parque Central, ya sin sus alamedas de mangos, la oficina de Turismo —moderna e ineficaz—, la Biblioteca Infantil —sin niños— y el Templo de la Música —con su Venus esculpida sobre la cumbre— donde los domingos por las tardes la banda de la G.N. ofrece conciertos, sobre todo los valeses del compositor nacional José de la Cruz Mena.

(Siempre dentro se ven vagos, taxistas, lustradores, viejos leyendo periódicos, parejas abrazadas, fresqueras sirviendo tiste, semilla de jícara; grupos de colegialas, un señor de saco, niños, chavalos,

jóvenes, hombres, señoras, regresando de fracasar, visitar, comprar, cobrar, pasear, comer).

En el Oeste queda el Palacio del Ayuntamiento, cuya fachada recuerda la del Partenón griego; y, unos metros al Noroeste, el Parque Frixione y sus amplias avenidas llenas de hojas y transitadas de patinadores y muchachas en bicicleta, de pantalones, bajo los almendros. Esto, pues, se observa desde una banca del Parque Darío: un volcán, un lago, un club social, una catedral, dos palacios, tres parques.

[Tomado de *Historias nicaragüenses*. Managua, Ediciones Nacionales, 1974, pp. 19; fragmento incluido por Franklin Caldera en su "Antología de poemas sobre la vieja Managua" (2000).]



Parque Darío, Club Social y Catedral (1940). Foto de Adán Díaz F., tomada de la *Guía de Managua* (Washington, Unión Panamericana, 1941).

XIII.
FUENTES



Estatua de Montoya, inaugurada el 1 de enero de 1909. (Foto tomada de la *Guía de Managua* (Washington, Unión Panamericana, 1941).

MANAGUA: BIBLIOGRAFÍA ANOTADA Y CLASIFICADA

(Se excluyen los textos publicados en este tomo
y en los anteriores de la *RAGHN*, segunda época)

Por AGHN

1. Álbumes, guías y memorias

AAVV: *Guía de Managua*. Madrid, Unión de Capitales Iberoamericanas, Sociedad Estatal para la Ejecución de Programas del Quinto Centenario, 1991. 111 p., il.

Aparte de "Datos de interés general" sobre Nicaragua y una reseña de su "Patrimonio cultural y artístico", ofrece información de monumentos, museos, parques, folclore y tradiciones de la capital, más una comprimida "Historia de Managua", elaborada por JEA. Su contenido abarca los apartados: "Las huellas de Acahualinca", "Los hijos de Xolotl", "Testimonio del cronista Oviedo", "La explotación colonial", "De villa a capital", "El progreso a través del café", "Zelaya y la aristocracia del café", "El terremoto de 1972" y "Los años post-terremoto", pp. 21-36. El Alcalde y el Concejal de Cultura, Arnoldo Alemán Lacayo y Clemente Guido Martínez, firman la presentación.*

ALCALDÍA DE MANAGUA. *Memoria*. 100 años en la vida de Managua. Managua, Alcaldía de Managua. Julio, 2000. 117 p., col.

Dirigida por Luis Hernández, esta memoria la presenta Roberto Cedeño, "último alcalde capitalino del milenio". Luego ofrece la primera sección, titulada "Albores del siglo", con trabajos de Juan Aburto y Mario Fulvio Espinoza.

La segunda sección, "Managua en la retina", contiene evocaciones de Danilo Aguirre, Mercedes Gordillo y Krasnodar Quintana y la tercera, "Grandes reportajes", un trabajo de Marcio Vargas y

Luis Hernández sobre el terremoto de 1972: crónica del cataclismo; otro sobre las fiestas de Santo Domingo y el último acerca de las labores edilicias de Cedeño, elaborado por Helena Ramos.

BARAHONA LÓPEZ, Ernesto (ed): *100 años de Managua, D.N.* Managua [s.i], 1946, 110 p., il.

Contiene una interesante introducción del editor: “Managua desde su época aborígen a la actual”, ilustrada con 29 fotografías, muchas de ellas raras; una “Galería de valores humanos auténticos de épocas pasadas” y varios artículos. Sobresalen los firmados por Gratus Halftermeyer, Domingo R. Ocampo (“Iglesia de San Pedro y el origen de la familia Orozco”), Luis Molina (“Breve reseña histórica de los ejidos de Managua”), Modesto Armijo y José María Fonseca. Se incluyen un poema “Mi linda Managua” de Augusto Solís Borge y el “Himno Oficial de Managua”, estrenado el 14 de septiembre de 1934 en el Parque Central: letra de Arturo Duarte Carrión y música de Luis A. Delgadillo.

BARAHONA LÓPEZ, Salomón y César Vivas: *Managua / 1852-1952.* Managua, D.N., Editorial Atlántida, 1952. 108 p., il.

En el centenario de Managua como capital, los autores prepararon esta obra que “contiene literatura en parte documental, y en parte obtenida de personas octogenarias autóctonas”. Nítidas son sus fotografías de acontecimientos, edificios y personalidades (una de ellas corresponde a la de “El Indio Máximo”, a quien se entrevista, dueño de la cantina “El Danubio Azul”. Una foto a color (“Los jarrones del Malecón”) y un anuncio de Casa Mántica sirve de umbral o cubierta. Entre otras, se transcribe la letra del bolero de Ernesto Rivas Solís: “Managua”.

BARQUERO, Sara L.: *Managua, Centro de Interés.* (2a. ed.) Managua, Imprenta Democrática, 1946. 98 (10) il.

En once capítulos breves, la autora desarrolla aspectos que hacían de Managua un “centro de interés” objetiva y subjetivamente. Destaca las obras de progreso de la Administración Somoza (1937-1946). Al final incluye fotografías: Monumento de Rubén Darío, Avenida Roosevelt, Templo de la Música, Catedral de Managua, Banco Nacional, Tribuna Monumental y Palacio Nacional.

La primera edición de esta pequeña obra difusora tiene por título: *Centros de Interés de Nicaragua: Managua, León y Granada*. (Managua, Talleres Nacionales, 1939). Constando de 112 páginas, conservó su dedicatoria-homenaje: "A la muy noble Señora Doña Salvadora Debayle de Somoza".

LATIN AMERICAN BIBLIOGRAPHIC FOUNDATION / Ministerio de Cultura de Nicaragua: *Nicaraguan national bibliography, 1800-1978*. Managua, LABF, Biblioteca Nacional Rubén Darío, 1986. 3 vols.

Consigna 34 títulos (entre ellos planes de arbitrios, reglamentos, planes reguladores) sobre Managua: tres de ellos datan del siglo XIX.

MENESES, Vidaluz: *Los escritos a máquina de Pablo Antonio Cuadra*: Guía temática y analítica (agosto, 1964-agosto, 1978). Managua, Universidad Centroamericana, septiembre, 1978. 86 h.

Resúmenes de veintiún ensayos. He aquí ocho de ellos: "Una enfermedad llamada Managua", "Managua o la urbanidad perdida", "El juicio de la ciudad", "Conversación en un carro bajo la lluvia", "Robinson en el naufragio de Managua", "La capital a un año del terremoto", "Reflexiones cristianas en los escombros" y "Un pueblo y una ciudad inhóspita".

PAN AMERICAN UNION: *Managua*. Washington, D.C., Pan American Union, 1945. 15 h., il. Breve guía con información en inglés y fotografías de la época.

PAN AMERICAN UNION: *Nicaragua's interesting capital*. Washington, D.C., Pan American Union, 1938. 22 p., il. (The American City Series, v. 14a).

2. Anecdóticos y recuerdos

ABURTO, Juan: *Managua en la memoria*. Managua, Alcaldía de Managua, Editorial Vanguardia, 1889. 106 p., il.

Doce evocaciones de la Managua anterior al terremoto de 1931; en su mayoría, de los juegos infantiles, aficiones musicales, dementes populares, tipos curiosos, centros de esparcimiento, sistemas curativos, decesos y clases sociales.

CUADRA, Alejandro: *Tipos, Lugares y Costumbres*. Edición de Jorge Eduardo Arellano. Managua, Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, 2004. 196 p., il.

Cuatro piezas: “Los granadinos en Managua”, “Tres periodistas de Managua: Antonio López Díaz, Enrique Mayorga Rivas y Francisco Moreira Gómez”; “La Chumila de Managua” y “Los Cotorrones de Managua”.

ESPINOZA, Mario Fulvio: *Cosas veredes, Sancho amigo: Managua 1900*. Managua, Fondo Editorial CIRA, 2003. 146 p., il.

Veinticinco piezas —entre crónicas nostálgicas y relatos históricos— sobre la Managua “de anteayer, a finales del siglo XIX y principios del XX”. Manuel Eugarríos, autor de la extensa “Presentación”, vierte sus propios hechos y recuerdos con la misma devoción de Espinoza.

ESPINOZA, Mario Fulvio: *Managua la inolvidable*. Managua, Upoli, Nos-otros, 2001. 162 p., il.

Con ilustraciones pictóricas de Salvador Castillo y presentación de Manuel Eugarríos, esta primera obra del autor compila diecinueve relatos —a veces en forma de entrevistas simuladas— sobre personajes representativos de la gente humilde durante los años 30 y 40. “Melisandro, el rey de los locos” es uno de ellos.

LÓPEZ MALTEZ, Nicolás: *Managua 1972. 1972-1997. 25 aniversario del terremoto de Managua*. [Miami, Fl.], N.L. Publishing, Inc., 1997. 120 p., il.

Despliegue único e invaluable de 100 fotografías. Su prologuista, Ignacio Briones Torres, las califica —no sin razón— de antológicas.

HALFTERMEYER, Gratus: “Managua por dentro”, en *Del solar nativo*. Managua, Imprenta Nacional, 1930, Pp. 95-106.

Cinco cuadros de costumbres.

VOGL BALDIZÓN, Alberto: *Nicaragua con amor y humor*. Los cuentos de papa Beto. Managua, s.a. 280 p., il.

Contiene descripciones tituladas “La fiesta de Santo Domingo”, “Cosas de Managua”, “El mercado de San Miguel”, “Managua

después del terremoto”, etc.; se reeditó en 2006.

VOGL BALDIZÓN, Alberto: *Apuntes sobre Managua de Papa Beto*. Inédito, en posesión de JEA. Se trata de un texto listo para la imprenta de 221 p. Entre sus 24 artículos figuran: “Managua y el café”, “Agricultura de Managua”, “El Managua de los años 20”, “los viejos managuas”, “El parque de Las Piedrecitas, otros parques y edificios”.

ZELAYA COUSIN, J. Santos: *Recuerdos de una Managua de anteaer*. Allá en los años 20. Managua, Alcaldía de Managua, 1992. 56 p., il.

Con prólogo del edil Arnoldo Alemán Lacayo, el hijo menor y homónimo del presidente Zelaya traza breves evocaciones de costumbres patriarcales y personajes populares (“Peyeyeque”, “El Pariente Argüello”, “Cola de Vaca”), bancos y barrios, teatros y cines, parques y hoteles, cantinas y restaurantes, más canciones en boca durante la década indicada.

ZÚNIGA CASTILLO, Alejandro: *Managua de ayer*. Managua, Alcaldía de Managua, 1995. 151 [1 p.].

Setenta artículos: 47 estampas y 23 semblanzas de personajes.

3. Arquitectura y restauración

NICARAGUA. Instituto Nicaragüense Cultura: *Palacio Nacional de la Cultura. Reconstrucción e Historia*. Managua, Gobierno de Nicaragua, 1996. 75 p., il., col.

Proyecto de la readecuación del Palacio Nacional de la Cultura, ejecutado por el Gobierno de Violeta Barrios de Chamorro, con financiamiento del Japón. El edificio, rehabilitado, se destinó a la Biblioteca, Hemeroteca y Museo Nacional.

NICARAGUA. Instituto Nicaragüense Cultura: *Conservación urbana y edilicia en Nicaragua (1989-1995)*. Managua, INC, OEA, agosto, 1995. 97 p., il.

Incluye: “El Palacio Nacional de la Cultura: Proyecto de restauración”, por Lucy Salas A., pp. 77-82 y “La Catedral Metropolitana de Managua: Proyecto de rehabilitación”, pp. 83-89.

4. Creación literaria y musical

AAVV: *Tino López Guerra /Cantor de la novia del Xolotlán*. Managua, ALMA, 2006. 68 p., il.

Con motivo del centenario de López Guerra (Chinandega, 1906-Managua, 1967), varios autores elogian y registran su carrera de cantautor de corridos imperecederos. Colabora en el folleto Roberto Sánchez Ramírez, Ignacio Pinedo, Pablo Antonio Cuadra y Carlos Mántica Abaunza. Fue reseñado en la *RAGHN*, tomo LXIV, mayo, 2007, pp. 278-279.

AGUIRRE, Erick: *Un sol sobre Managua*. Novela. (2a. ed.) Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 2000. 228 p.

“Entramado histórico y social que rescata la memoria de Managua tras el terremoto del 72, facilitando a las nuevas generaciones “la comprensión de su entorno a través de un examen profundo del pasado reciente”.

ALEMÁN OCAMPO, Carlos: *En esos días*. Managua, Editorial Nicaragüense, 1972. 30 p.

Primera incursión narrativa en Nicaragua que irrumpe en la subcultura de la droga, iniciada en la discoteca “La Tortuga Morada” a finales de los años 60. Oportunamente la comentó JEA en *Reseña* (Madrid, n.º. 67, julio-agosto, 1973).

ALEMÁN OCAMPO, Carlos: *Boarding House San Antonio*. México, Ediciones Literarias Factor, 1985. 130 p.

ARELLANO, Jorge Eduardo (comp.): *Managua: Poemas y canciones*. Managua, inédito, 1999. Casi medio centenar de textos desiguales en calida y de distintas épocas.

CAJINA VEGA, Mario: *Familia de cuentos*. (2a. ed.) Managua, Nueva Nicaragua, 1993. 155 (6) p.

En su tercera sección, constituida por siete piezas, el narrador “de una visión cinematográfica de la Managua frustrada y macrocefálica, a través de todos sus estratos sociales” (JEA: *Literatura nicaragüense*. Managua, Distribuidora Cultural, 1997, p. 111). Y en el cuento “Hasta aquí llegamos los nahoas” transcribe la primera estrofa del hit parade de Irving Fields, “Managua” (1947), escrita por Albert Gamse que interpretaría primero la or-

- questa de Fred Martin y luego la de Guy Lombardo: “*Managua, Nicaragua /is a beautiful town, /you buy a hacienda /for a few pesos down...*”. Esta célebre canción la adaptaría al español el puertorriqueño José “Pepe” Aruelo: “*Managua, Nicaragua, / donde yo me enamoré, /tenía mi ranchito, /mi vaquita y mi buey, /mi cariño y mi bien /y por supuesto mi mujer también*”.
- CALDERA, Franklin: “Antología de poemas sobre la vieja Managua”. *Poesía peregrina*, marzo. 2003, Miami, Florida [16 p.]. A 30 años del terremoto del 72, se compilan trece poesías y una prosa, escritas antes y después del sismo. Doce son sus autores: “desde los consagrados (Martínez Rivas, Cardenal...) hasta los más jóvenes, cuyos únicos recuerdos de la época corresponden a imágenes borrosas extraídas de la infancia”. Ligia Guillén y Edwin Yllescas firman dos poemas cada uno.
- CALERO OROZCO, Adolfo: *Éramos cuatro*. (3a. ed.) Managua, Distribuidora Cultural, 1994. 120 p.
- DOÑA, William Henry: *El espíritu de Managua: managuadas*. México [D.F.], Editora Ibero-Americana, 1956. 245 p. Poemas costumbristas, cargados de humor, de un inmigrante capitalino a San Francisco de California: “El Sapo Doña”.
- GORDILLO, Mercedes: *Vida y milagros*. Managua, PAVSA, 2000. 180 p. Autobiografía de una capitalina nata antes, durante y después del terremoto del 72.
- GUTIÉRREZ, Pedro Rafael: *Réquiem a una ciudad muerta*. (8a. ed.) Managua, Editorial San José, 1973. 61 p., il. Espontáneo poema elegíaco, bastante desigual en calidad.
- LÓPEZ, Tino: *Managua / Canción corrido*. Managua, Artes Gráficas Nacionales, S.A., 4 p. Contiene letra y partitura del famoso corrido. En la cubierta, dentro de una acuarela de Castillo, aparece en recuadro una foto del autor.

5. Documentos

“Acta de tasación de tributos del pueblo indígena de Managua, pro-

vincia de Nicaragua, al Rey de España, en 29 de marzo de 1691” [Transcripción paleográfica de Luis Cuadra Cea]. En *Nicaragua Indígena*, no. 1, julio-septiembre, 1946, pp. 7-17.

Incluye una presentación de Cuadra Cea: “Homenaje a Managua en su Primer Centenario de Ciudad” y la copia fotostática de las cinco páginas del documento.

GÓMEZ, Joaquín: “Managua, asiento del gobierno y capital de la República”. *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, tomo 5, no. 1, 1943, pp. 37-42.

Comenta los decretos sobre Managua como sede de la Asamblea Legislativa y el del 9 de febrero de 1852 que la designa legalmente residencia de gobierno de la República.

“Managua: de Villa a Capital”. *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, tomo VII, no. 3, noviembre, 1945, pp. 28-59.

Iniciada con el Real Título de Villa Leal de Managua, otorgado por Fernando VII el 24 de marzo de 1819, esta serie presenta once decretos y resoluciones (de 1824 a 1833) sobre Managua como sede de la Asamblea del Estado, entre otros documentos, para culminar con los correspondientes a su elevación a rango de ciudad el 24 de julio de 1846 y de traslado a ella del Poder Ejecutivo el 5 de febrero de 1852.

“Plan de arbitrios del Ayuntamiento de Managua 1814”. *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, tomo 9, no. 2, 1947, pp. 5-9.

Valioso por ser el primero.

Títulos de las tierras de Managua. Impresos por disposición del Señor Prefecto del Departamento Jeneral (s.i.) don Miguel Espinosa. Managua, Tipografía de “El Porvenir”, enero de 1881. 14 p.

Contiene la cesión de tierras “a favor de los [indios] naturales de Managua” en el sitio de Chapoltepec [Chilpete] el 9 de diciembre de 1756 por Diego de Artieda y Cherinos, gobernador y Capitán general de las Provincias de Nicaragua, Costa Rica y Nicoya; y de la concesión de otras tierras a los mismos naturales el 10 de febrero de 1624 por Antonio Peraca de Ayala y Rojas, Conde de

la Gomera, Presidente de la Cancillería real de Guatemala, gobernador y Capitán General del Reino. Además, los actos de medición y amojonamiento de todas ellas, practicados por Alonso de Ulloa y Castilla el 12 de octubre de 1620; y las del nuevo reconocimiento de los mojones y linderos de las expresadas tierras, verificado el 21 de mayo de 1756 por Juan Bautista Almendáriz, “de orden del Juez privativo del real derecho de tierras del Reino”. Por último, el informe de dicho Juez Almendáriz del 5 de junio del mismo año “sobre el referido reconocimiento de todas las tierras de Managua”.

Del 22 de noviembre de 1928 data un certificado de inscripción de estos títulos, cuyo original manuscrito entregó al Archivo Municipal de Managua el alcalde Ismael Mayorga Rivas el 12 de enero de 2001. Para entonces, el documento se había restaurado, en vista del deterioro en que se hallaba. Una fotocopia del mismo facilitó a la AGHN Aldo Díaz Lacayo.

VARIOS. *Triunfo de la Justicia*. Managua, s.i., 1906. 28 p.

Sentencia que la Corte Suprema de Justicia profirió en el pleito que durante más de 20 años, sostuvo el municipio de Managua con los terratenientes Federico Solórzano, Adrián Zavala, Manuel Calderón, Pedro Ramírez y otros, sobre la propiedad de los terrenos ejidales que éstos hablan ocupado “desde hace muchísimo tiempo”. La demanda se entabló desde 1883 ante la Prefectura del Departamento.

Al año siguiente la Corte falló contra la Municipalidad, pero —ya en tiempos de Zelaya— la Corte de Apelaciones de Granada resolvió que dicho Municipio era “dueño de los terrenos ocupados por los demandados”. El 13 de diciembre de 1902. Federico Solórzano y las otras partes interpusieron el recurso de súplica. Tres años después, la Corte resolvió a favor del Municipio.

Se reproduce el texto completo del juicio, precedido de un prólogo firmado el 1 de febrero de 1906 por José de Gómez, Pastor Aburto y Abelardo Zamora; de la transcripción del Acta del Cabildo Abierto, celebrado el 31 de diciembre de 1905; y del informe del tesorero por los gastos invertidos.

6. Monografías

CUADRA, Heliodoro: *Historia de la Leal Villa de Santiago de Managua (ahora capital de la república)*. Tomo I. Managua, Editorial Atlántida, 1939. 438 p., il.

Tesonera y meritoria, esta obra acredita a su autor como “el primer historiógrafo managüense”. Palabras encomiásticas de Manuel Maldonado, Salvador Mendieta, Camilo Castellón y Hernán Robleto, la preceden. Continúa siendo útil, pese a su obsolescencia. La cierra una síntesis con una nueva numeración: 28 p.

GUERRERO C., Julián N. y Lola Soriano de Guerrero: *Managua, Monografía*. Managua, [s.i.], 1964. 284 p., il. (Colección Nicaragua, v. 4).

Más completa y compacta que las monografías de Cuadra y Halftermeyer, fue superada por la de Traña.

GUERRERO C., Julián N. y Lola Soriano de Guerrero: *Managua en sus 40 siglos de existencia*. Managua, Tipografía Valdez Valdez, 1994. 301 p., il.

Información general sobre la prehistoria e historia aborígen de Managua, aspectos culturales y efemérides. Destaca la “Sección iconográfica”: una colección de 22 fotografías; cinco de ellas corresponden a bustos (de Rubén Darío, José Martí, Alejandro Vega Matus) y a un medallón (de Salvador Mendieta), promovidos por los autores.

GUTIÉRREZ, Pedro Rafael: *Muertos, exequias y cementerios*. Managua, edición mecanografiada, s.a. 104 h, il.

Ejemplar fotocopiado en posesión de JEA. Fundamentalmente, trata del Cementerio de San Pedro; pero ofrece capítulos interesantes: “Muertos y costumbres funerarias”, remontadas a la época precolombina; “Lagrimas plebeyas (en Granada de Nicaragua) por un cadáver real” (el de Carlos III y el “Mártir y el buitro” (sobre el fusilamiento de Manuel Antonio de la Cerda). Más de 40 fotografías se agregan en 35 hojas no numeradas.

HALFTERMEYER, Gratus: *Historia de Managua*. Data del siglo XVIII hasta hoy (5a. ed.). Managua, Imprenta Nacional, 1971. 383 p., il.

Colección de anécdotas y datos históricos, ordenados cronológicamente. Ha constituido la fuente por antonomasia para conocer la historia de Managua.

HALFTERMEYER, Gratus: *Managua se moderniza*. Managua, Talleres de la Editorial Lacayo, marzo, 1957. 16 p.

Crónica ligera y emotiva del desarrollo urbano de la capital, emprendido por el general Anastasio Somoza García y el Ministro del Distrito Nacional Gustavo Raskosky, a quienes elogia sin reticencia.

ÑURINDA RAMÍREZ, Armando: *La novia del Xolotlán*. Managua, Comisión de Promoción Social Arquidiocesana, 1998. 302 p., il.

Esta superficial monografía, escrita "como un deber cívico" del autor, incluye 38 fotografías, ampliamente detalladas. Su esfuerzo parte de las fallas geológicas de Managua y del testimonio milenario de Acahualinca para concluir transcribiendo letras de canciones, entre ellas "La Mora Limpia" de Justo Santos, "Managua" de Gilberto Miranda, "Managua, linda Managua" de Otto de la Rocha y "¡Que viva, Managua!" de Carlos Mejía Godoy.

PICHARDO, Luvy: *Breve historia de los cementerios de Managua (1865-1990)*. Managua, División de Cultura, Historia y Turismo, 1991. 24 p., il. (Colección Managua, v 1).

Presenta información del cementerio de San Pedro, del Occidental y del Oriental, del de Ciudad Sandino y de 15 espontáneos.

PICHARDO, Luvy: *Breve historia del Parque Central de Managua*. Managua, División de Cultura, Historia y Turismo, 1991. 10 p., il. (Colección Managua, v. 2).

Detalla la evolución del primer parque capitalino, inaugurado el 8 de noviembre de 1899. Dos fotografías de su primer kiosco y su antigua glorieta de dos pisos destacan entre las ilustraciones.

PICHARDO, Luvy: *Breve historia de la laguna de Tiscapa (Uticapa)*. Fotos: Edwin Salinas y Arturo Sánchez. Managua, División de Cultura, Historia y Turismo, 1992. 8 p., il. (Colección Managua, v. 4).

Contiene datos científicos, aspectos hidro-geológicos, origen del nombre, leyendas y estado actual.

PICHARDO, Luvy: *Historia del Open 3 (Ciudad Sandino)*. Managua, División de Cultura, Historia y Turismo, 1993. 18 p., il.

Aborda las actividades socio-económicas, origen y fundación en 1970 del Open 3 que sirvió de base al desarrollo urbano de Ciudad Sandino.

SÁNCHEZ RAMÍREZ, Roberto: *Cementerio San Pedro. La resurrección del recuerdo*. Managua, Alcaldía de Managua, 2004. 260 p., il.

Para Aldo Díaz Lacayo, su prologuista, el valor de esta investigación radica en haber rescatado “la fugaz, olvidada y hoy día virtualmente desaparecida oligarquía managüense” a través de los personajes sepultados en dicho cementerio. El autor incluye semblanzas de los “Alcaldes y personajes de Managua”. Véase la reseña de JEA en *Revista de la Academia de Geografía de Nicaragua*, tomo LXII, marzo, 2000, pp. 281-285.

TRAÑA GALEANO, Marcia: *Historia del Barrio Campo Bruce*. Managua, División de Cultura, Historia del Turismo, 1991. 26 p., il. (Colección Managua, v. 3).

Con motivo del 60 aniversario del barrio, se intenta preservar la memoria colectiva de sus fundadores.

TRAÑA GALEANO, Marcia: *Historia del Barrio de Pescadores*. Managua, División de Cultura, Historia y Turismo, 1993. 18 p., il. Segunda monografía de la autora sobre otro barrio capitalino. Además de su origen, describe sus actividades recreativas, apodos, supersticiones y estado actual.

TRAÑA GALEANO, Marcia: *Apuntes sobre la historia de Managua*. Managua, aldilá editor, 2000. 280 p., il.

Como afirma en su presentación el alcalde, ingeniero Roberto Cedeño, consiste en un esfuerzo sistemático por rescatar la historia de Managua, dividido en trece capítulos. Así, Traña Galeano logra una síntesis que abarca la época precolombina, pasando por la española y la republicana, la moderna, la “Managua democrática actual” y la “Managua del siglo XXI”.

En esa tarea fue asesorada por Adolfo Díaz Lacayo, autor del

prólogo y por el hermano de éste: Aldo, el editor. "Managua y sus formas de gobierno" es el título de un capítulo. Otro: "Managua y su cultura" que se complementa con una lista de los Ciudadanos del Siglo y de los Notables escogidos por la Comisión 2000; y con las fichas bio-bibliográficas de 94 intelectuales de los siglos XIX y XX, tomadas del *Diccionario de autores nicaragüenses* de JEA. En cuanto a la *monumentaria managüense*, Marcia enumera y describe 16 obras escultóricas desaparecidas y 61 existentes.

7. Terremotos

BOLTON, Patricia: *Family recovery following a natural disaster: One case of Managua*. PhD Thesis. University of Colorado. Boulder, Colorado, 1979. 164 p. (University Micro films order no 79-232 13).

CAMPOS MELÉNDEZ, Silvio: *Un pueblo y su conductor*. Terremoto de Managua 1972. Managua, Editorial San José, 1973, 151 (42) p., il.

Panegirista oficial, el autor ofrece amplia información de los daños del sismo y de las acciones gubernamentales que se tomaron. Numerosas fotografías convierten en volumen en documento histórico.

CEDEÑO, J. Gregorio: *El terremoto de Managua (31 de marzo de 1931), 28 años después*. La desgracia más grande que ha sufrido la capital. Managua, (s. i.), 1959. 20 p. [2 hojas de fotografías].

Curiosa aportación. No se localiza en ninguna biblioteca pública de Nicaragua. Posee ejemplar Bayardo Cuadra.

LAÍNEZ, Francisco: *Terremoto '72: élites y pueblo*. (2a. ed.) Managua, Editorial Unión, 1977. 258 p.

Estudio a fondo de las consecuencias socio-económicas del sismo.

PALAZIO, Apolonio: *La catástrofe de Managua*. 31 de marzo de 1931. Managua, D.N., Tipografía Atenas, 1952. 285 p., il.

Crónica en diecisiete capítulos, precedidos de dos prólogos fir-

mados por Modesto Armijo y Carlos A. Bravo. Se lee aún con interés. El valioso "Apéndice documental" abarca de la página 141 a la 285.

SOLÍS MARTÍNEZ, Edgard: *Cronología sociopolítica de un terremoto*. Panorama de una esperanza. Managua, Imprenta "Litho-Disco", 1973. 140 p.

Sesenta editoriales del diario *Novedades* que expresan la perspectiva gubernamental del acontecer nacional, en el aspecto social y en el político, desde el 31 de diciembre de 1972 hasta el 5 de abril de 1973.

TIJERINO, Gustavo: *El terremoto más bárbaro de la historia*. León, Instituto Técnico La Salle, 1973. 110 p., il.

8. Urbanismo

ALCALDÍA DE MANAGUA. *Plan regulador de Managua*. Managua, División General de Urbanismo, 1992. 71 p., mapas, tablas, gráficos. [Ampliación revisada del plan de 1982].

ALCALDÍA DE MANAGUA. *Plan maestro del área central*. Managua, Dirección General de Urbanismo, 1991. 239 p., il. Planos. [Se analizan los problemas ecológicos y los del uso de la tierra, la organización administrativa y la estructura urbana y sus tendencias].

BARAHONA, Raúl: *Breve ensayo sobre el proceso de urbanización en Managua, Nicaragua: época precolombina y colonial*. Berkeley, California, 1973. 19 h., il., maps. (Mimeografiado).

GODOY, Julio: "La transformación territorial de Managua entre 1950 y 1979". En Rodrigo Fernández y Mario Ungo Uclés [comps.]: *La estructuración de las capitales centroamericanas*. San José, C.R., Educa, 1988, pp. 319-339.

9. Otros

GUIDO MARTÍNEZ, Clemente: *Managua... Ciudad de cartón. ¿Hasta cuando?* Managua, edición personal, 1992. 18 p.

Doce artículos publicados en la Página de Opinión de *La Prensa* entre 1990 (el primero data del 24 de septiembre) y 1992 (el

último del 15 de mayo) sobre el complejo problema social de la vivienda, los asentamientos ilegales y la anarquía urbana de la capital.

NICARAGUA. Ministerio de Educación Pública: *Managua: algunos aspectos históricos, geográficos, ecológicos, económicos, demográficos, sociales y educativos*. Managua, USAID, Nicaragua, División de Recursos Humanos, 1963. 56 h.

PATTEN, George Philip: *Agricultural land use and farming in the Managua region of Nicaragua*. PhD thesis, Northwestern University, Evanston, Illinois, 1955. 288 p. (University Microfilms order no 00-131125).

Descripción de la actividad agrícola en el área del departamento de Managua.

RODGERS, Dennis: "Desimbricando la ciudad: crimen, inseguridad y organización espacial en Managua, Nicaragua". *Encuentro*, n.º 73, 2006, pp. 8-24.

"Ciudad palimpsesto", como la llama el autor, Managua presenta una nueva forma de segregación social; proceso en que todo un estrato de la metrópolis ha sido desconectado de la estructura general de la ciudad.



Vista de la Loma de Tiscapa, con el Casino Militar y Casa Presidencial; al otro lado de la laguna se distinguen la salida de la carretera a Masaya y la pista universitaria (c. 1970). Foto de Ulrico Richter. Cortesía de la Dirección de Patrimonio Histórico Municipal.

XIV.

**ULRICO RICHTER:
PANORÁMICAS AÉREAS DE
MANAGUA ANTERIORES A 1972**

(Cortesía: Alcaldía de Managua)



